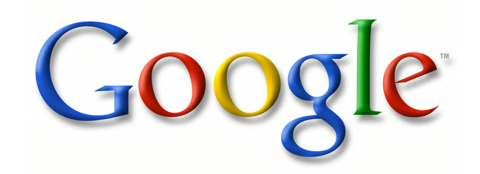
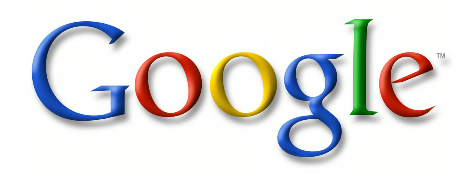
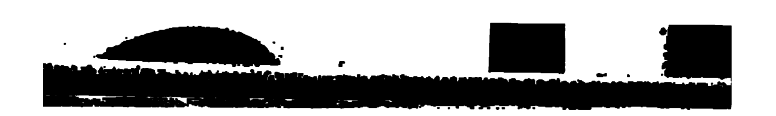

Google





[redacted]

[redacted]

HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

SU ORIGEN

SU REVOLUCION Y SU DESARROLLO POLÍTICO

HASTA 1852

POR

VICENTE F. LOPEZ

TOMO VIII

BUENOS AIRES
CARLOS CASAVALLE, EDITOR—IMPRENTA DE MAYO
CALLE PERÚ 191 (ántes 115)

1888

TRASFORMACION DEL ORGANISMO

Y RESURGIMIENTO DE LA CULTURA LIBERAL

BUENOS AIRES Y LOS CACICAZGOS PROVINCIALES



Que los puristas me perdonen la palabra *resurgimiento;* no está en el Diccionario pero debiera estar de acuerdo con su tema *surgir* que no es sinónimo de *resuscitar* ni de *resurreccion.*

[redacted]

CAPÍTULO I

DEFENSA DEL ÓRDEN PÚBLICO CONSTITUCIONAL Y CAUSAS DE SU CAIDA

SUMARIO—Doctrinas y sofismas—Fuera de lo legal no hay suposiciones verídicas—Disciplina militar y guerra civil —Orígen verdadero de nuestra desorganizacion política —Negativa para las provincias argentinas y servicios positivos en Chile—Situacion de Tucuman y de Salta—Efectos desastrosos de la desobediencia del general San Martin—El reboltoso Bernabé Araoz—El motin de Tucuman—Los soldados argentinos en el *Bio-bio*—La expedicion de Cádiz—Tropelia y apresamiento del general don M. Balcarce—Asalto de los Santafecinos en Buenos Aires—Actitud del general San Martin—Carta del general San Martin á O'Higgins—La remonta de la division de los Andes en Cuyo—Falso punto de vista sobre la Expedicion contra el Perú—Nada habia que salvar—Cómputo inexacto de las fuerzas realistas en el Perú—La situacion de Córdoba—Bustos y Paz—Falsas escusas de Paz sobre el motin de Arequito—Movimiento y marcha del *Ejército Auxiliar* hácia Buenos Aires—Incompatibilidad de los veteranos con los montoneros—El motin de Arequito—Jefatura de Bustos—Visita de don José Miguel Carrera al campamento de

Bustos—Bustos y San Martin—Bustos y los caudillos litorales—San Martin en Chile—Amenaza de la Expedicion de Cádiz—Falsas escusas y verdaderos motivos del motin de Arequito—Incongruencia de los pretestos aducidos por el comandante Paz—El proceder del general San Martin y la opinion pública—Situacion política de la provincia de San Juan y sublevacion del *Núm. 1° de los Andes*—Propósitos y declaraciones de los sublevados en favor del organismo nacional—El coronel Alvarado abandona su regimiento—Premura de las medidas para llevar á Chile los otros cuerpos—Abandono de Mendoza—Desbande y anarquía de los sublevados—Prision de Mendizabal—Remitido al Perú—Su fusilamiento—Buenos Aires—Aspecto del año XX.

Cuando se ha querido justificar al general San Martin de no haber acudido á defender la constitucion, y el régimen representativo que con ella iba á recibir su complemento, se ha dicho—que si hubiera obedecido habria perdido su ejército envuelto en el desórden que se produjo algunos meses despues. Prescindiendo de que esta doctrina sea ó nó aceptable para justificar aventuras heróicas, quedaria siempre por examinar algunos puntos de bastante gravedad. Seria el primero, saber —si en ese desvio de la regla comun que todos los Estados reconocen como fundamental, se ha servido algun interés inmediato de la nacion y del gobierno que soportaron el perjuicio. El segundo—si la presuncion de desórdenes y motines que pudieran tener lugar, autoriza á desobedecer las órdenes de un gobierno constituido. Y no se-

ria de menor importancia examinar si la desobediencia ha sido causa anticipada y no efecto; ó si se puede invocar como tal causa la resolucion propia de generales, y gefes, á no contaminarse en la defensa de su gobierno contra los anarquistas que amenazan en armas el órden público.

Que un ejército no pueda mezclarse en la guerra civil haciendo bandera contra el gobierno constituido, es cosa que todo el mundo comprende y acata. Pero hay dos modos de encarar la cuestion : el uno es verdadero, el otro es sofístico; porque la obligacion de defender al gobierno constituido de quien depende ese ejército no es caso de guerra civil—sinó de sedicion : de manera que si eso pudiera invocarse, el órden público no tendria jamás una sancion asegurada, ni la autoridad medios propios de defensa. Dejemos pues los sofismas de conveniencias antojadisas, y sigamos en el estudio de los hechos, de acuerdo con las leyes sociales y morales que los caracterizan; porque al historiador no le es permitido tomar bajo otro aspecto el carácter moral de los sucesos que narra.

Hasta marzo de 1819 ningun síntoma de insubordinacion habia asomado en los ejércitos argentinos. La lealtad militar habia sido la base del órden público nacional en la Capital, en Cuyo y en Tucuman; que eran los tres puntos cardinales del triángulo en que se encerraban to-

das las provincias situadas á la derecha del Paraná. Las tentativas sediciosas del malogrado coronel Borges en Santiago del Estero, de Caparrós y de los Villafañes en la Rioja, y de Juan Pablo Bulnes en Córdoba, habian sido sofocadas; á penas conocidas, por las fuerzas del gobierno; sin dejar rastro ninguno que pusiera en peligro el órden. Y al general Alvear le habia bastado un puñado de buenos soldados para atravesar el rio, caer sobre Artigas y llevarlo de rondon en pavorosa fuga hasta meterlo descalabrado en las selváticas soledades del Arerunguá.

Miróse pues como dolorosa novedad que en Enero de 1819 brotaran rumores ó gérmenes de desobediencia en el seno del ejército mas disciplinado y mas firme de cuantos la República habia tenido hasta entonces; y á todos se les hacia increible que el Ejército de los Andes, ese ejército modelo, pudiera reproducir jamás la escena de Jujui, de 1814, en que habia figurado Rondeau.

La carta del 17 de Marzo que el señor Guido escribió al general San Martin interceptada fatalmente por los montoneros, fué la que les dió conocimiento de que el general San Martin no pensaba cumplir las órdenes que habia recibido; y de que los gefes de los cuerpos se negaban á pasar de guarnicion á Tucuman. (1)

(1) Pap. del Sr. Guido, pág. 234-35 y 244.

Esforzándose en lo posible por vencer la mala voluntad del general, pero viendo la imposibilidad de imponerle el cumplimiento de un deber al que cada dia se mostraba menos resignado, el gobierno reproducia unas veces sus órdenes terminantes y otras las atenuaba reduciendo su exigencia á la devolucion de algunos cuerpos del ejército. Contando en Mayo con ir adquiriendo poco á poco algunas de esas fuerzas, y un número cualquiera de reclutas chilenos, el ministro de la guerra señor Irigoyen le dirigió una nota al general diciéndole—«Como parece que el gobierno de Chile calcula mejor sus intereses en el dia, y se dispone á los esfuerzos y sacrificios que demanda la citada expedicion, se ha acordado dejar sin efecto la órden del 9 de Abril (sobre el repaso de todo el Ejército) *en la parte que á V. E. pareciere oportuno*, y tambien que los escuadrones de *Cazadores á caballo regresen á Chile.*» Debian pues quedar en Mendoza dos escuadrones de *Granaderos á Caballo* y el número 1º de infanteria (*ó Cazadores de los Andes*) que en todo formaban 1600 soldados de primera calidad, y que reunidos con las milicias movilizadas en Cuyo y con el ejército de Belgrano, habrian dado una fuerza efectiva de 5,000 hombres, por lo bajo, que puestos en Córdoba y en combinacion con la division de 3,000 hombres que Buenos Aires tenia avanzada al *Arroyo del Medio* colocaban á los montoneros de San-

ta Fé entre 8,000 hombres con que el gobierno nacional los habria aplastado para siempre. La atenuacion de las órdenes impartidas al general San Martin tenia por fundamento la promesa de completar el plantel de Cuyo con reclutas chilenos. (2) Pero esta esperanza se hizo vana en muy pocos dias, y prevaleció otra vez en la política ministerial de Buenos Aires, la resolucion de «dejar sin efecto la expedicion á Lima»—y de reconcentrar todo el Ejército de los Andes á este lado de la Cordillera por divisiones convenientemente distribuidas en Córdoba, en Tucuman y en Buenos Aires.

Apercibido de esto el plenipotenciario chileno don Miguel Zañartu interpeló al señor Tagle por el cumplimiento de lo convenido acerca de la formacion del Ejército Unido; pero el 3 de Junio se le contestó:—«que se habia resuelto suspender la expedicion á Lima; y variar el plan de las operaciones.» Aquí son de notar dos cosas: una es que en esos dias el señor Pueyrredon estaba ya desprendido del mando, y la otra que en esta tan grave medida impera notoriamente la voluntad del señor Tagle.

Si de Chile, donde no hacia servicio ninguno, el Ejército de los Andes hubiera pasado á acantonarse en Tucuman, los anarquistas del norte

(2) Pap. del Sr. Guidó, pág. 237.

no hubieran podido trastornar el órden en las provincias del norte. No lo hubieran tentado tampoco si hubiera permanecido allí el general Belgrano. Pero como uno de los dos ejércitos tenia que ocurrir al litoral en defensa y garantia del órden público, y como el general San Martin se declaraba renitente á tomar parte en esa campaña, lo justo y lo lejítimo era que se hubiese prestado á tomar posiciones en el norte; y preparar allí con Güemes una buena base de seis ó siete mil hombres que bien le habria servido despues, y cuya falta bastante lamentó cuando se vió perdido en las costas del Perú. En vez de apuntalar así la situacion interior del país y de su organismo social, cundió como un repiqueteo de campanas que no se cumplirian las órdenes del gobierno; y en todas las provincias se hizo esta voz de pública notoriedad. (3)

La traslacion de una division del Ejército de

(3) *Memorias* del general Paz: tomo 2, pág. 9.

El doctor Dalmacio Velez Sarsfield en un artículo inserto en el *Nacional* en 1864, corroboró tambien la tradicion notoria de su tiempo sobre la desobediencia del general San Martin—«San Martin tambien fué llamado con todo su ejército á repasar los Andes al mismo objeto. Llegó en persona hasta la provincia de Córdoba, y desde allí retrocedió á Chile, desobedeciendo al Gobierno. Sinembargo, este acto de San Martin que *le atrajo la odiosidad de los primeros hombres de Buenos Aires* salvó la Revolucion y salvó á Chile y al Perú. Véase tambien *Gaceta de B. Aires,* Núm. 156 del 19 de Enero de 1820.

los Andes á Tucuman era de una necesidad evidente y de una conveniencia inestimable. Fuera de ser necesario defender con solidez el norte amagado siempre por las incursiones realistas, convenia reforzar la situacion interesantísima del coronel Güemes, que habia quedado aislado entre adversarios internos y enemigos externos. Los primeros cansados de la guerra y del régimen militar que era forzoso mantener en aquella frontera, andaban ya en acuerdos con Olañeta; y creian que formando allí una repubIiqueta mas ó menos estensa podrian acomodarse en una situacion neutral, que por lo menos les permitiera vivir en mas sosiego y comerciar con sus frutos de campaña en las rejiones del Alto-perú. A Olañeta, que aunque español y realista se desvivia por abrirse la ciudad de Salta, centro y hogar de toda su familia y de sus mas caras afecciones, le convenia muchísimo tambien que se formase un país neutral entre su territorio y las provincias constituidas en el gobierno argentino: lo que además de la neutralidad de sus limítrofes, le ofrecia una espectativa de alianza con el partido local que en Tucuman y en Salta aspiraba á segregarse de la unidad nacional. (4)

Apercibido de que tan siniestros propósitos

(4) Aunque un poco mas tarde este malhadado escándalo se realizó al fin como una emergencia de los sucesso que van á tener lugar.

iban á encontrar su campo y su apoyo en la impunidad que les permitia la falta de fuerzas y la desenfrenada ambicion de los capitanejos provinciales, Güemes le comunicó sus temores al general Belgrano, y tambien su noble decision de defender el organismo constitucional; porque tal era la concepcion que él tenia del verdadero patriotismo, que habia sido la regla de toda su vida y que conservó hasta el triste momento de su gloriosa muerte — « Compañero y amigo: son
« ciertamente de grande consideracion los ma-
« les que han ocasionado los partidarios del des-
« órden; y es preciso que si no se convencen por
« su propio desengaño, sean escarmentados al
« fin por la justicia. No faltarán hombres virtuo-
« sos que nos ayudarán á acabar con la causa de
« la anarquia. Yo me propongo con empeño
« castigar tanto á los perturbadores del sosiego
« público como á los enemigos de nuestra liber-
« tad. La union de todos los pueblos bajo el Su-
« premo gobierno del Estado es la arma inven-
« cible que debe salvarnos; nada me hará mu-
« dar de resolucion, y mientras yo gobierne la
« provincia de Salta no se separará de la obe-
« diencia á las autoridades supremas por mas
« que algunos enemigos de la felicidad general
« se atrevan á intentarlo. »

Al marchar al litoral el general Belgrano habia dejado en Tucuman un piquete de 300 hombres al mando del coronel Arévalo — hombre de

órden pero poco estimado de la tropa, y de escaso talento para las circunstancias, segun se desprende de las observaciones que le consagra el general Paz. (5) Seguros los anarquistas de Tucuman de que las fuerzas del Ejército de los Andes no asomarian por el norte, resolvieron levantarse. Uno de los capitanes del piquete que guarnecia la plaza se habia dejado sobornar por don Bernabé Araoz mediante la suma de diez mil pesos á repartir entre sargentos y tropa. Aunque miembro de una de las familias mas acomodadas y antiguas de aquel vecindario, era este don Bernabé un guazo que hacia de devoto no siendo sino un hipócrita rematado. Habia consagrado su tiempo y su espíritu al trato de la plebe, en la que por su nombre, y por su riqueza, ejercia bastante influjo. Dado á los alborotos políticos y á las bullangas de motines y de armas, habia actuado en las manifestaciones patrióticas y populares originadas por la revolucion y por las invasiones de los realistas; pero nunca como militar de categoria decente ni como majistrado, sino siempre como partidario de libre escuela, y como cooperador de alarmas: en cuyo carácter habia servido algunas veces para excitar el entusiasmo y el espíritu de las masas de su provincia. De todas sus pasiones, la que mas calentaba su alma era la raquítica ambicion de mandar

(5) *Memorias*, tom. 2, pág. 6.

en su recinto. Verdad es que fuera de eso nada habia en su cabeza que pudiese levantarlo mas alto, y que su retrato podria resumirse diciendo en dos palabras que no servia para nada.

Las victorias, los servicios y el acantonamiento del Ejército en Tucuman á las órdenes del general Belgrano, no le habian dejado á don Bernabé resquicio alguno por donde pudiera salir mas arriba de lo que puede un guazo retrógrado y rico que andaba como flotante sobre las corrientes políticas sin valor propio. Era demasiado atrasado y vulgar para que pudiera ganar á los intereses de su ambicion á los gefes predominantes del ejército, ni á los hombres de algun valor propio en esa provincia; y el respeto que inspiraba el general Belgrano se imponia de tal manera, que nadie hubiera osado allí atropellarlo. Pero, ausente el ejército y el general, la situacion era completamente diversa. Los diez mil pesos con que Araoz habia sobornado al capitan Abrahan Gonzalez, el contagio y los ejemplos de los anarquistas del litoral, y la impunidad con que se podia atentar contra el órden en aquel apartado lugar, eran causas demasiado estimulantes para que no hicieran estallido. Preparado estaba el motin cuando se corrió la voz de que el general Belgrano regresaba á Tucuman por razones de salud. Temiendo que ese fuese un mero pretesto, y que la presencia del general bastara para desbaratar los acuerdos

que tenian hechos resolvieron obrar inmediatamente.

1819
Noviembre 11

El 11 de Noviembre á media noche Abrahan Gonzalez puso en armas la guarnicion, ocupó la plaza y mandó tocar *arrebato* con las campanas de la iglesia matriz. Desde la tarde andaba ya Araoz por las orillas pronto á cooperar en apoyo del motin que debia darle la gobernacion de aquella provincia. El coronel Arévalo, dormia en aquel momento en el cuartel de Dragones, tomó su espada al oir el alboroto, pero al salir al patio fué detenido por el Mayor Felipe Heredia y cinco oficiales que se apoderaron de él y lo encerraron bajo custodia. El Gobernador Motta Botello fué sorprendido en su casa por un grupo de gauchos comandados por el mismo Araoz. Al ponerse en defensa fué herido por alguno de los asaltantes con un cuchillo engastado en un palo: derribado en seguida y desarmado se le puso preso tambien. Abrahan Gonzalez con el título de general y de comandante de las armas despachó expresos por toda la provincia ordenando á los vecinos que *concurriesen inmediatamente á la ciudad para nombrar al Coronel Mayor* don Bernabé Araoz Supremo Director de la República independiente de Tucuman. (6)

(6) *Peligros* y *Desgracias de la Patria*, pág. 7, folleto de. Dr. M. A. Castro, 1820.

El atentado, aunque escandalosísimo en si mismo á no poderlo ser mas, no pasaba de las muy estrechas proporciones de un desórden vecinal; y habria desaparecido en muy pocas horas á la simple aparicion de un regimiento veterano que hubiese venido á dar consistencia á la autoridad del Coronel Güemes en sosten del órden nacional. Pero, como no se tomó medida ninguna con ese fin, el gobernador de Salta, que tenia toda su atencion fija en las amenazas de los realistas por el lado de *Humahuaca*, guardó una prudente espectativa; y se limitó á pedirle al cabecilla de Tucuman que en caso de ser atacada la frontera de Jujuí lo reforzara con las fuerzas de su mando. Precisamente era esto lo que Araoz no haria por el natural temor de que esos auxilios sirvieran contra él; y de ahí el abandono y la debilidad en que quedó esa frontera, al mismo tiempo en que 3,000 argentinos operaban al sur del Biobio en defensa del territorio y de los hacendados de Chile.

Por mucho que se menosprecien los sucesos pasados cuando se han desvanceido las amenazas y los peligros con que infundieron temores y alarmas á sus contemporáneos, seria contra la verdad que dominó en aquella época negar las profundas inquietudes que los preparativos de la Expedicion de Cádiz causaban en Buenos Aires. Diráse cuanto se quiera de que tales ó cuales personajes no creian en ella, de que era un puro

fantasma sin realidad. Pero con decirlo ahora, nadie probará que no era cierto que á fines de 1819 esa expedicion contaba con 25 mil hombres de primera calidad y con un convoy de ciento y tantos buques prontos ya para embarcarlos y traerlos al Rio de la Plata. Verdad es que el estado moral de la tropa ofrecia síntomas peligrosos. Pero cuando asomaron en 1819, el general en jefe Conde de La Bisbal poderosamente ayudado por el general de la caballeria don Pedro Sarsfield formó todos los cuerpos en el *Palmar* de Cádiz, acordonó el campamento, arrestó los oficiales sospechosos, reorganizó algunos cuerpos y los distribuyó en las cercanias con motivo de la fiebre amarilla que reinaba en el puerto. Estas ocurrencias trasmitidas y comentadas por los amigos y los agentes de los patriotas argentinos, fueron causa de que se propagase la voz — « de que habia fracasado la expedicion de Cádiz ». Pero tan lejos de eso Fernando VII centuplicó sus medidas y sus empeños; y en 20 de Diciembre de 1819 todos los cuerpos con su mas completo material se hallaban otra vez en Cádiz en número de 22 mil : una gran parte de ese material, los caballos, el parque y cuanto es de necesidad en estos casos, se estaba embarcando, con el apoyo de la marina francesa, de trabajadores italianos y de contingentes rusos.

Estas fueron las noticias alarmantes y urgentísimas que el señor Gomez, el señor Rivadavia y

el señor Irizarri mandaron á Buenos Aires y á Chile por el expreso especial y bien informado don Mariano Gutierrez Moreno. Llegó este señor á Buenos Aires el 24 de Octubre: entregó sus pliegos al Supremo Director Rondeau, y comunicó de palabra todos los encargos que aquellos tres ajentes le habian confiado para que urgiese la necesidad de tomar medidas: ya fuera aceptando las propuestas del gabinete francés, ya preparando de una manera séria la defensa del país. (7)

El general San Martin segun se dice, no daba ascenso á la reorganizacion del ejército y armada de Cádiz; pero por mas juiciosas y sinceras que fuesen sus presunciones, esa reorganizacion habia tenido lugar: estaba consumada, y pronto todo para zarpar en Febrero á mas tardar. Ni el general ni hombre ninguno sobre la tierra podia asegurar, por mas que lo presumiese, que ese poderoso armamento se sublevaria. Lo racional, lo justo, era prevenirse contra él y mantenerse al lado del gobierno que se veia amenazado.

Coincidiendo estas noticias con la sublevacion de Tucuman, el gobierno le ordena al general San Martin que inmediatamente ponga á caballo todos los cuerpos del Ejército de los Andes, caballeria é infanteria, y que marche á prisa á la capital; y al señor Gomez le au-

(7) *Proceso de Alta Traicion:* 1820 documentos de 7 á 21.

toriza para que acepte el negociado de la monarquia con el príncipe de Luca, propuesto por el gabinete francés, á condicion de que se suspenda la expedicion mientras se formalice la negociacion.

En el temor que el general San Martin no cumpliese lo que se le ordenaba, se hizo salir de Buenos Aires para Cuyo al general don Marcos Balcarce y al abogado don Mariano Serrano, al parecer como simples viageros, pero en realidad con la importantísima comision de cumplir allí y en Chile las órdenes del gobierno. Sobre esto estaba prevenido desde Abril el general San Martin. (8) Marchaban estos dos personages con varios otros viageros en carros arrastrados por bueyes (por la imposibilidad de obtener caballos de posta) y en la confianza de que estando vigente el armisticio de *San Lorenzo* no iban expuestos á ninguna tropelia, cuando en la tarde del 14 de Octubre se presentó delante del convoy un gefe de montonera con cincuenta secuaces, se apoderó del general Balcarce y del señor Serrano, les ligó los brazos con fuertes correas y se puso en marcha hácia Santa Fè, con toda la caravana. Allí fueron reducidos á dura prision, con centinela de vista, el general Balcarce y su ayudante el sargento mayor Portal: los demás fueron puestos en libertad; y

(8) Pap. del señor Guido, pág. 234.

quedó así frustrada la comision que llevaba á Cuyo el general Balcarce para dividir el ejército de los Andes con el general San Martin.

Despues de una felonia tan inícua como propia de la gente que la cometió, el gobierno nacional no podia permanecer indiferente; y se resolvió en consejo que el Supremo Director saliese á campaña con todas las fuerzas que pudiera levantar de la capital, llevando por segundo al general don Juan Ramon Balcarce. Pero don Estanislao Lopez que hasta entonces habia estado engañando á los comisionados de Buenos Aires y demorando las transacciones de paz convenidas en *San Lorenzo* el 12 de Abril, habia aprovechado el tiempo en prepararse; y se adelantó á caer sobre la campaña de Buenos Aires. Acometió el partido del Pergamino: mató á su comandante el benemérito coronel don Francisco Pico que tan gloriosamente habia contribuido el año 13 á la victoria de Salta; tomó las caballadas, dispersó la milicia y regresó á su provincia acompañado de José Miguel Carrera que habia venido con él, despues de haber escrito á su hermana, á su familia y á sus amigos:—« Me pongo en campaña: voy á vengarme, á vengarte y á vengaros á todos.» (9)

Asi que se puso en campaña, el Supremo Director se lo comunicó al general San Martin con nuevas y urgentísimas órdenes de que se tras-

(9) Gaceta de B. A. nº 102, pág. 443 del 23 de Diciemdre de 1818. Vicuña Mackenna, carta del 27 de Julio del mismo año.

ladase á Córdoba y viniese á reunirse con el ejército de la Capital trayendo de prisa la division que tenia en Cuyo y mandando que viniesen en seguida todas las fuerzas argentinas que quedaban en Chile. A nadie se le pasaba por la imaginacion que en las aciagas y dolorosas circunstancias en que se hallaba el gobierno nacional, y dado el peligro que corria el órden interior y el pais por el lado de España, no pusiese el general toda la diligencia necesaria, que tan fácil era en el bello mes de Noviembre, para presentarse donde su patria tanto lo necesitaba. Todos sus amigos lo esperaban: todos confiaban en que habia llegado el momento de que con su juicio, su génio, su moderacion, su habilidad militar, su gran firmeza y la bondad verdaderamente escepcional de su ánimo, viniese á ser el angel tutelar de la capital, y le pagase el tributo de gratitud que tan justamente le debia. Uno de sus mas entusiastas amigos, que tantas veces habia sido su confidente, que en la Logia y fuera de la Logia habia sido su mas solícito agente, don Julian Alvarez, escribia el 1° de Diciembre de 1819 en la Gaceta Oficial:—«La resolucion de nuestro Supremo Director no necesita de encarecimientos, S. E. á esta fecha debe haber reunido las fuerzas de la provincia, y *en breves dias lo estará con las de los* generales San Martin y Belgrano, bien que acaso no pueden ellos concurrir en persona por el sensible estado de su

salud : el cielo se las conservará para mas grandes empresas. Todo anuncia que el reinado del órden va á quedar prontamente consolidado », y ocho dias despues agregaba—« El Director continúa sus marchas hasta reunir todas las fuerzas que deben operar contra los disidentes, y las últimas noticias anuncian que apenas restablecido el general San Martin *se habia puesto en camino* al frente de una fuerte division de caballeria, en términos que en muy breve se verá el desenlace en que se hallan empeñados nuestra prosperidad y nuestro crédito.» (10)

No sabemos si el general San Martin contestó ó no á las órdenes y ruegos de su gobierno y de sus amigos. Que lo hubiera hecho ó no, para el valor de los sucesos es lo mismo. Lo que consta es que en 9 de Noviembre le escribia desde Mendoza á O'Higgins—« Tengo la órden de marchar á mi Capital con toda mi caballeria é infanteria que pueda montar ; pero me parece imposible poderlo realizar tanto por la flacura de los animales como por la escasez de numerario, pues los auxilios que « me han remitido » en letras han sido protestadas por este comercio. (*Reservado para V. solo*). No pierda V. un momento en avisarme el resultado de Cochrane para, sin perder un momento marchar CON TODA LA DIVISION á esa escepto un escuadron de gra-

(10) **Gaceta del 8 de Diciembre, 1819.**

naderos que dejaré en San Luis *para resguardo de la provincia*». Débese notar aquí que en ese momento la division constaba no solo de los mil cuatrocientos ginetes que habia traido de Chile ocho meses antes, sino de una remonta de mas de tres mil soldados con que la habia aumentado. (11)

(11) No tenemos datos oficiales sobre el número de hombres con que Mendoza y San Juan contribuyeron á la remonta del Ejército de los Andes en 1819, que de la noche á la mañana apareció como ejército chileno: pero los tenemos perfectos con respecto á San Luis, y al efecto trascribimos el siguiente Estado:

DEPARTAMENTO DE LA GUERRA

Estado del alistamiento general que se ha hecho en la jurisdiccion de San Luis desde la edad de 16 años hasta 50, con expresion del número de casados, solteros y viudos con familia, como igualmente de los que han elegido cuerpos para tomar las armas, y de los que voluntariamente están dispuestos á tomarlas en los cuerpos que se les destine.

Alistamiento de la Campaña	Casados que han elegido cuerpo á Gran. á Caballo.	471	493
	Idem Idem á Cazad. Idem. . .	19	
	Idem Idem á Artilleros	3	
	Solteros que han elegido cuerpo á Grand. á Caballo	150	176
	Idem Idem á Cazadores Idem.	17	
	Viudos Idem á Grand. Idem.	9	
	Casados voluntarios para los cuerpos que se les destine. .	819	1312
	Solteros idem idem idem. . . .	472	
	Viudos idem idem idem	21	
Idem de la ciudad	Casados voluntarios para los cuerpos que se les destine. .	89	204
	Solteros idem idem idem . . .	115	
	Fuerza total.		2185

San Luis, y Agosto 24 de 1819. (firmado) *Dupuy*.

En cuanto á San Juan y Mendoza, dice el general en cartas al señor Guido de 21 y 27 de Julio de 1819:—«Esta Division aumenta rápidamente: todo se saca de la Provincia, pues Buenos Aires nada remite». La observacion es rara en verdad.—¿Qué habia de remitirle Buenos Aires cuando estaba clamando por que la auxiliase el general?.... y continúa: —«Esta provincia está desplegando su energia. Cuando hay buena voluntad y manos auxiliares, todo se hace». Por estas palabras, y por el resultado de la remonta en San Luis puede verse que es bastante moderado el cálculo del aumento que recibió entonces el Ejército de los Andes. Dice el general que solo dejará en Cuyo un escuadron de Granaderos á caballo, pero no para auxilio del gobierno sino para *resguardo* de Cuyo, es decir—para que José Miguel Carrera no penetre en Chile por que á lo que parece estas hostilidades de los partidos allende los Andes no eran guerra civil que estuviese vedada á la hon-

Mendoza, 27 de Agosto de 1819.

El adjunto estado que tengo el honor de incluir á V. S. manifiesta bien claramente los sublimes sentimientos de la heróica ciudad de San Luis. No serán subyugados pueblos capaces de hacer tales sacrificios. Estoy seguro de la satisfaccion que tendrá el Supremo Director del Estado cuando V. S. eleve á su conocimiento el heróico patriotismo de la ciudad de San Luis. Dios guarde á V. S. muchos años.—*José de San Martin.*

ra y á la delicadeza del Ejército de los Andes. Y no era que el general desconociese toda la gravedad de los hechos en que incurria; pues á renglon seguido agrega:—«Va á cargar sobre mí
« una responsabilidad terrible, pero si no se em-
« prende la expedicion al Perú todo se lo lleva
« el diablo». Acaba de decir que es imposible que marche á Buenos Aires *por la flacura de los caballos;* pero en la parte reservada de esa misma carta agrega esto para O'Higgins.—«Ten-
« go reunidos (en Cuyo) 2,000 caballos sobresa-
« lientes que marcharán Á ESA con la Division.
« Si vienen noticias favorables de la escuadra
« haga V. que estén prontas todas las mulas de
« silla y carga del valle de Aconcagua *para que*
« *trasporten los cuerpos* del pié de la Cordillera
« á esa capital».

Cuando se ha dicho que esta resolucion del general San Martin, que tan funesta fué para el órden público, para el crédito moral, y para la marcha futura de la República Argentina—«salvó la revolucion americana»—se ha cometido una de esas fantásticas exajeraciones que no resisten al menor exámen de los hechos y de la verdad. ¿Cuál era, de 1819 á 1820, el estado de la Revolucion Americana? Chile tenia una escuadra poderosa con la que habia tomado y destruido, sin escepcion de una, todas las naves chicas y grandes que la España habia tenido en el Pacífico. Pezuela podia revolverse en Lima y en el Perú;

pero no tenia, ni fuerzas ni medios para poner en Chile 2,000 soldados siquiera, ni para sostenerlos, ni era hombre de cometer semejante desatino, cuando la escuadra unida al mando de Cochrane le arrancaba la fragata—« Esmeralda »—del mismo puerto del Callao, y seguia á tomar al norte la fragata « Venganza » y los demas buques que cayeron con ella. ¿Dónde estaba pues el peligro que corria Chile cuando era impenetrable por tierra para los peruanos, y cuando por mar tenia la poderosa escuadra con que dominaba todo el mar Pacífico? Si Chile no peligraba ¿cuál era la otra fraccion ó region americana que—« era menester salvar en 1820?» Seria Colombia? pero Colombia se hallaba militar y políticamente tan remota de nuestros sucesos, que aunque los españoles fuesen allí vencedores, no teniendo marina en el Pacífico nada podian intentar; y en todo caso habria sido tan lenta y tan difícil su concurrencia en el sur, que nos habrian dado tiempo para todo. Pero ni esto se puede suponer siquiera; porque precisamente en esa época habia realizado Bolivar su atrevido pasage de Venezuela á Nueva Granada; y el 21 de Julio de 1819 habia ganado la batalla de Boyacá, que al decir de Torrente y de Gebhardt—« fué la señal de la perdicion de los españoles en aquel territorio: las provincias de Tunga, Socorro, Pamplona, Mariquita, Neiva, Velez alzaron el grito de independencia y los dominios de España que-

daron limitados al istmo de Panamá por el norte y á Quito por el otro lado.» (12) No era pues Colombia la que habia que «salvar», ni donde—«peligraba la revolucion americana». Quedaba en poder de los españoles el virreinato propiamente dicho del Perú, y sus provincias australes que son hoy Bolivia. Pero, por mucho que exajeremos el poder de estas dos regiones, seria ridículo suponerles en 1819 poder capaz de sojuzgar la República Argentina. En mejores tiempos para los realistas, cuando se hallaban en el apo-

(12) Esta hazaña de Bolivar es la empresa atrevida de un incansable guerrillero que con 600 hombres escasos trasmonta la Cordillera, y se presenta en el pais dominado: lo subleva, y pone de su lado las masas y los pueblos. Pero está muy lejos de tener el mérito estratégico y militar del *pasage de los Andes* por San Martin, realizado con un ejército organizado en forma para operar en campaña contra el poseedor del pais que invadia, sin que hubieran de intervenir mas fuerzas que las que llevaban el arma al brazo por una y otra parte. Una incursion y correrias felices no son por sí mismas operaciones militares. Muchos guerrilleros las han ensayado con fortuna. Los dos Minas, el tio en España y el sobrino en Méjico, ejecutaron hechos asombrosos de esa especie. Otros tambien, y Lavalleja con 33 orientales, tomó tierra en su pais cuando estaba todo él dominado por las tropas brasileras, y ganó ruidosos triunfos como el del *Sarandí* sin tener la menor nocion del arte de la guerra. La operacion de San Martin es de aquellas que se tienen por escepcionales, como la de Anibal y la de Bonaparte al través de los Alpes. Su rasgo capital no es la *audacia* sino la *ciencia.*

geo de sus triunfos desde Venezuela hasta los confines del mar del Sur por el lado de Chile, habian fracasado siempre en ese intento; y despues de la terrible leccion que habian recibido en Salta el año de 1816, les habia quedado la mas completa conviccion de su flaqueza para ensayar tamaña hazaña. Y si la proyectaban no era contando con sus propios medios sino en combinacion con el armamento que se preparaba en Cádiz contra Buenos Aires. Esto demostraria que el único peligro que corria la Revolucion Americana era que fuese atacado Buenos Aires; y que si el general San Martin lo miraba como un cuento de tontos, no habia ningun peligro de que zozobrara la emancipacion de la América del Sur en ninguna otra parte del vasto continente cuando él abandonaba su patria á la mala suerte y al desórden, por expedicionar sobre Lima.

Es preciso tambien tener presente que cuando se ha computado en 25 mil hombres el ejército del Virrey del Perú, se sobrepasa en mucho el número efectivo de sus tropas. Ni Pezuela ni Laserna pudieron jamas poner en línea ó en campaña, una fuerza mayor de 8,000 soldados. Pudiera ser que entre piquetes y guarniciones departamentales tuviera distribuido tres ó cuatro mil soldados de muy inferior clase, pero es sabido que cuando se ocupa un pais insurrecto, esas parcialidades no sirven sino para contener;

y que para lo que es la defensa ó la agresion con grandes movimientos, esos son elementos inutilizados ó perdidos si abandonan su forzado puesto. En ninguna de las operaciones, á que dió lugar la guerra en el Perú se presentaron fuerzas de aquel exajerado bulto. La incursion de Canterac al Callao, montó cuando mas á cinco mil hombres muy escasos. Mas ó menos eso fué el número con que los realistas triunfaron en *Mocquegua* y en *Torata*. Tuvieron en seguida una época de triunfos y de tranquila organizacion en el Cuzco y en el Alto-perú, despues de esas señaladas victorias, hasta que vinieron los colombianos; y sin embargo en *Junin* no presentaron sino seis mil hombres; y algo menos de seis en *Ayacucho*. Olañeta quedó inutilizado y perdido sin combatir: jamás tuvo á sus órdenes mas de tres mil soldados de línea; lo demas era colecticio y puro cholage sin consistencia militar. ¿Qué se hicieron y dónde estaban esos 24 mil hombres que se le suponen al Virrey del Perú?

Reduzcamos pues á lo verdadero las imaginarias ventajas que se quiere dar á la expedicion contra el Virreinato del Perú; y contentemonos con decir que fué producto natural de las aspiraciones tradicionales de la Revolucion Argentina: cuyo primer pensamiento desde 1810 fué marchar adelante hasta proclamar en Lima su triunfo definitivo.

La resistencia del general San Martin á soste-

ner el órden constitucional, cruzó como un toque de alarma por todas las provincias; é introdujo su funesto contagio en el *Ejército Auxiliar del Perú* de cuyo mando se habia separado el general Belgrano postrado ya y verdaderamente sin aliento vital. Allí tambien, comenzó á decirse que los ejércitos de la nacion no eran para sostener al gobierno ni para tomar parte—«en esa guerra civil»—sino para batallar con los españoles. Pero, la doctrina, como lo vamos á ver, era tan elástica, que en todas partes podia cobijar aspiraciones de muy distinto género, y servir para que cada general, ó gefe de influjo, pensara en hacer del ejército nacional un instrumento de prepotencia personal en su respectiva provincia ó para sus miras particulares.

Por lo pronto, la provincia que mas expuesta quedaba á ser presa de esta doctrina que se habia hecho de moda, era la de Córdoba. El *Ejército Auxiliar* seguia acantonado en el Pilar á doce ó catorce leguas de la ciudad, bajo las órdenes de dos gefes cordobeses que tras la cortina de la hipócrita abstencion preparaban tambien la rebelion del ejército para segregar su provincia—«de la guerra civil»—y entronizarse en ella: Bustos y Paz. Refunfuñaba en esta provincia desde 1811 un partidito local, semi-burgués y ramplon, que aunque impotente por sí mismo para fundar cosa que valiera, pretendia tambien rivalizar de influjo con Buenos Aires, y

constituirse en republiqueta con algun otro soberano del jaez de Araoz en Tucuman. Nos asegura el general Paz en sus *Memorias,* que ese partido contaba con la opinion general y con el favor popular de la provincia: ya veremos que no era así. Pero si eso hubiese sido verdad, habriamos tenido la repeticion de las ranas de Esopo que despues de tanto gritar por que les diesen un rey, apenas les hizo Júpiter el gusto, se pusieron de hinojos (el señor Paz entre ellas) llorando á lágrima viva por que les quitasen el rey que habian pedido. Ese partido al que se adhirió el señor Paz por una ambicion prematura, y quizá inexperta, no pasaba de ser un circulillo de descontentos que venia mohino y atufado desde los tiempos de Diaz y de Juan Pablo Bulnes. Pero no estaban con él, sino con el gobierno nacional, los Funes, los Fragueiros, los Bedoyas, los Baigorri, los Learte, ni la alta burguesia de la provincia; y bien poco contaba como opinion pública que algun Pedro Juan Gonzalez, de los que por resabios de familia unos, y otros por el rencor local que siempre rezonga en los rincones de un pais cualquiera contra el brillo social de los grandes centros, redujeran la nacion y el mundo al placer de tener una república cordobesa é independiente. Que las masas inorgánicas estuvieran mas dispuestas á entender así la política nacional, que á vincularse á una capital y al influjo de autoridades impersonales como deben ser la de un

organismo regular perfecto, no es cosa de disputarse; ni tampoco lo es que ese sentimiento material de apego al terruño pudiera ser á su vez una fuerza cooperante á la disolucion política si se le azuzaba contra el órden legal. En pleno siglo XIX hemos visto á la *Comuna de Paris* revolver y levantar la barbarie de las masas de la mas culta ciudad del mundo. ¿Y era esa la opinion pública de Francia?

Las divagaciones á que el señor Paz se abandona al tocar en sus Memorias la faz criminal de la sublevacion de *Arequito*, no son nada mas que las alegaciones de que todo reo se vale para exculpar los hechos con que le hace cargos el proceso. No hay tonteria ni calumnia de que el señor Paz no eche mano; y al argumentar contra el régimen establecido, se olvida de dos cosas capitales que echan por tierra cuanto pudiera decir en defensa de su complicidad— « el primero: que por la Constitucion que acababa de sancionarse *se cambiaba* radicalmente todo el personal del gobierno y de las Cámaras, no solo librando lo nuevo á la inmediata eleccion de los pueblos, sino declarando que — « ninguno de los miembros del anterior órden en lo ejecutivo y en lo legislativo, podia ser electo ni entrar á ejercer jurisdiccion política en la administracion subsiguiente. ¿Que mas podian pedir ni querer los partidos de oposicion? Y aún suponiendo que tuviesen todas las quejas posibles contra los

hombres y las cosas que iban á retirarse del gobierno ¿ no quedaba subsanado el mal y salvado el porvenir con ese cambio? ¿no es eso lo que se hace en todos los pueblos libres? ¿ no es ese el modo como se constituyen, se reforman y se reconstituyen las mayorias gubernativas?.... Otro argumento al aire con que el señor Paz falsifica un hecho capital para excusarse: es — «que el gobierno *habia violado de mil modos* y *á cada instante* la constitucion que el mismo acababa de hacer jurar». Apenas puede darse un antojo mas raro! Verdad es que el señor Paz escribe de memoria y treinta años despues, mas ó menos, de la época en que tuvieron lugar los hechos. Si hubiera consultado los periódicos habria visto que la Constitucion se habia jurado en Mayo: que despues de jurada era menester comenzar por el principio, es decir, por elegir las Cámaras; que solo despues de electas las Cámaras podia organizarse el Poder Ejecutivo, y organizar en comun el Senado; y despues de todo—que cuando Bustos y él sublevaron el ejército nacional en Arequito, habian llegado recientemente á los intendentes de las Provincias las convocatorias para reunir los municipios y proceder á las elecciones. ¿Quien era pues el que habia violado esa Constitucion que aún no tenia los elementos de vida que iban á dársele? ¿El señor Pueyrredon? No, porque habia dejado el gobierno, y ningun daño podia hacer ya. El señor Rondeau? No,

por que apenas electo habia tenido que salir á campaña. ¿Cómo habia podido ser violada entónces esa Constitucion que puramente nominal todavia? De ningun modo: y la única verdad del caso es que asi como el general San Martin lo abandonaba todo, la patria y los amigos, con la mira de llegar á Lima antes que Bolivar, para retirarse en plena posesion de la gloria á vivir en la plácida nombradia que era el mas querido ensueño de su vida; así, Bustos y Paz procedian sin otra mira que la de centralizarse en Córdoba con un pequeño ejército lugareño, dejando al tiempo que el espíritu público nacional viniera á buscarlos para el bien, ó á decirles que habiendo ya reinado lo bastante era menester desocupar el asiento. Pero es que en el asiento, cordobés y pequeño, no habia lugar para dos; y que alguno de ellos tenia que ser burlado por el otro.

Ambos se necesitaban por el momento, pero los dos se traicionaban y pensaban trampear en el juego. Sin Bustos nada podia hacerse porque ademas de ser Gefe del Estado Mayor del Ejército acantonado en el Pilar, haciéndose el palurdo y el bonachon se habia captado el afecto de algunos comandantes de cuerpo, hombres vulgares y oscuros, pero de graduacion, que eniéndolo por buen compañero y juicioso suerior, habian entrado poco á poco en sus leas, y contaban con hacer fortuna á su lado. ustos era uno de esos hombres astutos y

egoistas, que todo lo cubren con las mas tranquilas apariencias de la lentitud y de la condescendencia. Pero allá adentro de su calma tenia espíritu de autoridad y sabia calcular el momento y la ocasion de servir sus intereses. Sin que afectara ser reservado, conseguia que nadie penetrára en él otra cosa que su juicio y su bondad. Era querido y respetado como un buen patron; en el fondo era buenhombre; y si alguna vez cometió alguna violencia en momentos de enojo, no pasó de un puntapié, de un sopapo, ó de un empujon, volviendo despues á la calma seráfica con que disimulaba su ambicion.

Estas calidades que no eran tan negativas como pudiera creerse á primera vista, por que en su género eran eximias y geniales, le habian grangeado la mas grande estimacion de parte del general Belgrano, espíritu simple é incapaz de sondear un tartufo sin pasiones ni antojos visibles, que parecia indolente pero que cultivaba con respeto el trato de su general y que tenia convenientemente arreglado su regimiento. Fué así como llegó á ser entidad, á merecer comisiones de importancia, á estar en la escala para ser gefe del Estado mayor general, cuando el general Cruz pasó á general en gefe por la ausencia del general Belgrano.

Por lo demas, como soldado y como militar, Bustos era de lo mas mediocre y adocenado que 'puede figurar en un ejército. No tenia

ninguna de las calidades del oficio: carecia de empuge y de iniciativa en el momento crítico del combate: no sabia discernir con rapidez y oportunidad cómo ni adonde debia cooperar: ignoraba no digo el arte sino las reglas mas elementales de la estrategia y la combinacion de los movimientos parciales, ya fuera en una campaña, ya en una batalla; y Paz que tenia en grado supremo el talento, las habilidades y la escuela de un eminente militar, que no siendo sino comandante de cuerpo se sentia capaz de mandar y de hacer maniobrar en la guerra cinco ó siete mil hombres, miraba á Bustos con el mas profundo desprecio; lo tenia por un figuron de paja que despues de hacerlo servir de espantajo, se le pone á un lado como cosa inútil. Pero se engañaba, Bustos lo habia penetrado á él, él no habia penetrado á Bustos; y eso que Paz no pecaba por franco ni por espontáneo, y que en cuanto á sorna y taimaduras allá se las llevaba con su jefe. Pero habia una diferencia; Bustos sabia que Paz era un peligro; y Paz, por su misma distincion, no podia ocultar que á su vez miraba á Bustos como un obstáculo. Engañándose pues recíprocamente, y teniéndose por ignorados el uno del otro, obraban de acuerdo contra el gobierno nacional.

Cubierto con su posicion, con su grado y con su caracter, nadie habia sospechado en el

ejército que Bustos conspiraba. Pero Paz habia tenido que hacerse agente activo del inícuo intento. Solícito en hacerse gefe de un partido personal en la burguesia sediciosa de Córdoba, que á su tiempo lo apoyara contra Bustos, iba y venia á la ciudad pretestando diversos motivos. Bustos lo seguia y lo empleaba en esas diligencias sin inquietud por que tenia seguridad de los gefes adheridos á su persona, á quienes Paz no era simpático por su juventud: y tambien, por que cuando la superioridad de los talentos transpira de iguales ó de inferiores grados ofende siempre el amor propio y las pretensiones de los del oficio. En esta situacion estaban las cosas cuando el general Rondeau salia á campaña contra las correrias vandálicas de los montoneros en los campos de Buenos Aires.

Habia llegado pues el momento supremo de poner en campaña el ejército que mandaba en Córdoba el general Cruz. Se le ordenó á San Martin que inmediatamente reforzara á Cruz con los *Granaderos á Caballo* y con el N. 1º Cazadores de los Andes y que hiciera repasar á Cuyo el resto del ejército que estaba aún en Chile. El general San Martin, como hemos visto en su carta del 9 de Noviembre (pág. 23 á 26) ocupaba activamente su tiempo en engordar caballos y remontar esos regimientos para pasarlos á Chile, y expedicionar sobre

Lima. El general Cruz trató de cumplir las órdenes del gobierno reuniendo todos los elementos necesarios para emprender su marcha. El pensamiento del gobierno no era ya operar con tres cuerpos combinados, sino concentrar todas las fuerzas en un punto central al extremo norte de la Provincia de Buenos Aires; y despues de haber asegurado la quietud pública en la capital y la seguridad de la campaña abrir su marcha sobre Santa Fé con diez mil hombres, consolidar la situacion en Córdoba, arrojar á los montoneros al otro lado del Paraná y trasladar cuatro mil hombres á Entrerrios para limpiar de bandoleros las costas del Uruguay á uno y otro lado, en combinacion con las tropas portuguesas que operaban en la costa oriental. Seria necedad dudar de que los sucesos de 1820 habrian tomado muy diverso carácter, si, cumpliendo los gefes militares con su deber, hubiesen realizado la concentracion que se les habia ordenado. Y cuando se argumenta que el resultado mostró que todo habria sido inútil, se olvida muy graciosamente que ese resultado fué producido por los gefes que se sublevaron, y no por las tropas ni por el desórden social. Es el colmo de lo absurdo deducir de esta sublevacion que lo mismo habria sucedido sin ella. Eso equivaldria á sostener que *sí* significa *no;* y que la consecuencia de un hecho positivo es igual á la consecuencia del hecho

contrario. En esta falacia consiste precisamente la doctrina estúpida de la *fatalidad histórica:* que suprime la libertad, el mérito y la responsabilidad de los agentes libres en el bien y en el mal; y que comienza á tomarse como base de criterio para materializar el derecho criminal suprimiendo la responsabilidad del hombre que piensa y que habla, para no imponerle mas elemento de criterio delante de la ley y del crímen que el instinto de la bestia. Lo que sucedió debia suceder!.... No: por que lo que sucedió no fué obra de las masas sino de hombres inteligentes y libres, que no solo pudieron sino que *debieron dejar de hacer lo que hicieron.* La mejor prueba de que los ejércitos no estaban contaminados cuando los generales y gefes los sustrajeron á la obediencia del gobierno nacional, es: que ni aún despues de producido el desórden y el escándalo, se adunaron jamás los soldados ni los oficiales con las montoneras del litoral ni con los anarquistas de provincia. Quedaron como entidades incoherentes, antipáticas, irreducibles. Los de los Andes y los de Bustos siguieron sumisos á sus gefes de cuerpo; y los de San Juan, no sabiendo que hacer se disolvieron sin dar un solo hombre á la montonera; que quedó estricta y esencialmente en su carácter de fenómeno montaraz y selvático en Santa Fe, en Entrerrios en Corrientes y en la Banda Oriental.

El Ejército *Auxiliar* alzó su campamento del

Pilar á las órdenes del general Cruz el dia 12 de Noviembre de 1819; y de acuerdo con las órdenes del Director Supremo don José Rondeau, emprendió su marcha hácia el *Rosario* para cortar por el sudeste la provincia de Santa Fé y reunirse al Director en San Nicolás de los Arroyos. Los montoneros no tenian fuerzas capaces de estorbar esta marcha: ni el Ejército Auxiliar tenia por que preocuparse de ellos, pues le bastaba seguir impasible su camino para estar seguro de que lo encontraria despejado. Aquellas hordas corredizas no eran capaces de estrellarse contra los soldados ni de resistir las cargas de la caballeria veterana. El general Cruz, hombre grave y sensato, estaba bien al cabo de que Bustos y Paz trabajaban por sublevar el ejército antes de que pasase á Buenos Aires; pero, como contaba con algunos gefes distinguidos y honorables, como los coroneles Zelaya, Pinto (chileno), Moron, Leon Dominguez, Lamadrid, Benito Martinez, Antonio Ramirez gefe de la artilleria, creia que llevando su marcha con firmeza en la direccion en que la habia emprendido, conseguiria ponerse en Buenos Aires antes de que los conjurados hubiesen tenido tiempo de ejecutar el plan inícuo que meditaban. Sabia tambien el general que el mas persistente y el mas apto de los sediciosos era el teniente coronel Paz; (13)

(13) Mem. de Paz vol. 2 páj. 18—Memoria de la Madrid pág. 178 y siguientes.

y con el fin de inutilizar sus dañinos trabajos le ordenó que retrocediese con 50 dragones á ponerse á las órdenes del coronel Arenales que quedaba en la Villa de los Ranchos (Córdoba) organizando una division de milicias para tomar sobre el *Tercero* la posicion que habia abandonado el ejército. La órden sorprendió al comandante Paz en medio de sus afanes, pero como no la habia previsto ni acordado el momento de la sublevacion, tuvo que acatarla y que ponerse en marcha; pero era demasiado marrajo para no encontrar un medio de volver á las suyas sin perder mucho tiempo; y así que llegó á *Calchines*, se adelantó solo con tres soldados como si fuese en busca de Arenales, y volvió á poco rato poniéndose otra vez en busca del ejército ansioso de llegar antes de que hubiese adelantado sus marchas hácia Buenos Aires. El ejército iba en camino cuando Paz lo alcanzó en la tarde del 9 de Enero; y como su regimiento iba á la cabeza de la columna, se ingenió de modo á ir pasando por entre los cuerpos para hablar con los oficiales conjurados y advertirles que se pusiesen de acuerdo con Bustos por que era indispensable sublevarse esa misma noche. De no hacerlo así, el general Cruz tomaria medidas al otro dia pues estaba ya visto que conocia la conjuracion. Despues de haber pasado esta revista haciéndose el que buscaba el cuartel general, se presentó

en él á dar cuenta de su comision, y dijo—«que *el coronel Arenales le habia dado órden de regresar al ejército por que se habia falsificado la noticia de haberse levantado montoneros en Córdoba.»*

Es demas decir que el general Cruz no creyó ni una palabra de lo que le decia el comandante Paz; y presumió que se le hacia una burla de malísimo género. Pero, su característica prudencia era siempre causa de que prefiriese reflexionar con lentitud aún en aquellos casos que exigian energia rápida y accion decisiva; y en esta ocasion creyó mejor dejar para el dia siguiente las medidas preventivas que pensaba tomar. Si en vez de eso hubiese llamado á los gefes en quienes confiaba, y hubiese prevenido la ejecucion del crímen en la debida forma, habria salvado el ejército; por que tenia medios y fuerzas con que sofocar el motin como lo vamos á ver. (14)

1820
Febrero 9-10

Al dar las doce de la noche el comandante Paz se puso á la cabeza de su cuerpo. Dió órden de montar á caballo, y fue el que tuvo la triste gloria de iniciar el movimiento prendiendo inmediatamente á su gefe el benemérito co-

(14) Este paso del señor Paz fué causa de que cuando se vió en desgracia al fin de ese mismo año, el general San Martin prevenido por Arenales se hubiese negado redondamente á recibirlo en el Ejército de los Andes.

ronel Zelaya, el hombre mas acreditado en el ejército desde su formacion en 1811 por su bravura y su honrado carácter. A la voz de los Dragones, el segundo gefe del núm. 2 se echó sobre su coronel don Bruno Moron y lo puso en arresto; siguiólo el núm. 10 cuyos capitanes arrestaron al coronel Pinto. Dudando los oficiales conjurados del cuerpo de *Húsares* que pudieran levantarlo en masa, por la popularidad de que su gefe el coronel Lamadrid gozaba entre ellos, le habian indicado al gefe del E. M. G. coronel Bustos que dividiese el cuerpo por razones de servicio; y así arrastraron al 2º Escuadron quedando Lamadrid con el 1º

Los gefes sublevados proclamaron general en gefe al coronel Bustos; y bajo sus órdenes salieron del campamento y fueron á formar en línea á una distancia de diez cuadras al frente donde esperaron que amaneciese.

Apercibido el general Cruz de que habia estallado el movimiento que tanto se temia, reunió en Consejo á los comandantes de los batallones que quedaban á su lado, á saber: los coroneles José Blas Pico, Leon Dominguez, Benito Martinez, Antonio Ramirez y Lamadrid. Este último queria emprender un ataque inmediato sobre los sublevados; convencido de que así que él se presentase á *sus Húsares*, estos y multitud de soldados de los otros cuerpos, habian de aclamarlo y volver á la obediencia. Los demas

opinaron que lo mas conveniente era salvar el parque y los trenes de artilleria, que afortunadamente habian quedado en el Cuartel General, y continuar la marcha al dia siguiente hasta entrar en los campos de Buenos Aires.

Al amanecer pudo verse que los sublevados habian recojido y retirado gran parte de las caballadas, las boyadas del parque y de la comisaria. El general Cruz reclamó que se le devolviesen las que pertenecian á las tropas que habian preferido seguir á sus órdenes: vino entonces el coronel Herédia por parte de los sublevados á prometer que las dividirian con tal que se dividieran tambien el Parque y la Comisaria. El general en gefe rechazó la exigencia: mandó uncir los bueyes que pudo recojer, y puso en movimiento su columna. Al momento aparecieron en el horizonte gruesas partidas de montoneros; pero eran impotentes para detener la marcha. Los sublevados seguian á la distancia tras de la columna; pero como vieran que esta se internaba decididamente, y que habia avanzado ya como dos leguas arrollando á los montoneros, se presentó otra vez el coronel Alejandro Herédia acompañado de don José Maria Paz y repitieron la misma exigencia intimándole que de no acordarla se veian forzados á emplear contra él la superioridad de su caballeria. Los montoneros se agrupaban distanciados de uno y otro cuerpo del ejército; pero evidentemen-

te resueltos á intervenir contra la columna de Cruz. En este conflicto, el general se resolvió á detener su marcha y entró en convenio con los sublevados para dividir el parque, los caballos, los bueyes, y la comisaria. Tomóle en este trabajo la noche, y como era de esperar, comenzó la desercion y la relajacion de la disciplina en los cuerpos que el general Cruz queria mantener bajo sus órdenes.

Estaba apenas amaneciendo el dia 11 cuando una partida de montoneros se adelantó y trabó un nutrido tiroteo con el campamento del general Cruz, como si trataran de traerle un ataque general. Pero Bustos, que tenia sus *miras ulteriores* como lo veremos, y que no estaba dispuesto á entrar en ligas con nadie, le ordenó á Herédia que montáse sus tres escuadrones, que saliese á protejer el campamento del General en Gefe, y que intimase á los montoneros, con una demostracion séria, que si no se retiraban los iba á sablear *sin piedad.* Al verá los *Dragones* y á los *Húsares* en ademan de cumplir la intimacion, los montoneros se replegaron á gran distancia contentándose con observar de lejos los movimientos de las tropas. Esto prueba lo que antes digimos.

No pudo sin embargo sostenerse el propósito de continuar la marcha; la tropa se desprendia por grupos, y la que tomaba diversa direccion del cuerpo sublevado, era prontamente alcanza-

da y traida á él por sus partidas. Fué preciso pues suspender la marcha y entregarse. Dueño de todo, Bustos contramarchó por el camino de Córdoba.

Bustos habia llegado á sus fines: estaba ya en posesion del poder militar con que pensaba entronizarse en *su provincia*. Pero Paz quedaba forzado al papel de aspirante. Allá en sus adentros tenia plena confianza de que muy pronto tomaria el primer lugar, levantado por el círculo burgués que habia respondido en la ciudad á la sublevacion del ejército. Fuera del menosprecio que hacia de Bustos, teniéndolo por mas estúpido é inepto de lo que era, se tenia él por el oficial mas distinguido; y presumia de tanto influjo en las tropas que contaba con ponerlas al servicio de los actos y arreglos populares que tomase el pueblo, seguro de que serian todos en el sentido de su ambicion y de las medidas que habia preparado para propiciárselos de antemano.

Hacia apenas dos ó tres dias que el ejército retrocedia lentamente por la pampa en direccion al *Rio tercero,* cuando apareció en el horizonte del naciente, á eso de las ocho de la mañana, un grupo de ginetes que galopaba con gallardia y confianza hácia el campamento de Bustos. Era don José Miguel Carrera con una alegre comitiva que venia festejando el fausto acontecimiento que les aseguraba la victoria contra el gobierno nacional, y el avasallamiento de la capital. Venia

Carrera plenamente poseido de su importancia y del influjo que contaba ejercer sobre Bustos para ponerlo de parte suya, y sacarle cuando menos una buena porcion de tropas.

La sublevacion de Arequito les habia quitado á los montoneros el único obstáculo que habian tenido para lanzarse sobre Buenos Aires. Pero compensaba Bustos la carencia de talentos positivos con una rara habilidad para envolver sus miras en las apariencias de una pesada negligencia; y mostrando solo cierta sensatez vulgar, que para muchos pasaba por estupidez, ocultaba en el fondo un intenso egoismo; que á la vez, como toda calidad muy desenvuelta y preponderante, alcanza á ser un poder efectivo, y tanto mas peligroso cuanto menos perceptible es al vulgo de los que lo sirven ó lo ayudan. El silencio vulgar y complaciente de Bustos, mirado por dentro de su alma podria compararse con una gruesa piedra colgada siempre en su centro de gravitacion: sin balances pero sin desvios.

Así que Bustos vió próximo á Carrera se adelantó á recibirlo con la apatia que le era natural, un tanto mas afectada y fria quizá. No así Carrera; quien al ver—«al Héroe de Arequito» se tiró del caballo con su garbo habitual, y vino con un semblante animado por el entusiasmo en ademan de abrazarlo. Pero este, haciéndose encogido y modesto, aparentó no compren-

der la efusion petulante de su huésped; y como con cortedad y cierta sonrisa indecisa ó vaga, le alargó una mano floja y fria que desconcertó á Carrera. (15)

Haciéndose siempre el pobre hombre, Bustos regresó hasta la puerta de su tienda con Carrera y lo invitó á sentarse en unas banquetas, mientras los oficiales y acompañantes de una y otra parte, se colocaban en grupos por detrás. Siempre encojido, Bustos mandó que trajesen *un mate* y se quedó en silencio, sin iniciar ni preguntar cosa alguna. Conoció Carrera que á él le tocaba animar aquel bulto inerte que tenia por delante, y tomando sus grandes aires le dijo: — « Vengo por encargo de mis Aliados y compañeros— el Jefe Supremo de Entrerrios y el señor Gobernador de Santa Fé, á felicitar á V. E. y á los generales que han derrocado la tirania corrompida que pesaba sobre el país; y yo, señor general Bustos, tomando la voz del pueblo chileno y á nom-

(15) Recibí estos datos en 1840 en Córdoba, del señor don José Gregorio Baigorri, y del doctor en Medicina don Juan Gordon que me dijo haber estado presente. Despues de tres años los ha corroborado el señor B. Mitre diciéndonos que los habia recibido verbalmente del señor general Paz, aunque este no los incluye en sus—«Memorias»—ni los habia recordado el señor Mitre en sus tres anteriores ediciones de la—«Vida de Belgrano». Pero en una carta al señor Barros Arana, le decia que se atuviera á los pormenores con que yo habia trasuntado este suceso, por que por lo pronto no le podia dar otros.

bre de toda la América del Sud, declaro, señor, que V. E. es el benefactor mas grande de las dos Repúblicas; y espero que unido con V. E., si V. E. me acepta por amigo para cooperar á la grande obra, como no lo dudo, de libertar á mi patria de sus dos verdugos, y restituir la moral y la igualdad entre los dos pueblos libres, espero, digo, que un dia próximo el nombre de V. E. y de los que le han ayudado en este gran paso, serán colocados por la gratitud universal en la galeria de los grandes hombres.»

Bustos mientras tanto ni levantaba los ojos del suelo ni cambiaba la vaga sonrisa que parecia estereotipada en sus carrillos. Pero el teniente coronel Paz, indignado de los elogios que Carrera le prodigaba á Bustos delante de los oficiales del Ejército, se dió vuelta, y salió del grupo, diciendo en voz inteligible que podia ser oida de todos—«*Este badulaque no sabe el terreno que pisa.*»

—Si señor, contestó Bustos: los señores gefes que me acompañan no gustaban de la guerra civil: yo tampoco; y creo que los pueblos *de este lado* están muy cansados tambien. Como se piensa en llevar la guerra al Perú, á todos nos gustaria mas contribuir á acabar con aquellos tiranos estrangeros para entrar cuanto antes en paz.

—Pero eso no se logrará, señor general Bustos, antes de que un cambio radical de cosas

tenga lugar en Buenos Aires, en Cuyo y en Chile, para que formándose una fuerte alianza de Pueblos á las órdenes de héroes populares como V. E., el general Ramirez y el general Lopez, y no de tiranos impopulares como O'Higgins y San Martin, sea posible combinar *nuestros* grandes medios de accion y asegurar el resultado. Chile, señor general, es la base de operaciones necesaria. Pero Chile, señor general, ódia á sus mandones ; Chile gime bajo la planta brutal de dos caciques coaligados para robar y para oprimir á todo el mundo; y mientras Chile no sea libre, mientras Chile no se incorpore con la masa de las riquezas y de los recursos que tiene, crea V. E. que es un delirio querer llevar la guerra al Perú con fuerzas diminutas, con fuerzas que aspiran como aspiraba este benemérito ejército á sacudir el papel de opresores sanguinarios que los dos tiranos imponen á los gefes beneméritos que tienen que obedecerles.

Bustos continuó escuchando sin la menor emocion ni mirar siquiera á su interlocutor, y se quedó en profundo silencio cuando este dejó de hablar. Viendo que la situacion se hacia muy desabrida, insistió Carrera con otra exhortacion, y la terminó diciendo—He venido, pues señor general, ya que hoy *nuestros objetos son los mismos por identidad de posicion,* á que me diga V. E. con qué condiciones formaremos la alianza que ha de hacer comunes nuestros esfuerzos. El

Supremo Jefe de Entrerrios y yo, dejaremos á V. E. la posicion que quiera tomar, para que designe con qué fuerzas de las de este ejército, y con qué gefes ha de ser representado V. E. en la campaña que vamos á abrir.—Qué campaña, señor?—La campaña contra Buenos Aires y contra el partido de bribones que ha querido esclavizar la América.—Sobre ese punto, contestó Bustos con calma, no me atreveré á decir á V. cosa ninguna. Me parece que el ejército quiere ser neutral. Yo hablaré despues con los gefes. Por ahora lo que hemos resuelto es marchar á Córdoba: allí se verá lo que hemos de hacer. Pero yo no veo tampoco que necesidad hay de que ustedes hagan campaña contra Buenos Aires. Desde que este ejército ya no los amenaza, lo mejor seria hacer la paz y reunir un Congreso que ordene el mejor modo de que todos quedemos bien acomodados *en nuestro país*. Carrera hizo un gesto de impaciencia. Habló otra vez con tono imperioso y con evidente enojo de sus intereses y de su poder en Chile: se estendió ponderando las grandiosas vistas y los recursos de Ramirez; y creyendo que habia dicho lo bastante para cambiar las ideas de Bustos le preguntó con altaneria:—¿En qué quedamos, general?—En nada, *amigo;* le contestó Bustos: lo que á mí me gustaria es la concordia y un nuevo Congreso que podria reunirse en Córdoba. Yo me propongo trabajar en eso y nada mas.—

Entonces, señor general, es difícil que V. E. consiga la paz, al menos con nosotros. A estas palabras de Carrera los de su comitiva dieron muestras de aprobacion.—De todos modos, general, he tenido mucho gusto de conocerlo, dijo levantándose, y creo que hemos de ser amigos al fin y por la fuerza de las cosas—Dios lo quiera! por que yo deseo mucho la paz, para que nuestros esfuerzos sean todos dirigidos contra los españoles.

Es difícil no encontrar en el motin de Arequito un cierto influjo, que será indirecto si se quiere, pero que parece ligarse á las ideas y á los propósitos de San Martin. El mismo general Paz asegura en sus *Memorias*, que fué por no mezclarse en la guerra civil, y por hacer la campaña del Alto-perú, que sustrajeron el ejército á la obediencia del gobierno. Y aunque los hechos subsiguientes, como veremos, no acreditan la disculpa, no cabe duda que una invasion por el Alto-perú cooperando á las operaciones de San Martin por las costas del Pacífico, era y habia sido siempre con razon uno de los pensamientos favoritos de este general. Contribuyó pues de otro modo que con su ejemplo al motin de Arequito halagado con la esperanza de que el *Ejército Auxiliar* regresase á Salta y se preparase á la accion combinada que requeria su empresa?

La verdad es que Bustos no solo estaba re-

suelto á no entrar en liga con los caudillos del litoral, sino que continuó en amistosas y frecuentes relaciones con San Martin y con O'Higgins: quienes, por lo menos lo lisonjeaban especialmente con el interés de que cubriese el órden y la tranquilidad en Cuyo, estorbando así las pretensiones subversivas de Carrera que miraba esta provincia como su centro y su camino para restablecer su poder en Chile.

Cuatro dias antes del motin de Arequito, y casi repentinamente, habia San Martin trasmontado los Andes,—« pretestando como antes (dice « Barros Arana: Rev. Chil., tom. III, pág. 634) « el mal estado de su salud; y en la tarde del « 13 de ese mismo més se reunia con O'Higgins « que habia salido hasta Huechucaba para reci- « birlo con los brazos abiertos». En los mismos dias Pueyrredon fugaba de Buenos Aires, y tenia que asilarse en Montevideo bajo la égida del gobernador portugués!.... Como habia de incluirlo el general San Martin entre los tres amigos gratos á sus recuerdos en 1827!

« Los riesgos que amenazan á la Patria (decia « la *Gaceta Oficial* hablando de los montoneros) « con los anuncios de la Expedicion española han « sido calculados por ellos friamente; y han servi- « do de base á la nueva agresion á que han dado « principio con inauditos escándalos, etc. etc.»

Esta otra amenaza, tomaba, en verdad, proporciones graves. Los ministros ingleses habian

avisado con interés á los representantes argentinos que España enviaba decididamente su grande ejército de Cádiz sobre Buenos Aires, y que *todo estaba formalmente preparado* para que las fuerzas saliesen de la Península en los primeros dias de 1820. El embajador inglés en Rio Janeiro le participó al doctor don Manuel José Garcia una comunicacion de su gobierno, en que se le ordenaba que participase al Rey de Portugal que la conviccion del gabinete inglés era que en Enero de ese año saldria el convoy espedicionario.

Si esto se realizaba, Buenos Aires estaba irremisiblemente perdido. Su estado interno se hallaba de tal manera anarquizado, y su espíritu tan postrado, que el Gobierno no podia hacerse ilusiones. Era indispensable abandonar la capital, hacer salir á sus moradores capaces de llevar armas, y tratar de enardecer la lucha en los campos!

Por fortuna el formidable armamento se habia sublevado en esa misma semana. Buenos Aires estaba salvado; pero el general San Martin habia partido á Chile sin saberlo, y desde entonces quedó fuera de las desgracias y del resurgimiento de su patria.

El recuerdo del motin de Arequito fué siempre un motivo de perpétuo arrepentimiento y de delorosas impresiones para el general Paz; y cuando despues de 30 años se puso á escribir

sus *Memorias*, invocó causas insustanciales para atenuar las tristes responsabilidades que ese error le habia impuesto en las largas desventuras del país, que duraron mas allá de su muerte. Conociendo que el mas grande pecado de su vida era haber contribuido al triunfo del desórden y de los montoneros sobre el organismo político de su país, pone, al escribir sobre el malhadado suceso, un solícito esfuerzo en asegurar que el motin de Arequito se habia hecho *sin la menor inteligencia con los gefes federales ni con la montonera santafecina*.

Puede ser: pero la cuestion de fondo no es esa, sino saber si los que sublevaban el ejército como el señor Paz, hacian *lo mismo que lo que hacian los montoneros* y *los federales*, precipitando en un desquicio general á la Nacion. El coronel Paz era demasiado ilustrado y habiloso para creer que la sublevacion de aquel ejército veterano pudiera tener por objeto volver á las fronteras á hacer la guerra contra los españoles. El señor Paz sabia muy bien que ese pretesto era *falso* é *imposible*. Un hombre como él no puede decir cosas que son contrarias al sentido comun mas elemental. ¿Con qué GENERAL y bajo la accion de qué GOBIERNO iba el señor Paz á emplear ese ejército en el Alto Perú? ¿Con qué recursos administrativos, con qué jurisdiccion, con qué centro regular y orgánico de poderes públicos, iba á operar ese ejército, ó iba á

mantenerse concentrado como una fuerza militar organizada? Pues qué ¿no puede ver cualquiera que eso era imposible, y que semejantes absurdos no habian podido entrar *en la mente ni en las esperanzas* de los que sublevaron el Ejército Auxiliar? El señor Paz no podia suponer que esos batallones y escuadrones pudiesen ir á buscar el cuartel general de San Martin en Chile. Lo primero que este general habria hecho, habria sido separar los malos gérmenes que llevaban no solo para cumplir con su deber, sino por interés propio y ejemplo de sus propias tropas y gefes. No es lo mismo desobedecer que incorporar revoltosos. El mismo señor Paz conviene en que el general San Martin lo miró desde entonces con tales prevenciones, que jamás quiso permitirle que se incorporase al ejército del Perú, cuando desesperado de su mala situacion en Santiago del Estero, solicitó servir allí por medio de un amigo. (16)

Nos asegura el señor Paz que si él entró en el motin de Arequito fué con el objeto *de que el*

(16) *Memorias:* tom. II, pág. 42 y nota. El señor Paz era tan desafecto para con el general San Martin que hasta en sus Memorias ha dejado pruebas que jamás debieron manchar su pluma, y que desfavorecen su carácter, sin rebajar en un ápice las altas calidades, la pureza de procederes y las glorias del vencedor de los Andes. Véase sobre esto las *Memorias* del general Lamadrid, pág. 178 y siguiente.

ejército volviese á las fronteras á continuar la guerra contra los españoles. Con quién? y bajo qué órdenes? No seria con el general San Martin que se habia resistido á ir á esas fronteras. ¿Era acaso con Bustos con quién el señor Paz pensaba realizar sus tan nobles propósitos? .... Pero cómo? ¿No nos dice el mismo que hacia cuatro años que conocia á Bustos; que servia con él en el *Ejército Auxiliar;* y que jamás habia conocido—«hombre mas inepto, mas rastrero, mas egoista, ni de una negligencia mas vergonzosa que este malhadado personage, á quien llega hasta llamar *estúpido.*» (17)

Un ente semejante no podia ser pues el gefe predestinado bajo cuyas órdenes se proponia el señor Paz ver realizadas sus nobles miras. ¿Era con el coronel Güemes? A nadie miraba el señor Paz como mas inadecuado é indigno de mandar soldados y oficiales como él: ahí están sus *Memorias* para probarlo. El general Cruz es objeto de todas sus críticas, y era además un gefe leal al gobierno nacional. De manera—que por cualquier lado que se mire el problema,—no quedaba mas hombre apto que el comandante Paz para mandar en gefe el Ejército Auxiliar y gobernar el interior de la república.

Pero concedamos que él, ó algun otro de los que entraron en el desquicio, hubiera sido ese hombre necesario y apto para desempeñar las

(17) *Mem.* t. I, pág. 306, 308, 310 y sig.

miras y los servicios que el señor Paz le supone al motin de Arequito. ¿Cuál era el gobierno, el organismo político, el agente público que habia de dar la fuerza moral y disciplinaria de que ese hombre, ese general necesitaba para poner en accion su ejército? ¿Cuál habia de ser el centro de los recursos, el orígen y el carácter de la administracion que iba *á sostener* y *mover* los infinitos mecanismos que necesita un ejército nacional en guerra contra el extranjero? ¿En dónde pensaban los revolucionarios de Arequito colocar este centro de accion cuando ellos mismos destruian el único natural y posible sublevando las tropas? Bustos lo sabia: y era lógico cuando se encajonaba en su lugarejo y se sentaba tranquilo sobre las armas usurpadas. Pero cuando el comandante Paz pretende haber aspirado á mas altos fines, falta á la lógica mas elemental, y basta el buen sentido para ver que no pudiendo contar él con nada de aquello que era indispensable, no pudo tampoco tener otra mira que apoderarse de Córdoba y estender su influjo personal en el interior, por los mismos medios y sin mas fin que mandar. Despues de todo, ¿era acaso cierto que él y los gefes que participaron en el funesto motin tuvieran tanto horror á la guerra civil como el que pretestaban? (18)

(18) Yo tambien he tenido ocasion de tratar al general Paz. Frecuentaba yo en 1839 la casa del señor don

Lo que mas complicaba la situacion y daba lugar á que creciese la anarquia que comenzaba á dominar los ánimos, era el rompimiento del general San Martin con el gobierno nacional: que andaba de boca en boca exagerado por la

Narciso Lozano con una de cuyas hijas contraje despues matrimonio. Hacia poco que el señor don Manuel Ocampo, cuñado de don Julian Paz, hermano querido del general, se habia casado con otra señorita Lozano, y vivi en familia con su suegro y con su cuñado don José María Lozano, entre todos los cuales tenia yo una entrada y confianza fraternal que aún subsiste. El general Paz iba noche á noche á la casa con su antiguo camarada don Felipe Heredia. Se habia acostumbrado á verme, y á ver el afecto y estimacion que allí se me tenia, y sabia también por la familia el propósito que me unia á ella. No pocas veces me informó con franqueza, aunque con escasez siempre, de acuerdo con su habitual reserva, sobre sucesos pasados; sobre los presentes guardaba una estricta prudencia que todos respetábamos escusando aquellas franquezas sobre Rosas y su gobierno que pudieran comprometerlo, ó hacerle creer que lo comprometian. Se habló una vez de Bustos, y dijo: era muy hipócrita, muy nulo como militar pero intrigante y no tenia nada de tonto para lo que le convenia: «yo fuí su víctima en el negocio de Arequito» agregó. Irreflexivamente y quizá por inexperiencia juvenil le pregunté de pronto—Y por qué se sublevó el ejército en Arequito, señor general? El señor Paz vaciló un momento y dijo—Bustos por apoderarse de Córdoba y yo lo seguí por que era muy jóven y me ofusqué con otras ideas. Hay casos en que no se pueden apreciar bien las consecuencias de lo que uno hace. . . bien la he pagado, agregó, sonriendo. Sin mí Bustos no habria agar-

malignidad de los partidos hostiles y tâmbien por el pavor y el pesimismo de los que se creian abandonados y perdidos. Nada de lo que pudiéramos decir sobre esto seria mas claro que lo que escribia la *Gaceta oficial* en su número del 19 de Enero de 1820. Aludiendo allí á los tristes rumores de ese rompimiento y á la devolucion de los despachos de general argentino que el general San Martin habia hecho para aceptar los de general de Chile, decia «para conservar ileso su honor aquel ilustre gefe no necesita que se cuenten las cosas de otro modo que como son. No ha habido tal devolucion de despachos; lo que ha habido es UNA RENUNCIA del mando del ejército fundándose *en la ruina de su salud*, y todo el mundo sabe que hace mucho tiempo que el general San Martin padece un peligrosísimo afecto al pecho, que á lo menos en la noche le aflije estraordinariamente». A esto, argumentan los enemigos ¿y cómo es que si el general se halla en ese estado para rehusarse á hacer una cam-

rado á Córdoba ni habria valido nada, ni yo estaria así. Pues hombre, le dijo Heredia, consuélate por que ya vés como andan Lavalle, Olazabal, Martinez, y eso que no estuvieron en Arequito.—Doblemos la hoja, no hay cosa que mas me atormente que conversar de aquellos tiempos. En Montevideo fuí íntimo relacionado con don Julian Paz y muchas veces me ha dicho—«á José María lo enferma que le hablen de aquel tiempo; se figura que todos lo acusan de haber levantado á Bustos.

paña de verano, bajo el clima benigno de la República Argentina, prepara todo el ejército para ir á hacer una campaña en el clima pútrido y mortífero de las costas del Perú?—«El señor « general, habrá creido por delicadeza *que no* « *pudiendo venir á operar en campaña contra* « *los disidentes* debia hacer dimision del mando « del ejército de los Andes; pero el Supremo go- « bierno ha creido que no debia admitírsela, y « *si dejar á su discrecion todo el tiempo que* « *pudiera necesitar* para su restablecimiento». Se obgeta que esa falta de salud *no le prohibió el marcharse á Chile* y encargarse de la expedicion á Lima. El general San Martin es *dueño y libre* para aventurar su vida é ir á Lima agonizante si quiere.» Pero la voz pública y los amigos del gobierno preguntaban á su vez ¿y el ejército argentino que se vá con él, es tambien *libre y dueño* de hacer lo que quiera? El general es *dueño de esas tropas* de nuestro *Estado?*.. « No, señor: nosotros sabemos que la razon es « que el general San Martin está disgustado con « algunos *individuos notables de los que corres-* « *ponden á la actual administracion.*—Sí, se- « ñores, responde el Editor, así será ó no será « así: *así será,* porque *tal maña* se han dado « los que tienen interés en *desunir*, en *enemis-* « *tar,* y en destruir las relaciones de recíproca « benevolencia, de gratitud y amistad que le han « conservado siempre los que en ningun

« evento dejarán de ser los mejores amigos del « señor general San Martin: *no sera asi*, por « que dicho general conoce que los que han par- « ticipado con admiracion y enternecimiento de « sus gloriosas proezas, y los que han conside- « rado su persona como uno de los mas fuertes « baluartes *del órden* y de la libertad no cambia- « rán tan fácilmente de sentir, aún *concediendo* « *de gracia que hubiese algunos ligeros motivos* « *de disgusto.*»

La *Gaceta* invoca en seguida la *indulgencia* y dice: — «Entre los que mas ardientemente se « aman, *se levantan frecuentes tempestades* « *que no producen otro efecto* que el de estre- « char cada vez mas sus vínculos.... el resen- « timiento embarga el juicio y la razon: y en « este estado ¿presume alguno acertar? Ha- « gamos al menos de modo que no lo pague « nuestra *pobre* patria!.... Por este estilo cor- « ren tambien varios caprichos en órden á las « provincias de Tucuman y de Cuyo en que « cuando menos se exagera todo sin piedad.»

Otra catástrofe mas sangrienta, aunque de un carácter político muy diverso, habia tenido lugar en la ciudad de San Juan un dia antes de la sublevacion de Arequito. Los que decian que el repaso del Ejército de los Andes á este lado de la cordillera tenia tan grandes resistencias entre las tropas que era muy posible una desercion en masa, no decian la verdad. Por el con-

trario—lo mal visto en el ejército era la expedicion al Perú; los cuerpos argentinos, sin esceppcion, anhelaban regresar á la patria, como era natural y como sucede en todos los ejércitos del mundo cuando han operado largo tiempo en el exterior. El verdadero riesgo no era traer á este lado las tropas, sino volverlas á llevar. Eso era lo que el general San Martin temia; y de ahí su tenaz resistencia á condescender con el gobierno argentino en este punto. No tardó mucho en verse que esta era la situacion real de las cosas.

El núm. 1º de infanteria ó *Cazadores de los Andes* se hallaba acantonado en San Juan; y acababa de recibir una remonta con reclutas de esta provincia y de la Rioja que lo habia elevado á 1,200 plazas. De tiempo atrás era voz corriente entre oficiales y soldados que el cuerpo habia venido de Chile para pasar á Buenos Aires con los Granaderos á Caballo. Pero de repente se sabe la precipitada marcha del general San Martin, y comienza á susurrarse con pavor que pronto iban á regresar á Chile para marchar al Perú *por mar*. Difícilmente podia inventarse nada mas antipático al soldado argentino que ese alejamieuto y ese género de travesía, sobre todo en aquel tiempo, en que los ánimos subsistian aún bajo el influjo de los hábitos coloniales tan concentrados al foco nativo y tan ajenos á los percances de la navegacion. En San Juan como en todas las otras provincias existia un partido

local y mal inspirado contra las autoridades existentes, y por lo mismo enemigo del régimen político que les servia de base legal. Pero como el poder militar en Mendoza y San Luis, estaba mas concentrado en manos del general San Martin, y de su hombre el coronel Luzuriaga, que influido por los hombres y por los resortes políticos de Buenos Aires, el espíritu revolucionario prescindia allí de la capital y aspiraba á sacudir los influjos de San Martin y de Luzuriaga que eran los contrafuertes de la situacion local que los oprimia, ó que los agraviaba de cerca; y si hemos de decir mas, diremos que en esa tendencia, y con la voz de que el general San Martin desobedecia al gobierno de Buenos Aires, el partido disidente unia allí su espíritu con mas simpatia en favor de la capital que de los hombres y los intereses del general San Martin y de sus proyectos sobre el Bajo-perú. Escitado el terror de las tropas por la amenaza de volver á Chile, con las intrigas del partido disidente, y con el funesto influjo de la insubordinacion del general en gefe, se habia ido formando una situacion compleja, difícil y á la vez peligrosa. Agregábase todavia que la excesiva severidad del comandante Garcia-Zequeira, soldado cumplido y bravo, pero hombre de fierro que no tenia flexibilidad para él ni para los demás, y durísimo al trabajo y á la disciplina, pesaba demasiado sobre los soldados; y aunque sumamente respetado, no era querido; como lo

era por ejemplo Necochea entre los Granaderos: que se salvaron gracias á ese cariño.

Hacia algunos dias que los ánimos andaban sobresaltados, y que vagaban por el pueblo amenazantes rumores, sin que se percibiese síntoma alguno que dejase ver el punto del peligro, cuando el 9 de Enero rayando apenas el crepúsculo de la aurora, se sintió sacudido el suelo con repentinas y terribles descargas de fusileria. Era el regimiento Núm. 1° que acababa de sublevarse.—Lo primero habia sido prender y encarcelar en el cuartel al comandante Garcia-Zequeira, al mayor Lucio Salvadores, á tres capitanes, y á varios otros oficiales de honor; que de haber tenido tiempo, se habrian hecho matar ó hubieran convertido á los soldados á su deber. No les fué posible por desgracia ni tentarlo siquiera; y la sublevacion se consumó apareciendo como gefe del motin investido de toda la terrible autoridad del momento un cierto don Mariano Mendizabal, hombre corrompido pero bravo, que en tiempos anteriores habia pertenecido al N. 11, pero que habia sido arrojado del cuerpo y del Ejército.

Este tal Mendizabal era originario de Buenos Aires, imbuido del espíritu local mas genuino, é hijo de una familia sumamente distinguida entre la clase mas decente del vecindario. Habia sido íntimo compañero del que fué despues general L. Mansilla. Pero ahí, por esos

años se distanciaron, tomando distintas posiciones; porque la habilidad que le sobraba al uno, era en el otro fuerza torpe de pasiones, y abandono vicioso, aunque con sus ráfagas de alguna viveza. Apesar de sus vicios, Mendizabal habia conseguido en mala hora casarse con una interesantísima hermana del Teniente-gobernador de la provincia don José Ignacio de la Rosa. Era este señor el vecino de mayor importancia de San Juan: habia contribuido con su fortuna particular y con sus medidas á todo cuanto el general San Martin le habia exigido de la provincia para trasmontar los Andes y vencer en Chacabuco. Así es que el general y el gobierno de la capital lo consideraban como uno de los mas preclaros patriotas y cooperadores á los triunfos que habian asegurado la independencia nacional. (18)

(18) Mendizabal habia comenzado muy bien su carrera como sargento del núm. 1° de Patricios. Nos ha referido el coronel don P. R. de la Plaza que se habia señalado con mucho brio en las salidas que algunos piquetes del cuerpo hicieron por la calle del Correo (Perú) sobre el teniente coronel Codogan, y por la de la Victoria sobre las fuerzas del coronel Kington. Pasó despues a prestar servicio como veterano con el grado de teniente 1° en el Núm. 6 bajo las órdenes del coronel M. E. Soler. Volvió de capitan despues de la toma de Montevideo; y marchó con este grado en la division de Alvarez-Thomas que se sublevó en Fontezuelas. Se le notaba ya entonces el hábito de la embriaguez, y poca

Pero en tiempos de revolucion y en paises sacudidos por los vaivenes de la fortuna pública y privada, como lo estaba aquella provincia en 1819, no se puede apremiar á los pueblos ni aún para su propio bien, sin agraviarlos y provocar quejas que poco á poco toman mal carácter y se enconan. De ánimo resuelto, y animadísimo partidario de la espedicion á Chile, el señor La

delicadeza en sus costumbres; lo que fué causa que el coronel Las Heras lo separase del Nún. 11. No sabemos si asistió á la batalla de Chacabuco, pero en el tiempo subsiguiente sirvió en San Juan disciplinando reclutas con el grado de Sargento Mayor. Era Mendizabal un hermoso jóven. A pesar de sus vicios (quizá por lo mismo que era un calavera bravo y confiado) se captaba con facilidad el cariño del amable sexo; y una interesante niña hermana del Teniente gobernador don José Ignacio de la Rosa, el hombre de San Martin en San Juan, tomó tal pasion por aquel perdulario que no le hubo como evitar el enlace ni las aciagas desgracias que le trajo ella á su familia. Comenzó Mendizabal á mostrarse como era, dilapidador, haragan; insolente, é insaciable por arrancar dinero á la familia de su mujer, pesando de una manera abominable sobre su cuñado. No solamente cuando estaba ébrio sinó en su estado natural, tal vez por la irritacion continua en que lo tenia su propia decadencia moral, era torpe y brutal con la niña infeliz que se habia sometido á él; la castigaba con violencia y con golpes tan récios como los que habria descargado sobre un animal. Promovió cuestiones particionarias á su antojo, y no solo era así el tormento de la familia, sinó un perillan á quien todos tenian un verdadero terror en San Juan.

Rosa habia ejecutado repartimientos de contribuciones en dinero, en mulas, en bueyes, en víveres y otros géneros de exacciones indispensables, pero pesadas, que habian suscitado odios ocultos y formado contra él un partido de cierto valor relativo: en el que figuraban algunos vecinos reaccionarios como los Maradona, Janson, Laspiur Albarracin, Cortinez: unos por enfados locales, y otros por mala tendencia hácia los montoneros que con el título de federales no querian otra cosa que disolver el vínculo central y absorverse el mando irresponsable de su provincia.

En Arequito los gefes amotinaron el *Ejército Auxiliar* contra el gobierno Nacional, pretestando que querian imitar las nobles miras del general San Martin. En la de San Juan, los que amotinaron el regimiento N. 1º del ejército del general San Martin, protestaron que querian restablecer la *obediencia* al gobierno Nacional contra el general y los agentes que la habian roto. Por mas honorable y digna que haya sido despues la vida del general Paz, por mas viciosa y repugnante que haya sido la vida de Mendizabal, disienten ambos aquí diametralmente en los documentos y en las miras con que trataron de justificarse.

Consumado el motin y dueño absoluto de la ciudad, fué aclamado Mendizabal gobernador y comandante general de Armas por los oficiales

y por los vecinos de antemano complotados con ellos. Temian los sublevados que los cuerpos de Granaderos á Caballo y de Dragones de los Andes que estaban en San Luis y en Mendoza, marchasen sobre ellos; y mientras Mendizabal organizaba la defensa, se hacia reunion de *Cabildo abierto* y casi en tumulto, como era consiguiente, se elegia, ó se formaba, un nuevo ayuntamiento *de ellos, por ellos y para ellos,* como ha quedado de moda hacerlo siempre hasta bajo el régimen constitucional. No hay pues que escandalizarse ni hacer aspavientos.

Reunido el cabildo con el comandante general de armas se resolvió que se labrase inmediatamente una Acta solemnísima, en donde se hiciera constar auténticamente *que el objeto de aquel movimiento era el* restablecer en la provincia de Cuyo la supremacia legal y superior del Supremo Director y del Congreso de las Provincias Unidas, quebrantada y desconocida ilegalmente por las autoridades derrocadas, y rebeldes al gobierno establecido y á la Constitucion. Agrega el acta que entre las medidas urgentes y mas importantes, la principal sea: —«Dar un parte exacto al Exmo. señor Su-
« premo Director de las Provincias Unidas del
« Rio de la Plata, pidiéndole su suprema apro-
« bacion, y protestándole que el Gefe Militar
« y el Cabildo no se animan de otro deseo
« que del de recibir sus superiores órdenes y

« cumplirlas con toda exactitud y honor, á que
« están ligados por el solemne juramento que
« han prestado de *no reconocer otra autoridad que la de la Primera Majistratura de la Nacion:....* que el capitan Mendizabal se
« habia apoderado de la fuerza armada, y depuesto al Teniente Gobernador don José Ignacio de la Rosa *por coligado* con los *demás Gefes de la Provincia de Cuyo empeñados en desobedecer al Exmo. señor Supremo Director de la Nacion....* y que se tuviera tambien presente, que aunque electo en
« el primer momento, el Capitan Mendizabal
« habia renunciado obstinadamente para que
« no se creyese que habia tenido otro objeto,
« al apoderarse de la fuerza armada, que el
« de libertar de su tirano al Pueblo de San Juan
« *uniéndolo á la Nacion....»* y que por consiguiente, el Gefe Militar y el Cabildo estaban resueltos *á no reconocer otra autoridad* que la del Supremo Director del Estado.... asegurando y protestando que estaban unidos con intimidad en sus ideas políticas de sumision á la suprema majistratura y de *ódio á la anarquia* (es decir *á los montoneros.*)

Estendida esta acta, Mendizabal pasó una nota al Director en términos análogos, y el Cabildo hizo lo mismo. En la primera se hace referencia á duros y crueles castigos impuestos á los soldados, que quizas tuvieron algo

de cierto, porque el Comandante Garcia-Zequeira pertenecia á esa escuela rígida y severísima, que funda en la absoluta disciplina toda la excelencia de la fuerza militar. Pero lo importante de la nota como rasgo político es este:—«Dígnese V. E. mandar un Juez *nom-*
« *brado para tomar* conocimiento de lo que
« ha sucedido, y que sea persona imparcial,
« para que oyendo al pueblo en plena libertad,
« *trasmita* á esa supremacia el resultado de
« la causa.... y suplico rendidamente á V.E.
« que á la brevedad posible se sirva nombrar
« un teniente Gobernador—que cumpliendo con
« sus deberes, sepa merecer el aprecio de es-
« te noble vecindario.... y confio que tendrá
« á bien no desaprobar mi determinacion, y
« que si no obstante, ella pareciese disconforme
« á los principios liberales en *que está fundada*
« *nuestra Constitucion, sufriré con resigna-*
« *cion las penas á que me juzgue acreedor el*
« *recto ánimo de V. E.*»

Al proceder así, Mendizabal no procedia por *miedo* ni por inspiraciones de una política astuta y trascendental, sino por pasiones del momento y por motivos inmediatos ó *vulgares.* No procedia por miedo, porque el Director, no solo no tenia como amenazarlo, sino que no tenia como protegerlo de las numerosas fuerzas que el coronel Alvarado podia traer de Mendoza sobre él. Desde que Mendizabal desa-

fiaba al fuerte para acatar al débil y lejano, obedecia pues á sugestiones que no eran hijas de la prudencia ni del miedo. ¿Seria acaso por que era porteño y por que obraba inspirado en el *patriotismo local* que despertaba en él la supremacia de su provincia? Tratándose, como aquí, de un hombre audaz y aturdido, privado de otra luz mental para guiar sus afecciones políticas que el efecto inmediato y espontáneo de la tierra en que habia nacido, es presumible que al sentir los rumores de que se negaba á Buenos Aires su derecho á imperar, y de que se queria desobedecer al gobierno *de esa su tierra*, Mendizabal hubiera encontrado una bandera política á la altura de su razon y de su corazon; y que combinándose este sentimiento, mas ó menos político, con el deseo natural que tenian los soldados de no ser arrebatados al pais de su nacimiento, para espediciones lejanas, se formase el espíritu y la tendencia que hizo estallar al fin la sublevacion del regimiento y los matices políticos que presentó.

Entretanto, es digna de ser estudiada la forma de intervencion nacional que este perdulario le trazaba instintivamente al Gobierno, desde el cuartel de un regimiento sublevado. Desde allí le pedia un juez que sumariase á los dos partidos: que secuestrase provisoriamente la autoridad local mientras se procediera, con defensa libre de las partes y sentencia jurídica. No se-

ria de más tal vez que se estudiase esta forma de intervenciones en los conflictos provinciales!

El Coronel Alvarado salió de Mendoza sobre San Juan el dia 11 llevando una pequeña escolta. Contaba con que su prestigio provocaria en el regimiento una reaccion á favor suyo. Pero tan lejos de eso el Rejimiento salió á encontrarlo el dia 15, no para volver á la obediencia sino para batir á su Gefe cuya persona no era apreciada ni influente en el Ejército de los Andes.

Viendo esto, el Coronel temió que la fuerza que llevaba simpatizase con los sublevados para librarse de volver á Chile y de ir al Perú. San Martin tenia el mismo temor y escribió en el mismo sentido. De manera que sin tentar acto alguno decisivo, Alvarado regresó á Mendoza, y de acuerdo con el Coronel Necochea comenzaron á tomar las medidas mas urgentes y rápidas para contener los cuerpos que aún permanecian obedientes; y trasmontarlos á Chile antes de que se introdujera entre ellos el contagio: que no era el de tomar parte con los montoneros como creen algunos, sino el de no ser trasportados á Chile — « y solo fué á duras penas que los llevaron » — dice el general Paz. (20)

El coronel Luzuriaga, gobernador de Cuyo, hábil y experimentado político, ligado en cuerpo

(20) *Memorias*, tomo II, pág. 10.

y alma al general San Martin, comprendió al momento que Buenos Aires y el gobierno nacional estaban perdidos.... ¿Para que pues aferrarse á Mendoza con una division desmoralizada y expuesta á contajiarse? Los momentos no daban lugar á vacilar. Reunió las milicias, concentró los dos cuerpos al oeste de la ciudad: los hizo marchar precipitadamente; y cuando estuvieron dentro de los boquetes de la cordillera regresó á Mendoza, renunció la gobernacion, y se dió prisa á seguir él tambien el camino de Chile. Habian perdido el Núm. 1° pero le llevaban á San Martin mas de 2,000 hombres de famosa caballeria con que habian sido remontados los Granaderos y los Cazadores.

No quedaba ya Mendoza en tanto peligro como se hubiera creido. La desmoralizacion de la tropa y la anarquia que reinaba entre sus oficiales y gefes, hacia que fueran impotentes para continuar compactos y obrar con disciplina á la distancia. Mendizabal se disgustó muy pronto con algunos oficiales y en especial con el teniente Corro. Para deshacerse de este, lo hizo llamar una noche con engaños: así que lo hubo lo hizo montar á caballo custodiado por una partida y lo envió á la Rioja, solicitando ó mandando que se lo retuvieran preso hasta nuevo aviso. Pero como Corro habia adquirido grande voga por su falta de dignidad y por su bajo roce con la soldadesca, Mendizabal hizo correr que lo habia enviado con una comi-

sion muy urgente y de la mayor importancia. La verdad traspiró sin embargo: la tropa se amotinó y exigió imperiosamente que le devolviesen á Corro; Mendizabal tuvo que someterse y que hacerlo regresar.

Con esto, la tropa se hacia de momento en momento mas difícil de manejar. Los bandos, los delirios de la ebriedad y la licencia, promovian frecuentes riñas entre aquellos sargentos y soldados abandonados á sí mismos y dueños del poder. Los corifeos de la sublevacion empezaron á temer que estallara de pronto un movimiento para reponer al comandante Zequeira y descansar así de tanto desórden restableciendo la gerarquia legítima del Regimiento. Para evitar este peligro mandó Mendizabal que una partida armada condugese al Comandante, á Salvadores, á Fuentes, á Bosseau y á Benavente, hasta la Rioja, y que de allí los pasasen á Tucuman. Capitaneaba la partida un *godo realista*, llamado *Biendicho* precisamente por lo grosero de su hablar, que habia tomado parte en la sublevacion por ódio á los *oficiales de la patria.* Este malvado, fuera por que tuviese órdenes reservadas, ó por venganza propia, cuando se encontró bien retirado y en lugar solitario, comenzó á ejecutar sobre los presos una matanza feroz y desordenada, en la que sucumbieron estos desgraciados y valientes oficiales haciendo esfuerzos supremos por de-

fenderse contra los golpes de un prisionero de Maipu! Garcia Zequeira tenia 34 años y Salvadores 28.

Los vicios, los caprichos, las violencias y la ebriedad habitual de Mendizabal tenian al vecindario bajo aquella especie de terror que pesa sobre el que se siente amenazado por los delirios ó los antojos de un demente sin saber cuando ni de donde le vendrá el peligro. Muchos de los vecinos que habian fomentado y fraguado el complot del 9 de Enero, empezaban á temblar ahora delante del corifeo que habian levantado; y pudieron al fin persuadir á Corro que lo destituyera y lo *asegurase*. Corro se puso á la cabeza de otro motin; el 21 de Marzo destituyó á Mendizabal, lo puso preso é hizo que nombrasen gobernador á Fernandez Maradona. Pocos dias pasaron sin que Mendizabal comenzase á tener en alarma á sus mismos carceleros; y entonces, como el hombre era realmente peligroso y obcecado, prefirieron regalárselo al gobernador de Córdoba general Bustos, á quien le suponian bastante fuerza militar para contenerlo y castigarlo. Bustos que no era amigo de encargarse de nada que le diera trabajos é incomodidades ni aún de ejecutar castigos: mandó que llevasen á Mendizabal hasta la frontera de Santa Fé y que allí le dejasen libre.

Si este hombre desgraciadamente tan vicioso

hubiese tenido alguna inclinacion á la causa y al servicio de los montoneros, libre estaba para entrar en sus filas. Pero él, en esa misma noche en que los soldados de Córdoba le dejaban en la posta de *Desmochados*, se dió vuelta y corrió solo hasta San Juan. En *Hacha* encuentra cinco soldados desertores del regimiento, los seduce con promesas y los pone de su parte: con ellos entra al pueblo á las ocho de la noche y cae de sorpresa sobre el cuartel. Rechazado y vencido, lo vuelven á deportar. Para que no repitiera sus ataques lo entregaron á un oficial de temple, llamado Calixto Calderon. Este lo condujo bien amarrado hasta la Rioja con un oficio ó exhorto para que allí le tuvieran en buena guardia. Tanto ponderaban los remitentes la índole peligrosa del preso, que el Teniente-Gobernador de la Rioja, el viejo general don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, entró en sérias inquietudes sin saber como haria para asegurar semejante tigre. Despues de mucho vacilar consultó al coronel Güemes.—Remítamelo V., contestó Güemes, para mandárselo al general San Martin, que es lo que corresponde. En efecto lo recibió y lo hizo conducir á Chile como reo de Estado: de Chile lo pasaron al Perú: y sometido á un Consejo de guerra, fué sentenciado y pasado por las armas en Huaura el 18 de Noviembre de 1820.

He aquí la historia de las tres sublevaciones

que consumaron el desquicio del organismo social levantado por el Congreso de 1816, y que por algun tiempo se creyó consolidado por los compromisos personales y por las victorias de San Martin y de Güemes.

Reanudemos ahora en Buenos Aires los sucesos que van á decidir de la nueva evolucion con que el grupo de provincias que habian formado el Estado del Rio de la Plata se desviaron del camino en que las habia puesto la Revolucion de Mayo, y dieron otro giro, á los conflictos y trabajos de la reorganizacion nacional. Puede ser que la Providencia, como creen algunos, tenga parte en el encadenamiento de los hechos que deciden de la suerte de las naciones. Pero de cualquier modo que se mire este problema, es incuestionable que las soluciones vienen al presente preparadas con lentitud por el juego de los intereses públicos y personales que luchan en un país, y que el movimiento de las pasiones individuales, envuelto en las grandes crísis, que por causas externas exitan el ánimo de los pueblos, es el que fabrica y proporciona los estímulos que dan direccion á la vida de conjunto que se llama historia. Me parece mas sensato pensar que después de haberles dado sus leyes morales, Dios, ó la Providencia abandona los hombres y los pueblos á sí mismos para que encuentren ó pierdan su camino, sin meterse mas con ellos.

Por eso, lo que tiene de mas bello la historia

argentina, no es tanto el movimiento múltiple y vivísimo de sus cuadros, desempeñados por actores que se mueven alumbrados por los rayos fulgentes de la gloria, cuanto esa conformidad de su marcha con las leyes de su territorio y de su porvenir, cuya exposicion fiel y clara forma el principal objeto de mis esfuerzos en este trabajo.

Pero, para escribir la historia del año XX es menester que el escritor se resigne á quedarse muy abajo de los sucesos, cuando quiera restablecer, por el artificio de las letras, la vida y el movimiento que ellos tuvieron. La pluma no alcanza á seguir con las ideas ni con la palabra el drama que se mueve en ese cuadro palpitante de nuestra historia: negro y profundo como el caos, pero tan animado, que antes de que uno se vuelva hácia donde ha rujido el último trueno, ó cruzado la raya luminosa del último relámpago, cien truenos nuevos y cien relámpagos mas repiten el fragor fantástico y vertiginoso del cataclismo: y han pasado, y se han oscurecido, y vuelven otros, sin que uno haya podido dominar el tropel de los luchadores en aquel desborde en que todo arde, en que todo se mueve y en que todo marcha hácia lo desconocido como el torrente que atropellando obstáculos, va con su furia hasta caer á lo lejos en el plano en cuyo lecho reposa y fertiliza la tierra.

CAPÍTULO II

CAPITULACION DEL PILAR

SUMARIO — Rondeau y la situacion—El ejército de Buenos Aires—Debilidad militar y moral de las montoneras—Fenómeno de barbarie—Vistazo sintético—Incompatibilidad de las montoneras con el órden federal—Agresion de los caudillos—Dispersion de la caballeria de Buenos Aires—El general J. R. Balcarce en *Cepeda*—Las perspectivas nuevas—Antagonismos y discordias entre los caudillos—Actitud del Cabildo—Nulidad absoluta de Rondeau—Movilizacion de las fuerzas urbanas—Indicaciones conciliatorias—Asalto de la escuadrilla—Reembarco de la infanteria en *San Nicolás de los Arroyos*—Propósitos de Balcarce—Los sucesos por dentro de la ciudad—Los Cívicos—Sarratea y Soler—El localismo forzado y salvador—La burguesia jóven—El arranque de los nuevos partidos—Buenos Aires convertido en baluarte nacional—Índole unitaria del Cabildo y de la burguesia—Maniobras de Soler y de Sarratea por tomarse el poder público—Tropelia de Soler—Disolucion del Congreso y del organismo directorial—Primera negociacion de paz—Sus alternativas y resultados—El Cabildo abierto y don Vicente Anastacio Echevarria—Creacion de una *Junta de representantes de la Provincia* de Buenos Aires—Tentativa de esta Junta por

reorganizar el partido directorial—Oportunidad de la candidatura de Sarratea—Vacilaciones de Ramirez entre Soler y Sarratea—Complicacion de los detalles—Sarratea gobernador—Consejo de notables—Nuevo Cabildo—Negociacion con Soler—Sarratea en el campo de Ramirez—La Convencion ó *Capitulacion del Pilar*—Los caudillos argentinos y el artiguismo *oriental*—Predisposicion contra ambos de la burguesía porteña—Nuevas causas de encono—Actitud de don José Miguel Carrera—Combinacion de todas las fuerzas y elementos de la situacion contra Artigas—*Manus egus contra omnes: manus omnium contra eum*—La burguesia y Carrera—Visita y recibimiento de los caudillos en el salon municipal.

Rondeau habia dado una prueba de condescendencia automática, ó de deseo de ocupar altos puestos fuese como fuese, dejándose imponer las responsabilidades del mando en semejante crísis. Ninguno de los conflictos anteriores de nuestra historia se habia presentado con mayores dificultades, y nunca habia estado en la direccion de los negocios un hombre de menos genio para superarlas. De todas partes parecia que se despeñara rugiendo sobre la capital un torrente de desastres: los hombres superiores habian desaparecido. Los unos abandonaban la patria á su mala suerte: los otros la traicionaban; y los mas comprometidos se retiraban confusos y asustados de su impotencia para mantener en pié aquel lúgubre edificio, que crugia sobre sus asientos amenazando desplomarse sobre todos. Solo Tagle quedaba agarrado á dos manos al

último pilar que quedaba de pié; pero su talla moral era inferior á sus talentos; y privado del prestigio de Pueyrredon carecia de terreno seguro en que apoyarse. Comenzaba el año XX.

Sin voluntad propia y sin genio, pero envuelto en esa serenidad insignificante y estática que nunca lo abandonaba, Rondeau se habia dejado arrastrar sin iniciativa ni luz, cuando la sublevacion de Arequito vino á descargar el golpe de gracia sobre el órden constituido. Despues de este atentado cobarde, era fácil preveer que los caudillos de la montonera quedaban completamente libres de todo cuidado, y que podian llevar en masa sus correrias sobre la provincia de Buenos Aires. El Supremo Director se dió prisa á levantar su campo del Lujan, para reunirse con la division del general don Juan Ramon Balcarce que campaba avanzada en *San Nicolás de los Arroyos*. El ejército con que el Director iba á dar la batalla final contra los caudillos de la segregacion provincial, y en defensa del sistema representativo, constituido en unidad de régimen, que venia connaturalizado con la Revolucion de Mayo, se componia en su mayor parte de milicianos de caballeria tomados en los campos: que por su mismo espíritu rural, ageno á las emociones y luchas de la ciudad, carecian de pasiones ó intereses que movieran su entusiasmo ó les dieran vuelo para batirse con denuedo por tal ó cual partido de los que bullian en la burguesia de la capital.

Mas que ejército, aquella era una masa de hombres forzados á dirimir conflictos agenos. De toda la fuerza solo tres batallones muy diminutos y un piquete de artilleros con seis piezas de campaña, era lo que podia contar como soldados y ofrecer consistencia en el dia de un encuentro. El general Rondeau, como tantas veces lo habia ya probado, era de tan escasa fantasía y de un espíritu tan lento, que no sabia preveer los movimientos ni combinar aquellos golpes de vista con que un general debe preparar y desenvolver sus planes. Sin criterio para comprender lo que exigia el supremo mando militar, se limitaba en sus malhadadas campañas á marchar hasta donde el enemigo lo detènia. Otro hombre en su caso, habria operado en retirada hasta respaldarse en un centro firme, para reaccionar desde allí cuando el empuge del enemigo hubiera venido á quebrarse en la solidez de la resistencia. Esto habria sido tanto mas necesario entonces, cuanto que era indispensable obrar así visto el carácter de las hordas que iba á combatir, y el de los medios que les iba á oponer.

Esta clase de gentes sin disciplina, y movidas en *monton,* tiene necesidad imperiosa de las exitaciones de un movimiento contínuo y ágil. Si encuentran algun obstáculo que no puedan llevarse por delante, y se ven obligados á campar inútilmente delante de ese obstáculo, caudillos

y secuaces pierden el ánimo al instante, vacilan, no saben que hacer y se desgranan. Ese es el momento de escarmentarlos. Si Rondeau, al saber el motin de Arequito se hubiese replegado á los suburbios de la capital, y limitádose á defender una estension adaptada para la infanteria y la conservacion de víveres frescos, los montoneros habrian caido en tal desaliento, por su escaso número, y la imposibilidad de hacer la guerra correteando, que no habrian tardado en considerarse perdidos y abandonar el terreno á prisa, como sucedió muy pocas semanas despues cuando el coronel Dorrego se puso á la cabeza de la defensa.

Para buscarlos en la campaña se habria necesitado uno ó dos cuerpos de caballeria veterana capaces de ocupar los puntos oportunos y de desenvolver una operacion de limpieza. De otro modo era absurda la pretension de salir á buscarlos como si fuesen invasores extranjeros. Mas ágiles que los escuadrones que los buscaban, ellos se fraccionaban á su antojo en grupos menores, que desparramados por el desierto, obligaban á sus contrarios á subdividirse tambien en todas direcciones. En este afan, la caballeria regular pierde al fin las ventajas de su solidez para competir en sus movimientos con la ligereza de sus contrarios; y la equivalencia individual de cada fuerza respectiva tiende á tomar su equilibrio en el combate. Desde ese momento, se invierten

las ventajas de las posiciones: la evolucion se continúa en sentido contrario'.y la igualdad desaparece. Por que mientras las fuerzas regladas disuelven su masa para hacerse ligeras, y difundirse persiguiendo á sus enemigos, estos se aglomeran sobre cada fraccion, y acaban por poner de su parte el número en cada encuentro parcial.

Con las primeras victorias crece el prestijio de los caudillos que las alcanzan: se afirma la fidelidad y la confianza de sus secuaces; y se hace necesario al fin que el ejército regular que lucha contra ellos cambie radicalmente la táctica de sus movimientos, echando mano de la infantería para proteger las operaciones restringidas de la caballeria. Pero con este auxilio se rebaja necesariamente el nivel y la importancia de esta arma; le entra el sentimiento de su debilidad. El conocimiento de su impotencia la hace tímida ó inepta, para operar en un terreno estenso; y estrechando cada vez mas su rádio, acaba por convertirse en un apéndice de la masa resistente pero inerte que la protege con sus fusiles.

Pero, lo mas importante para nuestra sociabilidad y nuestra historia, es preguntarnos ¿cuáles son las condiciones constitutivas del terreno y de la sociedad que dan nacimiento y carácter á este fenómeno? He aquí la parte interesante y sustancial de nuestro problema. Hasta ahora se ha dado mas atencion que la que merecia á la parte

superficial. El heroismo y la fervorosa tenacidad con que cada grupo ó guerrilla de montoneros se desempeñaba en la guerra civil, ha sido el fantástico tema de las vanidades provinciales, que no han alcanzado todavia á comprender que esa guerra es la manera privativa de los países agrestes, desiertos y bárbaros, en donde el suelo no está poseido, esplotado ni valorizado por el trabajo y por la produccion. Si no se quiere mirar en este fenómeno sino el heroismo personal, no hay duda que se encontrará aquí como en todas partes, hechos individuales ó de conjunto capaces de impresionar por el temple de los caracteres y por la energia de los actos. Aquellas heroicidades de *sus montoneros* de que tanto blasonan las leyendas de Santa Fé y de Entrerrios en sus guerras contra la capital, dependian del grado de barbarie ó de cultura relativa en que se hallaba cada una de las partes beligerantes. Cuando el toque eléctrico de la revolucion social los puso en accion, los litorales se incorporaron como hordas bravías; y muy pronto hallaron gefes á quienes la naturaleza habia dotado pròdigamente de las enérgicas cualidades que requerian los momentos y que requeria el empuge con que venian á influir en el rumbo de los sucesos. Hoy, que esas dos provincias están cubiertas de colonias rurales, que una rancheria miserable de entonces, es una ciudad de 70 mil habitantes, y un puerto de primera importancia;

bastarian mil hombres de caballeria nacional, y mucho menos tambien, para docilizar todos los heroismos de aquel tiempo; y eso es por que la tierra que entonces era bárbara é inculta, es hoy civilizada y cultivada.

Si en aquellos momentos el gobierno nacional y la capital hubiesen podido disponer del lleno de sus recursos y de sus fuerzas, sin otros cuidados que el de la insurreccion, los famosos montoneros habrian sido al fin traqueados en sus desiertos y sometidos á la ley civil y política, por el poder de las armas; por que la barbarie es siempre débil delante de la civilizacion relativa que la combate. Y por eso, si el ejército de los Andes hubiera operado sobre Santa Fé y sobre ambas márgenes del Uruguay, en combinacion con el Ejército Auxiliar del Perú, y con los medios marítimos de la Capital, habrian bastado sus escuadrones de carabineros y lanceros para barrer en dos dias esas escasas turbas, hasta internarlas en el Paraguay ó en el Brasil, dado caso que no se hubieran sometido y docilizado.

Pero las fuerzas y los recursos de la Capital se habian agotado desde 1810 sosteniendo la guerra de la independencia. Habia sido menester reparar los contrastes sufridos en el Alto-perú; y al mismo tiempo que el Gobierno unitario que habia tomado sobre sus hombros la salvacion de la independencia, reconquistaba á Chile con un esfuerzo asombroso, tenia que luchar

contra el vandalage de las provincias litorales con restos miserables y escasos de malas tropas, que eran los únicos de que le permitian disponer las exigencias insaciables de la lucha titánica contra España. Esta obra de civilizacion, esta creacion de la patria, representa una gloria de otro brillo y de otro nivel que el de la indómita energia con que los bárbaros del país inculto lucharon contra el organismo político que pretendia unificarlos en la constitucion y en el progreso nacional por su mismo bien.

Esta obra de civilizacion, esta creacion de la patria argentina que se debe única y exclusivamente al partido unitario de la primer década despues de 1810, es una gloria de otro brillo y de mas alto nivel, que el de la indómita barbarie con que la resistieron los montoneros del litoral; y lo admirable en nuestra historia es la evolucion latente que ejecutaban los dos partidos en lo mas ardoroso de su combate. Mientras el uno salvaba la independencia y echaba los fundamentos del órden político por medio de ensayos que hacian germinar las ideas y los principios vitales de la sociabilidad moderna, el otro rozaba su grosera corteza con estas mismas cuestiones, y partiendo del amor con que las tribus aman su independencia, trazaba inconcientemente el camino hácia el organismo federal, pero no como lo buscaban sus caudillos sino en UNIDAD DE RÉGI-

MEN NACIONAL, que era lo sustancial del programa que defendia su adversario.

El año XX fué la época climatérica y estraña de esta grande y fecunda evolucion. Hecha la tregua cada caudillo provincial se quedó con su presa, ó con su herencia: hubo sacudimientos, descomposiciones, pactos, desgracias y dudas; hasta que se levantó la tiranía: el mónstruo que la empuñó redujo toda la república á su obediencia: sometió todas las disidencias, despojó de su personalidad y de su poder á todas las provincias: el país entero quedó decapitado á su nivel; y fué posible al fin que al renacimiento de la libertad se constituyese la república sobre su solio natural—la Capital de Buenos Aires. De hoy en mas, todo puede suceder, menos caer de su eminencia ni perder su corona la ciudad que mira nacer el Sol en las aguas del Rio de la Plata.

Hé aquí por qué es indispensable que al emprender la historia de esta nueva época les preguntemos á los combatientes de cada campo como entendian sus fines, y qué representaba la bandera con que cada uno de ellos mantenia el combate.

« Por qué pelean los anarquistas? preguntaba
« el diario oficial, momentos antes de la catás-
« trofe. ¿Quiénes son ellos? Cuáles sus cali-
« dades y sus medios de establecer un sistema
« cualquiera regular? Se les atribuye la pre-

« tension de establecer la *Federacion*. ¿Y hay
« alguno entre sus gefes que sepa pronunciar
« correctamente siquiera esa misma palabra?
« Hasta ahora no hemos oido esplicar razona-
« blemente á los pretendidos federales cuales
« son los alcances de su sistema. Hubo tiempo
« que en Buenos Aires (1815) asomó el deseo
« de reducirse á solo su provincia, aún excluyen-
« do á Santa Fé que es pueblo de su dependen-
« cia provincial, y á *nadie asentó peor la pro-*
« *posicion* que á los partidarios de tal régimen.
« Los federalistas quieren no solo que Buenos
« Aires no sea capital, sino que, como *perte-*
« *neciente* á todos los demas pueblos, divida con
« ellos el armamento, los derechos de aduana,
« y demas rentas generales: » en una palabra
« que se establezca una igualdad física entre Bue-
« nos Aires, y las demas provincias, *corrigiendo*
« la naturaleza que nos ha dado un puerto, unos
« campos, un clima, y otras circunstancias que
« le han hecho físicamente superior á otros pue-
« blos, y á la que por las leyes inmutables del ór-
« den del universo está afecta cierta importancia
« moral de un cierto rango. »

El articulista tenia razon! Ese reparto por partes alicuotas de las ventajas locales de Buenos Aires, era la pretension de Artigas y de Ramirez. Entretanto, nada de mas absurdo; por que si las provincias disidentes eran un todo nacional, debian fundar y reconocer autoridades y gobierno

entrerrianos que mandaba Ramirez en persona, para invadir la campaña de Buenos Aires. Al sentir la proximidad de la invasion, en vez de reconcentrarse hácia la Capital, marchó Rondeau hácia la confluencia del cañadon de *Cepeda* con el *Arroyo del medio*, teniendo en vista que aquel terreno le fuera mas favorable para resistir el empuge de la caballeria enemiga; pues que además de estar cerrado entre los arroyos de *Ramayo* y del *Medio*, se componia de lomadas y albardones bastante pronunciados, donde podia colocar la artilleria y la infanteria de manera que dominasen el campo, y que sus fuegos pudiesen ofender eficazmente las masas de los montoneros.

Colocado allí podia tambien defender las entradas de la provincia y protejer el *Pergamino*, flanqueando ó amenazando por la espalda á cualquier grupo considerable de montoneros que penetrase. Rondeau tenia por fortuna á su lado al general don Juan Ramon Balcarce, que aunque de jénio un poco atropellado, era sin embargo hombre de accion, vivaz, activo en el campamento, y bastante bravo y acertado en el campo de batalla.

Los primeros encuentros aunque reducidos á escaramuzas y reconocimientos fueron poco satisfactorios para la caballería porteña. En los *Manantiales* se sintió un grupo de montoneros; un escuadron de *Dragones* salió el

le Enero á rechazarlos; pero habiendo pasado
el Arroyo del Médio en la persecucion, los
porteños fueron arrollados y traidos con bas-
ante pérdida y dispersion hasta que pudieron
asilarse en el grueso de las fuerzas del go-
bierno. El mes de Enero pasó así con suce-
sos vários. Los montoneros, seguros ya del
ugar donde pensaban *atropellar* las fuerzas
le Rondeau, habian ocupado todo ese tiempo
n agrupar las suyas en tres columnas, rela-
ivamente poderosas y muy bien montadas;
os Entrerianos mandados por Ramirez, á los
ue estaban unidos como ochenta chilenos de
Carrera; los santafecinos mandados por Lo-
pez, y los correntinos mandados por el foragido
nglés Pedro Campbell.

En la mañana del 1º de Febrero las avan-
adas del ejército provincial vinieron á toda
risa á comunicar á Rondeau que el enemigo
ividido en las tres columnas mencionadas es-
aba pasando resueltamente el *Arroyo del Me-
io*, é inclinándose al flanco izquierdo de los
onstitucionales. Rondeau encargó al general
on Juan Ramon Balcarce que dispusiese con-
enientemente la infanteria y la artilleria; y reser-
ándose presidir él mismo la formacion y las
peraciones de la caballeria la aglomeró toda
ntera sobre su flanco izquierdo, creyendo con
azon, que desde que la infanteria apoyaba
su flanco derecho en las orillas pantanosas del

Arroyo del Medio, era bastante fuerte para rechazar cualquiera operacion que el enemigo quisiera practicar por aquel lado para pasar á retaguardia de la línea.

Un momento despues tenia lugar el choque. Los santafecinos de Lopez y los indios correntinos de Campbell acometieron sin vacilar la caballeria porteña; y esta, con solo sentir la resolucion que traia el empuge de los enemigos, se descompuso, vaciló, y sin que nadie pudiera remediarlo abandonó el campo en masa, llevándose envuelto al general con los gefes y los oficiales. Perseguida de cerca fué dejando cadáveres hasta que se disolvió en pequeñísimos grupos, que aterrados se salvaron por sus buenos caballos ó por otros accidentes afortunados. Ramirez y Carrera trageron su empuge hasta la inmediacion de las líneas de la infanteria. Pero el general Balcarce estaba firme; la tropa decidida á defenderse con la conciencia de que era muy superior á los asaltantes; hizo fuego; cayeron algunas decenas á pocas varas de los fusiles; y los montoneros retrocedieron en completa confusion hasta ponerse fuera de alcance: allí procuraron rehacerse y traer otro asalto; pero mas cautos se contuvieron á los primeros tiros, contentándose con vociferar en grande tumulto. Esta fué la batalla de *Cepeda*: que duró apenas diez minutos.

Despues de algun tiempo empleado en retemplar el ánimo de la tropa, el general Balcarce redujo á pocas carretas el parque y el material que queria salvar: á lo demás le prendió fuego: unció á las carretas los bueyes de que disponia y se puso en retirada cubriendo su retaguardia y flancos con guerrillas de cazadores A las 12 del dia hizo alto: formó cuadro y mandó *carnear* para que comiesen sus soldados. Ramirez con una gran parte de sus masas le seguia á la vista, sin acometerlo. Al ver que la columna hacia alto, el caudillo se figuró que algo hubiera ocurrido que la hacia vacilar en su resolucion de retirarse; y mandó al Comandante Perez de Urdininea, oficial peruano que habia caido prisionero ese mismo dia, con una intimacion al gefe de la columna diciéndole que se rindiese á discrecion, en la seguridad de que perdonaria las vidas y dejaria libertad para que cada uno se retirase á donde quisiere: pero bien entendido que de nó someterse, los iba á pasar á cuchillo sin misericordia. «Quedan en po-
« der mio, decia en su nota, un número con-
« siderable de prisioneros de todas clases; y
« se hallan tendidos en el campo de Marte
« cantidad considerable de soldados y oficiales,
« *entre ellos el general* BALCARCE y casi todos
« los gefes de caballeria.»

Ramirez dirigia la intimacion al coronel Ro-

lon suponiéndolo Gefe de la Columna. Pero Balcarce no era Rolon, y presentándose con desprecio y con altivez al parlamentário, le preguntó que ¿cómo tenia la ridiculez de hacerle semejante intimacion cuando habia quedado dueño del campo de batalla sin que nadie se hubiese atrevido á aproximarse á su posicion? Que en suma obrase como quisiese, pues tan lejos de temerle se tenia por muy superior para defenderse y seguir su marcha con toda seguridad.

La derrota de Cepeda hizo un estrago formidable en Buenos Aires. El pavor fué tal que se produjo ese desasosiego mecánico del ir y venir, sin saber á qué, á que se abandonan las multitudes en el susto de un derrumbe. La primera noticia debió venir del campo de los anarquistas. Se daba como indudable la muerte de Balcarce. ¿Y el Director Rondeau? Nadie sabia de él! Se decia que por miedo del pueblo andaba oculto por la campaña. (1)

(1) Era yo un tierno niño entónces, y recuerdo la consternacion indescriptible en que de pronto ví á mi padre. Era él, como se conservó siempre, íntimo amigo del general Balcarce y estaba bastante comprometido en la política directorial; era la entrada de la noche absorto yo ante el pánico que presenciaba, oía y pensaba que se trataba de degollarnos á todos. Mi padre me tomó de la mano: seguíanos mi madre como Hecuba la terrífica noche de Troya. Al entrar al salon de afliciones, ví lo que conservo todavia en mi retina

l dia 3 de Febrero por la noche renació apital á sus esperanzas de salvarse y de nderse. El Coronel don Celestino Vidal,

imos colores, y de lo que solo he venido á darme ta por las reminiscencias posteriores. Bellísima de os y de griega talla, la señora doña Trinidad Mande Balcarce, era una beldad de fama en la capital, dama altiva y dominante. Suelto el abundante ca-, crispadas las marmóreas manos sobre la esplén cabeza, y de hinojos en medio del salon, daba gritos rantes, y parecia querer alcanzar al cielo con sus imaciones. Su hija, la que fué despues señora de Coe, da sobre las rodillas de la madre gemia anegada n torrente de lágrimas; y el tierno hijo, el insepara compañero de mi niñez, figuraba en la trájica escena dido al cuello de la madre. Algun dolor como ese ó ser el que inspiró al estatuario griego el grupo de oe. Aquellas imprecaciones y lamentos arrancados el dolor y por el orgullo del nombre que creia mancio por la derrota y por la muerte, el rostro en el parano del despecho estrellándose contra la insondable lidad de la desgracia, las ropas del seno desgarradas s cabellos sacudiéndose como en un vendabal, tenian á inumerables circunstantes allí apiñados petrificados dete de aquella mujer que habia concentrado en el amor su marido, y en el culto de la patria, las intensas paes de una alma conocidamente ardorosa y exaltada. lo que se siguió no recuerdo más sinó que en las alhoras de la noche se sintieron grandes golpes en las tanas de nuestra casa; y que hablando despues de los s sobre esto supe que habia sido que don Tomás de Luhabia venido á decirle á mi padre que —« Balcarce se ia salvado sin perder un hombre y que venia por el á defender á Buenos Aires. Todo se puso en nuevo vimiento: el cuadro habia cambiado.

gefe de la guarnicion de San Nicolás le escribia al gobierno—« Hoy á las nueve de la « mañana hé recibido *parte verbal* del señor « Coronel Mayor don Juan Ramon Balcarce, « comandante del ejército directorial, desde la « posta de *Olmos*, traido por el alferez de ca- « balleria don Manuel Fernandez, de haber lle- « gado á aquel punto en la madrugada de hoy 2 « del corriente, con toda la infanteria, artille- « ria, municiones y demás bagajes del ejér- « cito que ha sabido salvar con su natural « serenidad é intrepidez. »—El general Balcarce no habia perdido un soldado de su infanteria ni una sola pieza de su bagaje, y se retiraba á San Nicolás con intencion de embarcarse y de llegar á tiempo de reforzar la defensa de Buenos Aires contra el ejército federal, que él suponia en marcha sobre la ciudad.

Ya puede suponerse cual era el tumulto y la agitacion de las pasiones que habia provocado la noticia de esta fatal derrota. La angustia de las familias, el terror de los hombres comprometidos en la polttica que hasta entonces habia predominado, la indignacion del orgullo local humillado, las acriminaciones contra los gobernantes que no habian sabido precaver ó superar tan ruinosos resultados, la necesidad suprema de defenderse contra los artiguistas, esos enemigos animados del deseo de exterminar y de convertir en desierto la capital, llenaban

de horror la mente de los que se tenian ya por víctimas del derrumbe. Lo menos que se decia era que Artigas y Ramirez traian la resolucion de deportar á todos los ricos y partidarios del anterior gobierno.» Yo mismo (me decia alguna vez mi padre) estaba tan convencido de eso, que le escribí á Esteban de Luca transcribiéndole aquello de....

« *Nos patriæ fines....*
....et dulcia linquimus arva.

La derrota habia derruido el monumento social en cuya cúspide habia predominado la ciudad de Buenos Aires desde 1810. Esta ciudad habia perdido ahora sus medios de accion esteriores, sus recursos y los ejércitos con que habia entrado en la lucha para sostener la prepotencia del organismo centralizado que venia sancionado constitucionalmente por la Revolucion de Mayo y por el último Congreso. Reducida á sí misma, la ciudad renunciaba á la pretension de ser la cabeza del gobierno nacional que venia implícita en sus tradiciones y que el movimiento propio de la revolucion habia justificado por la victoria, en nombre de las necesidades supremas del buen gobierno y de la guerra de la independencia. Definitivamente derrotados estos principios y sacrosantas tradiciones, Buenos Aires renunciaba al destino que le habian dado los acontecimientos y tambien la naturaleza: se

tomaba á la bandera de sus propios enemigos, y ahora queria tambien aislarse para salvar al menos su cultura y sus adelantos, dejando á las demás provincias que gozaran de la independencia bárbara que tanto amaban.

Al influjo de esta nueva situacion, y bajo la presion ineludible de los sucesos, lo único que podia obstar á una solucion conciliatoria era que los gefes de los montoneros pretendiesen sojuzgar á la ciudad bajo la prepotencia personal de sus caudillos; é invertir la tradicion histórica, imponiendo á Buenos Aires un régimen personal y concentrado fuera de ella; y digo bajo un régimen *personal* y *concentrado*, por que la solucion por medio de una federacion constitucional, era de todo punto imposible, dada la calidad de los hombres que encabezaban la reaccion disolvente, dada la naturaleza de los medios con que obraban y dado el carácter de los fines que perseguian. El empuge social, diremos así, era el de una mera desagregacion anárquica, con el propósito de que cada porcion evolucionase dentro de sí misma como pudiese: de que cada provincia combinase con sus propios dolores los elementos de su propia sociabilidad. Pero esa teoria estaba viciada en los hechos, por la ambicion absorvente de Artigas y de Ramirez.

Afortunadamente, era ya imposible en 1820 lo que pudo ser posible en 1815. La España estaba

vencida por las armas argentinas dentro del territorio nacional. No habia ya necesidad de un esfuerzo de concentracion social como el que habia sido preciso hacer en 1816 para desembarazar nuestras fronteras en Chile y en Salta. Nada habia que temer ya de Fernando VII dentro de nosotros mismos. Y si bien quedaba el grave temor de la expedicion que se preparaba en Cádiz, los pueblos no veian todavia la cara del enemigo, y esperaban con su natural negligencia á que brillaran sus armas para preocuparse de lo que tendrian que hacer cuando fuera necesario arrancárselas de las manos.

Libres pues de un peligro inmediato, las provincias argentinas podian abandonarse sin riesgo al impulso anárquico de inmediata desagregacion que las dominaba; y puesto Buenos Aires en esa misma corriente, por la derrota que acabada de sufrir la tradicion orgánica sobre que reposaba su predominio anterior, era fácil entenderse; porque receloso Ramirez de Artigas, y receloso Lopez de Ramirez, tenian los tres que andar con prudente hipocresia, y no podian lanzarse tan de pronto á la conquista del poderio general que azuzaba sus apetitos.

Muchas razones habia para que no pudiera dejar de ser así. Ramirez rechazaba como contraria á—«su régimen federal»—la supremacia que Artigas queria atribuirse sobre todo el litoral; y no solo trataba de mantener su liga con Santa

Fé sino de aumentarla con Buenos Aires para tener con que repeler las agresiones que temia de parte del execrable caudillo oriental. Lopez entreveia claramente á su vez que si Ramirez triunfaba de Artigas, habria de pretender convertir á Santa-fé en instrumento de su ambicion y de su predominio personal; y buscaba con tiempo como alejar ese peligro. Bustos en Córdoba preveia tambien que su seguridad y su quietismo dependian de que Ramirez no predominase en Santafé ni en Buenos Aires, para que Carrera no se apoderase de Cuyo. Todos los elementos de aquel caos estaban pues en gestacion; y á eso se agregaba la imposibilidad que Ramirez entreveia de dominar, por la fuerza de las armas, la resistencia de la ciudad de Buenos Aires, donde ocho ó nueve mil Cívicos acababan de armarse dispuestos á defender su municipio natal, y repeler las hordas de ginetes y de indios con que los gauchos de Entrerrios y de Santa Fé pretendian entrar á saco por las calles. Estos eran los perfiles generales de la situacion: veamos ahora los hechos.

Apenas amaneció el dia 3 de Febrero se fijó en todas las esquinas, y se repartió profusamente por las calles y en los suburbios, un BANDO impreso con grandes letras y de redaccion solemne, firmado por don Juan Pedro de Aguirre, Alcalde de primer voto y cabeza del Cabildo, es decir—*Mayor de la Comuna,* á

quien el general Rondeau, al salir de la ciudad, habia encargado tambien del despacho del Ejecutivo Nacional con el título de Director Sostituto del Estado. El bando ó proclama del *Mayor* nada disimulaba: un peligro inminente amenazaba al pueblo: el ejército de la ciudad, que el supremo Director *mandaba en persona*, habia sido derrotado; y el enemigo, lleno de orgullo, marchaba á humillar á Buenos Aires, á hollar sus nobles fueros, á despojarla de su antigua gloria para arrancarle sus preciosas ventajas y postrarla *víctima* de los consejos de su irritacion. Este, y no menos era el fin que se proponian los—«*pretendidos federales*. Pero los hijos de Buenos Aires no habian de *consentir este opróbio* que queria imponerles un *enemigo fratricida*. El gobierno se incorporaba para *libertar de estas furias* á la ciudad y esperaba que seria segundado. Con esto no se queria decir que *no estuviera dispuesto á hacer la paz*, dado caso de que ella pudiese hacerse sin mancillar la honra del pueblo y del Cabildo. Sin embargo, para lograrlo era menester tomar *una actitud imponente*.

En consecuencia, el Alcalde Mayor nombró al general Soler general en gefe de todas las nuevas fuerzas de la defensa; y mandó que se formase á sus órdenes un *campo volante*, al esterior, con el resto de tropas veteranas que tenia aún la capital y con las mi-

licias de campaña que se mandaron movilizar inmediatamente. La mision del general Soler era observar los movimientos del enemigo y maniobrar de manera que tuviese que paralizar sus marchas, ó que subdividir sus masas para atender á los diversos puntos de sus flancos.

Circuláronse órdenes para que á las 4 de la tarde, ocurrieran los *Tercios* Cívicos á ser *revistados* y *armados* para destinarlos segun conviniera á la defensa. (2)

El primer *tercio*, compuesto de tres batallones, debia acamparse en la plaza de la Concepcion. El segundo *tercio*, compuesto de cuatro batallones en la *Fábrica de fusiles* (hoy plaza del Parque), y los *Cazadores del Comercio* en la Fortaleza (hoy casa de gobierno y aduana) debiendo incorporarse á sus respectivas compañias las demas clases militares: retirados rebajados, licenciados, asistentes, y cualquier otro individuo que por la ley estuviere llamado á alistarse. Movilizábasen tambien por el mismo bando tres batallones llamados *Argentinos*, que se componian de los hombres de color; y se les ponia bajo las inmediatas órdenes del general don Eustoquio Diaz Velez, Gobernador intendente de la provincia, unidos á los carreros

(2) Llamábanse tercios á los *tres* regimientos de cívicos en que estaba clasificada la poblacion urbana.

carniceros y abastecedores de mercados, cuyo punto de reunion era la *Alameda*, ó actual *Paseo Julio*.

Para movilizar y poner en accion esta masa de fuerzas, el Alcalde Mayor ordenó perentoriamente que los Alcaldes de bárrio, por sí y por medio de sus tenientes, inventariasen prolijamente los caballos y monturas de sus respectivos distritos. El Cabildo tomó sobre sí el acópio de víveres y el servicio de carnes, granos y demás suministros que hubieren de necesitar las fuerzas movilizadas y los habitantes de la ciudad, mientras se rechazaba al enemigo de sus inmediaciones.

Lo mas notable en los procederes y órdenes del Mayor de la Ciudad no fué el acertadísimo conjunto, y el buen sistema de disposiciones que contenia el Bando, modelo acabado en s género, sinó la admirable actividad y eficácia con que él mismo, multiplicando sus esfuerzos, puso en activo servicio todo este conjunto de elementos, haciendo valer y concurrir cada parte en perfecta correlacion con el sistema de que era un resorte.

El general Soler salió á situarse en el *Monte de Castro* lugar inmediato á Moron. De allí pasó al *Puente de Marques* con las primeras fuerzas que se pudo reunir. Y tan eficaces fueron las medidas y la actividad del Alcalde Mayor, que el dia 8 estaban ya en el campa-

mento volante de campaña mas de cuatro mil hombres, y en la ciudad otros tantos, acantonados en las azoteas y detrás de palizadas levantadas para impedir bruscas acometidas. (3)

Por el lado del Paraná disminuian tambien las ventajas que Ramirez podia haber esperado en los primeros dias de su triunfo. Toda la infanteria, artilleria y bagajes del pequeño ejército del Centro habia logrado llegar á *San Nicolás*. Ramirez lo habia seguido á la vista; pero sin osar acometerlo. Una vez acantonada la fuerza en ese pueblo, el general Balcarce estaba completamente libre de peligros; no solo por la seguridad de su base de operaciones, sinó por que tenia á sus órdenes en el Rio Paraná una escuadrilla sutil con que defender el puerto para embarcar su tropa, y venir fácilmente *aguas abajo* hasta las Conchas ó San Isidro. Ramirez comprendió que si la division de Balcarce lograba bajar hasta Buenos Aires, no le quedaba otra solucion posible que un tratado de pacificacion, con algunas ventajas de puro detalle, que el interés mismo de la ciudad le habia de conceder en los primeros momentos del apuro y de la agitacion. Con fecha 2 de Febrero pasó una nota al Cabildo demostrándole que por la derrota del dia anterior, el Directorio era ya

(3) Gaceta del 9 de Febrero de 1820.

impotente para preponderar sobre las provincias ó para conservar esperanzas de someter por las armas la resistencia de los confederados del litoral; y que por consiguiente, la provincia de Buenos Aires debia decidirse á transigir bajo las reglas del sistema federal, de modo que todas quedasen *igualmente libres* é *igualmente soberanas* dentro de sus propios territorios, sin perjuicio de *aliarse* para todo aquello que fuere de interés comun. Eso era lo que estos bandoleros entendian por *federacion:* alianza de armas y nada mas. La idea de un gobierno general ó de una sola ley política y civil, no entraba por supuesto en su mente; y la suplian con una mera *alianza* bélica. Ramirez la buscaba contra los portugueses para hacerse de un grande ejército con este pretexto. Bustos y Paz contra los españoles con iguales miras. La idea tácita y bien clara de todos ellos, era constituirse de ese modo en centro de un poder militar y disponer de los recursos de todo el país, para gobernarlo en nombre de la fuerza y de las armas. Lopez no podia salir todavia del segundo plano; observaba y callaba.

Pero al mismo tiempo que Ramirez daba este paso conciliatorio, echaba mano tambien de un recurso que todavia le quedaba, para ver si hacia imposible que el general Balcarce bajase con sus fuerzas hasta la capital. El

aventurero Campbell corre de prisa hásta Goya, tripula cinco lanchones con un batallon de indios *Tapes* (4), reconocidamente bravos: y viene inmediatamente con ellos *aguas abajo*, ocultándose por las islas para no ser ser sentido.

El 13 de Febrero por la madrugada se arrojó de repente sobre el bergantin Aranzazú, el buque de mejores condiciones que tenia la escuadrilla de los porteños, y logró sorprenderlo con bastante felicidad. Mandaba allí dentro el capitan de marina don Angel Ubac, hombre demasiado bravo para resignarse á ser tomado por aquel forajido. Tenia abordo, por fortuna suya, una compañia de sesenta cívicos del segundo tercio, *Criollos* belicosos y ágiles. Así que el capitan sintió el repentino ataque se puso en armas é incorporó su fuerza, casi mezclada ya y confundida con los asaltantes, trabándose en la cubierta del buque una pelea de cuerpo á cuerpo, á cuchillo y fusilazos, que fué una verdadera y horrible carniceria. Diez minutos despues Ubac y los cívicos habian triunfado: los *Tapes* habian sido literalmente destrozados: el segundo de Campbell, un inglés llamado Oliffrant, estaba degollado colgando de un mastelero con la cabeza pen-

(4) Iriondo: Apuntes para la historia de Santafé. Lo cito solamente en cuanto á los *Tapes*, porque en cuanto á fechas y detalles es inexacto casi siempre.

diente de los últimos tendones como de una cuerda atada al tronco. Un pequeño resto de Tapes, con Campbell entre ellos, tirándose al agua, lograban alcanzar á nado hasta la ribera é internarse por las islas en busca de las partidas de Ramirez. Veintitres cívicos y diez y ocho marinos yacian en la cubierta nadando en charcos espantosos de sangre; y el mismo capitan Ubac tambien yacia postrado con las dos piernas destrozadas y tan acribillado el cuerpo de heridas que á pocas horas del triunfo moria.

No teniendo objeto la permanencia en aquel punto, el general don Juan Ramon Balcarce dejó una parte del batallon de *Cazadores negros* bajo las órdenes del coronel Vidal (don Celestino) y se embarcó el 15 de Febrero con direccion á la Capital, en una ignorancia completa de lo que pudiera haber sucedido, pero decidido á entrar en ella, ya fuese para defenderla, ya para *restablecer las autoridades constituidas,* es decir: el Réjimen Directorial. (5)—« El entusiasmo y brillante disposicion que manifiestan los cuerpos « que componen mi division de sacrificarse por « la integridad y seguridad de la provincia, *no « menos que por el decoro y por la existencia « de las autoridades constituidas,* es acreedor « no solo á mis consideraciones, sino tambien « á las de V. E. y demas ciudadanos empeñados

(5) Gaceta del 9 de Febrero.

« en la defensa de tan sagrada causa. Esté V. E.
« persuadido que á cualquiera direccion que
« (mi fuerza) marche, arrastrará un número con-
« siderable de honrados vecinos que al mismo
« tiempo de proveerla de lo necesario, obrará
« en union contra los que nos invadan, y tam-
« bien *contra los aspirantes que prevalidos de*
« *las circunstancias, fuesen capaces de poner*
« *al heróico pueblo de Buenos Aires en la mas*
« *lejana dependencia*, impidiéndole que esprese
« de un modo solemne y libre su voluntad gene-
« ral, *siempre que nuestro estado politico asi lo*
« *exigiese*. Tengo el honor de hacer á V. E.
« el *antecedente anuncio para que use* de él co
« mo crea mas conveniente á la salvacion de la
« provincia ».

Veamos ahora el giro que tomaban las cosas dentro de la ciudad. Predominaban dos sentimientos: hacer la paz, si se podia: defenderse á todo trance, si no se podia. El momento no era como para pensar en sostener la capital del régimen anterior. Reduciéndose á sí misma, la provincia queria salvar su vida propia por los mismos principios que habian proclamado los caudillos enemigos. Esta era por lo pronto una buena solucion para el partido directorial, por que le permitia la esperanza de quedar predominante en la ciudad, que era el verdadero punto fuerte para reaccionar á su tiempo sobre el resto del país. Los partidos de oposicion deseaban

tambien la paz; eran demasiado *porteños* para favorecer ó consentir el predominio de caudillos foráneos. El pueblo genuino, acostumbrado al régimen metropolitano, era por lo mismo esencialmente localista, callejero y plebeyo. Por ese lado era un vigorosísimo elemento de defensa local, pero como plebeyo y callejero ni era ahora ni habia sido simpático jamás á los hombres de gobierno y de principios constitucionales que habian caido en desgracia. Anarquizada la multitud por la sorprendente complicacion de los sucesos, se puede decir que no tenia mas bandera que el impulso mecánico de la defensa local; y que flotaba indecisa todavia, aunque con predilecciones naturales en favor de los revoltosos, que moralmente eran mas allegados á su índole y á su trato, que las clases superiores. Entre estos elementos populares ocupaban los cívicos, y principalmente el regimiento llamado *Segundo Tercio*, el primer rango de la milicia urbana. No solamente era ese cuerpo poderoso por su número, sino por estar compuesto de los *orilleros*: gente altiva y esforzada que se habia batido con los ingleses de Beresford y de Whitelocke, y actuado en todas las peripécias y alborotos de la subsiguiente Revolucion.

Dos hombres habian echado su nombre en el bullicio de los cuatro primeros dias:—don Manuel de Sarratea y el general don Miguel E. Soler, á quienes ya conocemos.

Don Manuel de Sarratea—«trapalon y entro[illegible]o-metido»—como decia don T. M. de Ancho[illegible]o-rena, y movido siempre por su incorregible afi[illegible]fi-cion á tratos y manejos embrollados, no era ta[illegible]an malo que pudiese ser tenido por un malvado d[illegible]de talla para despotizar por la fuerza y por la san[illegible]n-gre, ni por peligroso siquiera fuera de los enju[illegible]a-gues y escamoteos que lo hacian despreciabl[illegible]e mas bien que perverso. Pero al fin era *porteño*; y en aquellos momentos, esa misma actividad d[illegible]e embrolla, esa fecundidad de expedientes, era[illegible]n una razon para aceptarlo y emplearlo como in[illegible]-termediario de aquella diplomacia tan humillan[illegible]-te, y tan de bajo nivel, que era menester poner e[illegible]n juego para tratar con los caudillos de la monto-nera. Entre la pacificacion por un tratado; y e[illegible]l movimiento tumultuoso de la defensa que comen-zaba á tomar un aspecto amenazante de parte de[illegible]l *Segundo Tercio* de cívicos, se formó pronto un[illegible]a opinion moderada en aquel sentido; y Sarrate[illegible]a comenzó á ganar terreno.

El general Soler, militar de primer órden e[illegible]n un campo de instruccion, ó en el campo de bata-lla, era de una incapacidad proverbial en el jueg[illegible]o de los partidos; á términos de no tener jamás una idea clara de ellos, y de dar pruebas á cada paso del mas pueril aturdimiento, aun para com-prender y servir su misma ambicion. Para re-voltoso era tímido y violento á la vez, vacilante siempre: para gefe de partido, tan insustancia

ue no pasaba de ser instrumento de los que se
onian á su lado y lo empujaban en uno ó en otro
entido al favor de las eventualidades mas trivia-
es. Sin embargo, la justa fama con que habia
enido despues de su admirable desempeño en
l *Paso de los Andes* y en la batalla de *Chacabu-
o*, fué motivo de que todos los militares aproba-
en con entusiasmo el nombramiento que el Ca-
ildo hizo de él como comandante general de ar-
nas; y el 6 de Febrero tenia ya en su campamen-
o del *Puente de Marques* el 2° *Tercio* de cívicos
ntre cuya gente era muy popular, el batallon
rgentinos, un escuadron de blandengues, y las
ilicias de las inmediaciones que estaban llegan-
o por momentos. A su lado se habian agru-
ado muchísimos militares veteranos que en di-
ersas épocas habian servido en el Alto-perú,
Chile y en la Banda Oriental.

La seguridad de Buenos Aires reposaba sobre
fuerza de sus Cívicos. Apasionados por la
efensa de la ciudad natal, eran ellos *el Munici-
o en Armas*. Pero el estado turbulento de su
asa, y sobre todo de la gran parte que perte-
cia á la clase *plebe*, era á la vez un riesgo muy
rio. Y al llamarle *plebe* estoy muy lejos de
nfundir esa clase de nuestra antigua poblacion
n la gente menesterosa y baja que vaga por
s calles de las ciudades populosas viviendo del
o ó de los trabajos serviles del jornal. Por
e como otras veces lo he hecho observar, el

Cívico PORTEÑO era propietario rural, enteramente libre é independiente de patrones: tenia caballo (circunstancia digna de notarse) hogar y medios propios de subsistencia en las orillas y barrios embrionarios de la ciudad. Pero como vivia á sus anchas entre los abiertos eriales llamados *las orillas*, tenia una cultura intermedia y deficiente: era soberbio por que estaba poseido de su individualidad: predispuesto á los alborotos, unido por espíritu de cuerpo con su *medium* social, y poco simpático á las clases dirigentes cuyas casas ocupaban las calles del urbano centro. Era una clase hoy desaparecida, de orígen europeo, y que como se ve ofrecia una saltante analogia con la plebe romana, tan fiel como ella al sentimiento del patriotismo local, y del mismo modo rebelde á la aristocracia que la dominaba. Dorrego fué su Graco: Rosas.... su César; pues haciendo aparte las grandes y nobles calidades del usurpador romano, y sin perder de vista la baja y brutal idiosincrásia del mônstruo argentino, *cesarismo* se llama ya todo gobierno que invocando la soberania de la plebe, la tritura y la absorve en el absolutismo de su ídolo.

Podia temerse que revueltos por las pasiones de la defensa armada, cayesen los Cívicos en la anarquia; y que flotando los intereses públicos al viento vario de los tumultos, se perdiera hasta la última esperanza de salvar el único centro de cultura y de sociabilidad que aún quedaba

en pié en todo el vasto territorio. Era pues de vital urgencia hallar pronto una solucion pacífica y ponerse en condiciones aceptables para Ramirez, que era por el momento el que podia dar solucion al conflicto.

Claro es—que en una situacion tan repentina y tan compleja, la gloriosa capital de las Provincias Unidas de Sud-América habia caido en una completa impotencia para influir en la marcha ó en los sucesos de las otras provincias. Todas ellas estaban ahora libradas á sus propias convulsiones internas, sin otros reactivos que aquellos que pudiera encontrar cada una en la aplicacion y en el amalgama eventual de sus propios medios. De Buenos Aires habia desaparecido cuanto era de un carácter ó de un interés nacional. Nadie se preocupaba de otra cosa que de lo que afectaba inmediatamente la vida interna y la suerte especial de la ciudad materialmente limitada á su recinto. Era pues de muy poca importancia, que las provincias se hundiesen ó nó en la miseria, puesto que ellas mismas, por rebeldes al organismo de un gobierno general, eran las que se habian echado en los brazos de la barbarie, y levantado el poder ominoso y disolvente de los caudillejos que las sojuzgaban.

Pero debajo de esta indiferencia aparente, que los sucesos presentes parecian imponerle á la capital, ella mantenia el recuerdo de su tradicio-

nal gerarquia; y el despecho mismo con que se veia destronada, era un rasgo peculiar en que se revelaba la persistencia latente con que sus habitantes y sus partidos, sin escepcion, abrigaban el propósito de reconquistar en la primera ocasion favorable la gerarquia perdida. Tan singular era esta fisonomia doble de la situacion, que al mismo tiempo que Buenos Aires daba la espalda con enojo á las provincias, y que prevalecia entre provincianos y porteños enemistad poco disimulada, los unos y los otros procuraban ganar y reatar el poder centralizador, para dar cohesion y cuerpo al mando nacional supremo que ambicionaban: los *Montoneros*, conquistando á Buenos Aires para absorverlo, nivelarlo y dominar el todo: los *Porteños*, rechazando á los Montoneros, y esperanzados en hallar alianzas en el campo enemigo, ó en los pueblos oprimidos, con que restablecer los lazos de la antigua comunidad, y recuperar el centro de la nacion.

Pero estas evoluciones, que debian tomar mas tarde un vivísimo colorido, no eran en los primeros dias que se siguieron á la derrota de Cepeda, sino intuiciones que germinaban en el instinto público preparando el rápido declive que tomaron los sucesos á muy corto tiempo. Lo señalamos por que ahí—en esa vislumbre de reorganizacion nacional que atraviesa el caos en su momento mas tétrico, es donde toma origen el par-

tido llamado especialmente *partido unitario*: y por que los que como el señor Dominguez (don Luis) el general Paz y otros, han pretendido trasladar este gérmen á tiempos anteriores, y clasificar con estas ú otras denominaciones los partidos anteriores á 1820, llegarian á tal confusion de resultados, entre hombres y cosas, que no encontrarian sino trasmutaciones imposibles de explicar con semejante clave. Desde 1810 á 1820 todos los partidos gubernamentales fueron esencialmente *centralistas,* jamás ninguno de ellos proyectó, formuló, ó practicó nada *segregativo,* nada federal; y si bien se combatieron entre sí, fué, como se habrá visto en esta obra, por razones accidentales de situacion ó de mejor gobierno, sin el menor accidente que revelase miras basadas en el organismo federal. Entremos en el estudio de los hechos y se irá viendo con claridad esa lenta germinacion del nuevo partido unitario.

Por de pronto, en Febrero de 1820, el Municipio de Buenos Aires habia venido á ser el último baluarte del vencido nacionalismo. Reunido el ilustre Congreso que habia participado de las glorias y tribulaciones de aquellos cuatro años, se vió comprimido (dirémoslo así) entre las calles de la ciudad; y como no tuviera mas defensa ni asilo que aquel municipio representante nato del localismo porteño, le trasmitió sus facultades de cuerpo nacional, y al Alcalde Mayor le confirió los poderes del P. E. nacional con un

voto absoluto de confianza. Hecho esto el *Congreso de Tucuman* (6) se puso en receso.

El Municipio y el Pueblo aceptaron el testamento del ilustre moribundo, y comenzó asi aquella alianza de los elementos respectivos que vino á tener su complemento en el ensayo de 1826, y que dió su carácter, reaccionario por desgracia, á la presidencia intempestiva del señor Rivadavia. Pero Buenos Aires no habia olvidado, ni olvidará jamás, que ese es el espíritu de sus muertos: que esa es la voz que pasará de los cementerios al alma y á las pasiones de los vivos. Traqueado el Congreso desde Tucuman hasta la *calle de San Martin* centro de la cintura á cuyo amparo ponia ahora su baluarte, se dirigió á los porteños, y les dijo: «que estado crítico y de-
« sesperado del país exige medidas extraordina-
« rias y eficaces. Los riesgos son inminentes;
« es preciso hacer cesar la guerra ominosa con la
« provincia de Santa Fé y con los orientales. En
« este concepto, el Alcalde Mayor queda plena-
« mente autorizado para poner á la capital *en*
« *un pié respetable de defensa,* proporcionán-
« dose ó *sacando el dinero necesario, por todos*
« *los medios que le dicte la Suprema ley de*
« *la salvacion de la Patria;* pero se le reco-

(6) Le llamamos *de Tucuman* por el primitivo lugar de su instalacion; pero desde 1817 se habia trasladado á Buenos Aires.

« mienda especialmente que negocie ante todo
« una suspension de hostilidades *con el fin sa-*
« *grado de sellar la union de los pueblos sobre*
« *bases de eterna justicia y de interés recipro-*
« *co,* cesando el Congreso en sus sesiones mien-
« tras duraren los aprestos militares.» La Municipalidad de Buenos Aires recibia pues del Congreso General un título legítimo á la herencia unitaria de la Nacion; la tradicion protestaba y vencia en el terreno del derecho consagrado, contra la fuerza brutal de los hechos que la violaban. Esta era al menos la conviccion inapeable del partido de los constitucionales, cualquiera que fuese la bandera en que hubiesen estado afiliados.

Desde que el Congreso, en la impotencia de hacer otra cosa, abdicaba de su mandato en el Cabildo de Buenos Aires, el espíritu local surgia con el vigoroso empuge que le daban las inquietudes mismas y la actividad en que se agitaba al vecindario de quien aquel era hechura. Era forzoso que el movimiento y la iniciativa comenzaran á efectuarse desde entonces, entre el Pueblo y el Cabildo: y que esta corporacion adquiriese el individualismo ruidosísimo de que gozó en los sucesos de 1820.

Como el Cabildo procedia por su formacion y por su espíritu del régimen directorial, y como era tambien la única autoridad orgánica que se hallaba en pié para defenderlo, se agruparon á él

todos los restos del partido vencido. Los unos de una manera activa y belicosa, los otros con aquella adhesion de opiniones que le dá á una autoridad la confianza de la estimacion en el puesto que desempeña. Comenzaban pues los directoriales á tener esperanzas de salvar su nucleo político y su influjo al rededor del Alcalde Mayor Aguirre, si conseguian que Ramirez, convencido de que no podria superar la resistencia de la ciudad, hacia la paz bajo condiciones de armamentos, dinero, y otros pactos mas ó menos favorables que podian ofrecérsele á trueque de que se retirase á Entrerrios con elementos nuevos de fuerza que le aseguraran la supremacia sobre Artigas y la sumision de Santa-Fé. De cierto— que si esto se conseguia, y si la ciudad entraba en quicios bajo la direccion de Aguirre, el sentimiento de la paz habria bastado para reponer el órden; y que repuesto el órden, el partido constitucional reviviria y se restableceria de nuevo con mayor robustez; por que puestos fuera de la escena Pueyrredon, Tagle, y otros pocos de los que se habian hecho odiosos á esa ligereza estúpida con que las multitudes populares juzgan siempre de los gobiernos que caen, la reaccion favorable que tendia á restablecer el crédito y el predominio de las ideas orgánicas, habia comenzado un trabajo admirable de recomposicion moral en que estaba entrando todo el culto vecindario; movido naturalmente por el terror que le inspi-

raban las bandas bárbaras del Paraná, y por la conveniencia de agruparse para hacer eficaz la defensa de la ciudad.

Este movimiento incipiente se encontró con dos escollos: Soler que á la cabeza del ejército trataba de presentarse á Ramirez como el mejor y mas fuerte agente de la paz por lo mismo que tenia la fuerza; y Sarratea que revelando á todos los enemigos interiores del régimen anterior, el peligro que corrian de verlo restablecido, trabajaba en el empeño de que Ramirez no admitiese negociaciones sino á condicion de que desaparecieran el Congreso, el Supremo Director y todo lo que hubiera sido hechura suya. Los secuaces de Sarratea consideraban y veian que siendo dominante sobre todas las otras miras la de hacer la paz y salvar la autonomia, de buena ó de mala gana el vecindario aceptaria siempre esa solucion con preferencia á otra cualquiera.

Entre Soler y Sarratea, la burguesia se inclinaba con evidente preferencia á Sarratea como mejor instrumento para obtener una paz tranquila; por que no tenia para dominar el peligroso poder de la fuerza armada, y por que tomándose á Sarratea se evitaba la coalicion de las tropas de Soler con las bandas de Ramirez. Soler no comprendió tampoco que no podia ser un amigo aceptable para que Ramirez le adjudicase el mando de Buenos Aires, pues por lo mis-

mo que tenia las fuerzas militares para hacerse ler, habia de tratar de *prevalecer*. Y como nc comprendió se precipitó dando un paso impren ditado que lo perdió con unos y con otros. Apei conoció la recomendacion de transigir que el C greso le habia hecho al Alcalde Aguirre, se a lantó de su cuenta á proponerle condiciones Ramirez, y copar la partida, enviándole al tenie coronel don Gregorio Jaime con autorizacion ra acordar preliminares, que *una vez convenid* él haria que fuesen aceptados por el Cabil Pero Ramirez le contestó el dia 9 de Febr que no detendria sus marchas, ni oiria propo ciones—« mientras el Ejército y el Pueblo « derrocasen todas las gerarquias políticas q « *tuvieran ó hubieran tenido origen* en el Dir torio. » En lo cual quedaba incluido el Congr y tambien el Cabildo. No necesitó mas Soler ra convertirse en agente ejecutor de la senten El dia 10 le pasó al Cabildo un *ultimatum* alta ro que en el primer momento puso á todos angustias, por que se creyó que unido el ej cito á los montoneros marcharia sobre la Ca tal. (7)

(7) ¿Pará cuando guarda V. E. su poder? . . . . De ayer el enemigo pisa victorioso en el Salto; y aun partidas alcanzan al Lujan. Las provincias se han parado; y por consiguiente ¿á quién representan los ese Congreso? Los enemigos no quieren tratar con toridad que dependa de ellos; solo V. E. se presenta

La intimacion reventó como una bomba en medio del Ayuntamiento, y provocó una grita desordenada en el público. Los unos vociferaban, que se hiciese pronto lo que el ejército ordenaba: los otros, sumamente inquietos pedian que se le resistiese. Segun estos, los miembros del Congreso y del Cabildo debian morir sentados en sus sillas curules, como aquellos míticos Romanos que se habian dejado decapitar por los Galos: el clasicismo era el código lírico del tiempo. No faltaban otros tampoco que vocearan por

este conflicto como el íris de paz. Este *Ejército reunido* me ha *facultado* para hacer á V. E. la presente comunicacion; y por mi conducto esplicar sus sentimientos en uniformidad con los votos de ese desgraciado pueblo. El ejército ha *jurado sostener su resolucion* de que se DISUELVA EL CONGRESO, y sean separados de sus destinos cuantos empleados emanen de este y del Directorio, por que están íntimamente ligados: que salgan á alguna distancia de la ciudad, á los arrabales: y que V. E. reasumiendo el mando, oiga libremente *á su pueblo*. Esta resolucion la he comunicado hoy mismo al *General* Ramirez, invitándole á tratar sobre estos principios .... Nuestro único objeto es la salud de ese gran pueblo, y la *union de los pueblos* separados desgraciadamente; y entre tanto V. E. no me conteste, *la amargura* y *la zozobra* se lee en el semblante de todos.» Firmaron este papel veinte gefes, de generales á tenientes-coroneles; y vino á la ciudad acompañado de una ardiente adhesion del Cabildo de Lujan, cuyo vecindario venia á prestar asi una especie de apoyo popular á esa ilegal intimacion del ejército. El general Soler trataba pues de precipitar los sucesos para congraciarse con Ramirez en provecho propio.

otras mil combinaciones, para librarse de Soler y de los federales á la vez. Las angustias comenzaban á ser estremas: la situacion se devoraba á si misma: y el espíritu de la defensa se desmoralizaba por horas en medio de esta amenazante anarquia.

Desconocido é intimado de muerte por su propio ejército, el Cabildo se sometió en el primer instante, á pesar del enojo popular que comenzó á prevalecer contra Soler por tan estúpido atentado. Todas las facciones que tenian interés en desmontar á Soler, se armaron con la opinion latente del país para condenarlo. La faccion de Sarratea, obraba movida por el peligro que corria de que Soler le arrebatara el mando; los vecinos bien intencionados, por el alarma con que veian erigirse una tirania demagógica, y militar, y turbulenta, que se inauguraba con un atentado asaz atrevido. Pero los cabildantes, que no tenian en mucho estas fuerzas morales y latentes de la opinion, tuvieron miedo; creyeron en peligro su seguridad individual, no solo por el carácter del jefe que los amenazaba sino por que comenzó á correrse que el 2° Tercio marchaba ya á situarse en la plaza central.

El Congreso fué convocado desde luego, y el Ayuntamiento admitido en sesion
1820 secreta, solicitó la disolucion com-
Febrero 11 pleta de todo lo que quedaba en pie del antiguo organismo, en vista de

que á eso lo forzaban las circunstancias. El Congreso consideró su situacion; y contestó con fecha 11 —«que sin embargo de que los *Representan-*
« *tes de los Pueblos* tenian un pacto de union
« celebrado con la representacion legítima del
« gran Pueblo de Buenos Aires, y de que por
« lo tanto desearian saber la voluntad de este,
« cedian á la intimacion que se les hacia.» La disolucion fué comunicada entonces al general Rondeau, que—«adhirió á la voluntad general,
« dimitiendo la Suprema Direccion del Estado
« *en manos del Cabildo;*» y quedaron así consumados, con la disolucion de la Nacion, los resultados que Bustos y Paz habian buscado en Arequito, cuyo término fué poner á las provincias en una situacion espantosa, de que daremos cuenta despues de haber seguido el encadenamiento de los sucesos en la de Buenos Aires.

Consumada la disolucion, el Cabildo proclamó al pueblo el dia 11 sincerando sus medidas con el deseo de poner término á una guerra *fratricida*, y de cumplir el voto de los ciudadanos virtuosos que habian exjido el cese de las antiguas autoridades. En esta virtud, el Cabildo habia venido á resumir todo el poder de la provincia; y decia que á su tiempo, concurriria á levantar las bases de *una liga,* que siendo la obra de una reciprocidad de conveniencias, pudiese ser permanente. Mientras se reorganizaba la autoridad, el Ayuntamiento se hacia responsable del

órden público contando con la cooperacion que debian darle los ciudadanos, para garantir la propiedad y la seguridad individual y para perseguir y castigar á los que atentaran á perturbarlas. Aseguraba tambien que en la provincia todos estaban conformes con las nuevas bases de asociacion que los pueblos apetecian; y que las cuestiones acerca de la reorganizacion de la Nacion quedaban libradas al tiempo en que fuese posible la unánime concurrencia de las Provincias que la componian.

Antes que Soler, y en el mismo dia en que el Congreso se lo habia recomendado, habia el Cabildo enviado tambien una comision encargada de tratar con Ramirez. Despues de inconvenientes y vacilaciones sobre cuales serian los hombres mas adaptados para ese servicio: se fijaron los pareceres en un abogado de esquisita travesura y apasible trato; en un rico campesino muy respetable pero de poca argucia, y en un individuo especie de comodin y no poco ágil pero insustancial: era el primero el doctor en leyes don Vicente Anastacio de Echevarria, don Joaquin Suarez el segundo, y don Julian Viola el último, que quizá no entró sino como *procurador* secreto y testigo del Cabildo, de que era miembro. Fácil es ver que todo el peso de la negociacion recaia en el señor Echevarria; como era nativo de Santa Fé y habia hecho estrechísima amistad con Estanislao Lopez y no se-

ria estraño, por lo que se vió, que llevara algunas miras, propias ó encomendadas, de sacar á Lopez del lado de Ramirez. Tarde ó temprano eso tenia que suceder, por mucho que el de Santa Fé siguiese mostrando la mas obsequiosa subordinacion al de Entrerrios. Echevarria era como mandado hacer para el negocio en cualquier carácter que tuviese; por que, aunque santafecino, era completamente fiel al vecindario de la capital donde tenia una sobresaliente posicion, riqueza é íntimas amistades en el seno de la burguesia directorial.

Como los comisionados habian salido de la ciudad el dia 8, ignoraban lo acaecido despues de la intimacion de Soler; y el 11 desde la Villa de Areco le pidieron á Ramirez que les designase el lugar en que quisiera esperarlos. Ramirez ignoraba tambien los cambios efectuados en la ciudad y como al mismo tiempo recibia las insinuaciones de Soler, les contestó negándose tambien á la entrevista. Pero mejor informado llamó el dia 14 á los comisionados é inmediatamente se reunieron. Procuró Ramirez hacer mas presion de la que podia produciéndose en términos violentos contra Aguirre por los bandos y proclamas insultantes que desde el dia 3 habia lanzado á los pueblos contra los *jefes federales:* y exigió que fuera depuesto y castigado: pidió tambien pusiese bajo sus órdenes la fuerza de Soler, con la escuadrilla del Paraná, y dijo

que solo cuando la ciudad se hubiera puesto en pié de paz entraria él á tratar con las nuevas autoridades que se creasen. Los comisionados declararon que no tenian poderes para nada mas que para restablecer la concordia en términos igualmente equitativos; y resolvieron retirarse; pero parece que Echevarria conferenció privadamente con don Estanislao Lopez, y que no anduvieron muy distantes ambos en el temor de que la mira de Ramirez fuese levantarse con la supremacia absoluta é imponer su personal voluntad sobre el país.

Salieron los comisionados del campamento de Ramirez dejándolo en marcha hacia el *Pilar;* y llegaron á la ciudad en la mañana del 16. Informado de lo que pasaba, el Cabildo llamó á su seno á los vecinos mas notables, hizo venir la oficialidad de Cívicos que guarnecia las aproximaciones de la plaza, y convocó con urgencia á todo el vecindario para las *cinco de la tarde* de ese mismo dia. Presente allí el señor Echevarria, subió á la mesa concejil y dió cuenta de su comision con una exposicion habilísima, y bien calculada para levantar el furor popular. Dijo que el pueblo habia ya ejecutado cuanto podia exigírsele para obtener la paz—pero que por ningun motivo cometiese la debilidad de poner sus destinos en manos de hombres que pudieran ser instrumentos del caudillo de Entrerrios; sino que cuidase de elegir hijos de la

tierra patriotas y servidores acreditados del pueblo—es decir—de la ciudad.» Frenéticos aplausos cubrieron el informe; y la Asamblea del vecindario resolvió crear autoridades provinciales. con ese fin: Se acordó 1º que cada ciudadano presente votase por *dos* electores, y que los *doce* que resultasen con mas votos fuesen proclamados *Junta de Representantes de la Provincia;* 2º Que esta Junta nombrase inmediatamente un gobernador con la obligacion de ponerla en defensa y con fuerza para atacar si fuera necesario: 3ª Que sin perjuicio se intentase nuevos arreglos de paz. Del escrutinio resultó que el Pueblo Soberano se componia en aquel momento de doscientos veintidos votantes; en general jefes de familias principales; de cuyo voto salieron por Representantes hombres de muy acreditado carácter, y de tradicion directorial, por que votando en libertad Buenos Aires no podia dar otra cosa. (8)

Despues del torpe paso que habia dado Soler estaba ya excluido de toda combinacion, bien fuese de índole pacífica, bien para hacer una defensa extrema y á todo trance. Se hicieron tentativas para levantar de nuevo la candidatura de

(8) Don Juan Pedro Aguirre—Juan José Passo—Victorio Garcia Zúñiga—Ant. José de Escalada—Vicente A. Echevarria—Thomas Man. de Anchorena—Juan J. Cristobal de Anchorena—Vicente Lopez—Sebastian Lezica —Manuel Luis de Oliden—Manuel Obligado—Manuel Sarratea.

Aguirre al gobierno de la provincia; pero despues de maduro exámen, los Representantes electos creyeron que si bien no debian someterse á la ambicion de Ramirez, no era prudente hacer imposible una aproximacion por medio de un candidato capaz de acercársele y de pasar por algunas concesiones humillantes con tal que se consiguiese la paz. En este ir y venir de combinaciones varias, acabaron todos por preferir á Sarratea; y el 17 de Febrero lo eligieron gobernador de la Provincia de Buenos Aires.

Este primer descenso ó debilidad trajo otras concesiones como lo vamos á ver.

Al proclamar la eleccion de Sarratea, la Junta electora dirigió al Pueblo una proclama en que decia:—«Los Representantes están per-
« fectamente al cabo de el espíritu de *dig-*
« *nidad* y *nobleza* que llena los corazones
« de los ciudadanos: saben que estos aspiran á
« una paz *honrosa*, pero que *detestan* una *ver-*
« *gonzosa humillacion*. Tales elementos serán
« puestos en movimiento si se llegase á tocar el
« inesperado estremo de mala fé en el ejército
« federal. Las glorias del gran pueblo de Bue-
« nos Aires, adquiridas á costa de su sangre y
« sacrificios ¿serán eclipsadas por la degrada-
« cion? El mundo admirador de nuestro valor
« ¿deberá arrepentirse de su concepto, y retrac-
« tarlo para situarnos entre los míseros escla-
« vos, y seres abatidos que sucumben al arbitrio

« de quien les venda proteccion y les calce ca-
« denas? No creemos sean tales los sentimien-
« tos del Ejército federal, pero prevenirse es muy
« compatible con la prudencia y con la confian-
« za racional ».

Mientras que esto pasaba en la ciudad, Soler y Ramirez andaban en intrigas buscando de qué medios echarian mano para sacar cada uno el mejor partido. Creyó Soler que dando cuenta á Ramirez del resultado que habia tenido su atrevida intimacion, conseguiria imponerle su persona como la mas adelantada en el influjo sobre la ciudad; y en efecto, creyólo Ramirez tambien y le contestó, lleno de contento, que esa intimacion era propia del patriotismo y de la liberalidad de tan ilustre jefe: que lo que ahora se hacia necesario era afirmar la victoria de los ejércitos federales y castigar á los famosos delincuentes que habian querido arruinar el país sometiéndolo á una constitucion fabricada para tiranizarlo; pero que si el *general Soler no unia sus fuerzas á las del ejército federal no podria ver realizadas sus santas intenciones ni proteger la causa de la libertad.* Era menester pues, agregaba Ramirez que se viesen: que las tropas de uno y otro ejército estrechasen sus brazos; y que de esa entrevista resultaria el término de todas las inquietudes. (9)

(9) *Campamento en el Pilar á 12 de Febrero de 1820. . . .*
« Si el Cabildo se presta á esas benéficas indicaciones

Pero lo que hace cómico el incidente entre estos dos personages, es, que pocos momentos despues de haber comunicado á Ramirez el éxito de su intimacion, le llegan noticias á Soler del furor que ella habia producido en la

puede V. E. estar seguro de que ha llegado el momento de la reconciliacion comun, de la tranquilidad y de la dicha del país. . . . Pero señor Brigadier, pongamos fuertes diques al torrente de intrigas con que la aspirante y criminal administracion amenaza aun la libertad de los pueblos; ella tiene los medios de seducir á los incautos *valiéndose del influjo de los* INFINITOS LOJISTAS que no abandonarán sus intereses mientras no sean aterrados con un ejemplar castigo en los PRIMEROS DELINCUENTES: muchas de las primeras autoridades en las corporaciones existentes son todavia agentes activos de aquellos monstruos; y si V. E. no lo creyera, vuelva los ojos sobre el Bando del Directorio Sostituto, en el que desconociendo los sacrificios y servicios de los pueblos de la Liga, presenta al General Federal animado de sentimientos infernales, que solo caben en corazones tan corrompidos como los de esa gavilla de malvados que tantas lágrimas ha hecho derramar á la patria. . . . Concluyamos, V. E. y nosotros, esta grande obra para que no renovemos dias tan amargos. Sea en horabuena el Cabildo el órgano por donde se haga entender á este heróico pueblo que puede, sin el recelo de las bayonetas, espresar su voluntad; pero absténgase de mezclarse en lo que delibere el pueblo mismo, por que eso seria sostener los intereses de aquellos que tienen jurada su opresion. Dificultades terribles van á oponerse á las santas intenciones de V. S. *si unidas nuestras fuerzas no se dedican á proteger la causa de los Libres; acercándose V. S. al Ejército Federal, no para prodigar la sangre americana, sino para estrechar en sus brazos* á los dignos-

ciudad. Sus amigos le escriben que habia cometido el error mas imprudente que era posible cometer en semejantes circunstancias; y que con solo ese paso habia hecho que todos se retirasen de su nombre para tomarse al de Sarratea. Desconcertado é incapaz, como he dicho, de ver claro en el cúmulo de cosas que se agitaban, hizo Soler lo que hace un muchacho que clava mal un clavo—pegarle por la punta y torcerlo mas: el 14 vuelve á escribirle al Cabildo con tal humillacion que solo con sus mismas palabras puede comprenderse—« .... pues digo con franqueza á V. E. que *siendo yo un jóven* sin relaciones, y sin mayor esperiencia de unos negocios tan árduos y trascendentales, como los que hoy se manejan no quisiera tomar providencias, *que tal vez desdigan del plan* y conducta que V. E. se haya propuesto. Aseguro si que soy *obediente*, y que obedeceré á V. E. cuanto V. E. me ordene, y que estos son los sentimientos del ejército, que enteramente confia en V. E. Parece de mas semejante empeño. V. E. mande y será obedecido. La salud pública está en manos de V. E.»

ciudadanos *que obedecen sus órdenes*, y *para tener* la satisfaccion de *hablar con V. S.*: de cuya entrevista resultará la pronta conclusion de tantas inquietudes.—¿Y qué diré a V. S. de la fuga de los principales traidores Pueyrredon y Tagle? Quién responderá ante el Tribunal de la Nacion á los cargos que van á hacerse por los pueblos y por los individuos contra aquellos pérfidos?».

Apenas ha escrito esta nota recibe la de Ramirez llamándolo á una entrevista y trazándole perspectivas que lo deslumbran. Soler toma una pequeña escolta y se va al campo de Ramirez. Hallábase Ramirez irritadísimo en ese momento: acababa de saber lo que habia pasado en la ciudad. Soler lo encontró pues en condiciones favorables; y se pusieron de acuerdo en que antes de formar pacto ninguno de paz era menester *que no quedase con empleo ó cargo de ningun género individuo alguno que hubiese ayudado á la administracion directorial* ó intentado sostenerla en sus proyectos de opresion, ó cooperando á la ejecucion de sus crímenes: á cuyo fin los generales pactantes empeñaban su honor, el de las fuerzas que mandaban y el de los pueblos que representaban.» Despues de esto convinieron en que cada uno por su parte dirigiria inmediatamente una nota al Cabildo acompañándole en copia este armisticio que acaban de celebrar —«para darle tiempo á reflexionar sobre los horrores que de nuevo amenazaban á la nacion, si persistia en eludir y contrariar las justas exigencias de los pueblos.» (10)

(8) La nota de Ramirez era por demas atrevida é innoble:—«Es preciso (agregaba) que V. E. se decida de una vez á separar *de entre nosotros* hasta el último de los empleados y dependientes de la administracion, que hayan tomado parte con esos criminales. Los sucesos de estos dias, la conducta de algunos miembros de ese c[illegible]

Soler se habia comprometido á segundar la nota de Ramirez; y al efecto volvió al campamento trayendo una copia. Mas, por fortuna suya, alarmados sus amigos de la ciudad con

bildo y el *escandaloso* proceder de la Comision de V. E. cerca de nosotros, nos ha alarmado, y nos prueba lo que debemos esperar etc. etc.» protestaba despues que si no era destituido el Cabildo ó integrado con otros miembros —«que mereciera su confianza, la guerra comenzaria contra los tenaces intrigantes, que, sin conocer su verdadera situacion, pretenden aun *hacer valer el influjo de sus Lógias* para envolver al país en sangre.» Hacíale cargo al Cabildo de que no hubiese aprisionado á Pueyrredon y á Tagle, y de que los hubiesen dejado ir á Montevideo, sin duda, para que sus aliados los portugueses les diesen medios de restablecer su poder. Recordaba el Bando del 3—«ese papel inícuo dirijido á desacreditar al Ejército Federal y á *electrizar* contra él al pueblo de Buenos Aires» y decia que él no podia soportar que fuese reelecto y mantenido en su influjo el mismo hombre que lo habia firmado. Examinando despues la conducta de la Comision negociadora, aseguraba que sus miembros habian convenido con él en que debian ser destituidos todos los servidores y partidarios de la antigua administracion; pero que, asi que habian regresado á la ciudad, se pusieron á—«gritar que las proposiciones de los federales eran inadmisibles, que venian animados de venganzas, que los vecinos temblasen de su furor, y que el Pueblo debia mantener el *famoso Bando* del Director Sostituto. Despues (dice) se finge una *eleccion popular*, y se ve salir como ELECTORES : al agente secreto de Rondeau, al intrigante de Areco y pregonero de insultos contra los federales—al doctor don Vicente Anastacio de Echevarria : al mismo Aguirre: al congresal Passo; y última-

la poca cordura de sus actos, le habian envia-do al comandante don José María Echandia con el consejo de que lo nombrare su secretario: y como Echandia era conocidamente hábil y exper-to, no pudiendo remediar lo ya acontecido, le hizo cambiar radicalmente la nota de Ramirez con-servándole sin embargo las apariencias. En pri-mer lugar prescindió del Cabildo y dirigió la nota á la Junta de Representantes haciéndole con esto un reconocimiento indirecto para propiciársela; y en todo lo demás trasformó el estilo violento y agresivo en tonos y conceptos moderados y pu-ramente insinuativos. (11)

mente, se trata de interrumpir y hacer imposibles los arreglos con el general Soler haciendo que Balcarce baje por las costas *para ayudar á sus compañeros en sus conflictos y operar contra la libertad de la provincia*. Ramirez protestaba que no se conformaria con *reformas aparentes*, *hechas* por la misma faccion que se trataba de alejar: — «No!. . . . Nuestra resolucion (decia) se cumplirá ó pereceremos con gloria. . . . Vamos á obrar activamente contra Balcarce, y PONEMOS Á LA DISPOSICION del señor general Soler una fuerte division, *para que facilite la ejecucion* de las pretensiones de los pueblos.»

(11) La salud pública era (segun decia) la que habia impulsado al general á dar ese *enérjico* paso del dia 10, y desde entonces su aspiracion constante habia sido —« *sepultar en* « *los abismos* esa guerra horrorosa que nos ha hecho des« merecer en el concepto del mundo viejo y del nuevo.» Po conductos particulares, él conocia las buenas intencion de los Gefes Federales; y yendo á verlos, tuvo la fortu de abrazar á *los virtuosos ciudadanos* Lopez y Ramirez

Sarratea se recibió del Gobierno el 18: en ese mismo dia á las diez de la noche llegó tambien el *ultimatum* de Ramirez y la nota de Soler. Por muy exaltadas que estuvieran las pasiones locales al ver ajada así la altivez de Buenos Aires, por la insolencia de *unos cuantos gauchos*, montoneros, no era posible disimular que el *ultimatum* de Ramirez, y las amonestaciones encapotadas de Soler, eran peligros demasiado sérios y urgentes para que debieran ser tratados con lijereza y facilidad. Los hombres discretos comprendieron que era menester llevar mas adelante el sacrificio, y hacer concesiones indispensables en el estado angustioso de los negocios.

El Gobernador llamó inmediatamente á la Fortaleza á los doce representantes que componian la Junta, y á otros vecinos respetables; y despues de haber discutido el estado de las cosas

de acordar con ellos el armisticio que remitia. Hablando con franqueza de los *únicos obstáculos* que ofrecia la paz, creia que todo el mal se reducia *á la falta de confianza* que *inspiraba la actual Municipalidad*—«el Ejército Federal, como el Pueblo todo de Buenos Aires, *conocen bien las ramificaciones* de algunos de sus miembros, con la faccion *espirante que no cesa de aspirar*. No hay remedio: si se quiere terminar la guerra, es preciso disolver el actual cuerpo municipal. . . . El Ejército que tengo el honor de mandar tiene hoy las mas lisongeras esperanzas, á pesar de las falsas alarmantes ideas que esparció, en su tránsito, contra los Federales la Comision Municipal, que, por *sospechosa* é *ilegítima* volvió desairada.»

convinieron:—1º en que era indispensable que de acuerdo con la cláusula 2 del acto de su eleccion, declarase el *Cese* del Cabildo, cuya composicion alarmaba tanto á los Caudillos federales, y se procediese á nombrar otros—2º que Sarratea fuese en persona á tratar con Ramirez y le concediese condiciones capaces de restablecer la paz sin comprometer al gobierno ni la independencia de la Provincia:—3º Que se le enviase á Soler un comisionado de su confianza que lo lisongease pidiéndole los nombres que le agradarian para miembros del nuevo Cabildo y confirmándolo en el mando en gefe de las fuerzas de la Provincia y de la ciudad.

Los Cabildantes estaban muy lejos de querer sostenerse en sus puestos. Por el contrario, sériamente alarmados por el odio y por las amenazas de los Caudillos federales, deseaban de veras verse libres de un cargo que les imponia inquietudes harto amargas.

El mismo dia 19 partió don Manuel Oliden al campamento de su primo y amigo el general Soler y muy pronto se pusieron de acuerdo en la designacion de cabildantes, tomándolos todos del partido y de la relacion particular del general. Con lo que este se formó la esperanza de que viniese á sus manos ese poderoso resorte del gobierno de la ciudad. Entraron pues al gobierno municipal los siguientes ciudadanos—Don Juan Norberto Dolz, don E. Perez Millan,

don Mariano Zavaleta, don E. Blanco, don Zenon Videla y don José Tomas de Isasi. De parte de la Junta, esta eleccion habia sido hábilmente combinada; por que habiendo tenido que darle á Sarratea todo el poder ejecutivo, convenia que el Cabildo obedeciese á influjos diferentes, para que pudiesen celarse respectivamente. Por de pronto, se consiguió con esta maniobra una enorme ventaja; que fué traer á la ciudad, del campamento exterior el *Segundo Tercio de Cívicos;* por que siendo el Alcalde Mayor por ley *Gefe y Brigadier General de los Tercios Cívicos*, consiguió Dolz que el general Soler le devolviese ese cuerpo que era la base armada de su partido y del nuevo municipio al mismo tiempo, por si se hiciera necesario esforzar la defensa interior dado caso de que fracasara la paz ó por otros motivos. El 2º Tercio entró á la ciudad el 20 de Febrero; y sobre este hecho insignificante al parecer vinieron á complicarse en un vivísimo drama los subsiguientes alborotos y sucesos que han dado su carácter escepcional y famoso al *Año XX* en la Historia Argentina.

En este momento, solemne para él, es ciertamente digna de estudio la trasfiguracion de Sarratea: que si no era la del Salvador en el Sinaí, no por eso nadaba en menos luces y fosforescencias el espíritu del actor que se veia trepado al escenario y con todas las cuerdas de la maquinaria en la mano para bajar—

subir y—cambiar telones en el drama embrollado de los sucesos que lo rodeaban. El 21 de Febrero se marchó con una comitiva de alarifes en busca de Ramirez; y se encontraron en el Pilar. Trapalon de gran mundo y dado á embrollas por naturaleza, pero vivo y ágil, tenia la mas completa tranquilidad para acceder y faltar á toda clase de compromisos. Soltaba las palabras, las promesas, los arreglos y las conveniencias, accediendo siempre á todo aquello que lo podia sacar de la dificultad presente: y contando con que por los mismos juegos podia salir de todas las otras complicaciones cualquiera que fuese el que se clavase, ó la deslealtad que lo pusiese á sus anchas. Por sorprendentes que sean estas habilidades en el manejo de los expedientes, rebajan indudablemente el nivel moral de los hombres que las tienen; y que casi nunca pasan de ser instrumentos poco apreciados. Pero no hay que negar que en muchas ocasiones despejan dudas y sirven para poner expedita la via.

Entraba pues Sarratea al campo de los montoneros con esa fisonomía radiante que toman los hombres de carácter ligero y festivo en sus grandes momentos de alegría. Sus ideas bullian y saltaban como chispas de fósforo; sus palabras fluian con tal predisposicion á la simpatía universal que se hizo recibir bien y lo prometió todo con una esquisita facilidad. Despues de haber metido la mano, diremos así—en el cora-

zon soberbio del caudillo entrerriano, y de haberle hecho esperar cuanto de real y de efectivo se le ocurrió para el aumento de sus fuerzas y la consolidacion de su poder, comenzaron los peros de la prudencia y de simple detalle. En cuanto á fusiles, sables, municiones, monturas, escuadrillas, dinero, ninguna dificultad se ofreceria; pero el ejército Federal no debia pretender por lo pronto entrar á la ciudad; por que con eso se corria el riesgo de indignar el orgullo de los porteños, sin ventaja positiva. El sabia bien que la Junta de Representantes estaba compuesta de *enemigos suyos* y *de los federales;* pero solo haciendo la paz podia asegurarse bien como gobernador y contar con fuerza moral y partido para cambiar completamente estos estorbos.

Conoció Ramirez lo que habria conocido cualquier otro, que el hombre le convenia mucho mas que Soler; é hizo con él el famoso tratado del Pilar. Pero lo que no conoció fué que se enfrascaba con un perillan desleal é incapaz por lo mismo de la energia necesaria para arrostrar las consecuencias del tratado y hacerlo cumplir á despecho de toda oposicion. (12)

Al hablar de la CONVENCION DEL PILAR, es preciso hacer distincion entre el convenio *pú-*

(12) Véase el *Apéndice.*

blico, y el tratado *secreto*. La única impo[illegible] tancia del convenio público residia en el pr[illegible] pósito íntimo que revelaban los pueblos di[illegible] dentes de reconstituir su preciosa nacionalida[illegible] Ninguno renegaba de ser argentino: ningu[illegible] pretendia formar republiqueta, sino que mir[illegible]ban como una gloriosa *herencia de todos* [illegible] *Comunidad de la pátria y la Unidad del car*[illegible]*cter nacional.*

Este organismo íntimo de la vida argenti[illegible] respetado por los caudillos de Entrerri[illegible], y de Santa-fé fué consagrado en el conve[illegible] del Pilar como una aspiracion nativa de [illegible] pueblos. — « Protestan las partes contratan[illegible] « que el voto de la nacion, y muy en pa[illegible] « cular el de las provincias de su mando, r[illegible] « pecto al Gobierno que deba regirlas, se [illegible] « pronunciado en favor de la federacion, q[illegible] « de hecho admiten. Pero que debiendo [illegible] « clararse por Diputados nombrados por la « libre eleccion de los pueblos, se someten á « sus deliberaciones» — y acordaban al efe[illegible] que cada provincia contratante nombrase [illegible] Diputado: que se reuniésen los tres en *San* [illegible] *renzo* dentro de dos meses, y que se invitase á las otras provincias á que llenasen el deseo q[illegible] *todas tenian de formar un gobierno centr*[illegible] es decir—*comun*.

Así convenido, las fuerzas invasoras debi[illegible] retirarse de la provincia de Buenos Aires

us respectivos territorios. Pero se esperaba el *patriotismo y de la generosidad de la heróica* *rovincia de Buenos Aires, cuna de la Li-* *ertad de la nacion,* que reflecccionase acerca e los medios con que debia contribuir á arro-ar á los portugueses del territorio oriental del Jruguay, y á poner en plena defensa la de intrerios, que tan espuesta se hallaba al peli-ro de ser invadida. Esta vaga estipulacion staba reducida á un sentido mas positivo en a convencion secreta, como veremos.

Ramirez insistió en que fuesen procesa-os los miembros de la anterior administra-ion; y Sarratea tuvo que acceder aunque pre-eia las malas consecuencias que podrian recaer obre él. Prometió pues que les abriria causa e *Alta traicion, por que los Gefes del Ejérci-* *Federal querian quedar justificados de los* *oderosos motivos que les habian impedido á ha-* *er la guerra que acababa de terminar.*

Prescindiendo de algunas otras disposiciones e pura forma, como indultos, amnistias, liber-ad de prisioneros, y de otros arreglos sobre l comercio, la navegacion de los Rios y de-arcacion de límites, que se deferian *á las reso-* *uciones del futuro Congreso,* el punto de mayor nportancia en la Convencion del Pilar fué el ue se tocaba en el artículo 10 referente á Arti-gas. Era evidente que este funesto caudillejo o aceptaria jamás las dos cláusulas que se re-

ferian á la reunion del Congreso y á la *recons-
truccion de un Gobierno Central.* Su poder
efectivo habia decaido en la proporcion mis-
ma en que habia crecido el de Ramirez. Este se
figuraba ya gefe de ese futuro gobierno nacional
y cabeza legítima por consiguiente de toda la Re-
pública. Artigas entretanto, acosado por los por-
tugueses se hallaba tan exhausto de médios, por
su ineptitud militar y por su imbécil terquedad,
que estaba materialmente postrado; mientras que
Ramirez dueño absoluto de Entrerios predomi-
naba ahora en Santafé y en Buenos Aires. El
Teniente era pues protector del *Protector*. Las
relaciones entre ambos estaban ya rotas; y en
crespado andaba el uno contra el otro. A Ram
rez le parecia lo mejor escusar en el Conven
del Pilar toda referencia á Artigas; y separarlo
la escena, por que no convenia que figurase en
guerra que él se proponia llevar á cabo á
Banda Oriental contra los portugueses; ni co
venia tampoco darle voz en un convenio q
por lo pronto interesaba solo á las provinci
argentinas. Pero Sarratea objetó que ese
lencio habria de parecer muy sospechoso
Buenos Aires, y que para que la paz pa
ciese verdadera y sólida era indispens
que Artigas quedase tambien comprometid
obligado á pasar por el convenio. Ramirez
taba ya en demasiada altura para temer la
voluntad del caudillo oriental; y convin

incluir su nombre; pero presentándolo de una manera tan humillante que de allí á la guerra entre ambos no habia ya la menor distancia. (13)

En los momentos mismos en que la obra nefanda de Artigas contra Buenos Aires, se consumaba cayendo derrumbado el organismo

(13) Art. 10—«Aunque las partes contratantes están convencidas de que todos los artículos arriba espresados son conformes con los sentimientos y deseos del *Exmo. Señor Capitan General de la Banda Oriental don José Artigas, segun lo ha expuesto el señor Gobernador* de Entrerios, *que dice hallarse con instrucciones privadas* de dicho Exmo. señor para este caso no teniendo suficientes poderes en forma, se ha acordado remitirle copia de esta acta, para que, *siendo de su agrado, entable* desde luego las relaciones que *puedan convenir* á los intereses de la Provincia de su mando, cuya incorporacion á las *demas federadas* se miraria como un dichoso acontecimiento.» Al pretender Ramirez que tenia *instrucciones,* mentia y echaba sobre su gefe la vergüenza de quedar reducido á un simple estafermo sin voluntad ni criterio. Despues de eso le privaba de los mas ribombantes de sus títulos, precisamente de el de Protector de los Pueblos Libres que era en el que apoyaba toda su soberbia política, y dejándolo reducido al de *Capitan General de la Banda Oriental* (completamente nominal ya) le intimaba que de allí en adelante no era ya parte ni tenia papel en las cosas argentinas. Artigas, que habia llegado al extremo de salir bazuqueado de la Banda Oriental, debió comprender que no le quedaba mas alternativa que la sumision al caudillo entreriano, ó una tentativa desesperada para castigarlo. Don Estanislao Lopez callaba y esperaba buscando tambien su independencia personal y política.

constitucional, los elementos argentinos servidos por el propio brazo de los dos tenientes, del brutal caudillo, le echaban mano al cuello y lo arrastraban á recibir el justo castigo que merecia en la tierra que tanto habia hecho sufrir por sus crímenes.

La *Convencion del Pilar* fué recibida en la Buenos Aires con una frialdad manifiesta. Habia sido una necesidad: no hay duda. Pero era un acto impuesto. La soberbia local, y la profunda antipatia que inspiraba Ramirez por el poder de que se jactaba, y por su génio violento y dominante cedian á las conveniencias. Verdad es que la consecucion de la paz habia desarmado las resistencias activas; que el cansancio era profundo: que todos abandonaban la escena y daban la espalda á la cosa pública, convencidos de que no quedaban resortes para trabajar en otro sentido. Pero en el fondo de la sociabilidad porteña prevalecia un grande sentimiento de ofensa y de rencor, no solo contra los federales (mirados como *foráneos*) sino contra Pueyrredon, contra Tagle y contra el circulo íntimo del gobierno de cuya corrupcion y torpe manejo todos hablaban como orijen y causa de la ruina en que el país se hallaba envuelto. El caido siempre tiene la culpa; pero el tiempo preparaba una completa renovacion de cosas y de hombres.

El descontento público crecia tanto, que la

Gazeta oficial salió á combatirlo: — Los enemigos del *actual* órden de cosas, (decia en el estilo ramplon de su redactor) han asestado contra él tres baterias: 1.ª claman y lloran el *vilipendio* de la provincia. 2.ª llaman disolucion del Estado á la *federacion;* y predicen que el pueblo y los empleados van á quedar sepultados en la miseria y entregados al hambre. La Gazeta procuraba—«desmontar la artilleria de cada uno de estos reductos» en un largo y trivial artículo, en el que su autor prueba que ignoraba completamente aún aquello que es más simple y elemental en el mecanismo federal, para extasiarse en injurias y calumnias contra los hombres del partido caido.

Aumentose el encono del vecindario cuando se conocieron las estipulaciones *secretas* del *Convenio del Pilar*. Sarratea habia hecho entregar á Ramirez mil quinientos fusiles, igual número de sables, trabucos de bronce, lanzas, y municiones con los correajes respectivos. El parque habia quedado limpio, segun se decia, y la ciudad estaba ya *indefensa* en las garras feroces de sus enemigos. El tesoro habia vaciado doscientos mil duros en la caja del Ejército Federal. Se habia contratado tambien entregar á Ramirez la escuadrilla sutil del Paraná. A don José Miguel Carrera se le auxiliaba con setecientos fusiles y con todos los chilenos capaces de servir que pudiera hallar en Buenos Aires, ya

fueran ocupados en trabajo á jornal, ya en lo cuerpos armados, para que marchase á Cuyo formase allí una division con que invadir á Chil y derrocar á O'Higgins. Fué clemencia, per no justicia del cielo el remediarlo: que bien l habrian merecido!

Ramirez y Lopez sabían, que haciendo es tratado por su sola cuenta, y en provecho de s propio poder, ponian á Artigas en la necesida de declararles la guerra y de tratarlos como re beldes. Necesitaban pues armarse para resistirle Sarratea comprendia que era necesario fortif carlos contra ese enemigo intransijente y fero del orden público, y aprovecharse de los cau dillos de Santafé y de Entrerios para acaba con ese peligro. Pero el pueblo de Buenos A res no veia sino lo que era inmediato: el despoj de sus armamentos y de sus buques: la pérdid de su poder, y temia que el Caudillo de Entreric quedase con inmensos recursos para predom nar. La imaginacion y la pasion magnifica ban las visiones en el caos de este desórdei como sucede siempre; y las iras públicas se acu mulaban en las entrañas íntimas del vecindar siempre centralista de la Capital.

El auxilio de armas, de dinero y de soldados dado á Carrera era un atentado. Se necesitab ser Sarratea para incurrir en la cínica debilida de consentirlo. Pero Ramirez *queria* á tod trance pagarle á Carrera la adhesion con que

habia seguido: y cumplir las promesas que le habia hecho en el seno de la amistad y del favor.

La Junta de Representantes, tímida, y mal asentada todavia en los primeros dias, estaba eclipsada por la supremacia del nuevo Cabildo y por el influjo prepotente de los amigos de Soler. Este prescindia siempre de la Junta, y no dirijia sus oficios y plácemes sino al Cabildo; de modo que Dolz, Ramos-Mejia, Videla, Zavaleta, le devolvian guirnaldas y elogios trenzados por las manos de la gloria, y con lemas complacientes.

La Convencion de la Paz del Pilar, fué ratificada el dia 24. Sarratea cortesano y lisongero no tuvo bastante energia ó prevision para estorbar que los gefes montoneros viniesen á ofender, mas de lo que ya estaba, el orgullo local de la ciudad. El dia 25 regresó á ella acompañado de Ramirez y de Lopez, cuyas numerosas escoltas compuestas de indios sucios y mal traidos, á términos de dar asco, ataron sus caballos en los postes y cadenas de la Pirámide de Mayo, mientras los Gefes se solazaban en el salon del Ayuntamiento. Seguíalos tambien don José Miguel Carrera; pero sin carácter oficial, y nada mas que como un individuo del séquito. Ramirez permaneció en la Ciudad hasta el dia 1º de Marzo; pero el grueso de las hordas se mantuvo en el Pilar.

CAPÍTULO III

QUEBRANTOS Y TENACIDAD DE LA EGEMÓNIA PORTEÑA

SUMARIO—Retirada enigmática del general J. R. Balca[illegible]ce—Impresiones y resoluciones contradictorias—[illegible] repentino desembarco—Agitacion públic[illegible]—Embara[illegible] de Sarratea—Aparicion de Alvear—Inquietud y en[illegible]mistad de Soler—Acusacion contra Sarratea—El C[illegible]bildo Abierto del 6 de Marzo—Despecho y alzamien[illegible] de Soler—Eleccion de Balcarce—Conflictos—Convoc[illegible]cion de la Asamblea del Pueblo—Resoluciones estr[illegible]mas del gobernador—Pavor público—Desgranamient[illegible] de las fuerzas—Abandono del poder y acefalia.

1820 Febrero 26

Apesar del éxito que tuvo Sarratea en la ciudad y en el campamento de los caudillos que por ser disolventes pretendian ser federales, quedaba de pié un problema bastante grave. Se sabia que el general J. R. Balcarce se hallaba en el Paraná con la escuadrilla al mando de 1,400 hombres de infanteria. Pero nadie sabia si permanecia en San Nicolás, si se habia apoderado de ese

puerto con la mira de permanecer en él hasta que pudiera conocer los sucesos, ó si habia continuado bajando el rio; en cuyo caso era muy dudoso preveer si optaria por el restablecimiento de las autoridades derrocadas, ó si se someteria á las que nuevamente se habian creado en aquellos dias. Súpose de pronto que Balcarce con todas sus fuerzas y con la escuadrilla habia llegado al puerto de Zárate, y aventado de allí algunas partidas de santafecinos que lo habian hostilizado. El 21 recibió comunicaciones de Sarratea y conoció el pormenor de los cambios ocurridos. En el acto dirijió á Ramirez una nota diciéndole que recien en aquel momento podia definir la línea de conducta que debia observar. Pero tomando tambien un tono enérgico y franco, reclamaba de las tropelias y robos que las partidas de los federales continuaban perpetrando, *á pesar del armisticio,* en los pueblos y vecindarios de las costas por cuyas aguas bajaba; y le intimaba, que si no ponia remedio y término á ese vandalaje de los suyos, debia estar—« *cierto que* « todo este ejército, notablemente aumentado, « y yo no podremos contribuir á esa paz que « hoy *lisonjea nuestros oidos.* »

Esta mala situacion en que estaba el espíritu del General se desvaneció completamente el dia 24 cuando recibió las comunicaciones de la paz que se habia celebrado el 23. En el extracto de la convencion que se le remitió, todo esta-

ba favorablemente puesto de realce : las bandas litorales iban á evacuar el territorio de la provincia en 48 horas: un nuevo Congreso iba á ser convocado para que reorganizase la nacion: Buenos Aires quedaba libre de enemigos y ensalzado por elogiosas palabras en el testo mismo del convenio. Balcarce que tenia espíritu impresionable, génio impetuoso pero abierto á las buenas impresiones, y poco cauto en manifestarlas, creyó todo como se lo decian, y se forjó la fantástica idea de que el tratado dejaba á Buenos Aires en la misma gloria y magestad que antes de la invasion. Sin poder contener su entusiasmo, se dirijió á Ramirez como á un hermano y terminó diciéndole con un entusiasmo pueril « *¡viva el general Ramirez!* á quien la libertad « comun debe bienes tan inapreciables, que nos « ha sacado de la esclavitud á donde miserable- « mente éramos conducidos. ¡Viva otra vez! « y viva mil veces, eterno en nuestra memoria, « el génio benéfico que nos ha elevado nueva- « mente á la dignidad de hombres libres, de la « muerte á la vida, y de la infamia á la gloria. » Declarábale en seguida que deseaba abrazarlo, tocarlo, con otras mil tonterias propias de su poca malicia.

¿Cuál no debió ser su sorpresa y su disgusto cuando el 26 de Febrero, por la noche, recibió por mano de don Felipe Soto un memorial ardoroso y elocuente escrito por el jóven abogado

don Manuel B. Gallardo, en el que *á nombre del Pueblo y de sus amigos* se le hacia la mas odiosa pintura de la situacion, y se reclamaba de su patriotismo que volase á salvar la patria de la degradante humillacion en que habia caido? La escena dió entonces un vuelco completo en la cabeza del general. Lleno de furor y de abnegacion, incauto y precipitado siempre cuando no tenia á su lado algun amigo de quien aconsejarse, reunió á sus jefes, les expuso la situacion de la ciudad, y les reclamó el deber en que estaban de seguir la navegacion hasta los *Olivos* ó *Maldonado* para desembarcar y marchar á libertar á Buenos Aires. Como todos lo apoyaran, procuró hacer algunos víveres deprisa, y soltándose otra vez aguas abajo, desembarcó en los Olivos el 1° de Marzo á las 8 de la mañana.

En la ciudad se habia preparado en efecto un movimiento de reaccion tendente á sacudir la opresion de los caudillos litorales, destituir á Sarratea y volver la ciudad al influjo de su burguesia constitucional. Figuraban en primera linea, como promotores, jóvenes completamente nuevos en el movimiento político del país, que llegaban al dintel del escenario precisamente cuando el órden constituido se derrumbaba amenazando cerrarles el camino, de su carrera. Quisieron poner su enérgica actividad bajo la direccion de los hombres ya consagrados; pero encon-

traron todas las puertas cerradas, y se agruparon entonces á hacerlo todo por sí mismos. Redactaron un fogoso memorial, y lo firmaron los abogados Gallardo, Juan Gil, Ramon Diaz, (1) Juan Cruz, Jacobo y José Varela: Lemoyne, Lafinur, el fraile domínico I. Grela con muchos otros que los sucesos posteriores nos harán conocer.

1820 Marzo 1.°

La repentina aparicion de Balcarce puso en movimiento á toda la ciudad. Los unos lo veian llegar como enemigo, los otros como el restaurador de los derechos del pueblo. Al ponerse en marcha, Balcarce se hizo preceder por una nota dirigida á la *Junta de Representantes*: y como no podia ocultar la vergüenza de la ridícula carta que antes habia dirijido á Ramirez, decia: «que para llegar á los *Olivos* habia tenido que *disfrazar en ella sus* sentimientos, y usar un lenguaje ageno á su carácter.» «He procurado salvar estas fuerzas, ningun sacrificio hé omitido: lo hé conseguido y solo me resta que V. E. se penetre de los recelos con que marcho. Repetidos anuncios nos advierten que marchemos con precauciones porque se nos trata como sospechosos: el Ejército Federal ha tratado de atacarme el 22 y aún con artilleria que le habia franqueado el nuevo gobierno: los tratados se

(1) Aquel á quien dedicó J. C. Varela su sentida elegía—«*Si, Ramon: es verdad!*

estan violando, y los federales siguen ocupando la campaña y cometiendo violencias inauditas y por último como todo esto hacia creer que el ejército de mi mando no debia confiar en las nuevas autoridades, es menester que se me den esclarecimientos sobre la condicion en que ha de quedar no solo este ejército sino—el Honor de la Provincia ». De mas seria querer pintar la agitacion que el incidente produjo.

Que la columna marchaba rápidamente á la ciudad era cosa indudable. Ramirez que aún estaba dentro salió á escape; pero su campamento estaba demasiado lejano, para que pudiera detener á Balcarce. El ejército de Soler se habia desbandado desde que se habia empezado á tratar de paz. El mismo general estaba indeciso al ver el jiro que tomaban los acontecimientos, y no queria perderse tomando puesto en las filas hostiles á los porteños. Sarratea le ordenó que movilizase inmediatamente el 2° Tercio, pero Soler creyó mas prudente no hacerlo y dejó pasar el dia sin tomar medidas.

Sarratea convocó la Junta y se presentó ajitadísimo en la sesion. Protestó su acrisolado *porteñismo:* el alto respeto y antigua amistad que siempre le habia profesado al general Balcarce por sus virtudes, por sus servicios, y por la hidalguia siempre espontánea y generosa de sus propósitos. Dijo que si este eminente patriota ve-

nia animado de sentimientos hostiles á su persona y á su gobierno, no podia ser sino por haber sido engañado con falsos informes ó por intrigas; y solicitó que la Junta le enviase una Comision que le desengañase y desagraviase si algo le hubiere ofendido. La Junta aceptó la indicacion y fueron encargados don Vicente Lopez, y el Alcalde de 2° voto don Ildefonso Ramos Mexia. Pero era ya muy tarde; los Comisionados, encontraron al general en el Retiro. Despues de breves esplicaciones, el general protestó su decision de no perturbar el órden, haciendo valer, sin embargo, los derechos que tenia á ser respetado en la persona, grados y mando de su tropa. En esto, no hubo dificultad, y el General siguió con los Comisionados, con su Estado Mayor y con numeroso séquito de gentes hasta la plaza de la Victoria. Al entrar en ella fué saludado por la artilleria de la Fortaleza; y como por encanto renació la vida, la alegria y el movimiento en las calles de la ciudad: tal era el vigor de las ideas que querian reaccionar.

Una inmensa multitud se agrupó en la plaza; las aclamaciones, el repique de las campanas y la afluencia del gentio, formaban un bullicio que sonaba placenteramente á los oidos de la grande mayoria. Balcarce mandó formar en columna y proclamó sus tropas. Despues subió al Cabildo, en cuyo salon lo esperaba la Junta de Representantes. Un momento despues entraba tambien Sarratea, siempre cómico, siempre ductil, y ha-

ciendo elegantes saltitos á la francesa, se echaba en los brazos del general con toda la efusion de un íntimo cariño. Al salir de allí, Soler tomó del brazo á Balcarce y juntos llevaron la tropa al Retiro, en cuya plaza quedó acampada una parte, y otra parte dentro de los cuarteles.

El 2 la ciudad estaba ya convertida en un nuevo laberinto de intrigas y de enredos. Balcarce comenzaba á comprender que sus amigos no le permitian contemporizar con Sarratea ni con los caudillos litorales. El Gobernador no tenia autoridad propia para hacer que estos caudillos consintiesen en el influjo que habia alcanzado Balcarce, ni medios para desarmar á este. Soler obraba por su cuenta; parecia inclinado á dejar que Balcarce tumbase á Sarratea para pronunciarse contra Balcarce y hacerse necesario, ó para aliarse con Balcarce si este acertaba á organizar medios poderosos de defensa y de gobierno.

La alarma y el enojo de los federales llegaron á su colmo al saber que el gobierno, invocando la necesidad de reorganizar el Ejército de la Provincia—« en un todo que muestre las dimensiones regulares que le correspondian, » erigia una Junta de Gefes encargada *del arreglo del Estado militar provincial, inclusos sus cuerpos cívicos y urbanos*. Esto era mostrar claramente la resolucion de armarse contra el Ejército Federal. Intimidado por Ramirez, que

decia ponerse ya en marcha contra la ciudad, Sarratea quiso revocar este decreto al mismc tiempo que reunia secretamente algunos gefes, entre ellos al Coronel Vedia, para ver si podia dar un golpe de mano y desarmar á Balcarce. Sospechando este de lo que se trataba, por indicios que le llevaron sus amigos, se le presentó el dia 3 á Sarratea, y le maltrató de palabra en la manera mas violenta. El Gobernador se deshizc en protestas esplicativas y trató de ganar tiempo Pero las cosas llevaban ya una pendiente irresistible. La opinion pública, exaltadísima, le hacia á Sarratea dos cargos tremendos para la pasior y el amor propio de la oligarquia local. El primero era haber permitido que las hordas de Entrerrios y Santa Fé hubiesen hollado las calle: de la Capital con su asquerosa inmundicia y el salvage aspecto de sus indiadas. Entonce: habia porteños.

Los porteños no podian sufrir la idea de qu su decadencia fuera tanta, que hubieran tenidc que pasar por tal bochorno, y desahogaban sı rabia contra Sarratea, que, por mas obsecuent y adulon que hubiera sido al recibir aquello: odiosos huéspedes, no tenia la culpa, en verdad, de que los acontecimientos le hubiesen impuesto ese desagradable deber.

El otro cargo tenia mejores fundamentos Sarratea se habia comprometido, como hemo: dicho, por cláusula secreta, á proveer de buer

armamento y de artilleria al Ejército Federal. Cuando Balcarce le sorprendió entrándose á la ciudad, faltaba aun por entregar una parte de ese armamento. Ramirez lo necesitaba, ya fuese para operar contra Balcarce, ya para ir á defenderse de Artigas; y Sarratea se prestó á entregárselo subrepticiamente en cumplimiento de lo pactado, haciendo salir algunos cajones de armas y pertrechos en esa misma noche del dia 1° de Marzo en que Balcarce habia entrado. Soler no fué tampoco estraño á esta entrega: cuando menos la supo sin oponerse. Pero el dia 2 empezó esto á susurrarse, y el 3 era ya una voz general que no admitia dudas. Balcarce, y los restos del partido directorial que ponian en él toda su esperanza, levantaron el grito; y la indignacion se hizo tumulto.

El 4 de Marzo publicó Balcarce un papel soberbio y provocativo contra los caudillos federales. Allí los acriminaba de que hubieran llamado falso el parte que habia dado de la batalla de Cepeda, y de que lo hubieran incluido entre los generales *vencidos* por ellos. Insistia en que él habia sido vencedor en Cepeda: el pueblo habia visto y contado los mil y tantos hombres que formaban su division, á cuyas filas no se habia atrevido el enemigo en aquel dia; y se gloriaba de que habia tenido la fortuna de no ser vencido jamas, recorriendo su carrera, desde la derrota de los ingleses, y la victoria de *Tucuman*, has-

ta el momento presente. Sostenia que por mas que Ramirez se ofendiera de que èl lo llamase *caudillo*, no era otra cosa que caudillo, por que jamas le habia conocido título legal en la milicia ni otro carácter que el de *cabeza que guiaba gente armada*. Con estos incidentes, la exitacion del público era ya estremadísima en la tarde del 4 y se veia bien que de un momento á otro iba á tener lugar un nuevo trastorno.

Desde dias antes venia preparándose tambien otro grave disgusto entre Soler y Sarratea. Para colmo de desórden faltaba en este laberinto la aparicion del General Alvear. Ligado con Carrera desde 1814, por oposicion y antipatia con los hombres y con el organismo fundado en 1816, Alvear habia pasado año y médio en Montevideo participando desgraciadamente de las mismas esperanzas y de los mismos trabajos, que el proscripto chileno. Los sucesos de 1815 y la poca prudencia con que habia tomado una posicion tan contraria á los sentimientos que predominaban en la ciudad contra Carrera y contra los montoneros, exacerbaron tanto el odio contra Alvear, que los directoriales, ó nacionalistas, indignados de su conducta reciente, y los cívicos y la burguesia con el recuerdo de los sucesos de 1815, se mancomunaron en un sentimiento unísono de repulsion y de enojo, decididos á cerrarle todas las puertas de la vida

pública como á un réprobo. El mismo Alvear fluctuaba sin saber que hacer. Soler era su enemigo, y allí no habia lugar para los dos. Sarratea temblaba delante de Soler. Bien habría querido emanciparse agarrándose de Alvear, y se le conocieron visibles tentaciones de hacerlo; á términos de saberse que él mismo le habia llamado. Pero Alvear no tuvo la discrecion de reflexionar que para un hombre de sus méritos, la mejor política era esperar y levantarse con serena frente sobre las vergüenzas del momento presente. En vez de eso se lanzó al tumulto y aumentó el desórden de la revuelta.

El 4 no habia ya duda: Alvear estaba oculto en la ciudad. Cunde la noticia : Soler y sus partidarios entran en una inquietud amenazante. Entre estos anda Pagola, el protagonista del alzamiento de Jujuy en 1814: hombre malo y torpe, vulgar y grosero pero audaz y bravo.

En la mañana del 5, Soler se presenta al Cabildo acompañado de su primo el coronel Hilarion de la Quintana, de Pagola y multitud de oficiales secuaces suyos, á denunciar la presencia de Alvear y las intrigas subversivas que estaba tramando. Al oir la denuncia prorrumpe el Cabildo en manifestaciones de indignacion y manda que el alcalde de 2º voto Ramos Mexia pida en el dia la convocacion extraordinaria de la Junta de Representantes, y exponga ante ella las alarmas y los de-

seos del Cabildo. La Junta oye la queja, se alarma tambien, y le dirige un oficio al gobernador para que *sin pérdida de momentos* proceda contra Alvear, y lo reembarque absolutamente incomunicado, haciendo lo mismo con todos los que fueran y hubieran sido sus partidarios y actores en 1815.

Pero no fué esto todo, sino que irritado Soler por la tentativa que suponia hecha contra él, hizo que el alcalde de 2° voto en aquella misma sesion acusase á Sarratea en nombre suyo y del ejército de que por las noches estaba remitiendo armamento y municiones al campamento de los caudillos litorales, con el objeto de que se armaran para anonadar á Balcarce. Aún no habia terminado el alcalde Mayor su acusacion, cuando el presidente de la Junta recibió un pliego urgentísimo del general Balcarce, dando las mismas quejas por las asechanzas y pérfidos procedimientos del gobernador Sarratea contra él y contra sus fuerzas. Con semejantes alicientes bien se comprende la excitacion de la burguesia y sobre todo de la juventud que se habia echado á encabezarla en la primera ebullicion de sus pasiones políticas. La ciudad parecia amenazante. El cuartel y el campamento de Balcarce en la plaza del Retiro, eran un ir y venir incesante de grupos : un centro de agitacion confusa y vocinglera, donde era dificil hacerse

una idea clara de lo que se queria ó se pensaba hacer. Los partidarios y agentes de Soler, en brega unas veces, en acuerdos otras con los de Alvear, y con Alvear mismo, luchaban por hacerse del apoyo de Balcarce. Todos aunque con diversos fines hacíanle cargos á Sarratea y buscaban como desmontarlo. Se le acusaba de que con su acuerdo se estaba violando el pacto del Pilar: de que hacia seis dias que los litorales debian haber contramarchado á sus provincias, y de que tan lejos de eso se habian concentrado en mayor inmediacion á la capital. La entrega de armas que se les estaba haciendo era una infame traicion. Bastaba ese nefando crímen para que se tuviese ya por destituido á Sarratea, y como no se le encontraba para que asistiese á justificarse ante la Junta, se creyó y se aseguró que habia fugado al campamento de Ramirez.

No era solo de Sarratea de quien Soler queria deshacerse. El objeto principal que lo habia llevado en la acusacion habia sido impedir que aquel se tomase de Alvear para suplantarlo. Pero Alvear no habia querido seguir la suerte de Sarratea; y se habia hecho fuerte en el cuartel de *Aguerridos* bajo la proteccion del coronel Mariano Benito Rolon 2º gefe de la division de Balcarce. Puesto allí, y seguro de que no seria ultrajado, Alvear le escribió á Balcarce llamándolo; y tuvieron una conferen-

cia. El proyecto de Alvear consistia en servirse de su influjo con Ramirez y Carrera para que transigiesen con Balcarce. Hacer de este gefe el gobernador estable de la provincia: hacerse dar el mando de las armas para reorganizar el ejército provincial: y unirse á Ramirez contra Artigas y contra los portugueses una vez que quedara arreglado el régimen interior de la provincia. Balcarce se dejó inducir en estas miras. Soler y sus secuaces quedaron de nuevo flotantes y mal parados.

La noche se pasó en grandísimas ansiedades. Desde la madrugada comenzó el ruido y el gentío á sentirse en la plaza de la Victoria. Bastaba un ligero exámen para conocer que los agitadores pertenecian al partido directorial. El abogado Gallardo tomó pronto la voz por todos desde una alta mesa que se hizo colocar en la *vereda ancha* (hoy Crisol) y propuso que se nombrasen dos comisiones de hombres juiciosos, para que una convocase urgentemente al Cabildo y la otra á la *Junta de Representantes*. Aceptada la indicacion, fué imposible encontrar un solo representante; pero se habia conseguido traer á la casa municipal algunos miembros del Cabildo.

La excitacion crecia por horas á causa de las noticias alarmantes que venian de la campaña y de los suburbios. Sarratea se hallaba en el campo de los litorales, y sus partidas re-

corrian ya las aproximaciones de la ciudad. El Pueblo agrupado en la Plaza resolvió entónces presentar al Ayuntamiento una peticion. Bastaba leer su exordio para conocer la mano del partido que la habia redactado—«*Plaza de la Victoria* á 6 de Marzo de 1820:—Han sido muy notorios los sucesos que motivaron las alteraciones del *once* y del *diez y ocho* del próximo pasado Febrero. (2) El *Pueblo no quiere agravar su dolor con repetirlos*. Es verdad que la caducidad de esas autoridades estaba bastantemente indicada; pero *el conducto de su conclusion fué ofensivo á su dignidad y á la de las Provincias*: — El pueblo en esta parte resolverá lo conveniente; el gobierno actual no tiene la confianza del pueblo, por que sin atribuciones se ha atrevido á entregar armamento y vestuarios al Ejército Federal; fuera de otros graves motivos. Al pueblo solo, era á quien le correspondia determinar con prudencia lo que convenia á su honor, sin perjuicio de la paz celebrada con los gobiernos de Santa-Fé y de Entre-Rios, *en lo sustancial*. En virtud de estas y otras razones, el Pueblo terminaba solicitando que se le abriera el salon capitular para deliberar en la materia. El Ayuntamiento accedió

(2) Aludia á la intimacion de Soler que habia precipitado la caida del Directorio y del Congreso, y al nombramiento de Sarratea y destitucion del viejo Cabildo.

sin dificultad á la solicitud del pueblo; abrió sus puertas, y la concurrencia se apoderó del recinto. Sobresalian en los grupos, llevando la direccion del negocio, hombres de talento y de antecedentes conocidos, como los abogados Pedro Medrano, Vicente A. Echevarria, Zudañez, Gallardo, R. Diaz, Lemoyne, Lafinur, el Padre domínico Grela, el general Alvarez-Thomas, y muchísimos otros de la misma tradicion y con iguales ramificaciones en las letras y en el comercio. Leida que fué la representacion en público y en alta voz, se adelantó el general de las fuerzas de mar y tierra don Miguel E. Soler, á cuyos actos se aludia en ese escrito, como si nada le tocase en ello, y poniendo en evidencia su elevada talla y ademan gallardo, procuró enardecer mas todavia la indignacion de los presentes haciendo revelaciones terribles sobre los procedimientos inícuos de Sarratea, y poniendo por testigo al General Quintana, que acababa de ser Gobernador Delegado en la ciudad por la ausencia de Sarratea. Soler ratificó la verdad del cargo sobre la sustraccion de armas y pertrechos; y dijo, que el dia 4 el Gobernador habia dado dos órdenes de que se hiciese esa entrega á un cierto Martinez y á otro individuo que allí nombró. Dijo que él se habia opuesto y resistido á cumplirlas como gefe de las fuerzas, pero que á pesar de eso la entrega se habia llevado á cabo; siendo ahora de su

deber declararlo al pueblo, para escusarse de toda la responsabilidad por el hecho.

En este sentido hablaron muchos otros con pasion y con brios. Los pareceres fueron varios. No faltaron partidarios ardientes que propusieran la completa restauracion de las autoridades destituidas el 11 de Febrero; y se conservó por mucho tiempo despues en la memoria de los contemporáneos las enfáticas y célebres palabras del doctor Medrano. Despues de haber sostenido, con otros muchos que el restablecimiento del organismo directorial era el deseo unánime de la opinion. Enardecido con la audacia de sus ideas, adelantó su hermosísima y venerable figura hácia el concurso apiñado en las galerías; se terció la capa, y sacudiendo su nivea cabellera, con voz de trueno y noble actitud gritó: «Pueblo Heroico de Buenos « Aires ¿qué quereis? ¿Quereis que se resta- « blezcan las antiguas autoridades?» *Sí! sí!* respondió la muchedumbre; y el doctor Medrano estendiendo la mano con garbo doctoral dijo *¡ Esa es mi voz!*

Tan grande fué el estrépito con que fueron aclamadas sus palabras, que pareció indudable que esa iba á ser la resolucion de la asamblea popular. Pero los partidarios de Soler protestaron con gritos y amenazas; y tan furiosas fueron las réplicas y las provocaciones de sus adversarios, que el general

dudando de su fuerza y del número allí presente de sus secuaces, salió á la plaza y montó á caballo vociferando que iba á sentar su campamento en San José de Flores para reunir á sus amigos y volver sobre la ciudad. Lo siguió en efecto gran número de gentes en tumulto; y en pocas horas tuvo á su lado al 2º tercio de Cívicos con el energúmeno coronel Pagola y numerosos oficiales.

Ya fuera por el efecto que causó esta retirada, yá por que el restablecimiento de las antiguas autoridades dejara á Balcarce sin mas colocacion que ponerse á las órdenes de Rondeau ó de Aguirre, los pareceres volvieron á cambiar; y se resolvió por fin que se tuviese por destituido á Sarratea. Un momento despues el general J. R. Balcarce era electo gobernador de la provincia y capitan general encargado de su defensa.

Amargos conflictos le esperaban. Se habia puesto á la cabeza de una naciente oligarquía representada por la juventud formada bajo los influjos del pasado directorio, que mas tarde iba á formar la brillante falange de políticos y publicistas liberales, que tanto prestigio dió á la renovacion unitaria de 1821 á 1826. Pero aún no estaba compacta la combinacion de esos nuevos intereses con los elementos fundamentales que habia dejado la tradicion, para salvar y consolidar la AUTONOMIA absoluta de Buenos Ai-

res en prevision de la reorganizacion futura del órden nacional en *unidad de régimen*, ya fuese federal, ya fuese unitario. El movimiento convulsivo que esa oligarquía embrionaria tentaba en Marzo de 1820 asiéndose á las escasas bayonetas salvadas por el general Balcarce, era una reaccion prematura pero bastante poderosa, para perdurar despues insistiendo hasta imponerse.

En la índole del general Balcarce, la intrepidez primaba sobre la prudencia. Puesto en actitud belicosa contra las facciones armadas de montoneros, de cívicos, de amigos de Soler por un lado, de secuaces de Sarratea por otro, sin contar con la ebullicion en que el subsuelo político se sacudia, al influjo de esta epidemia moral, se dejó dominar por la fiebre del combate y de la accion. Ni era sanguinario, ni era tirano: jamás habia castigado á nadie; no era capaz de acto alguno cruel ni contra un simple animal; se contaba de él que en la batalla de Tucuman habia llorado al ver agonizante el caballo que habia montado; pero una vez excitado al combate, toda su persona y sus ideas se convertian en empuje material y terquedad.

1820 Marzo 4

Apenas encargado de la gobernacion y de la defensa, comenzaron á verse con terror los esdecretos y las proclamas que lanzó. Mandó cer-

rar todas las casas de compra-venta y de menu-deo; bajo penas severas ordenó la convocacion de todo el vecindario en la plaza de la Victoria al estampido de tres cañonazos disparados en los baluartes de la *Fortaleza, á pié ó á caballo,* bajo pena de *infame traidor* el que así no lo cumpliese. Semejantes medidas contribuian á infundir espanto mas bien que confianza en el vecindario, que conociendo el genio arrebatado del gobernador y su resolucion de salir á dar una batalla, contaba de seguro con una tremenda catástrofe. Sus proclamas no eran menos alarmantes: —«Ciudadanos! es me-
« nester anunciaros con dolor que sin mas razon
« que la de haber querido cambiar de administra-
« cion, porque la anterior habia dado arbitra-
« riamente armas, municiones y vestuarios al
« ejército federal, se trata de hollaros é infa-
« maros imponiéndoos la ley que quiere el
« gefe don Francisco Ramirez, y algunos ofi-
« ciales nuestros, como el general Soler, co-
« roneles Pagola, Holhemberg, y algunos otros
« subalternos, que descuidados de su honor,
« embriagados con sus pasiones, alarman gente
« de nuestra campaña é intentan hostilizarnos.»

Apurando las cosas, y sintiendo el goberna-dor que se hacia el vacio en derre-
1820 dor suyo, apeló al pueblo y pidió
Marzo, 9 al 12 *Cabildo Abierto.* El 9 de Marzo á las 8 de la mañana se paseaba

por la sala capitular visiblemente agitado. Tocando en la hora designada la plañidera campana del Cabildo, mandó abrir las puertas, y entraron al recinto dos ó trescientas personas de las que querian, como él, salvar la situacion con un gran golpe de audacia. Dirigiéndose al concurso les dió cuenta de que Sarratea y Soler aseguraban al país en una proclama—que valiéndose él de la fuerza habia oprimido al pueblo de Buenos Aires y héchose gobernador contra la voluntad general. Esta acusacion, dijo, era la mas grave y dolorosa que podia hacérsele: y deseaba que el pueblo se pronunciase con franqueza para cumplir inmediatamente su dictámen. Los concurrentes lo confirmaron en su puesto y lo vivaron con entusiasmo.

Salió de allí el gobernador bien penetrado de su legítimo mandato, y mas resuelto que nunca á sacrificarse por la defensa de Buenos Aires. Montó á caballo en medio de la algazara que lo vivaba; y seguido de grande tropel visitó los cuarteles de *Aguerridos*, de *Granaderos* y de *Artilleros*. La desercion se pronunciaba empero por momentos. El general les dió las órdenes de—«prontos á marchar»—regresó al Fuerte: nombró una Comision de gobierno y de policia que supliese su ausencia, (3) y se desahogó en seguridades de volver victorioso al otro dia.

(3) Presidente y gobernador delegado, coronel don Juan Ramon Roxas. Vocales: don Vicente Lopez, don Miguel Villegas y don Manuel Bonifacio Gallardo.

Los rumores que corrian por el pueblo no podian ser mas imponentes. Decíase que para asegurarse la bravia cooperacion de los *orilleros* y cívicos del 2º Tercio, Pagola, el de la lúgubre fama en aquellos dias, les habia ofrecido el saqueo de las casas y riquezas del 1er. Tercio, halagando así el odio con que se miraban los dos cuerpos. A poco rato se comprobó este rumor por un informe oficial del gefe de Estado Mayor general don Ignacio Alvarez-Thomas El 10 á medio dia se recibió la intimacion de Ramirez:—«V. S., le decia este á Balcarce por se Gobernador envuelve en sangre á su patria con una indiscrecion admirable. V. S. va á disponer de fortunas y de vidas por que asi le convien á sus miras, *y á los intereses* de esa faccio execrable que vemos *entronizarse de nuevo po todas partes desde el momento en que V. S empuñó el baston en esa capital.*» Balcarce contestó al instante en una forma probatoria apologética, que era probablemente obra de a guno de los abogados que le rodeaban y terminó diciendo:—«Algunos cobardes han abandonado su país, y tratan de seducir su fuerza *pero no seducirán su noble vecindario.*»

El 12 determinó y arregló el gobernador todo lo necesario para emprender su salida á campaña en las primeras horas de la noche. No le faltaban doscientos ó mas jóvenes entusiastas que habian ocurrido á la plaza con sus caballos y

sus armas. En el acto se circularon las órdenes con siguientes á los tres cuerpos veteranos que debian formar la parte sólida de la columna. Pero en los momentos en que se tomaban estas medidas, viene noticia de que el regimiento de Granaderos, minado por Soler que habia sido antes su gefe, y seducido por el mayor Monjaime, acababa de abandonar su cuartel de la *Rancheria* (hoy Mercado del Centro) y que vivando á Soler por la calle del *Correo* (hoy Perú) se marchaba proclamando á los ciudadanos que abandonasen á Balcarce, como ellos lo hacian.

Este contraste inesperado hizo que no se pudiese llevar adelante el propósito de salir aquel dia en demanda de los contrarios. Pero resuelto y enérgico siempre, el gobernador empeñó sus esfuerzos en reunir los cívicos del *Primero* y del *Tercer Tercio*. Hizo venir á la Plaza de la Victoria los cuerpos de *Artilleros* y de *Aguerridos*, que al efecto dejaron sus cuarteles del *Retiro*. El gobernador vivaqueó esa noche con las tropas. Al otro dia, se incorporó el Teniente Coronel don Luciano Montesdeoca con una parte bastante escasa del 1er. Tercio; y el comandante Cabrera (hombre de color) con solo 22 hombres de su *Tercio;* por que al salir del cuartel el cuerpo se habia desgranado.

En tan extrema situacion el gobernador mandó llamar al coronel Roxas presidente de la comision de gobierno; la contestacion fué que se

habia marchado al campo de Soler, con l coroneles P. A. Garcia, Ant. L. Beruti y l demas oficiales del Estado Mayor General. R ducido materialmente á las plazas de la Victor y del Fuerte, el gobernador trasladó el camp mento de los dos batallones que le quedaban esta última plaza y se encerró en la Fortalez Le acompañaban el general Alvear, el coron Rolon, los capitanes Manuel Oribe, Gabriel V lazco, Sixto Quesada y unos cuatro ó cinco o ciales subalternos.

La ciudad habia caido en un silencio sepulcra propio de la consternacion y de las horrible inquietudes en que se hallaban todos sus habi tantes. Nádie habia obedecido al bando de aque lla mañana, ni habia querido señalar su casa poniéndole una luz; y como todas las puertas estaban aherrojadas, las calles espantaban por su lobreguez y soledad. El general Balcarce y sus compañeros estaban en la *Fortaleza*, como los náufragos que esperan la luz del dia para conocer su suerte.

Confiaba todavia en conseguir un arreglo; y para obtenerlo estaba resuelto á sostener la posicion á todo trance con el batallon *Aguerridos*. De improviso, rompiendo el tétrico silencio, se oyen algunas voces descompuestas en la plaza, como si algun desórden se hubiese producido. Otras voces aumentan la alarma, y el pavoroso estampido de las armas de fuego sacude con sus ecos

los edificios de la ciudad.... ¿Se han sublevado los Aguerridos?.... Se va la última esperanza! - - - - Salen inmediatamente Velazco y Quesada á inquirir desde la muralla lo que acontece en la Plaza. Pero no bien se han dejado ver, cuando la guardia misma de la Fortaleza les hace fuego: baja el puente y se desparrama por la Plaza tras de los *Aguerridos,* que, tambien revueltos, gritando y disparando tiros, se dispersaban á su antojo por direcciones opuestas. Un momento despues, todo volvió á quedar en el mismo silencio, en la misma soledad que antes; y aprovechando esta favorable ocasion, salió Balcarce por la puerta principal, acompañado por Alvear, por Oribe y por Velazco. Oribe acompañó á Balcarce hasta la casa de un amigo que debia procurarle escape por el rio, y Velazco acompañó á Alvear hasta la habitacion de su familia.

Así acabó en diez dias la primera y prematura tentativa que el viejo partido directorial hizo para reconquistar el poder oligárquico que habia perdido; y que todavia pensaba disputar y recuperar con vigorosa porfia.

CAPÍTULO IV

EL ANARQUISMO SIN BANDERA NI FINES POLÍTICOS

SUMARIO—Acefalia—Aparicion de Carrera y de Alvear—Violento alboroto—Fluctuaciones y debilidades de Sarratea—El *Proceso de Alta Traicion*—Influjo predominante de Soler—Arrojada aventura de Alvear—Apuros consiguientes de su situacion—Apoyo de Carrera—Indignacion del vecindario—Expulsion de Alvear—Reclamos contra Carrera—Cargos contra Sarratea—Acusacion del periódico *Año Veinte*—Artigas y Ramirez—El general don Martin Rodriguez y el estanciero don Juan Manuel de Rosas—Quién era Rosas entonces—Sarratea y la opinion pública—El *veto* de los Diputados—Controversia con el Cabildo—La nueva Junta de Representantes—Sarratea incluido en el *Proceso de Alta Traicion*—Destitucion de Sarratea—Eleccion de Ramos Mexia—La Junta y el general Soler—Anuncio de una nueva invasion de indios y santafecinos—Carácter peculiar de estas hordas ó montoneras—Efímera alianza del caudillo Lopez con el general Alvear—Rompimiento de Soler con el gobierno de la ciudad—Pronunciamiento sedicioso de la Villa de Lujan—Proclamacion de Soler como gobernador de la Provincia—Vi-

llana conducta de Soler con la Junta de Representantes y con el Cabildo—Su salida y marcha á contener á los montoneros—El coronel Dorrego—Defensas preventivas de la ciudad.

1820 Marzo 12

Al amanecer el dia 12 la ciudad estaba acéfala. Con la noticia de que las tropas se habian desbandado, y que Balcarce habia desaparecido, comenzó á llenarse la plaza de partidarios de Soler desde las primeras horas de la mañana. A poco rato se presentaron los cabildantes y entraron en consejo para remediar la acefalia en que se hallaba el pueblo. Algunos oficiales y corifeos del partido de Soler reclamaron el mando para su general que á la sazon se hallaba en *San José de Flores* formando campamento con los dispersos de los dias anteriores. De improviso aparece dentro de la Sala Capitular don José Miguel Carrera; y haciendo adelantar al general Alvear se dirigé al Cabildo en voz alta, y le grita que no hay mas autoridad legítima que la del gobernador don Manuel de Sarratea; el mismo que de un momento á otro reinstalará su gobierno en la ciudad—« Yo vengo de su parte á comunicar á V. E. que ha nombrado al general Alvear, aquí presente, comandante general de Armas; y manda que se le reconozca y que inmediatamente se le entregue el mando de las tropas. »

Lo que se siguió es indescriptible. El Salon se convirtió en un confuso alboroto y hasta de vias de hecho. Al ruido de que Alvear y Carrera se habian apoderado del Cabildo, comenzaron cívicos y gentuza á entrar armados por la casa. El oficial Vicente Suzviela se echa sobre el general levantando una daga: se defiende éste con su natural agilidad y bravura. Los cabildantes acuden; se prenden desesperadamente del agresor; y mientras los unos lo contienen con gritos, otros arrastran al general y á Carrera hasta las piezas interiores y los pasan por los techos á las casas inmediatas. Los grupos vociferan insistiendo en que se les entregue al general Alvear; pero el décano don Pedro Capdevila vecino venerable y respetadísimo logra hacerse oir: enaltece los fueros del sacrosanto recinto que se está violando: habla de las gloriosas tradiciones del cabildo, del respeto que le habian tributado hasta los mismos virreyes, que jamás se atrevieron á entrar con espada ni con guardias en ese recinto; y cuando ve que ha logrado hacer prevalecer la reflexion, dá su palabra de honor de que Alvear quedará preso en la cárcel y de que será embarcado así que se encuentre buque en que hacerlo salir del país.

Apenas restaurado, se encontró Sarratea en la posicion mas falsa que podia caer hombre alguno en aquel gobierno de comedia. Influido por Carrera y por Ramirez se hallaba amarrado

por uno de los brazos á la supremacia militar de Alvear: y él mismo se inclinaba á este lado, por que esperaba mas de la cultura y vivacidad de Alvear, que del soldadesco atropellamiento de Soler, en cuyo círculo plebeyo y tumultuario, predominaba el brutal Pagola, intimidándolo é imponiéndole condescendencias vergonzosas.

Sin el apoyo de Ramirez Sarratea era hombre perdido. Lo único que le impedia á Soler ponerlo á un lado, era el temor de romper con el caudillo de los montoneros. Pero el apoyo de Ramirez, imponiéndole el influjo de Carrera y las connivencias con Alvear, lo hacian odiosísimo y abominable á los ojos de la burguesia.

Resultado de estas fuerzas contrarias fueron sus primeras medidas: por un lado promulgó decretos bombásticos, sobre la ámplia libertad de imprenta de que debian gozar los ciudadanos: permitió que se le digese cuanto se quisiera, y protestó que cuando mas se quejaria á un tribunal de imprenta que creó y compuso con personas que tan lejos de serle afectas podian mas bien serle hostiles. Declaró que de allí adelante nadie seria deportado, ni detenido en buques, ni encerrado en calabozos—restos (decia) de barbarie que no eran necesarios para satisfacer á la justicia ni para defender las autoridades públicas. Pero en el mismo dia, 18 de Marzo, hizo prender á los miembros del caido

Congreso, y mandó abrirles el *Proceso de alta Traicion*, justificándolo 1º en que habian autorizado las negociaciones del señor Gomez en París para coronar al Príncipe de Luca—2º en que habian negociado tratados de Alianza con el Rey de Portugal contra los pueblos libres del Uruguay; segun estaba acordado en el art. 7º del *Convenio del Pilar*. (1)

¿Cuánta impavidez no necesitaria abrigar la conciencia de un gobernante, que despues de haber figurado tan vergonzosamente en la negociacion de Cabarrus, hasta como sustractor de fondos, se atrevia ahora á mandar que se abriesen procesos de *Alta Traicion* á los miem-

(1) Decia este artículo—«La deposicion de la antecedente administracion ha sido obra de la voluntad general por la repeticion de crímenes, con que comprometia la libertad de la nacion con otros excesos. Ella debe responder en juicio público ante el tribunal que al efecto se nombre: esta medida es muy particularmente del interés de los jefes del ejército federal, que quieren justificarse de los motivos poderosos que les impelieron á declarar la guerra contra Buenos Aires en Noviembre del año próximo pasado, y conseguir con la libertad de la provincia de Buenos Aires la garantía mas segura de las demas unidas».—En cumplimiento del art. 7º del tratado de paz y alianza de 23 de Febrero último, ha procedido este gobierno á la aprehension y seguridad de los mandatarios que existian en esta ciudad, y ha abierto el juicio público prevenido del modo que V. S. se impondrá por las primeras diligencias que se le incluyen impresas». *Nota dirigida al Cabildo en 18 de Marzo de 1820.*

bros del Congreso de Tucuman y de la administracion directorial? Tan inesperada y audaz desvergüenza causó una profunda indignacion en el país. Se hizo evidente despues, de esto, que no era capaz ni de salvar su dignidad personal; y que todo cuanto le exigiesen Ramirez y Carrera habia de concederlo por la incurable debilidad de su índole. La opinion pública apasionada y terca siempre en salvar la autonomia de la provincia, volvia sus iras contra él; y Soler á la vez, conociendo bien que del campo de Carrera soplaban vientos favorables para Alvear, vigilaba sobresaltado y haciendo empeños de todo género para reorganizar fuerzas capaces de resistirles.

Tratando al fin de probar fortuna y de afirmar la situacion vacilante en que se le mantenia; Soler le sustrajo á Sarratea todo lo relativo á fuerzas militares y armamentos, obligándolo á que crease un DEPARTAMENTO GENERAL DE GUERRA, con sus divisiones técnicas, á cuya cabeza se puso él con gefes de su devocion.

Sarratea accedió con la doblez y humillacion que sellaban todos sus actos. Pero apenas estaba acordado y en via de ejecucion el nuevo arreglo, cuando se generalizó de un modo especial la noticia de que el general Alvear, oculto en la ciudad, se hallaba otra vez á la cabeza de una formidable conjuracion en combinacion con el mismo Sarratea.

Tanto comenzó á encresparse el enojo público y la agitacion popular removida por los partidarios de Soler entre la *gente popular*, que Sarratea se vió en la necesidad de vindicarse con un *Manifiesto* que hizo circular impreso. Quejábase en él hipócritamente de las desconfianzas injustas con que se le perseguia cuando todos sus pasos eran—«*injénuos* (!) y *tendentes al*
« *bien comun:* hoy se hace correr que con con-
« sentimiento mio don Carlos Alvear se ha de-
« sembarcado y conspira en tierra. No es esta
« la primera vez, ni será probablemente la última,
« que esto se haga circular por los *faciosos*,
« empeñados en suscitar prevenciones alar-
« mantes contra la presente administracion como
« queriendo hacer olvidar que son ellos los que
« lo presentaron á vuestra vista, y los que le
« dieron una parte activa en vuestros negocios.
« Vosotros lo habeis visto, Ciudadanos.... Por
« lo tanto el Gobierno se apresura á deciros So-
« LEMNEMENTE que es FALSO ; y *que cualesquiera*
« *que sean sus sentimientos con respecto* á aquel
« individuo, jamás se permitirá traspasar las
« disposiciones superiores, que á esto respecto
« ha recibido de la H. C. de Representantes, y
« mucho menos á obrar en contradiccion de la
« opinion general en este ó en cualquiera otro
« negocio:» Con estas protestas renació la calma y se creyó alejado el peligro.

El Gobernador se quejó á Carrera de la preci-

pitacion con que el general Alvear se conducia creyendo que no habia mas medio de obtener resultados que los golpes de audacia; y combinaron en seguida un plan mas conveniente. Este plan fué que se diese aviso á todos los jefes y oficiales que estaban comprometidos en la conjuracion contra Soler, de que en la noche del 25 se reuniesen en el cuartel de *Aguerridos,* cuyo comandante don Anacleto Martinez habia entrado en el complot. Que Alvear se pusiese á la cabeza del cuerpo y mandase prender á Soler con una partida y oficiales de confianza á la hora en que el gobernador Sarratea lo haria llamar á su despacho con motivos del servicio.

El 25 de Marzo á las 10 de la noche entró Alvear al cuartel de *Aguerridos:* lo esperaban ya los coroneles Gregorio Perdriel, Ventura Vazquez, Rufino Bauzá, Juan Ramon Rojas, y como cuarenta oficiales mas de diversas graduaciones. Soler fué tomado en el despacho del gobernador. Fingió este grande espanto: dió voces, prorrumpió en amenazas con una mímica trájica admirable. Una vez preso, Soler fué embarcado en una de las goletas de guerra fondeadas en balizas interiores. En las primeras horas de la mañana se hizo circular impresa una peticion dirigida al gobernador, á nombre *del Ejército y del Pueblo* solicitando que Alvear fuese reconocido General en Gefe del Departa-

mento de la Guerra, y que el Cabildo pusiese bajo sus órdenes los tres tercios cívicos de la Capital.

El pueblo andaba ya en fermentacion. Agolpado al cabildo pidió que una comision de sus miembros pasase al fuerte á inquirir lo que habia sucedido. Sarratea, sumamente inquieto y tembloroso, declaró que en efecto habia estallado una conjuracion en el cuartel de *Aguerridos* encabezada por Alvear: que este habia hecho prender á Soler en su propio despacho, y tomado otras medidas, usando falsamente de su nombre. De todos los estremos de la ciudad acudian á la plaza hombres armados; pronto llegaron tambien algunos escuadrones de milicias; y la multitud comenzó á tomar las formas de una division ó cuerpo de ejército bajo la direccion y el criterio de muchos oficiales de graduacion que eran enemigos de Carrera y de Alvear.

Apremiado por el alboroto y por la creciente indignacion de la multitud, el Cabildo le pasó á Sarratea una nota apremiante fechada á las 7 de la mañana, ordenándole que sin mas dilaciones ni términos, mandase que Alvear dejara el mando que habia usurpado, y saliese del territorio. Sarratea contestó que acababa de ordenar al comandante de *Aguerridos* que en el acto prendiese á Alvear y lo pusiese á disposicion del gobierno. A esta órden contestó el comandante que por primera vez sabia que el general Alvear

obrara en desacuerdo con el gobierno; y que como habia creido lo contrario, se encontraba en una gran sorpresa por lo ocurrido; pero tenia que advertir que el general Alvear no se hallaba en su cuartel sino en el *bajo* de la barranca, en campo abierto, á la cabeza de tropas y oficiales que le obedecian; por todo lo cual no sabia como obrar á satisfaccion del gobierno. Nada mas claro que el carácter evasivo de estas esplicaciones.

Parecia natural que la primera medida del gobernador hubiera sido hacer desembarcar á Soler y á los gefes que habian sido tomados con él. Pero en la esperanza de que Alvear y Carrera prevaleciesen, Sarratea se esquivaba de hacerlo con fútiles pretestos. Entre tanto, el Cabildo, al toque de su campana, y á tambor de llamada por las calles, habia reunido un número considerable de *cívicos*. Los comandantes—Bonorino del 1er. tercio, Salces del 2º y Puche del 3º organizaron sus batallones: agregándose á ellos un piquete de granaderos de la guardia de Soler, y dos compañias de libertos llamados *Argentinos*. Se mandó venir á toda priesa el escuadron de Flores, y el de las Conchas que estaba en San Isidro. Antes de que estas fuerzas se moviesen, muchas partidas sueltas á pié y á caballo corrian hácia las barrancas del *Retiro* y de la *Recoleta* animadas á batir—«á Carrera y Alvear, que querian apoderarse de Buenos Aires». Viéndose en sério

peligro, Alvear le comunicó á Carrera que viniese de la *Chacarita* á reforzarlo; y para ganar tiempo pasó una nota justificando sus actos con la súplica que el vecindario le habia dirigido instándole que tomase su proteccion. Decia que la prision de Soler habia sido un acto espontáneo de la oficialidad y del pueblo; y que si habia tomado la voz del gobierno era por que tenia razones para ello.

Desconcertado por este movimiento unánime de la poblacion, Alvear resolvió 1820 Marzo 26 alejarse á toda priesa, antes que rodeasen el cuartel. Pero necesitaba para retirarse, que alguna fuerza de caballeria cubriese su retaguardia y que no solo contuviese la persecucion de las partidas que se preparaban á caer sobre él, sino que sometiese tambien á los *Aguerridos* que parecian resueltos á no seguirlo. Carrera ocurrió oportunamente; y pasando á retaguardia de los fugitivos les dió proteccion para que pudiesen adelantarse hacia afuera. Sin embargo, cuando los *Aguerridos* se vieron cortados de la ciudàd por los chilenos, y que Alvear trataba de sacarlos á campaña, se pusieron en abierta desobediencia. Carrera hizo entonces amago de atacarlos para reducirlos; pero tomando la voz algunos oficiales, los soldados formaron cuadro resueltos á resistir; y los anarquistas se retiraron dejándolos en libertad de volverse á la ciudad sin ningun embarazo.

Convencido Sarratea de que el general Alvear estaba perdido dió órden de hacer desembarcar al general Soler, y nombró al coronel mayor don Hilarion de la Quintana comandante general de las fuerzas destinadas á perseguir á los fugitivos. Pero este se encontró con que los chilenos marchaban interpuestos á retaguardia y dió cuenta al gobierno pidiendo nuevas órdenes, y diciendo que quedaba con dos columnas formadas para cumplirlas. Sarratea prefirió guardar silencio y pasarle una nota á Carrera del siguiente tenor: —«El gobierno se halla instruido de que V. S. « proteje á don Carlos Alvear; y aunque la hos- « pitalidad en cierto modo lo pone á V. S. á « cubierto de esta operacion, ha de saber V. S. « que por lo mismo, á este gobierno lo deja V. S. « *muy comprometido con el Pueblo*, que na- « da menos quiere que *permitirlo ni por un* « *momento en su provincia;* y solo en conside- « racion á la respetable persona de V. S. y de « ser nuestro huesped, el gobierno le propone « que si V. S. quiere protejer la persona de don « Carlos Alvear disponga V. S. su marcha y se « *retire á la frontera con toda la fuerza de su* « *mando.*» Carrera contestó:—«El general Alvear « no está en el caso de necesitar mi protec- « cion: se halla á la cabeza de una division « veterana y acompañado de un número de ofi- « ciales resueltos á seguir su suerte. Si yo me « he *retirado* á retaguardia de su columna, ha

« sido por *evitar un choque* con las fuerzas que
« saliesen de esa ciudad, cuyo recelo tuve el
« **sentimiento** de ver realizado ayer tarde por la
« ***partida del capitan Vilela,*** como lo verá V. S.
« por las dos copias que adjunto. **Este** atenta-
« do lo atribuyo solo á la *ignorancia* ó mala fé
« de ese comandante.... Esta mañana entró al
« pueblo el capitan Jordan, que esperaba desde
« ayer en el Retiro por cierta cantidad de recluta-
« dos, y á las intempestivas descargas cerra-
« das de unos Cívicos imprudentes, no osó ha-
« cer uso de sus armas en defensa de su partida
« ni de su persona.»

La intervencion harto escandalosa é irritante de Carrera en los asuntos y conflictos de Buenos Aires, producia una irritacion estrema en el espíritu público de los porteños, sobre todo contra Sarratea que era evidentemente el cómplice de estos atentados. Las quejas tomaron un carácter amenazante despues del último descalabro de Alvear. Se narraban hechos que levantaban tormentas de ira entre militares y ciudadanos. Una noche, Carrera se habia presentado con una partida al cuartel de *Aguerridos;* y contando con la complicidad del comandante Martinez—ganado á los intereses de Alvear, habia sacado del cuerpo *por órden* del gobierno, dos sargentos, un cabo, y varios soldados, hijos de la provincia de Cuyo, asegurando que eran chilenos á pesar de las protestas de aquellos desgraciados. Otra

noche, contando con igual connivencia por parte del capitan Amigorena, hizo otro tanto en el cuartel de artilleria. De la campaña vinieron quejas contra atentados del mismo género perpetrados en peones sueltos, nacidos en *Cuyo* ó en *Santiago del Estero*, que por carecer de arraigo tenian pocos medios de evitar estas violencias; y el 28 de Marzo (lo que vale á decir catorce dias despues de restaurado Sarratea) ya levantaba su voz y denunciaba estas tropelias con franca indignacion, el periódico titulado *Año Veinte*, redactado por una reunion de jóvenes á cuya cabeza figuraban Manuel Gallardo, Juan Gil, Ramon Diaz, Fortunato Lemoyne, Juan Cruz Varela y otros. La revelacion empezó por este comunicado :—« ¿ Qué quiere Carrera con fuerza « armada en Buenos Aires ? ¿ Con qué fin forma « una recluta, cuya bandera no se sabe de quien « es, en los suburbios mismos de la capital? « Esto lo sabe el gobierno ¿ y lo TOLERA ?» A estas preguntas del comunicado respondian los redactores : -- « Nosotros deseábamos hablar de « esto antes aun que se nos hubiese preguntado. « Pero el último suceso de Alvear ha respondi- « do por nosotros ; y despues acá queremos vol- « ver la pelota y preguntar al que quiera contes- « tarnos. ¿ Estará todavia Carrera bajo la pro- « teccion de la ley? Esa fuerza que no obede- « ce á nadie sino á él mismo ; que no lleva mas « fin que el que le dé su gefe ¿ no amenaza to-

« davia la libertad del país que la sustent
« Esos quinientos *chilenos* extraidos de nue
« tros regimientos *para robar las estancias v*
« *cinas de la Chacarita,* donde se metieron,
« han hecho gemir bastante con sus latrocini
« á nuestros infelices labradores? ¿Qué eran
« los sostiene?».... y levantando la voz sobr
este tono, terminaban diciendo: Compatrio
tas! Haceos respetar: tomad las armas, y da
un ejemplo al mundo de que existe libre todavi
el Pueblo Argentino.

Esta reaparicion del partido *porteño* en
campo del combate venia apoyada en circuns
tancias inesperadas que ponian á Ramiréz e
graves dificultades, y á Sarratea en el declive
su perdicion. Era ya sabido que Artigas,
habia visto traqueado de tal modo por las div
siones portuguesas, que no le habia queda
mas remedio que pasarse á Entrerrios segui
por dos mil hombres, mas ó menos, de las hor
das que lo adoraban y lo temian como si fue
el brazo de Dios para perdonar y castigar en l
tierra. La cuestion era de vida ó muerte para
Ramirez. Artigas y él no cabian en Entrerrios
Uno ú otro tenia que perecer y que desapare
cer. El hecho se habia mantenido oculto por al
gun tiempo; y ese habia sido el inconveniente
que habia tenido Ramirez para comprome
ter sus fuerzas de una manera mas positive
en apoyo de Sarratea contra Soler, y contra

partido burgués de oposicion que se mantenia insistente y soberbio en la capital. Todos sus empeños eran ahora que Sarratea le diese armas, pertrechos, y la escuadrilla sutil del Rio, que estaba á las órdenes de un tal Monteverde. Sarratea le daba cuanto podia, pero subrrepticiamente. En la opinion del pueblo era conveniente que Artigas acogotara á Ramirez, y que Lopez tuviese que defender á todo trance la independencia de su cacicazgo santafecino; en cuyo caso no le quedaba otro recurso que plegarse y someterse á Buenos Aires haciendo causa comun. Sarratea se encontraba pues en una posicion angustiosa; mientras Soler acechaba el momento de ladearlo y de calzarse la gobernacion política y militar de la Capital.

Sojuzgado á la vez por las exigencias imperiosas de este general, y por las del partido burgués, tuvo que dirigirse á Ramirez exigiendo la prision y entrega del general Alvear: — «Sabe-« mos que don Cárlos Alvear trata de refugiarse « bajo el amparo de V. S. Un hombre tan cri-« minal y proscripto por el país, no debe ser « protegido con razon alguna por ningun ami-« go de la Federacion;» y concluia por pedir la entrega del prófugo para imponerle el castigo que merecia. Pero Ramirez entendia que mas le interesaba contar en Buenos Aires con el fuerte partido que se le suponia al general Alvear, que con Soler, cuyas miras eran

evidentemente hacerse dueño absoluto del poder local, y representar en toda su fuerza la resurreccion de la *egemonía porteña*. Su contestacion fué categórica; y quizás acordada con el mismo Sarratea—«Está en mi deber y exi-
« ge mi honor el acordar toda hospitalidad al
« General Alvear y á la numerosa comitiva de
« oficiales que le acompañan, oficiales que hace
« muy pocos dias que ayudaron á la reposi-
« cion de V. S., cuando la turba en Buenos
« Aires pedia la cabeza de V. S. y del Gene-
« ral Soler.... El gefe de la vanguardia de las
« fuerzas de la ciudad ha intimado al general
« Carrera que entregue los refugiados que tie-
« ne en su division: paso que mereceria la
« execracion pública, y que yo jamás permi-
« tiré, antes bien autorizaré la resistencia á que
« se dispone el gefe á quien se ha hecho esa
« intimacion. Por consiguiente quiera V. S. dar
« sus órdenes para que las fuerzas del gene-
« ral Soler suspendan sus marchas, y evitar
« así un rompimiento que produciria la total
« ruina de esta Provincia.»

Con esta contestacion, el gefe de los montoneros del litoral rompia ya definitivamente con Soler. No le quedaba á este otro recurso que el de adunarse con los restos del partido directorial, y quedar ligado á la defensa enérgica de la capital. Sarratea empero no podia salir de la situacion en que los sucesos lo colocaban.

ırrado al gajo de legalidad que le habia
o su eleccion por la *Junta de los RR de*
ʾrovincia, subsistia medio colgado á él, pero
posar los piés en terreno seguro:—« Es muy
ıortificante (le escribe á Ramirez) para estas
ıtoridades, que no les quede otro arbitrio
ıra evitar todo motivo de rompimiento, que
exigirle á V. S. que las fuerzas de su
ando *evácuen inmediatamente* el territorio
ɜ la Provincia, llevándose esos hombres
ɜsgraciados que se han hecho víctimas de
ɪs propios caprichos.»
no habia remedio: — Ramirez tenia que
·arse; y muy de priesa por cierto. Con bas-
ɜ ansiedad habia pasado las horas esperando
:ias de Entrerrios. Al saber la invasion de
gas, habia dado órdenes perentorias á su her-
ıo materno don Ricardo Lopez Jordan, y al
andante Hereñú, que movilizasen las
:es de la campaña á la parte oriental del
leguay; y saliesen inmediatamente á batir
.rtigas antes que tomase posesion del terre-
Pero Artigas no les habia dado tiempo;
habia puesto en completa derrota y quedaba
ño absoluto del vasto territorio que mé-
entre el Rio Gualeguay y el Rio Mocoretá.
·pues de este contraste era de todo punto
ıspensable que Ramirez se marchase al con-
to con la tropa que tenia á sus órdenes. Es-
islao Lopez le dió algo mas de 150 infantes,

que aumentados con algunos prisioneros y pobre gente de los pueblos del norte, arrastrados en su columna, sirvieron de base á los dos batallones de la ciudad del Paraná, cuyo mando tomó el teniente coronel Mansilla. Una de esas noches, alzó velas Monteverde, de autoridad própia y se fué al Paraná con la mejor parte de la escuadrilla y unos ocho ó diez cañones.

Quedábase pues Sarratea sin mas espantajo que le diera alguna consistencia que el campamento de Carrera y Alvear en la Chacarita, harto débil para contener las fuerzas de la ciudad, y el campamento de Lopez en el Pilar, del que se habian ido á Santafé un gran número de montoneros llevándose caballos, ganado vacuno y otros bienes robados.

El *Año Veinte* se habia propuesto no dejar respirar á Sarratea. Volviendo al asunto crítico de la situacion, suponia que un corresponsal le preguntaba — «¿Con que derecho le-
« vanta Carrera ejército y forma recluta en
« nuestro territorio? — Respondemos que con
« ninguno sino por la voluntad del goberna-
« dor. Se duda de la direccion que le dará
« á esa fuerza?» — decimos que ninguna por ahora, pues el plan es proteger á Alvear para que colocado «en Buenos Aires, sea á su
« vez el protector del otro para su colocacion
« en Chile, siendo entretanto Buenos Aires
« quien sufrague los gastos de uno y de otro,

« *por conducto de su señor gobernador.* Opi-
« namos así—1° por que el señor gobernador
« no ha dado hasta ahora satisfaccion al pue-
« blo de haber dado dinero, armas y pertre-
« chos al señor Carrera, permitiendo además
« que nuestros soldados se deserten á sus ban-
« deras: 2º por que el domingo, estando Al-
« vear en el cuartel de *Aguerridos*, el señor
« gobernador no dió la menor providencia para
« sofocar la insurreccion, permitiendo que lo
« echasen á bordo al señor Soler, *nuestro muy*
« *amado general.* Cuatro gatos son los vete-
« ranos; á estos hubiésemos desbaratado si
« el señor Gobernador hubiera dado alguna
« órden; pero miró con indiferencia la cosa,
« sin duda recordó que *los* Cívicos *de Buenos*
« *Aires no necesitamos órdenes cuando se tra-*
« *ta del bien de la patria.*» Por decontado, que los elojios á Soler no eran sino un disfraz que los redactores tomaban para ahondar la llaga, y cohonestar la firma de *Unos Cívicos de la Union* que llevaba el artículo.

En el estado de profunda irritacion en que se hallaba la opinion, este artículo tenia un alcance que hizo temblar á Sarratea. A pesar de ser gobernador, se presentó como simple ciudadano á la *Junta Protectora de la libertad de imprenta* contra los redactores del *Año Veinte:* prometiendo probar que eran ellos y no los pretendidos *Cívicos de la Union* los autores de las preguntas y respuestas con que

lo calumniaban. Por lo relativo al cargo, lo declinaba con tal moderacion que rayaba en humildad. Se deshacia en elogios de los ciudadanos que no solo usaban sino que abusaban de la libertad de imprenta, por que eso era de regla para que esa libertad fuera ilimitada en el uso, verdadera y eficaz en sus servicios; pero pedia á la *Junta Protectora* que obligase á los redactores del *Año Veinte* á probar sus avanzados asertos, y que en caso de que no lo hiciesen en término justo, se le diese constancia para acusarlos de calumnia ante los jueces ordinarios. Difícil es encontrar mas estraña mezcla de buen carácter y de cinismo, de habilidad y desvergüenza, de cultura aristocrática y de trapaceria, de buen tono y de delicadeza externa, de equilibrio práctico y espíritu de conducta para no degradarse en explotaciones de baja traza, ó en robos abiertos de dinero, ni una mas admirable falta de coherencia en los grandes principios de la moral pública y privada, que la que daba vida y movimiento perpétuo al alma de este singular personage. No creo que haya otro que como él haya flotado con todo eso, durante toda su vida, en las altas regiones de nuestra vida social—conocido y censurado por todos—pero sin caer jamás en el vilipendio aquel que expulsa á los hombres del contacto comun. (2)

(2) Apéndice.

A la demanda ó pedimento del gobernador, la *Junta Protectora de la Libertad de Imprenta* que bastante mal dispuesta estaba contra él, puso—*No ha lugar;* fundándose en que solo le correspondia declarar de hecho si habia ó no abuso de imprenta y en que era ageno de sus atribuciones deferir el caso á la prueba en el procedimiento ordinario. (3)

Desairado así, y puesto bajo la peligrosa indignacion con que todos repetian los hechos denunciados por el *Año Veinte*, Sarratea, como era de esperar, careció de entereza y de virilidad para honrar su puesto. Cobijando la enteca condicion de su ánimo baja el manto aparatoso de su amor á la libertad de imprenta, publicó un manifiesto de escaso decoro, en el que colmaba de elogios á los escritores que lo habian puesto en la picota; con la esperanza de hacerse soportable á los ojos de la opinion. (4)

(3) Formaban el Tribunal el doctor don T. M. Anchorena, doctor don Manuel Cueto, y doctor don J. J. Cernadas.

(4) «Tal ha sido, ciudadano, decia, el resultado de este juicio, que ha llenado al gobierno seguramente de la mas pura complacencia, al ver que la Junta, bien penetrada del verdadero carácter y objetos de su institucion, ha procurado, en cuanto lo permitia el asunto, inclinar la balanza en favor del escritor, *como debe ser* para que se verifique que *no es una Junta Censoria,* sino *Protectora* de la libertad de la prensa; y aunque no estoy abso-

De muy buena gana habria querido Sarratea dejar en nada los procedimientos del inicuo proceso de *Alta Traicion* que habia entablado contra los miembros del Congreso y contra los funcionarios del régimen directorial. Jamás habia tenido idea de iniciarlo ni de llevarlo á cabo. Lo habia hecho forzado, no tanto por Ramirez cuanto por el abogado don Pedro José de Agrelo, hombre recio y de mal temperamento que buscaba en esa causa un médio de saciar su encono por las persecuciones, ó mas bien dicho, por el justo castigo que en 1817 se le habia impuesto como conspirador declarado y confeso. Ayudábalo en esto otro hombre procaz, violento y abarbarado, que no respiraba sino pasiones malignas, ni tenia jamas una inspiracion noble ó reflexiva — el coronel Pagola. Eran estos dos hombres, el primero sobre todo, el que habia imbuido á Ramirez en la idea de que á su nueva grandeza y futuros destinos convenia vindicar sus procede-

lutamente conforme con los principios que pueden haber reglado el pronunciamiento *yo doy muy gustoso por concluido todo el negocio.*» Y terminaba pidiéndole al pueblo permiso para hacer algunas breves observaciones sobre la materia que pudieran servir de buena doctrina en otro caso «para que se consulte siempre la *libertad ra-* « *cional* del escritor sin perjuicio del honor y de las ac- « ciones de los ciudadanos que no quieran llevar la ge- « nerosidad hasta el punto que yo la llevo.»

res y dar al mundo los motivos de su hostilidad contra el gobierno directorial; y de ahí el artículo 7º del Convenio del Pilar, impuesto á Sarratea mas bien que convenido por él. Pero alejado Ramirez y puesto Pagola en los intereses de Soler, el proceso de *Alta traicion* decayó. Agrelo que era el que lo insuflaba era hombre desprestigiado, virulento pero sin importancia ni valor alguno en la opinion: ó mas bien dicho—tan malquisto, que su adhesion hacia mas daño que beneficio. Sarratea comenzó á darle de mano al revés por prudencia. Agrelo se fué á Soler protegido por Pagola; pero Soler que no tenia interés ninguno en autorizar venganzas retrospectivas, lo tenia, y muy grande, en hacerse cabeza y caudillo de la burguesia porteña; que libre de preocupaciones pasadas no buscaba mas ahora que defender la ciudad y salvar su autonomia, organizando un gobierno propio, bastante fuerte para arrojar de la provincia las montoneras santafecinas ó entrerrianas que le impedian constituirse.

Al volver triunfante despues de la efímera tentativa del general Balcarce, Sarratea habia querido dar una base mas legítima á su gobernacion; pues aunque habia sido electo por una *Junta de Representantes*, la urgencia de los momentos no habia permitido que fuesen convocados y representados los vecindarios de la

campaña, ni aun los de los suburbios siquiera Para subsanar este defecto, que no era nimi por cierto, Sarratea que se veia restaurado y co mejor base de poder en esos dias, publicó un Ban do convocando á toda la provincia, ciudad y cam paña, á nuevas elecciones de una *Junta de Re presentantes*, que fuese á la vez corporacio electoral y poder legislativo. Desarrolláronse entre tanto los tumultos y peripecias de Alvea y Carrera; pero resueltos con la retirada de Ra mirez á Entrerrios y la de Lopez á Santa Fé fué indispensable llevar á cabo la convocacion d los cabildos á fin de que nombraran los electo res de Representantes.

A esta sazon habia un nuevo elemento en l campaña destinado á tomar las proporcione graduales, aunque lentas, de un famoso mons truo. El general don Martin Rodriguez habi sido mandado por Rondeau á la campaña del Su á movilizar y regularizar el servicio de la mul titud de campesinos y de gauchage que vagab por aquellas soledades. En el desempeño d esa comision el general Rodriguez habia dad con un hombre jóven, de genio popular, de vo luntad de hierro, eximio en los violentos ejerci cios de aquel paisanaje inculto. Hombre ignora do hasta entonces, era este campesino un estan ciero sin rival en el duro trabajo de domestica ganados y caballos salvages. Primer plantado de árboles y primer cultivador de cereales en l vasta campaña, sin interés ni mas mira que po

lujo de adelanto. Conocedor como nadie de la estadística y topografia de sus pagos, y noble de familia—se fingia modestó y recatado en las escasas visitas que hacia á la capital. Pero allá en los campos era tan brutal en sus juegos hípicos que no se contentaba sino haciendo víctimas. Payaso á su vez, mentiroso é inventor de historias malignas, se complacia en propagarlas entre aquellas ignorantes multitudes. Alto, herculeo, de semblante rubio, de ojos azules y de una hermosa figura, tenia aquel no sé qué avasalla bárbaros. Era medio histrion y medio profeta: cómico y trágico siempre en aquellos desiertos: castigaba ladrones y perdonaba asesinos á su antojo y por su solo criterio. Don Juan Manuel Rosas, el nieto del Conde de Poblaciones Ortiz de Rosas, era ya tal hombre cuando el general Rodriguez salió á llenar su comision de movilizar y arreglar las milicias del sur. Él era el que á su voz traia y clasificaba los habitantes de aquella campaña como si fuesen ganados mansos de su rodeo. Uno de sus rasgos peculiares era haberse leido y estudiado todo el Diccionario de la Academia; y á la manera del *Bourgeois Gentil-Homme* de Moliere se habia hecho esplicar el Almanaque por don José de Santerbaz, un informado pedagogo catalan, que le servia en la estancia *del Pino* de contador y secretario para el manejo de los intereses sociales que nuestro hombre tenia á su cargo—especialmente los del *Rico-home* don Juan José Cristobal de Anchorena—cabeza (y la mas dis-

tinguida cabeza por cierto) de la conocida famil[illegible]i-
de ese apellido. Y con el *Diccionario* de la Ac[illegible]a-
demia, y con el *Almanaque*, habia llegado d[illegible]n
Juan Manuel de Rosas á convencerse de q[illegible]e
tanto sabia, que todas las reputaciones de [illegible]a
ciudad, los doctores sobre todo, que tanto h[illegible]a-
bian errado en política y que de tantas trapi[illegible]o-
nadas vivian haciendo pleitos y partidos, er[illegible]n
gentes de saber muy despreciable para él, bu[illegible]e-
nos, cuando mas, *para palabrear* lo que ot[illegible]o
mas sabio y mas práctico que ellos les dicta[illegible]e
ó les mandase. Ese era en su mocedad este hom[illegible]-
bre que descollaba sobre las auras y sobre l[illegible]s
multitudes de nuestro pampeano desierto. Gra[illegible]n-
de amigo de los indios, no pocas veces se v[illegible]l-
via indio tambien por la perfidia que emplea[illegible]a
con ellos. Si tenia que vengar algun pasa[illegible]o
malon que ellos hubieran dado á sus estanci[illegible]s,
los atraia despues de tiempos, les daba opíp[illegible]a-
ras fiestas, y en llegando la buena ocasion [illegible]e
echaba sobre ellos y los escarmentaba con [illegible]n
buen degüello en masa, y aplicacion de azotes, h[illegible]a-
ciéndoles recordar la travesura que le debia[illegible]n.
Otras veces cuando el hambre y la viruela die[illegible]z-
maba las tribus vecinas, les enviaba ganados, ov[illegible]e-
jas y socorros de todo género; y cuando los cac[illegible]i-
ques venian á darle las gracias, aquello se co[illegible]-
vertia en un festival de *populo-bárbaro;* se a[illegible]
maban juegos *al pato*, corrida de banderolas [illegible]
de toros; y Rosas, con los admirables caball[illegible]

que montaba, y que hacia montar á su adalides se ingeniaba de modo que diez ó doce caciques y príncipes de la pampa cayeran y salieran estropeados y rotos de costillas, de brazos ó de piernas. Pero los despachaba con regalos y con víveres: quedando así magnífico, bárbaro y temible ante ellos.

Por la clase social en que habia nacido, y por las conexiones de ambos en la capital, Rosas era un porteño *pur-sang* como Rodriguez: y los dos influjos se ligaron de una manera estrecha y con sincera adhesion á los mismos intereses. En Abril de 1820 tenian una crecida reunion de milicianos bravos y entusiastas en Ranchos, en Chascomus y en otros puntos de este lado del *Salado;* y habiendo de hacerse la eleccion de Representantes ordenada por Sarratea, nada les era mas fácil que designar personas pertenecientes al partido de la burguesia directorial.

En la ciudad andaban excitados los ánimos. La voz general era que á todo trance debia crearse una *Junta de Representantes* que declarase ilegítima la autoridad de Sarratea, y le sostituyese con un gobernador que fuese la genuina expresion del voto y de la opinion de la capital:—«Se « habla públicamente de un nuevo trastorno— « decia Sarratea en una proclama. Los díscolos « criminales están empeñados en sumir al país « en nuevos conflictos, para hacerlo presa de « sus pasiones y de sus intrigas.... La multi-

« tud de imposturas con que se anuncia y se
« prepara esta próxima convulsion son públicas
« ¿cuál es el fin razonable de los perturbadores?
« *La Provincia va á reunir sus comicios dentro*
« *de ocho dias ¿por qué no esperan las resoluciones del pueblo?* ¿quieren usurparle sus
« derechos? »

El Cabildo, de su parte, instaba tambien al
pueblo que concurriese á los lugares de la votacion:—« Uno de los asuntos mas importantes,
« decia el Cabildo en su proclama, que pueden
« ofrecerse á los Pueblos que quieren ser libres,
« es el de las elecciones. El ciudadano que ensordece á los Edictos, que no *obedece* las citaciones que lo llaman á votar da una prueba
« tan vergonzosa como pública, de serle indiferente la corporacion que va á *investirse* de
« *sus poderes*, la autoridad que lo ha de mandar:
« indiferente á los beneficios ó á las calamidades
« que resulten de los gobiernos; en una palabra,
« da una prueba de que mira con indiferencia
« su libertad, su propia felicidad. Ciudadanos
« de Buenos Aires! Ciudadanos todos de la Provincia! ¿querreis *manchar* vuestro carácter
« con esa indiferencia tan *brutal* cuanto *funesta*?
« No puede imajinárselo este ayuntamiento y
« pues está abierta para vosotros la votacion
« mas interesante que es aquella de que va á
« resultar la Representacion que ha de dirigir
« los destinos de vuestra Provincia, apresuraos

« á sufragar en esta Sala Capitular, y en los
« puntos señalados en la Campaña, por los indi-
« viduos que mas merezcan vuestra confianza.
« Así evitareis las *maniobras* de las facciones:
« así podreis lisongearos de una obra *pura*, des-
« nuda de miras particulares, y capaz por lo
« mismo de llenar nuestras esperanzas. Así
« mostrareis que mereceis en todo su lleno el
« gran título de CIUDADANOS DE UN PUEBLO LI-
« BRE. »

La eleccion tuvo lugar el 27 de Abril; y el resultado no pudo ser mas desfavorable para Sarratea. Sus principales adversarios políticos fueron electos; y desde luego era incuestionable que la Junta iba á poner término á su gobierno, nombrándole inmediatamente un sucesor. Bastaba ver que la componian don Tomás M. de Anchorena y su hermano don Juan José Cristobal, don Juan José Passo, don Vicente Lopez, don Juan Pedro Aguirre, don Manuel Obligado, dos Escalada y Ramos Mexia, para comprender que lo que habia quedado en la ciudad de mas respetable del partido directorial entraba de nuevo al poder en la Provincia de Buenos Aires reaccionando contra su anterior derrota.

En el acto de recibir el oficio en que el Cabildo le comunicaba el resultado de la eleccion, Sarratea contestó protestando contra la ilegitimidad del acto:—« en medio de la marcha un tanto
« lisongera que los negocios iban tomando, me

« es muy sensible verme necesitado á interpo-
« ner, con respecto á algunos de los señores
« electos, un *Veto* desagradable para mí mismo;
« pero que lo demandan imperiosamente la tran-
« quilidad interior de la provincia, la *subsis-*
« *tencia de los tratados recientes con las de-*
« *mas provincias federadas por la Convencion*
« *del 23 de Febrero en el Pilar,* y la complicacion
« particular de dichos señores en los asuntos que
« han motivado el grito general de los pueblos. »
Nada mas inhabil, ni mas inoportuno en aquellos momentos, que semejante *veto* fundado en el aborrecido recuerdo de la Convencion del Pilar, que no habia sido otra cosa que el testimonio de la derrota de Buenos Aires, mas mortificante, cada dia que pasaba, para el amor propio y para la soberbia de los porteños.

Sarratea pasaba en seguida á justificar su *veto* exponiendo los motivos que hacian ilegítima la eleccion de aquellos diputados que mas se habian señalado en el gobierno de Pueyrredon: don Juan Pedro Aguirre estaba encausado por que habia ajenciado y contribuido á la fuga de Pueyrredon y de Tagle. El doctor don Vicente Lopez habia sido ministro del Director y habia firmado los decretos de expatriacion que precedieron al pasage de los Andes por el Ejército Argentino; (5) y como el coronel Pagola podia

(5) Inexacto.

reparaciones contra los dos, era preciso que no pudiesen ampararse de una representacion á la que solo podian haber sido llamados por ignorar el pueblo aquellos antecedentes. El doctor don Juan José Passo se hallaba notoriamente complicado en la traicion del Congreso para entregar al país á los portugueses; así es que para calmar la terrible indignacion de las Provincias, y para evitar la guerra civil, habia sido preciso, tanto á él como á Aguirre, separarlos del Cabildo y de la anterior Junta de Representantes. En el mismo caso se hallaba don Tomás Manuel Anchorena, y debia responder en juicio para vindicarse de cargos que *quizás no reposaban sino en la malignidad con que sus compañeros* le hicieron aparecer como cómplice de aquella traicion. Todos estos individuos además, estaban sériamente complicados en *un gravísimo incidente* relativo á la logia famosa de *Los Caballeros de América* (6) en cuyas tenebrosas asociaciones se habia tramado muertes, esterminio y dilapidaciones. Aseguraba Sarratea que su generosidad natural lo habia hecho faltar á sus deberes, demorando hasta ahora el enjuiciamiento de estos y de otros criminales; lo cual

(6) La Logia de los *Caballeros de América* se componia de los *Rosa Cruces* de la Logia *Lautaro*, y correspondia á un *grado mas* de iniciacion, que en efecto, parece que te- algo que ver con la mira de constituirse en monarquia.

habia servido solo para que el Pueblo se engañara creyendo que ellos habian purgado sus delitos, ó que estaban exhonerados de su responsabilidad. Pero no siendo así, era preciso separarlos para no turbar la paz con las demas provincias, pues el estado de los ánimos era tan vidrioso y delicado que habia mucho que temer si no se hiciera así.

El Cabildo contestó inmediatamente rechazando las pretensiones del Gobernador, y le dijo—que por el Bando del 9 de Abril, la Junta de Representantes quedaba constitutivamente dotada de todas las atribuciones y facultades necesarias para entender ella misma, y ella sola, en todo lo que ocurriere en la Provincia; pues por la convocatoria y por los actos consumados, ella era una Corporacion que reunia el Soberano Poder del país. De modo, que sobre ella y sobre sus miembros no habia poder ni tribunal alguno sino *ella misma*. Todos los Representantes habian sido electos por el Pueblo en virtud de un número notorio de sufragios; y sentado esto, á nadie le era lícito poner la mano sobre ellos para deshacer lo que el Pueblo habia hecho. El Cabildo entendia pues, que carecia de poderes propios para tomar resoluciones que eran exclusivas de la deliberacion y juicio de la Junta despues que se instalase.

Sarratea procuró rebatir esta doctrina inconcusa en el régimen parlamentario, con una

larga nota de fecha 29 de Abril, y con razones especiosas que no tuvieron éxito ninguno. Su principal argumento era que las disposiciones originarias podian establecer *incompatibilidades prévias*; como en este caso las habia en virtud de la *Convencion del Pilar*—ese grande espantajo con que el Gobernador queria seguir imponiendo miedo á la opinion sin ver cuanto habian variado las cosas desde entonces. El Ayuntamiento volvia á contestarle—« V. tendrá razon, pero la cuestion no es esa: aquí se trata solo de saber quien es el Juez que ha de examinar las incompatibilidades que V. opone, para privar á los miembros en cuestion de los fueros que les acuerda la eleccion.—V. dice que una eleccion viciosa no dá fueros, pero alguien tiene que declarar antes ese vicio, juzgándolo por los antecedentes: ese alguien no es el Gobernador: *principiis obstat:* no es el Ayuntamiento por que está fuera de su esfera el negocio: luego es la Junta misma y nadie mas que la junta.

Sin embargo, el Cabildo acababa de trasgredir estos mismos principios, y Sarratea no se descuidó de echárselo en cara. Habiendo votado el Ejército del Lujan y remitido sus Actas, una mayoria diminuta del Cabildo, ante sí y por sí, las declaró nulas y las devolvió, obrando ilejitimamente en cuanto á los principios, pero con notáble energia en cuanto á Soler cuyas malig-

nas aspiraciones tenian indignada á la burguesia.

Como el Cabildo viera la opinion pronunciadísima ya contra Sarratea, trató de apresurar su triunfo para no dar lugar á intrigas que lo hiciesen dudoso; y en el mismo dia 29 le pasó al Gobernador un ultimatum muy significativo que no daba lugar á subterfugios—«La Salud pú-
« blica, decia, exige que los Representantes de
« nuestra Provincia, que se hallan prontos ac-
« tualmente y presentes, se reciban de su cargo
« y pasen luego á tomar conocimiento y delibe-
« rar sobre los graves é importantes negocios
« del Estado: *protestando contra V. S. los per-*
« *juicios que son consiguientes en la delicada*
« *expectativa del Pueblo* que nos observa. Es
« de esperar que V. S. comprenda que esta me-
« dida es de la *primera importancia*, y que para
« cumplirla imparta V. S. las órdenes mas ac-
« tivas, á fin de que *en el dia* quede reunida la
« Corporacion Augusta de quien el país espera
« remedio de tanto males, protestando de lo con-
« trario toda responsabilidad por su parte, y
« que OBRARÁ EN SU CASO COMO LO CREA CONVE-
« NIENTE.»

Esto, como se ve, era ponerse ya en el caso estremo, y amenazar al Gobernador con una revolucion *al pecho*. ¿De dónde provenia la urgencia? Provenia de que el partido directorial, apoderado del Ayuntamiento y triunfante en la

eleccion, tenia sumo interés en reconstruir desde ya el poder legal, para oponerlo con éxito á las intrigas de Soler y de Sarratea, interesados, cada uno por su lado, en imponerse y dominar. El primero habia mandado hacer citaciones por la campaña y las aldeas para remontar sus tropas. El segundo procuraba ganar horas y demorar la instalacion de la Junta para ponerse de acuerdo con el primero y reunir medios de resistencia contra la reaccion directorial.

El Cabildo, que era el agente de este partido y cuyos miembros mas influyentes acababan de ser electos Representantes, queria pues á todo trance *instalar en el dia la Junta* para que nombrara por Gobernador á un hombre suyo, que reorganizando con rapidez los elementos morales de la ciudad, trasladase la accion oficial y los resortes del poder público á manos de la burguesia—nervio y agente poderoso del nuevo partido unitario. Las cosas habian venido bien y la direccion habia sido hábil. Era preciso pues suprimir el tiempo; y tales habian sido las exigencias del Cabildo, que el ultimatum que acabamos de trascribir, firmado á las doce del dia, fué remitido á Sarratea por el Ayudante Guaux encargado de decirle verbalmente que si no contestaba en el acto mandando citar y reunir en el *dia* á los Representantes que se hallaban en la ciudad, el Cabildo iba á ordenar que *se tocase su campana* y que se

convocase al Pueblo á Cabildo Abierto, como era de regla en los casos de urgente peligro.

Sarratea contestó que como ya eran las doce y cuarto del dia, mandaba hacer la citacion que se le ordenaba *para el* dia siguiente á las diez de la mañana:—« Lo que aviso á V. E. decia, « *concluyendo por mi parte este negocio*, sin « perjuicio de lo que V. E. tenga á bien acordar « sobre la nota última referente á los cuatro Di- « putados *vetados* que he pasado en esta maña- « na. » Pero el Cabildo encontró peligrosísima esa demora—« que, aunque corta *podia compro-* « *meter* la tranquilidad pública;»—y *solicita-* *ba* que la instalacion tuviese lugar á las 4 de la tarde. Sarratea se resistió: — « ni el « carácter del gobierno, ni su dignidad, ni la de « V. E. *ni el de la misma Junta* que va á for- « marse, se compone bien con la informalidad « que traeria semejante precipitacion. » Entre tanto, se habia aproximado la noche y fué preci- so esperar. El Cabildo no tocó su terrible cam- pana de alarmas; pero toda la juventud y los de- mas adeptos y dependientes de sus partidarios, como empleados, esclavos, comensales, durmie- ron sobre las armas por los alrededores de las plazas, ó agrupados en los cuarteles y barra- cones donde acostumbraban reunirse.

La contestacion que Sarratea reclamaba el 29, sobre el veto de los cuatro diputados, estaba ya escrita y pronta cuando él la pedia. El Cabildo

se ratificaba en su doctrina, por que era *la única consistente* cuando se trataba de miembros de un Poder Legislativo. En cuanto á la devolucion de las actas del Lujan, el Cabildo se limitaba á negar friamente el hecho, sin entrar en mas esplicaciones:—«El Cabildo estraña que V. S. « asiente proposiciones, que publicadas por la « prensa, tienden á desquiciar el órden público, « de que V. S. *se muestra* ahora tan interesado, « y que *seguramente es inconciliable* con las « ideas que V. S. espone en su comunicacion. « El Cabildo considera que eso es propiamente « *sorprender* el candor del pueblo; pero está al « mismo tiempo convencido de que su vigilancia « (la del pueblo) *comprende* las intenciones de « sus magistrados; y de qué *á cada uno* le *hace* « *la justicia que merece.*» No podia ser mas duro su lenguaje ni mas incisivo en su misma reticencia.

El 30 de Abril contestó Sarratea con audacia ó mejor dicho con despecho, pero sin habilidad y sin criterio:—«Cuando por la nota que tengo á la « vista veo que V. S. me disputa la facultad de « juzgar á los individuos de la Administracion « depuesta, desconociendo notablemente la na- « turaleza de sus crímenes y de su responsabili- « dad; y lo que es mas en este caso—los Trata- « dos y compromisos que sobre la materia han « hecho tres Provincias Federadas.... no me « parece estraño que se lleve el empeño hasta

« privarme de la facultad de impedir y *casar*
« un acto (electivo) *contrario* á la ley. Pero
« V. E. debe saber que no es fácil convencer que
« *el gobernador* carezca de esas facultades (de
« juzgar y *casar*) para contener á todos en los
« límites de su deber. En uso de esas faculta-
« des opuse mi *veto* á los diputados exclui-
« dos.... » y confundiendo así el vicio origina-
rio de la eleccion con la especialidad del tribunal que debia juzgarlo, el Gobernador se ponia en mayor ridículo ante la opinion pública, y daba todo el poder de la resistencia legal á los perseguidos, que, como era natural, se afirmaban con entereza en el terreno de la verdad: que solo la Cámara era juez de sus miembros y de la validez ó nulidad de las elecciones populares es un principio absoluto, un apotegma incuestionable de la ciencia política. En cuanto á la repulsion de las Actas del Lujan insistia Sarratea en que el reproche que habia hecho al Cabildo era justo y exacto—«pero no era esta tampoco la ocasion de em-
« peñarse en esas justificaciones odiosas que
« solo producirian desazones.»

Sarratea terminaba su nota revelando el fondo de la situacion:—«El gobernador, para se[illegible]
« lo, no necesita de convulsiones pues está e[illegible]
« el mando sin ellas. Estas intrigas, á ma[illegible]
« de ser opuestas á mi carácter personal ([illegible]
« solo pueden adoptarse por quien aspire [illegible]
« mando por medios ilegítimos; y en cuanto

« mi, no se presenta un interés que pudiera
« impulsarme á promoverlas. V. E. *puede opi-*
« *nar como guste;* yo me libraré siempre al
« testimonio de mi conciencia reposando en la
« opinion pública.»

Al querer sostener esta cuestion en el carácter en que lo hacia, y reclamando facultad tan monstruosa como jurisdiccion criminal sobre los representantes del pueblo; Sarratea faltaba á la lealtad personal y á los compromisos contraidos con la anterior Junta de Representantes en documentos auténticos y archivados. La Junta del 16 de Febrero *no habia querido* ratificar la convencion del Pilar, en cuanto al enjuiciamiento de los Congresales y Funcionarios del Directorio sin entablar antes una negociacion que dejase bien claros los términos y condiciones de ese enjuiciamiento. Esa habia sido la causa de que en el primer período de su gobierno, es decir— del 20 de Febrero al 6 de Marzo en que Balcarce se pronunció contra él, Sarratea no hubiera intentado medida alguna para iniciar la causa. Lo acordado en Febrero sobre esto era profundamente diverso de lo que Sarratea habia procurado ejecutar despues; por que estaba convenido que los que resultasen acusados no podrian ser perseguidos sin *previo aviso reservado* al Cabildo de sus respectivas provincias para que les hiciera arraigar, *quedando deferido entre-*

tanto el procedimiento que se hubiera de adoptar para el juicio, al Congreso General de las Provincias que se habia acordado reunir. Sarratea habia querido pues conculcar los principios y violar la fé de los pactos celebrados con la Junta de Buenos Aires que explicaban y fijaban el sentido de la cláusula 7ª de la Convencion del Pilar. Y que habian servido de base á la aceptacion de su gobernacion.

1820 Mayo 1 y 2

La nueva Junta de Representantes que habia dado ocasion á que estallara el conflicto entre Sarratea y la burguesia directorial, se instaló el 30 de Abril. En su primera sesion del 1º de Mayo, entró á tratar el asunto del veto opuesto á los cuatro diputados ordenándole al Gobernador que remitiera la causa en el estado en que se hallara. Sarratea remitió el proceso al dia siguiente con una larga nota explicativa de los hechos acriminados y del compromiso contraido con Ramirez de procesar y castigar á los acusados de haber trabajado por la ereccion de una monarquia. Tratándose el asunto en sesion secreta, tomó la palabra el señor Passo y dijo: que á él le constaba oficialmente que don Manuel Sarratea no solo habia sido promotor de la coronacion del infante don Francisco de Paula Borbon, sino que se hallaba acusado de malos manejos de dinero en ese asunto, y de complicidad

en otras intrigas viles con un cierto Cabarrus de muy mala fama. Sobre esto, dijo que habia documentos en los archivos, y que si se habian sustraido podian reponerse con testimonios del mas alto crédito. El cargo era pues no solo de idéntica naturaleza al que se hacia en el proceso de *Alta traicion* á los directoriales, sino algo peor, por que á estos nadie se habia atrevido jamás á acusarlos de trampas de dinero, ni de confabulaciones con caballeros de industria. En virtud de estos antecedentes hizo mocion el señor Passo, para que la acusacion y el proceso recayeran tambien sobre el gobernador; y que se exigiese su renuncia de acuerdo con los principios en que se habia fundado para *vetar* la eleccion de los diputados á quien acusaba de instigadores de monarquias. Despues de una corta discusion, la Junta resolvió que se continuara el *Proceso de Alta Traicion* contra todos los que aparecieren complicados en intrigas monárquicas, desde 1810 para adelante; y que al efecto crearia ella misma los tribunales y el procedimiento respectivo que habia de emplearse con los que fueran residentes y vecinos de la provincia de Buenos Aires; por que estos estaban sujetos *única y esclusivamente á sus propias autoridades*, sin ningun tratado pudiera alcanzar á sujetarlos á las de otras provincias.

Resuelto así el punto, fué comisionado el re-

presentante don Tristan Baldez para que pasase á comunicar á Sarratea la resolucion de la Lejislatura y la necesidad de que renunciase en virtud de los cargos á que quedaba sujeto. Sarratea se sometió; y por mano del mismo Diputado que le habia llevado la intimacion, mandó su renuncia fundándola en la decadencia de su salud y en el cansancio causado por las pesadas tareas del gobierno.

Quedaba ahora la Junta con frente á Soler. Este general habia dejado hacer, sin dar señales de vida en su campamento del Lujan mientras se habia tratado de desalojar á Sarratea de la gobernacion; pero aspiraba á sostituirlo. No conviniéndole á la Junta romper con él desde yá, sino contemporizar ganando tiempo hasta afirmarse mejor en el poder, eligió *Gobernador interino* de la Provincia á su propio Presidente don Ildefonso Ramos Mexia; y mandó en comision al campamento de Soler á los Diputados don Pedro Sebastiani y don Francisco Exequiel Maderna para explicarle que aunque la primera intencion de la Junta habia sido nombrarlo gobernador titular, se habia creido peligroso imponerle las responsabilidades del gobierno en momentos en que se anunciaba que el caudillo de Santa Fé Estanislao Lopez, unido á Alvear y á Carrera, volvian sobre Buenos Aires con numerosas hordas que habia vuelto á reunir; en cuyo caso, su

ınde mision era defender la provincia hasta
'arla de enemigos y restituirle su completa
lependencia.

.os comisionados encontraron á Soler profun-
nente indignado de que la Junta hubiera
scindido de él en el apuradísimo deseo de
mbrar un nuevo gobernador. No se le ocul-
a que debajo de todo, las cosas tomaban
giro independiente y rebelde á su prestigio
itar. Su primer impetu habia sido marchar
ı ciudad, disolver la Junta y hacerse acla-
r gobernador; y aunque desistió cuando se
ıizo ver que si cometia semejante tropelia
iba á encontrar imposibilitado de hacer
ıte á Alvear, y en una situacion desespe-
a, no pudo contener su despecho, y el dia
Mayo mandó su renuncia de general pre-
ando que lo hacia por que tenia que enta-
acciones judiciales contra Sarratea por la
ion y deportacion ejecutada en la noche
25 de Marzo. Su secretario Echandia por-
or de la renuncia, declaró con franqueza
los verdaderos motivos que el general ha-
tenido para renunciar, eran—que la Junta
mala intencion habia nombrado á su Pre-
ente *Gobernador de la Provincia* con *todo*
lleno de las facultades que le competian.
todos habian entendido que estas faculta-
lo hacian tambien *capitan general*; y que
consiguiente, el general Soler quedaba des-

tituido de su empleo de general en jefe de todas las fuerzas de mar y tierra, sin cuyo carácter no podia hacer frente de ninguna manera á los graves conflictos en que habia de ponerlo la defensa de la provincia amenazada ya de ser invadida por Lopez, Alvear y Carrera. Que habiendo mandado venir á su campo las milicias de la *Magdalena* y de *Ranchos*, el general Rodriguez y el comandante Rosas habian rehusado obedecer sus órdenes, diciendo que no procedian del gobernador que era el único Capitan general de la Provincia; y que si no se le daban recursos y hombres, el general no seguiria en un encargo de cuyos buenos resultados no podia responder. Aparte de que estas exigencias, eran fundadas, no era menos notorio para todos que lo que el general buscaba era reunir bajo sus órdenes una fuerza prepotente que lo hiciera dueño de la situacion. Sin embargo, el interés vital de la burguesia porteña coincidia momentáneamente con el interés personal del general, y el gobierno consideró conveniente y necesario suministrarle 20 mil pesos, un buen número de armas, y entregarle el batallon de *Cazadores* que era la mejor tropa de línea de que en esos dias se podia disponer.

Don Estanislao Lopez, seguido de Alvear y de Carrera, se hacia sentir de nuevo por la parte del norte de la provincia. Para quien no esté al cabo de quienes eran las gentes que aquel cau-

lo removia, seria incomprensible, que ha-
endo estado poco antes en las inmediaciones
la ciudad, se hubiese retirado á Santafé para
lver de nuevo sobre el terreno que acababa
desocupar. Para esplicárselo es menester
ber, como lo he dicho antes, que esas *monto-
ras* no tenian consistencia ninguna, ni con-
rvaban unidad de fuerza desde que saliendo
sus aduares invadian tierras ajenas y mejor
tadas de riquezas que las que ellos habitaban.
nsados unos y satisfechos otros con el botin
con las emociones de la correria realizada,
andonaban á voluntad su monton, y regresa-
n á descansar ó dar á sus familias lo que ha-
n adquirido ; y no solo lo hacian los soldados
o tambien los capitanejos que los dirijian. El
dillo no tenia interés ninguno en contrariar-
: esa licencia le servia mas bien para que vol-
ran á juntarse á su voz cuando de nuevo los
mara.

Como las hordas de Estanislao Lopez vieran
e las de Ramirez se retiraban con él á Entre-
os llevando buen botin, comenzaron á des-
narse á su vez, y á volver á su provincia
iando el ganado de que podian echar mano
os haberes ó comodidades que encontraban
su paso por las estancias abandonadas de
dueños en la mayor parte. El caudillo de
nta Fé tuvo pues que retirarse por falta de
operadores. Pero no le convenia en ma-

nera ninguna contemporizar con la reaccion directorial que tendia á consolidarse en Buenos Aires, ni con el general Soler que le pareció favorecido por las circunstancias. Dejándole tiempo á esa reaccion, corria el muy sério peligro de que llegase á organizar cinco ó seis mil hombres, y de que ayudado por buenos oficiales, y por una estricta disciplina diera á sus tropas la consistencia de un buen ejército; y de que haciéndose el caudillo militar y absoluto de Buenos Aires reuniera medios para emprenderla con Santa Fé. Esto era tanto mas de temer para ellos, cuanto que ni Lopez ni Ramirez habian podido sacar á Bustos de la política enigmática en que se habia envuelto. Y esto sin contar todavia con lo dudoso del resultado que iba á tener la brega de Ramirez con Artigas.

Necesitaba pues Lopez buscarse un medio de afirmar en Buenos Aires un partido y un gefe con el que pudiera contar cuando tuviese que tomar una política decisiva, contra Artigas ó contra Ramirez; y de ahí la nueva campaña que emprendia con Alvear, en la creencia de que este general conservaba en Buenos Aires un partido numeroso y fuerte, que puesto en accion con medios eficaces habia de concentrar todas las opiniones, acabar con la anarquia de los ánimos y constituir un gobierno regular con el que Lopez pudiese entenderse para garantizar los intereses respectivos de las dos provincias.

Esta vana ilusion habia servido de base á la union de Alvear con Lopez; y era el motivo con que Lopez hacia de su cuenta esta nueva campaña, sin esperar á Ramirez ni el resultado de la contienda con Artigas. Su mira secreta era tener como resistir á Ramirez si triunfaba de Artigas; y tener como defenderse de Artigas si este triunfaba de Ramirez. Resolviendo pues la cuestion interna de Buenos Aires en provecho de esas miras, conseguia asegurarse por aliado á la antigua capital y ponerse en buenos términos con Bustos, asegurando la defensa de su propia independencia contra el caudillo entrerriano ó contra el' caudillo oriental segun viniesen los sucesos. No eligió, por cierto el mejor camino como lo vamos á ver; pero, por fortuna suya, los sucesos de Entrerrios le dieron tiempo para correjir su plan y llegar á los fines que buscaba con una habilidad digna de ser admirada sin reservas.

La aparente concordia de Soler con el gobierno de la ciudad se estrelló y se hizo pedazos en la mala voluntad con que de una y otra parte se miraban. Los de la ciudad habian condescendido en darle fuerzas; pero en el acto tomaron medidas para levantar otras nuevas y en mayor número que los pusiesen á cubierto de toda tropelia. Pretendió Soler que esto era atacar las prerrogativas y poderes que á él le correspondian como Capitan general de las Armas y general en gefe del ejército, por que dado este

carácter que investia solo él tenia facultad de levantar tropas y de mandarlas. La Junta de Representantes declaró que el único capitan general de la Provincia era su propio gobernador como gefe del P. E.

Indignado de verse asl desairado y creyéndose el hombre necesario, Soler autorizó un pronunciamiento sedicioso en el ejército y se hizo aclamar gobernador de la Provincia. Pero conociendo la necesidad de que el acto tuviera algo parecido á una sancion popular, la buscó en el cabildo del Lujan. Cuadraba la circunstancia de que la Villa del Lujan donde campaban sus tropas, fuese cabeza de Ayuntamiento desde muchlsimos años antes, y que fuese tambien la única villa de toda la campaña dotada del poder concejil. Desde la concentracion del ejército alll se habia hecho esa villa un foco polltico de los intrigantes, partidarios y amigos de Soler; y puede decirse que el verdadero influjo polltico fluctuaba desde entonces entre el Ayuntamiento de Buenos Aires y el Ayuntamiento del Lujan, como si fueran dos capitales. El levantamiento sedicioso de Soler encontró pues alll el centro municipal que necesitaba poner en juego.

La Villa del Lujan convocó á Cabildo Abierto á su pueblo. Se declaró en él que las autoridades de Buenos Aires habian caducado y faltado á sus deberes. Se nombró por aclamacion gobernador y capitan general de la Pro-

vincia al general Soler con jurisdiccion exclusiva en toda ella para que no fuesen reconocidos por gefes ó empleados en ningun departamento especial, sino aquellos que el mencionado gobernador nombrase; y terminaba el Acta del pronunciamiento diciendo—« que este era el deseo del pueblo: que lo ejecutaria con las armas llevando á la cabeza de las tropas y de las milicias populares al gobernador y capitan general don Miguel E. Soler (nuestro amado gefe)—el héroe que es la esperanza de este heróico y grande pueblo de Buenos Aires; y el único capaz de organizar y de mandar las tropas de la provincia.»

Con ese título y con los antecedentes respectivos se dirigió Soler audazmente á la Junta de Representantes de la capital para que se le hiciese proclamar y se le prestase obediencia. Sin esperar el resultado levantó la mejor parte de sus fuerzas y se vino á San José de Flores. El gobernador interino Ramos Mexia renunció inmediatamente la gobernacion. El Cabildo reunió la Junta de Representantes. Tomado el caso en consideracion, la Junta se declaró disuelta y pasó á manos del Cabildo el encargo de velar por el órden civil sériamente amagado por tan enorme atentado. Pero Soler no se dió por satisfecho: violando los respetos debidos al decoro ajeno y á la dignidad de los funciona-

1820 Junio 23

rios públicos, declaró que no entraria á la ciudad (lo que equivalia á dejarla acéfala en medio de un desórden infernal)—«interin los señores Diputados que representaban á la capital no *espresen libremente* la voluntad de sus representados hácia la persona que debia ser gobernador y capitan general de la provincia: estrañando mucho que la predicha H. Junta se hubiese disuelto intempestivamente: que se le invitase á tomar el mando por conducto del cabildo; y que haya usado para ello de las expresiones que emplea, como si yo, el general Soler, procurase violentar la voluntad de ese digno pueblo.» Desconcertado el Cabildo al recibir esta insolente intimacion, se puso á buscar, uno por uno, á los Representantes. Valiéndose de súplicas é insinuaciones individuales consiguió que el dia 22 de Junio viniesen algunos á su presencia; y dió testimonio de que todos habian convenido y acordado *libremente* que el general Soler quedase nombrado y reconocido por Gobernador y capitan general de la Provincia de Buenos Aires. Así se le participó para que al dia siguiente se presentase en la Sala Capitular á prestar juramento del cargo ante el Cabildo con asistencia de los miembros de la Junta de Representantes.

Conociendo los invasores que las circunstancias eran especialmente favorables para caer sobre Soler, y formular un nuevo pacto con el vecindario

1820 Junio 25

comun de la ciudad, apuraron sus marchas. El usurpador tuvo que salir de priesa—llevándose sus tropas al Lujan para marchar contra los enemigos.

Acababa de llegar de los Estados Unidos el coronel don Manuel Dorrego. Soler tuvo la buena inspiracion de entregarle el mando de la ciudad y de las tropas cívicas que la guarnecian, con el título de comandante general de armas delegado. Puesto en evidencia y con mando, Dorrego tomó un empeño particular en ponerse al habla con los hombres principales del vecindario, particularmente con los que se creian en peligro, ó mal vistos, por haber sido afectos á la administracion directorial; y fueron tan eficaces los pasos que dió en este sentido, que logró restablecer la tranquilidad de muchas familias, y ganarse la confianza y la adhesion general de todos los vecinos. Activo y sumamente entendido en las cosas militares, reorganizó los elementos de que aun podia disponer la ciudad, construyó obras de defensa; y en muy pocos dias consiguió contar ya con bastantes medios para contener á los invasores, en caso de que por algun contraste, pudiesen aproximarse decididos á ocupar el pueblo. Pero antes de llegar á este buen resultado ocurrieron perturbaciones que interesa dar á conocer.

CAPITULO V

EVOLUCION PERSISTENTE HÁCIA EL ÓRDEN POLÍTICO TRADICIONAL

SUMARIO—Violentas usurpaciones y medidas del general Soler—Desaliento del ejército—Derrota de la *Cañada de la Cruz*—El Cabildo expulsa á Soler—Fray Francisco Castañeda—El coronel Dorrego—Su popularidad y su noble actitud—Aparicion agresiva del coronel Pagola—Terror del vecindario—Humillacion del Cabildo—Tentativas de arreglo con los montoneros—Dorrego y Pagola—El coronel Lamadrid—Combinacion de las milicias de la campaña y de la ciudad, contra Pagola—Destitucion y evasion de Pagola — Dorrego gobernador interino y comandante de armas de la capital—Dificultades insuperables para transigir y convenir en un arreglo—Actitud del general Alvear despues de la derrota de Soler—El Cabildo del Lujan—Eleccion de Alvear como gobernador de la provincia—Alvear y los comisionados de la ciudad—Lopez y el Cabildo—Lopez y Alvear—Alteraciones y reorganizacion del nuevo partido unitario de la ciudad—Idea constitutiva de Lopez—El general don Martin Rodriguez—Dorrego y el partido nuevo—Feliz excursion sobre *Moron*—El batallon de *Cazadores*—Rehabilitacion del espíritu público y de la confianza en la capital—Decadencia de Alvear —Retirada de los santafecinos y de sus cooperadores

Alvear y Carrera—Júbilo público—Derrota y toma de los *chilotes* en *San Nicolás* de los Arroyos—Negociaciones frustradas—Disidencias del general Rodriguez y Rosas con Dorrego—Su grande importancia y su explicacion política—Victoria de Dorrego en *Pavon*—Mal éxito de la subsiguiente invasion á Santa Fé—Derrota de Dorrego en el *Gamonal*.

1820 Febrero 11

Viendo á Sarratea y á su círculo arrastrados ya por la ventolera política, dió sueltas Soler á la ira que le habia causado la intriga con que el partido directorial, burgués, habia intentado sustraerle la gobernacion de la provincia. Aprovecháronse de esta maligna *viaraza,* Pagola y Agrelo, sugiriéndole la necesidad de que sacase de la capital y confinase en su campamento á todos los personages notorios y de opinion conocida, que pudieran ser un peligro para su autoridad; mientras durára y se resolvia en la próxima batalla el conflicto en que lo ponia la nueva invasion de Lopez.

Aceptado el consejo con la impetuosidad própia de su carácter y sobre todo con la falta de criterio político que echaba á perder las otras cualidades que tenia como militar, publicó un Bando que solo un energúmeno en el paroxismo de la demencia podia haber concebido: verdad es que era obra de Agrelo. Declarábase allí minado y acechado por traidores y conspiradores imaginarios; y como no pudiera designar individuos

realmente culpables, mandó en globo que todos los que hubiesen pertenecido al Congreso, á la administracion, ó al partido directorial desde el tiempo en que el Congreso se habia instalado en Tucuman (cuatro años antes) le fuesen remitidos al campamento bajo buena custodia.

Fácil es hacerse una idea del terror que se apoderó, no solo de los que estaban notoriamente sindicados, sino de muchísimos otros hombres acaudalados, y conocidos: que por algun antecedente cualquiera se tenian por comprometidos en la política directorial. La mayor parte de ellos abandonó sus casas y se asilaron en escondites de gentes pobres, en los altillos donde algunos pulperos aglomeraban maiz, trigo, *charqui*, y otros mil objetos de su negocio. Por fortuna, la órden de ejecutar las resoluciones del Bando recaia en Dorrego como gobernador militar de la Plaza. Dándose maña, como se dice, para ganar el primer tiron, dió tiempo suficiente para que nadie pudiera ser hallado; y al dar cuenta á Soler, reclamó sériamente contra tan brutal tropelia; puso de manifiesto su carácter inícuo y su inutilidad; y declaró que renunciaria su puesto si se pretendiera forzarlo á emprender esa caza de ciudadanos honorables—que no podia ser otra cosa que la invencion de un círculo de malvados incapaz de comprender lo que era de regla en un gobierno libre y republicano.

En esto estaban las cosas cuando se hizo sentir de cerca la nueva y estrepitosa invasion. Traia Lopez como mil y doscientos gauchos santafecinos y un cuerpo de dragones veteranos que habia creado y organizado recientemente con especial esmero. A sus órdenes venia Carrera con trescientos aventureros de todas menas, que él titulaba enfáticamente *Division Chilena;* y Alvear encabezaba ochenta ó cien oficiales de diversas graduaciones, seguidos de algunos asistentes, que no tanto por su número cuanto por su clase, formaban un escuadron pequeño pero de importancia.

Las perturbaciones políticas de los dias anteriores, la agitacion febril de los ánimos, y la inmediacion de un conflicto sangriento como el que iba á ventilarse, habian desquiciado completamente la unidad de espíritu, y relajado el rigor de la disciplina, en la fuerza con que Soler pensaba defender la autoridad que tan escandalosamente habia usurpado. Gran parte de los oficiales que lo seguian, iban ya desmoralizados y deseando abandonarlo; y la opinion general era que marchaban á una derrota inevitable.

A la noticia de que los invasores estaban ya en la *Capilla del Señor* salió Soler
1820 del Lujan á marchas forzadas con
Junio 28 la esperanza de sorprenderlos. Pero descubierto por una partida de santafecinos tomó posiciones en la *Cañada de la*

Cruz: donde fué acometido y completamente derrotado. En prevision de ese contraste, Soler habia preparado un punto de retirada fortificando la Villa del Lujan con el precioso batallon de *Cazadores negros* que mandaba el coronel don Celestino Vidal. Pero la persecucion que le hicieron los ginetes santafecinos fué tan viva y apremiante, que cuando el general quiso introducirse en la villa la encontró cercada, y tuvo que continuar su fuga hasta el *Puente de Márquez.*

Desde allí se dirigió al Cabildo diciéndole:
« Aunque podria hacer un nuevo esfuerzo para
« reunir milicias de caballeria y parte de las del
« ejército, á mi juicio seria infructuoso para po-
« der batir un enemigo engreido y que hoy debe
« estar bien montado; en este caso me aconseja
« la prudencia que invite á V. E. á que arbitre
« un medio, que á mí no se me ocurre por ahora,
« para *evitar el desastre* de ese benemérito
« pueblo, si se acercan *semejantes malvados*,
« en la inteligencia de que ya es imposible que
« se reuna la milicia de la campaña.—Yo dis-
« pongo no obstante circulares para Chasco-
« mus, Matanza, Magdalena y Ranchos, donde
« considero que hay alguna gente reunida para
« que *venga á protejer* al pueblo; y ordeno al
« Comandante de Armas don Manuel Dorrego
« que se sitúe en *Perdriel* adonde marcho ahora
« dejando órdenes para que vaya tambien al-

una infanteria del Fijo con el parque y cua-
'o piezas que llegarán á este punto hoy (29
e Julio) á las diez. Quedarán aquí los Dra-
ones y Blandengues que se han reunido para
acer descubiertas y comunicar noticias.»
'egaba el general que solo su deber y la honra
tar habia podido empeñarlo en una accion
ıo la del dia 28; pues aunque la oficialidad
ba decidida, la tropa malísimamente armada,
:omponia—«de reclutas: un sinnúmero *de*
ıismes habian dividido todos los ánimos,
ıciendo imposible que obrara con firmeza, y
əstruyendo la recíproca confianza.» Toda la
ierda, incluso el mayor general French y
)ficialidad quedaban en poder de los santa-
ıos.

n la dispersion logró Pagola llegar con su
ada al *Puente de Márquez* el 29 de madru-
a. El general le ordenó que hiciese pié allí
ıtras reunia las tropas é iba á la ciudad en
:a de refuerzos. Pero la gente de Pagola y
lispersos se amotinaron: hubo gritos y de-
stos; y á tal grado llegó el desórden que
ntras Soler daba órdenes á los capitanes Al-
ños y Arrascaeta, los soldados le hicieron
ʒo, pasándole algunas balas á pocas pulga-
de su cabeza.

'or fin de todo, el Cabildo se resistió categó-
.mente á enviarle refuerzos y auxilios; y Dor-
ɔ le escribió que el pueblo estaba exitadísimo

contra su persona: que no se aventurase á en-trar solo á la ciudad: que el Cabildo y los VIE-JOS (los ricos burgueses) querian transigir y re-cibir á Alvear; pero que la juventud, los cívicos y la muchedumbre preferian resistir á todo trance: que á pesar de estas disidencias todos estaban unánimes en procesarlo y castigarlo si lo tomaban; asi es que lo mejor era que se embarcase con tiempo.

Al mismo Soler no se le ocultaba ciertamente que las criminales tropelias cometidas en los dias anteriores, y su reciente descalabro bastaban para poner en riesgo su seguridad individual, y quizá su vida tambien. Fiando pues su salvacion á la rapidez de la fuga atravesó de poniente á oriente la dormida ciudad el 30 de Junio por la noche: y á toda prisa se echó en un lanchon que mediante buen precio lo llevó á la *Colonia del Sacramento.*

Con este motivo el famoso panfletista Fray Francisco de Castañeda, ardoroso partidario de Pueyrredon, encabezaba una de sus populares *nemesis* con estos versos que por lo mismo de ser de brocha gorda se introducian profundamente en el ánimo y se fijaban en el oido de muchedumbre popular:

Ahorcados habrán de ser
Lopez, Alvear y Carrera;
Sin dejar de agradecer
Que nos hayan libertado
De Pagola y de Soler.

La fuga de Soler y la concentracion del mando político y militar en manos de Dorrego produjo un verdadero sentimiento de consuelo en el atribulado vecindario de la capital. Su natural bondadoso, la alegria y la animada franqueza de su espíritu, produjeron un general sentimiento de seguridad individual, que unido á la autoridad de su valor y de sus eminentes cualidades militares, dieron confianza de que bajo su direccion la ciudad se salvaria sin que fuese preciso oprimir, agraviar ó perseguir á nadie por opiniones anteriores ó alarmas presentes—«Comenzamos (decia un contemporáneo) á respirar á pulmon abierto en aquellos dias: á dormir sin el temor de que un enemigo personal golpease nuestras puertas para llevarnos á la cárcel en las altas horas de la noche.»

Dorrego tuvo la primer noticia del desastre á las dos de la noche del dia 29. Reunió en el acto á los cabildantes, y convino en la necesidad de destituir á Soler. El envio de nuevas fuerzas á campaña se consideró no solo ineficaz sino peligroso; pero se convino en que era conveniente que Dorrego formase una columna con caballos de repuesto y saliese lo mas pronto posible en direccion al caserio de *Caseros* para salvar los dispersos y reunir los grupos de infanteria que anduviesen por el campo en retirada hacia la ciudad. Ademas—se resolvió tambien enviar al campamento de Lopez una comi-

sion pacificadora compuesta de vecinos notables, con facultad de negociar: lo que se tenia por fácil ya que Soler quedaba destituido y fuera del pais.

Mientras Dorrego sacaba su columna á las 8 de la mañana por el lado del Retiro apoyando su derecha en las barrancas de la costa, salia por las calles del oeste la comision pacificadora en una galera arrastrada por seis caballos á la cincha. (1) La plaza de la Victoria quedaba ocupada por un inquieto gentio, armado en su mayor parte, que voceaba en confusion, exitado al viento de mil mentiras, de calumnias y noticias que corrian sin orígen conocido. Los unos querian transaccion: los otros energia y defensa á todo trance. De improviso comenzó á divulgarse por allí el rumor de que el Cabildo traicionaba la causa del pueblo, y que sus comisionados llevaban autorizacion para entregar al general Alvear y á Carrera el gobierno de la capital. Propalarse esta noticia y comenzar un tumulto formidable, de parte de los cívicos principalmente, fué todo uno. Los corifeos mas insolentes de los grupos diversos que mantenian inquieta la multitud, exaltaban sus pasiones con tanto mayor éxito cuanto mas vago y confuso era el estado de las cosas. El Cabildo por su parte, y otros mu-

(1) Componian la comisión el Alcalde de 1er. voto don Juan Norberto Dolz, el doctor don Manuel A. Castro presidente del Supremo Tribunal de Justicia, don Ambrosio Lezica, y don Luis Dorrego.

chos ciudadanos despachaban chasques á Dorrego pidiéndole que regresase inmediatamente. No faltaban reaccionarios que alentados por el desórden dirigiesen misivas tambien á Pagola (y aûn á Soler) pidiéndoles que tragesen pronto sus tropas para guarnecer la ciudad.

En el fondo del conflicto todos veian como de instinto, aunque sin poderlo determinar, que se trataba, ó que se cernia sobre aquella agitacion, una tentativa vaga pero cierta de resucitar el régimen y el partido directorial. El Cabildo no se lo podia disimular á sí mismo, ni podia ocultarlo á los demas; y con mas ó menos reservas trataba solo de desvirtuar esa preocupacion en el ánimo de la plebe. La proclama de Dorrego lo decia claramente:—«Nuestro ejército, ciudadanos, acaba « de sufrir un contraste. S. E. con un resto de ca- « balleria, la infanteria, artilleria y parque, viene « en retirada al Puente de Márquez, como punto « mas cercano para recibir los auxilios de este « heróico pueblo.—Ciudadanos: es llegado el « lance de acreditar vuestro amor al Pátrio Sue- « lo: *jamás se os ha invadido con mayor injus-* « *ticia. La administracion es del todo incom-* « *vinable con el partido de Pueyrredon: sin* « *embargo se os ataca á pretesto de que este se* « *entroniza.* (2) Es un pretesto, sí, con el que

(2) Pronto vamos á ver como esa preocupacion era bastante fundada.

« se trata de paliar una ambicion desenfrenada y « abrir el paso á esa misma reposicion. No vis- « teis todo ese partido unirse á Alvear en el mo- « mento en que apareció? No lo habeis obser- « vado preconizar el pretendido mérito y los « talentos de este aspirante á quien aborreceis « por tantos motivos? Él ha ligado su fortuna « á la de *otros que son sus iguales*, y con ellos « proyecta abatiros para escoger de entre voso- « tros tantas víctimas cuantas señale su sed ar- « diente de sangre.—Hacedles conocer que vues- « tro ódio no es efímero. Corred á las armas « para vengar la afrenta con que se os veja. Vo- « lad conmigo al lado del señor Capitan Gene- « ral. Así defendereis vuestro decoro, vuestra « dignidad, vuestras esposas, vuestras propie- « dades, y hareis que *concluya el ominoso pe-* « *riodo en que la heróica Buenos Aires ha sido* « *feudataria de ambiciosos y desagradecidos.*»

El Cabildo, por su parte, arrojaba al mismo tiempo otra proclama desde sus balcones, algo mas prudente en el sentido de transigir:—«En « esta incertidumbre que amenaza vuestra tran- « quilidad y vuestras fortunas, el Cabildo juzga « de su deber invitaros nuevamente á tomar las « armas, no para derramar sangre americana, « sino para consultar vuestra defensa, dignidad « y decoro.... respetad la quietud pública: no « la altereis con dolor de este virtuoso vecinda- « rio ; y que vuestras armas no sean destinadas

« sino para salvar vuestra seguridad y el honor
« de este heróico pueblo.»

Cualesquiera que fuesen las apariencias, habia mil razones para presumir que el Cabildo no estaba inclinado á la defensa á todo trance. Lo que mas le lisongeaba era conseguir una transaccion que salvara al pueblo de la ruina y del saqueo; cualquiera imposicion, por dura que fuese, le parecia aceptable. Era difícil por consiguiente decir si los Comisionados, (hombres de la clase *de los prudentes*), llevaban ó no algunas instrucciones *secretas ó verbales*, para entenderse con Alvear y facilitarle su ascenso al gobierno de la provincia, con tal que se arbitraran medios para deshacerse de Dorrego y del partido popular que clamaba por la defensa á todo trance. Cierto ó falso, el rumor ganaba terreno; y los grupos del pueblo se hacian mas amenazantes por momentos.

Dorrego habia pasado de los Santos Lugares (hoy *San Martin*) en direccion á *Caseros*, cuando recibió las noticias de lo que ocurria. El Cabildo le llamaba urgentemente en su proteccion. Los que desconfiaban del Cabildo le llamaban tambien incitándolo á que regresase al instante y se proclamase *Capitan General*. Dorrego no creia en la traicion de los cabildantes, ni estaba dispuesto á dar el escándalo que le aconsejaban; pero sabia que los capitulares y todos los hombres de su misma condicion social, tenian el ánimo oprimido y poco dispuesto á un heróico

esfuerzo. Temia que el miedo fuese causa de algun error lamentable; y por este lado no estaba libre de aprehensiones.

Dudaba sobre si adelantaria sus marchas ó regresaria á la ciudad, cuando le trageron la noticia que Pagola habia entrado por *San José de Flores* dirigiéndose á la capital á la cabeza de una fuerte columna y de un numeroso arreo de caballos y de ganado. Dorrego, que habia servido con Pagola en la Banda Oriental y en el norte, conocia su perversidad, su genio arrebatado y terco, sus pasiones brutales y sabia que todo habia que temerlo de este pretoriano: soldadote tan repleto de ódios y de prevenciones, como falto de criterio y de juicio. Temeroso pues de las tropelias que pudiera cometer, trató de recoger algunas noticias sobre el estado de la campaña, encargó la retirada de la columna al coronel don Hilarion de la Quintana, y regresó al pueblo ganando instantes.

Al presentarse en la plaza, fué rodeado y victoreado á grandes voces, por un numeroso concurso de gentes que lo miraban como el hombre necesario para sacar al pais de las tremendas complicaciones en que se veia. Sin desmontarse dirigió á la concurrencia algunas palabras alegres y *humorísticas* sobre la campaña de tres horas que acababa de hacer y sobre la vanidad de los peligros que la imaginacion forjaba siempre en los momentos de agitacion popular. Asegu-

rô que en dos dias formaria una division y batiria á los gauchos miserables que formaban las montoneras comparándolos con los tunantes que se vestian de *viudas* para aterrar tontos y mujeres. Les dijo despues que iba á conferenciar con los cabildantes y que volveria á dar cuenta al pueblo de lo que se conviniese; concluyendo por recomendar la quietud y la confianza, para no perturbar las medidas militares y políticas que era preciso tomar prontitud.

Despues de tomar en consideracion el estado de las cosas, resolvió el Cabildo que Dorrego hiciese circular con su firma una proclama, que entre otras cosas decia:—«Aunque no he podi-
« do evitar las inquietudes que pueden causaros
« las presentes ocurrencias, os aseguro con la
« ingenuidad que me caracteriza que *vuestros*
« *respetables Magistrados y Yo* solo aspiramos
« á la conservacion del órden y seguridad de
« vuestras personas y propiedades, *alejando*
« por cuantos medios estén á nuestro alcance la
« ominosa guerra en que por desgracia, y á nues-
« tro pesar, somos envueltos: á tan privilegiado
« objeto se ponen en ejecucion las órdenes con-
« venientes, y *ha marchado una Diputacion*
« *compuesta de personas de probidad, talento*
« *y opinion pública,* con las instrucciones opor-
« tunas: tranquilizaos pues, y vivid ciertos que
« en obsequio de vuestra felicidad sacrificará to-

« dos los momentos de su existencia vuestro fiel
« amigo y compatriota—*Manuel Dorrego*.»

Impresa la proclama con una rapidez sorprendente, Dorrego mismo apareció en los altos balcones del Cabildo y arrojó á la plaza millares de ejemplares. Inmediatamente despues montó á caballo y salió al encuentro de Pagola, á quien encontró en la *Plaza de Lorea* formando ya sus hileras en columna para entrar al centro de la ciudad. Pagola se resistió á todas las insinua ciones del coronel Dorrego: y le declaró que r oiria sugestiones de ninguna clase, ni detendr su marcha antes de apoderarse del Fuerte—h casa del gobierno nacional. Y en efecto, mi tras Dorrego se volvia inquieto á conferen con el Cabildo, Pagola entraba por la calle c *Victoria*; y siguiendo el mismo costado primer plaza, formó su columna en la del V *cinco de Mayo*, y se posesionó del Fuert primera medida fué hacer guardar la cab ganados que habia arreado, en los pr fosos que rodeaban el pié de los mura despues se dirigió al Cabildo seguido d de sus seides.

Jamas pudo presentarse ante una c municipal tan combatida de alarmas como aquella, una figura mas siniest bre de peor fama. Cubierto el rostr de piés á cabeza, con el inmundo y de nuestros caminos: la barba des

exigido, lanzó Pagola una proclama redactada por Agrelo — «Es necesario ponerse en de-
« fensa para libertar esta provincia de los ene-
« migos que la atacan, y que campan ya á
« doce leguas de su recinto. Ordeno y man-
« do á todos los habitantes que cierren sus
« puertas y que concurran á tomar armas á
« la Plaza grande, *sin distincion de personas* y
« *bajo pena de la vida* el que no lo hiciere,
« reuniéndose los Tercios argentinos en sus
« puntos respectivos para armarlos y municio-
« narlos segun los puntos que exija el caso:
« asi mismo se ordena una iluminacion gene-
« ral. Os prometo haceros el cargo corres-
« pondiente *con la pena*, lo uno por ser causa
« vuestra, y lo otro porque mi sangre derra-
« mada y la de tanto ciudadano asi lo exigen,
« y del mismo modo ordeno que todo aquel
« que tenga caballo ó esclavo lo presente en
« el término de 6 horas cumplidas desde la
« publicacion de esta mi órden.»

El Cabildo facultó secretamente á Dorrego para que tomase medidas y levantase fuerzas contra Pagola. Antes de obrar quiso Dorrego tentar otra vez alguna manera de reducirlo á la razon. Pero fué imposible convencerlo. Pagola desconfiaba de todos: se desahogó en amenazas: al otro dia (dijo) se proponia echar á patadas al Cabildo, fusilar los partidarios de Pueyrredon y de Alvear, y llamar en se-

guida á las armas á todo el pueblo bajo para que saquease las casas de los ricos.

Dorrego salió de allí convencido de que era indispensable atar de piés y manos á este energúmeno peligroso; recorrió los cuarteles y se situó en Barracas con unos doscientos ó mas hombres que lo siguieron. De allí pasó oficios urgentísimos al general Rodriguez y al comandante Rosas que se habian aproximado hasta las *Lomas de Zamora.* El Cabildo aprobó todas sus medidas, y le envió el nombramiento de gobernador interino, comunicándolo tambien directamente al general Rodriguez y al comandante Rosas para que le prestasen fé y obediencia. Pero no pudo evitarse que Pagola llegase á informarse de estas maniobras, y el 3 de Julio, dice un cronista á quien vamos á copiar--«Se ha tocado la campana del Ca-
« bildo y arbolado. En la tore la Bandera se-
« ñal de apuro del pueblo—El Exmo. Cavildo
« reuniendo Votos para la Elecion de Goberna-
« dor nuevo y de un Comandante de armas
« — Sucedió al tpo de reunir los Votos y su-
« fragios se presentó En Cavildo El coronel
« Pagola confuria Colerica contra El Cavildo
« arrebatoles los papeles, de sufragios asien-
« dolos a pedazos y rojolos del Balcon a la
« Plaza a Vista del Concurso. Gritando contra
« el Cabildo. Espreziones suspechosas. con-
« tra El pueblo etc. quedando el dicho Coro-

« nel Pagola mandando Espontaniamte ....
« Quedo Resentido, abochornado El Exmo. Ca-
« vildo del suceso.... Se corian. Vozes sise
« quitaria ono El Cabildo. quedó la cosa así.»

Como el Cabildo no habia sido socorrido á tiempo habia tenido que someterse á las iras de Pagola, y se levantó una acta, que este gefe firmó tambien, (3) en la que se hizo constar su oposicion á los actos que tenian por objeto nombrar un gobernador interino. Inmediatamente despues de estendida y firmada esta acta, Pagola se retiró al Fuerte amonestando antes á los Cabildantes de que *los haria decapitar* si volvian á intentar destituirlo; (4) y ellos luego que se quedaron solos estendieron tambien una protesta haciendo constar que no habian desempeñado su deber por *haberles faltado garantias y libertad para ello.*

En esos dias habia llegado del interior el coronel Lamadrid; y contando Pagola con su popularidad entre los oriundos de Tucuman y Santiago, de los que gran número podia recojerse en Buenos Aires, le habia dado autorizacion para que formase un escuadron con los que pudiera llamar á su lado. Poco tardó en efecto el coronel en formar cerca de trescien-

(3) Impresa en hoja suelta en la Imprenta de Expósitos.

(4) Exposicion del Ayuntamiento etc. etc. fecha 11 de Julio:—Imp. de Expósitos.

tos ginetes entusiastas de su fama y resueltos á seguirlo. Pero Lamadrid era mas amigo de Dorrego que de Pagola; y no solo por esto, sino porque era hombre bien inclinado siempre á la causa mas templada y mas legal, se separó de Pagola cuyos excesos lo indignaron, y se presentó al Cabildo ofreciéndole sus servicios. El Cabildo le ordenó que marchase á Barracas y se pusiese á las órdenes del coronel Dorrego. (5)

Reunidas todas las tropas en la *Convalescencia*, Dorrego se puso á la cabeza de una columna, que no bajaba ciertamente de 2,500 hombres y entró por la calle del *Buen Órden*. Al pasar por la Plaza de Monserrat encontró un canton guarnecido por los Cívicos del 2º Tercio: los proclamó, y consiguió que se uniesen á su columna: en parte porque no tenian como hacer resistencia, y quizá por que gozaba tambien de buena opinion entre ellos como miembro notorio del *partido popular*. De allí siguió la columna hasta la calle de la *Victoria* y entró á la Plaza municipal seguida y apoyada por toda la juventud decente y liberal, que como hemos dicho, y como lo veremos, no abandonaba las propensiones unitarias y constitucionales que le habia dejado el período directorial.

Pagola entretanto se habia encerrado en el

(5) Véanse sus *Memorias*, páj. 208.

Fuerte resuelto á sucumbir. La Plaza estaba otra vez repleta de ciudadanos que ya habian traido en triunfo al Alcalde Mayor Dolz y á los demas Cabildantes. Reuniéronse con ellos al instante los electores de gobernador que á causa de las tropelias de Pagola y Agrelo andaban ocultos por diversos barrios. Lo primero fué mandar que se imprimiese y se circulase otra proclama. Se decia en ella, que el Cabildo habia cumplido con sus deberes en las circunstancias *delicadas* que lo rodeaban: que sus intenciones habian sido siempre sanas á pesar de las *glosas siniestras* que se habian hecho de sus procederes, es decir, de las suposiciones que se habian hecho de que habia estado dispuesto á entregar el pueblo á Alvear; y que á pesar de todo lo que habia sufrido, y de las amenazas que se le habian hecho, el Cabildo habia sido *inalterable en sus principios:* — « No temais, Ciudadanos: los Capitula- « res morirán en union con vosotros antes que « permitir el descrédito y el ultraje de vues- « tros derechos. El nombramiento de *Coman-* « *dante militar interino* que acaba de hacer « en la persona del Sr. Coronel D. Manuel « Dorrego, por remocion del Coronel Pagola, « se halla fundado en la pública desobediencia « de este, y en que es el autor de la funesta « discordia nacida entre ambas autoridades « desde que se presentó en este pueblo. Su

« abierta y temeraria oposicion al nombramiento
« de Gobernador interino tan indispensable en
« las presentes circunstancias, hizo tambien
« necesaria esa medida; y la Junta Electoral
« tuvo que suspender sus deliberaciones por
« la falta de libertad en que la puso el Coro-
« nel Pagola; Ciudadanos! Tened confianza
« en el Ayuntamiento y en el comandante ge-
« neral de Armas de la capital.»

Inmediatamente se dirijió Dorrego al Fuerte. El oficial de guardia obedeció la órden que le dió de bajar el rastrillo; hizo formar la tropa, y apoyado por el mayor Ravelo y el Capitan Otero, mandó echar armas al hombro é hizo desfilar la columna hácia el exterior. Despues fué en busca de Pagola: lo encontró paseándose solitario y torbo sobre el murallon del Rio: le echó los brazos, le protestó que era su amigo, que tenian una misma causa en la defensa de la capital contra Alvear y contra Carrera y contra el partido de Pueyrredon: que por forma quedase arrestado para satisfaccion del Cabildo, pero que dejaba órden de que en llegando la noche se le dejase salir en libertad y ponerse en retiro por algun tiempo.

El 4 de Julio reunió el Cabildo á los electores: fué nombrado Presidente de la Junta electoral el majistrado don Manuel Antonio Castro y secretario don Manuel Obligado; y

ya constituida en esta forma—eligió al coronel Dorrego Gobernador interino de la ciudad de Buenos Aires —« mientras que en oportunidad « y en consorcio con los legítimos electores « de los partidos de la campaña pueda veri- « ficarse la eleccion del legítimo Gobernador « Provincial. El nombramiento de V. S. es « con la condicion de que V. S. ha de reco- « nocer la supremacia de este Pueblo en la Junta « de Representantes, á cuya eleccion debe in- « mediatamente mandar V. S. que se proceda « segun estilo, y práctica observada con las « mismas formalidades y objetos que revestia, « y *á que* estaba destinada la *última Junta « anterior disuelta fuera del órden*, por las « notorias circunstancias que la obligaron á to- « mar semejante medida, etc. etc.» La reaccion directorial volvia como se vé á hacer acto de presencia; haciendo restaurar la *Junta de la Burguesia;* y debemos tenerlo en cuenta para comprender el carácter de los sucesos que van á producirse.

Mientras esto sucedia en la ciudad ¿qué habia pasado en la campaña despues del triunfo de los montoneros sobre Soler y Pagola?

La Comision mandada por el Cabildo al campo de don Estanislao Lopez el 29 de Junio, le hizo presente que nada era mas fácil que arreglar una transaccion satisfactoria con tal que se eliminase y se pusiese fuera de accion

al general Alvear y á don José Miguel Carrera. Lopez contestó: — «Por eso no se dejará de hacer, pero es indispensable tambien que el Cabildo separe y elimine de un modo positivo á Dorrego y á Soler. Pongan en el gobierno hombres buenos y pacíficos; y yo obraré tambien en el mismo sentido».

Lisonjeábale al Cabildo el aspecto de la negociacion sobre esta base. Su principal interés era eludir las dificultades y los conflictos de la guerra. Pero, como los propósitos anunciados no habian tomado todavia un carácter determinado, no podia aventurarse á trasmitir al pueblo las ofertas meramente preparatorias que le traia la Comision, y que le hacian esperar una resolucion feliz. La única política eficaz era pues la de ganar tiempo, y empujar mientras tanto las cosas en ese sentido.

Estaba el Cabildo tratando de desenvolver esta política de términos medios que complacia al genio de la institucion y al carácter y posicion de los hombres que la componian, cuando Pagola vino á entrometer su torpe y pesada mano, entre estos finos estambres de la intriga política. El Cabildo no desmayó; y creyendo por el contrario, que á pesar de Pagola podria continuar su negociacion con Lopez, le pasó un oficio el dia 2 — «Desde « que este Cabildo se propuso allanar todos « los estorbos que se opusieron á la tranqui-

« lidad pública, y envió cerca de V. S. una di-
« putacion que le manifestase la sinceridad de
« sus sentimientos, *no se ha desmentido su*
« *conducta.* Luego que recibió con la *mayor*
« *satisfaccion* las esplicaciones que le hicieron
« sus Diputados de las intenciones de V. S.
« empezó á dictar providencias instantáneas
« para realizar lo convenido, y muy principal-
« mente el nombramiento de Electores.» Limitándose en seguida á hacer una alusion rápida é indirecta al atentado de Pagola, se mostraba deferente con Lopez y le daba cuenta que —
« para instruirle *de todo* le habia enviado por
« 2ª vez otra Comision de respetables ciudadanos;
« pero que estos habian sido detenidos por mas
« de doce horas en su vanguardia, y que vién-
« dose repulsados de seguir hasta su perso-
« na, habian preferido regresar dejando allí
« las comunicaciones de que eran portadores:
« actualmente hay aquí noticias de que las
« tropas de V. S. se acercan al *Miserere*
« (hoy *Once Sbre.*) Esto seria quebrantar uno de
« los artículos acordados, por el que V. S. no
« debia pasar de los *Santos Lugares.* En ta-
« les circunstancias, el Cabildo *no puede res-*
« *ponder de los resultados*, y se halla en la
« necesidad de hacer á V. S. responsable de
« ellos bajo la mas seria y formal protesta,
« con tanto mayor motivo cuanto que la apro-
« ximacion de esas fuerzas á cuya cabeza fi-

« guran Alvear y José Miguel Carrera han
« causado en este pueblo una indignacion ge-
« neral, han hecho desconfiar de la buena fé
« de V. S. y fortalecido á los ciudadanos en
« la idea de resistir con toda su energia y me-
« dios.»

1820 Julio 1°

Pero las circunstancias se habian complicado de tal manera que ni el Cabildo, ni Lopez, tenian libertad de accion para formular y llevar á cabo un pacto reconciliatorio, en aquellos momentos. Las cosas no estaban aun en sazon. El general Alvear habia complicado los sucesos de un modo funesto. Procediendo con aquella violenta rapidez que á la vez que era una eminente calidad de sus talentos militares, descomponia su carácter y precipitaba sus juicios en los asuntos políticos, habia seguido el mal ejemplo de Soler y se habia hecho nombrar en la Villa de Lujan gobernador y capitan general de la Provincia de Buenos Aires, sin que Lopez hubiera podido saberlo á tiempo para impedirlo. Apenas conseguido el triunfo del 28 de Junio sobre Soler, Alvear y Carrera se lanzaron sobre la Villa del Lujan y se apoderaron del precioso batallon de negros que mandaba don Celestino Vidal, y que Soler habia dejado en esa Villa como punto de reunion. Estos trescientos infantes, con las cinco piezas de artilleria que

tenian, y con los otros piquetes que componian la guarnicion, formaban una columna de bastante importancia, que reunida á los grupos que seguian al general Alvear y á Carrera, no bajaba de 600 á 800 hombres. La pérdida del batallon de cazadores era un contraste bastante sério para la causa de la ciudad, no solo porque la privaba de la única fuerza realmente veterana con que podia contar, sino por que le daba al enemigo un cuerpo de infanteria, precioso en aquellos momentos, con el que era difícil competir en los encuentros que pudieran sobrevenir.

Anhelando sacar ventajas de estos favorables incidentes, ocupó Alvear todo el dia 29 en reunir sin pérdida de instantes, una Junta Electoral. Numerosas comisiones de vecinos que se prestaron á servirlo, y tambien partidas militares, salieron á recoger en los pueblos de la costa, desde San Isidro á Zárate, y por las otras inmediaciones de Areco, Baradero, y demás puntos á su alcance, los vecinos mas conocidos que hallasen en cada uno de ellos, aceptasen ó no el cargo de electores á que se les destinaba. A las 24 horas, es decir, á mitad del dia 30 de Junio hallábanse ya reunidos en el Lujan bastantes vecinos como para componer una Junta Electoral aparentemente numerosa y *libre*. Reunidos en uno con toda urgencia, constituyeron la mesa nombrando á

don Lino Chavarria, presidente, y secretarios al presbítero don Cayetano Escola y á don Juan de Dios Carranza. Al dia siguiente (1° de Julio) procedieron á nombrar gobernador y Capitan general de la Provincia de Buenos Aires; y—«Convencidos (dijeron en el acta de
« la Sesion) de que es un interés público y la
« voluntad general, que exista una cabeza á la
« frente de los negocios que mereciendo la
« confianza y la opinion pública, reuna á mas
« el crédito posible por su valor, firmeza y
« pericia militar, acordaron que D. Cárlos Ma-
« ria Alvear fuese esa cabeza como Goberna-
« dor y Capitan General de la Provincia, *le-*
« *vantándole* (esto es curiosísimo!) *la inicua,*
« *injusta é ilegal proscripcion* del 28 de Mar-
« zo.»

Mientras esto se hacia en el Lujan bajo la direccion y enjuagues del coronel don Gregorio Perdriel y de don Pedro Cavia, encargados de ejecutar los detalles menores del plan, Alvear salió del Lujan á la cabeza de su columna el 30 de Junio por la noche en direccion á Moron y San José de Flores para ponerse al habla con los partidarios que creia tener en la ciudad, sin bastante juicio para entender que su intimidad y connivencias con don José Miguel Carrera lo habian perdido para siempre en el concepto político de la burguesia porteña.

El 2 de Julio, investido ya con el aparatoso título de gobernador y capitan ge-

1820 neral, se adelantó con Carrera (su
Julio 2 genio fatal) hasta lo que se llama hoy *Almagro;* y fué allí donde se encontró y detuvo, como ya vimos, á los Comisionados que el Cabildo (pág. 254) mandaba por 2ª vez acerca de don Estanislao Lopez. Informado de los objetos con que solicitaban pasar, les hizo presente Alvear que era muy estraño que el Cabildo tratase de prescindir de su persona, sabiendo ya que él era el gobernador de la Provincia; y que se empeñase en entenderse con el general Lopez, su aliado, que como gobernador de Santa Fé, nada tenia que ver en los negocios internos de la Provincia de Buenos Aires — «Me dicen, señores comisionados, que allá en la ciudad hay energúmenos que protestan sucumbir antes que reconocer mi autoridad: eh?» El doctor Castro (D. Manl. Ant.) contestó con calma:—Esa parece ser la voluntad del pueblo, señor General.—Del pueblo nó! de cuatro pícaros á quienes hice mal en no ahorcar en 1815, y que he de ahorcar ahora para librar al pais de los infinitos males que le han de hacer todavia. Digán Vds. á esos obcecados que ahora ya no hay escape: que por mas que hagan se han de acoger á mi clemencia, por que no tienen como resistir las fuerzas que mando: que si se figuran que soy algun mu-

ñeco, para que un animal como Pagola y un loco de.... como Dorrego, puedan privarme de los frutos de la victoria y quitarme la posesion que tengo de toda la campaña y de todos los demas recursos. ¡Seria de verse! Y por este estilo dió suelta á las viejas y profundas ofensas de su ánimo. Con tono firme pero moderado, el doctor Castro le contestó.—No es mi ánimo, señor General, asegurarle á V. E. que todo eso no sucederá; pero no dude V. E. que el pueblo está resuelto á resistir hasta el último trance.—Mientras no vean nada de sério, le observó Carrera con ironia—Todo lo que vemos es bastante sério—No: no han visto todavia *dar un asalto y tocar á degüello !*—Es verdad, pero se sabe que ustedes estan dispuestos á intentarlo. —Vuélvanse ustedes á la ciudad, les dijo Alvear; el General Lopez no se entromete en las cosas de la Provincia; yo soy el Gobernador y digan ustedes á esos hombres que conmigo es con quien tienen que tratar y arreglar todo este negocio — Hemos mandado aviso al señor gobernador de Santa-fé; y estamos dispuestos á esperar su respuesta un tiempo prudente para desempeñar nuestra Comision. — Está bien, al menos llevarán ustedes la nota que voy á dirijir al Cabildo—Muy bien, señor General; y se separaron.

La nota de Alvear no tenia nada de característico :—palabras encomiásticas al pueblo: deseos

de que saliera de los errores en que se hallaba acerca de su persona: promesas de felicidad futura que produciria su gobierno; y protestas de que solo por someterse á la fuerza de los acontecimientos aceptaba *interinamente* el mando. El Cabildo le contestó inmediatamente objetándole la ilegitimidad de su eleccion, y diciéndole—que sin traicionar los derechos del Pueblo (cosa que jamás haria) nunca la podria aceptar como válida—«El pueblo detesta su persona. No se alu-
« cine V. creyendo que estos sentimientos son
« de un partido ó faccion. Son los del Pueblo
« todo entero comunicados por el órgano de su
« Cabildo, etc. etc.»

Entretanto, el lenguage de Lopez era muy diverso. Al cargo que le habia hecho el Cabildo por haber adelantado fuerzas á *Miserere,* cuando estaba convenido que no pasarian de los *Santos Lugares,* y cuando no se le habia faltado á ninguno de los preliminares asentados entre él y la primera comision del dia 29, *ni se le habia dado motivo* para repeler á la segunda comision, contestó inmediatamente que habia tenido un verdadero sentimiento al saber que la segunda diputacion del Cabildo hubiera regresado antes de que él hubiese sabido que lo buscaban, *quitándole la satisfaccion que habria tenido en recibirla*:—«Ciertamente (agregaba) que V. E.
« *no ha desmentido* en su conducta ninguna de
« las protestas que se dignó hacerme por medio

de la Diputacion; y la Proclama que V. E. acaba de publicar es un documento que acredita la sanidad de sus intenciones; pero, señor Exmo., si la fuerza armada está á las órdenes de UNO de los Gefes que con mas bárbaro encono puso á precio nuestras cabezas en la órden del dia 27; si se aumentan las medidas de defensa; si se *recogen* al pueblo y se reunen las milicias de caballeria, nosotros no podemos mantenernos inmóviles;.... pero esto no disminuye el vivo deseo que me anima de alcanzar una paz honrosa *cuyos resultados sean la dicha presente* de las Provincias Unidas.... Si V. E. quiere algun tiempo mas para verificar lo acordado, sírvase V. E. llenar exactamente cuanto se me prometió, sin que sirvan de *pretexto* las distintas circunstancias en que me dice hallarse; por que si V. E. carece de fuerzas para hacer respetar su autoridad, las armas federales irán inmediatamente en su auxilio.»

En ese tiempo existia una profunda enemistad entre Lopez y Dorrego. El primero le hacia cargos al segundo de que cuando habia invadido á Santa Fé en 1816 como 2º comandante del ejército mandado por Diaz-Velez, habia cometido excesos y castigos de todo género contra el vecindario y contra los prisioneros. Dorrego se habia vindicado en papeles públicos haciendo notar que esas calumnias eran procedentes solo

del orgullo despechado de Lopez, por no haber podido contener sus marchas, ni las persecusiones que habia hecho de sus montoneras; y que tan lejos de haber cometido violencias habia sido siempre solícito en proteger las familias y los intereses de las personas mismas que andaban en esas montoneras. Es probable que de una y otra parte hubiera alguna verdad, sin culpa voluntaria en esas desgracias de la guerra; pero el hecho es que Dorrego era mirado por los federales de Santa Fé como el mas terrible de sus enemigos; al paso que él miraba á Lopez como el mas perjudicial y pérfido de los caudillos federales.

Nos hemos detenido en narrar estos incidentes con alguna insistencia, por que esplican gran parte de las complicaciones políticas y personales que alteraron la composicion anterior de los partidos, sacando á luz el nuevo PARTIDO UNITARIO como una incubacion genuina de la vieja tradicion directorial. No es menos digno de atencion ver á Dorrego, á Balcarce, á Rosas sirviendo poderosamente á esa evolucion, mientras que Alvear y muchos de los hombres de su partido figuraban en opuesto sentido: lo que prueba, como antes hemos dicho, que los que como el general Paz y el señor Dominguez han pretendido encontrar la índole y el orígen de nuestros partidos ulteriores—unitario y federal—en los tiempos anteriores á 1820, están tan en-

gañados que si quisieran bajar á la prueba, con los hechos y con los hombres, no encontrarian como salir de la mas oscura confusion. Pero ya se verá pronto como se despejan y se explican los problemas que contiene ese movimiento de intereses y de posiciones relativas de que nacieron esos partidos.

La coincidencia de los intereses de Lopez con los de Alvear y de Carrera, era mas aparente y transitoria que real. En el momento actual era una simple consecuencia del influjo que habia ejercido Ramirez, y de la situacion indecisa, poco abierta y poco personal en que el caudillo de Santa Fé tenia que mantenerse mientras no se decidiese la lucha del Jefe Supremo Entrerriano contra Artigas; y mientras que la situacion interna de Buenos Aires no le ofreciese un punto de apoyo en donde salvar su autonomia propia por medio de una alianza interprovincial. Contemporizaba, pero se preparaba habilísimamente á sacar buen partido del porvenir, separándose del movimiento divergente de los dos caudillos litorales, para incorporarse al sistema convencional y pacífico que predominaba en las miras y propósitos de los gobernadores mediterráneos, cuya principal entidad era Bustos en Córdoba, y Güemes, que forzado por los sucesos, habia tenido que ponerse en la misma situacion, sin renunciar al deseo de contribuir á la reorganizacion nacional, como lo vamos á ver.

Lopez buscaba pues (y en esto consiste su escaso mérito relativo) una confederacion de gobernadores provinciales, es decir—un órden político sin concentracion de poderes constitucionales, y sin mas base que la alianza federativa de las autonomias supremas, por medio de pactos gubernativos, en lo referente solo á los intereses recíprocos y á la representacion externa de la nacionalidad argentina, tomada como un conjunto teórico sin organismo legal ni activo. Tal como él y Bustos concebian la forma estraña de este todo, la república argentina deberia ser una *Nacion sin resortes internos ni vínculos Administrativos.*

Pero, como lo hemos indicado, los sucesos del momento no daban lugar á iniciar ni pactar esta singular concepcion de gobierno. La actitud tomada por Alvear y Carrera en la eleccion de la Villa del Lujan, la decision del pueblo de Buenos Aires contra esos dos hombres, la supremacia de Pagola en los dias de sus tropelias, la de Dorrego inmediatamente despues, hacian de todo punto imposible que el Cabildo tuviera libertad de accion para sobreponerse á estas dificultades y transigir con Lopez; al mismo tiempo que Lopez no podia tampoco saltar por encima de todo, y hallar medios de componérselas con el pueblo que lo detestaba como *montonero* y *federal,* ni con el partido que encabezaba la resistencia contra su influjo. El pueblo y sus jefes querian

expulsar de la provincia á los montoneros; querian la guerra; y la verdad es que la hicieron con éxito y con un acierto admirable.

Como militar y como hombre político, Dorrego tenia una inteligencia demasiado audaz y ámplia para limitar sus miras á la simple defensa de la plaza. Él se proponia realizar un conjunto de operaciones, que diese por resultado envolver al enemigo, y aniquilarlo en los arrabales mismos de la capital, para apoderarse de sus gefes y resolver en una semana esta interminable lucha contra las invasiones de los montoneros, que en aquel tiempo eran mas ruinosas é insoportables para la provincia de Buenos Aires, que las invasiones de los indios; por que traian el pánico y la devastacion hasta los huertos que surtian de víveres frescos á la ciudad.

Con una lealtad política que prueba el espíritu generoso y despreocupado con que servia á la provincia, Dorrego nombró comandante general de las milicias de la campaña del sur al general don Martin Rodriguez, que era un miembro notorio del antíguo y del nuevo partido oligárquico que se reorganizaba en la ciudad con el nombre de—partido *de los principios* ó partido *liberal*, antes de llamarse como se llamó despues—PARTIDO UNITARIO.

Tambien mostró Dorrego su deseo de incorporarse á los restos vivaces que aún quedaban de ese antiguo *partido directorial*, no solo con

este acto, sino encargando del mismo modo al general Rondeau, Director Supremo tres meses antes, el mando de todo el litoral del Paraná; con el encargo especial de movilizar las milicias y de operar sobre la izquierda de los montoneros santafecinos, al mismo tiempo que Rodriguez y Rosas operarian sobre la derecha, y que él mismo como gobernador haria punta sobre el centro con las fuerzas de la ciudad.

1820 Julio 7

Ayudado con el poderoso influjo de Rosas en la campaña del sur, el general don Martin Rodriguez habia reunido una numerosa division de hombres decididos, á la que Dorrego hizo incorporar el escuadron de Dragones que comandaba el coronel Lamadrid, para darle una decisiva superioridad sobre la derecha de los montoneros. Esta division se situó el 6 de Junio á 6 leguas de la ciudad. No tardó Alvear en apercibirse del peligro; ya fuese que la division mantuviese su posicion sobre su flanco, ya que prefiriese incorporarse á la guarnicion de la plaza; y con la rapidez del ojo militar que lo distinguia, concentró en *Moron* todas sus avanzadas; y el dia 7 por la noche se puso en rápida marcha para sorprenderla. Pero Dorrego que habia previsto el movimiento, y que se preparaba á sacar gran provecho á su vez, le dió aviso á Rodriguez que tomase la costa de *Quilmes* y se corriese hasta Barracas dejando fogones

y partidas sueltas que favoreciesen la ilusion de Alvear; y poniéndose á la cabeza de una division de 400 hombres á la que incorporó inmediatamente la fuerza de Lamadrid, marchó sobre *Moron* llevando á este gefe á la vanguardia.

En la madrugada siguiente sorprendieron en esa villa el disputado batallon de *Cazadores negros* que al mando del coronel Vidal habia tomado Alvear en el Lujan. Los oficiales y los soldados se pronunciaron en el acto en favor de sus libertadores;—« y á la media tarde entraron « á la ciudad festejados por las salvas de artille- « ria y en medio de las aclamaciones y vivas de « un pueblo entero que les formó la carrera por « la calle de su entrada, acompañados de todos « los gefes de la guarnicion, y de los cuerpos « cívicos armados, que en una columna respe- « table salieron á recibirlos en los Corrales de « Miserere. » (6)

Mientras recibian este golpe mortal, el general Alvear y Carrera buscaban á Rodriguez y á Lamadrid por el partido de Cañuelas, y perseguian las milicias de don Hilarion Castro creyendo que era la division de los primeros. (7)

El general Rondeau habia levantado tambien fuerzas en la campaña del Norte; y sus subalternos Vega y Vilela batian las partidas santafe-

(6) Boletin núm. 4, 9 de Julio de 1820.
(7) Boletin citado.

sinas tomándoles muchos prisioneros: cayeron entre ellos algunos de importancia relativa como el caudillejo Zapata, el comandante Palomeque, oriental artiguista, y muchos otros.

Privados del batallon de Cazadores, Alvear y Carrera quedaban reducidos á fuerzas colecticias, que la desercion hacia mermar continuamente al influjo de la mala perspectiva que ofrecian sus negocios, y de la imposibilidad material en que se hallaban de dominar la resistencia de la ciudad. Conoció Lopez tambien que su posicion se hacia muy peligrosa, y comenzó á preparar su retirada. Dorrego apreciaba con exactitud las ventajas que habia obtenido, y se propuso conservarlas poniéndose en aptitud de perseguir á los montoneros hasta Santa Fé si fuer necesario para escarmentarlos de una vez po todas. Deseoso de que lo apoyase la opinion pública de la capital lanzó una proclama. Invocaba en ella los injustos y enormes perjuicios que los malvados invasores habian hecho á una provincia hermana, como la de Buenos Aires que siempre se habia sacrificado por la causa nacional, y que nunca habia tenido otros deseos que los de *confraternizar* con las demas provincias. Tomando el nombre del *pueblo porteño* y el de su Cabildo—les pedia á los ciudadanos que no fuesen sordos—«al clamor de la naturaleza»—ni al imperio del deber: y que se resolviesen á extinguir el fuego de la fatal discordia que devoraba

á los hijos de una misma tierra para convertir en dias de prosperidad los que eran dias aciagos para todos—« Recordad (les decia) que estas desa-
« venencias intestinas nos hacen la *Befa* y el *Es-*
« *cárnio* insultante de las Naciones que nos es-
« tán observando. Yo estoy facultado para
« echar un velo sobre todo lo anterior.... Nues-
« tras tropas ya están al frente de vosotros; ellas
« os recibirán generosas con el ósculo de paz.
« No demoreis, por que nuestros escuadrones
« solo esperan la señal de marcha....» (8)

Tanto cuanto habia exaltado el entusiasmo y la energia de la ciudad, la readquisicion del batallon de Cazadores abatió completamente la confianza de los invasores. Los ruinosos efectos que esta pérdida produjo entre los parciales del general Alvear, pueden juzgarse por las cartas de fecha 10 de Julio que se le tomaron al coronel don Gregorio Perdriel, comandante militar del Lujan:—
« Siguen corriendo aquí una porcion de embustes.
« La fuerza que corrió ayer en Moron vino tan
« asustada, que aunque la reuní en este punto,
« se desertó anoche la mayor parte; y el resto lo
« he mandado escoltando la artilleria que tenia-
« mos y *que hé dirigido á San Antonio de*
« *Areco.*»

La resolucion de retirarse á Santa Fé era pues evidente, y la invasion se podia considerar vencida

(8) Proc. del 4 de Julio de 1820.

por el esfuerzo popular que la ciudad y los cívicos habian ejecutado bajo la direccion de Dorrego. Era él quien habia contenido y dominado á Pagola: quien habia reunido y organizado las *milicias* y los *Tercios:* quien habia recuperado y remontado en seis dias los batallones veteranos: quien habia vuelto á formar el escuadron de Dragones: quien habia conciliado los partidos y las disidencias políticas y personales para dar unidad de accion á la defensa. Habia pues salvado al pueblo de Buenos Aires; y pronta tenia ya una fuerte division con que acometer y perseguir al amenazante enemigo que habia triunfado de Soler diez dias antes en la *Cañada de la Cruz*. Solamente despues de *Cancha-Rayada*, se habia visto una rehabilitacion tan rápida como esta de os grandes intereses de la libertad y de la patria. Y todo esto, como lo vamos á ver, habia sido hecho en beneficio directo del partido liberal que gracias á eso pudo resurgir vigoroso, poco despues, con el nombre de *partido unitario!....* Cuán misteriosos, y terribles á veces, son los destinos de los hombres!

Frustrados y sin éxito los propósitos con que Alvear y Carrera habian emprendido su correria por *San Vicente* y la *Magdalena*, fué preciso replegar á *Moron* todas las fuerzas federales; y al dia siguiente continuaron en retirada hasta el Lujan.

El 10 de Julio renunciaban ya los invasores á

todos los resultados que se habian propuesto sacar de su espléndida victoria del 28 de Junio. Los mas chasqueados y desairados, eran Alvear y Carrera; sus esperanzas quedaban para siempre perdidas. Lopez no tanto: por que tenia otros propósitos. Resuelto á desocupar el territorio de Buenos Aires, se proponia esperar la eleccion del nuevo gobernador para promover tratados que conviniesen á las dos partes; y en efecto, dada la situacion general de la República, no habia entre Buenos Aires y ÉL ninguna incompatibilidad que pudiese ser estorbo para que cada uno de los dos gobiernos viviese de *lo suyo* y en comunidad de intereses *externos:* que era entonces lo capital para ambos. En el fondo Dorrego y el Cabildo entendian del mismo modo las conveniencias respectivas del momento. Pero, afectados por el orgullo porteño, que se levantaba con nueva arrogancia al favor de los acontecimientos recientes, exigian categóricamente condiciones, que por el momento, era difícil que Lopez les pudiese acordar, pues debian parecerle humillantes, por mas dispuesto que ya estuviese á arrojar de su lado á Carrera y al general Alvear. El 13 de Julio autorizado por el Cabildo, envió Dorrego al campamento *en retirada* de Lopez, una Comision Negociadora compuesta de los abogados Castro y Cossio; para proponerle:—1° Desalojo íntegro del territorio de la Provincia con promesa de no volver á en-

trar en él jamás:—2º Entrega y devolucion de todos los prisioneros, armas y pertrechos tomados el 28 de Junio en la accion de la *Cañada de la Cruz:* 3º Devolucion de la artilleria tomada en el Lujan el 29: 4º Reunion del CONGRESO DE LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RIO DE LA PLATA, en la ciudad que la mayoria de ellas determinara: 5ª Expulsion de don Cárlos Alvear, y de José Miguel Carrera sin que Lopez y Santa Fe se mezclasen directa ó indirectamente en las pretensiones de esos dos individuos.

Estas eran las bases de la negociacion que Dorrego ponia en conocimiento del pueblo en el Boletin núm. 9 del 14 de Julio; y agregaba— « Si no acceden á estas razonables proposicio- « nes tendremos la gloria de ir á su territorio á « obligarles á que entren por las condiciones que « en tal caso correspondan. En medio de la « borrasca que se ha sufrido, los que han vivido « bajo los auspicios del Gobierno no pueden « quejarse de que no *han estado al amparo* de « las Leyes. La imprenta ha seguido en la li- « bertad que tenia; y los que han querido hacer « uso de ella la han encontrado pronta y sin el « menor estorbo.»

El Cabildo, á su vez, tomaba represalias de la jactanciosa arrogancia que Alvear y Carrera habian propalado en sus papeles despues del 28 de Junio; y proclamaba al Pueblo con estas palabras:—« El Ejército Federal—*á quien nada im-*

ponia en el curso *de sus victorias*—va en retirada llevando en su frente oprobio é ignominia, y dejando tras de sus huellas desolacion y espanto.» Dominado y vencido por la energia y por el entusiasmo del Pueblo de Buenos Aires, ha conocido que este pueblo es invencible, que no acepta la persona de Alvear, y que no ha de consentir jamás que un José Miguel Carrera tenga ocasion de formar tropas en Buenos Aires para ir á sostener sus pretensiones personales y sus venganzas allá en Chile:—«Un vergonzoso retroceso es el único partido que les ofrece su desesperacion. Nuestras tropas van en su seguimiento: la guerra mas activa está dispuesta sobre ellos, y serán perseguidos hasta expulsarlos de la Provincia.»

Triunfante el Cabildo, y libre ya la ciudad de todo temor, fueron licenciados los Cívicos y milicianos que la habian guarnecido en los dias de anterior tribulacion. Al darles las gracias, el dia 14, Dorrego les decia:—«Marcho á la cabeza de una Division respetable que se está organizando en esta capital, y que escarmentará á los invasores.» Otra division á las órdenes del general Rodriguez, de Lamadrid y de Rosas, cruzaba el 16 por el lado sur de Moron hácia el Oeste ; y las fuerzas del Norte á las órdenes del comandante don Julian Vega marchaban tambien convergiendo todas á concentrarse sobre la retaguardia del enemigo:—«Las fuerzas de esta ciudad que van á

salir á campaña, decia el Boletin de la misma fecha, fueron hoy revistadas por sus respectivos gefes; y las espresiones mas vivas no podrian espresar el entusiasmo con que se presentaron: Buenos Aires, este pueblo inmortal, va á presentar á sus enemigos un convencimiento de lo que ha podido hacer en otras ocasiones, pues solo su moderacion y sufrimiento habia *interrumpido* el curso de sus victorias.» En una circular de fecha 17 dirigida á las demas Provincias, decia Dorrego: «En cumplimiento de los mas sagrados deberes de mi cargo me creo en la obligacion de invitar á los gobiernos de las Provincias, y aún de conjurarlos á nombre de la Patria, para que con el influjo de su autoridad *promuevan* la pronta y libre eleccion de los Representantes para el Congreso General que ha de hacer la suerte del país, pues que mientras nos hallemos sin un centro DE UNION, presentaremos un cuadro melancólico, y la Patria estará á una línea de distancia de un trastorno cualquiera que vendrá á inutilizar para siempre las sanas intenciones de los que aman verdaderamente la libertad y el órden.»

El caudillo de los Federales recibia entretanto con suma distincion á los comisionados Castro y Cóssio; y decia que consecuente con sus patrióticas intenciones, y á pesar de los sucesos, les reiteraba sus deseos de hacer una paz

que tranquilizase para siempre á las dos provincias de Buenos Aires y Santa Fé. Inculcando en el mismo sentido contestó al Cabildo con una nota notablemente lacónica, pero significativa tambien, por lo estudiado de sus términos, para que no se entendiese que tenia grandes compromisos políticos con Alvear ó con Carrera— «Creo haber manifestado con franqueza á los señores Comisionados mis sentimientos en favor de esta desgraciada Provincia, sin faltar á mis deberes y *sin abandonar la causa de los pueblos que llamaron en su auxilio al Ejército de mi mando.* Exíjase de mí toda clase de sacrificios por el bien de la Nacion; y *acreditaré que nada amo tanto como su felicidad permanente.*»

Sin embargo de que las reticencias calculadas de esta comunicacion ofrecian ancho campo á un negociado pacífico, los ánimos estaban demasiado exaltados en Buenos Aires por el éxito feliz de la defensa, para cambiar de direccion. Dorrego mismo estaba demasiado interesado en la consumacion del triunfo; y en llevar la guerra á Santa Fé, para que pudiera prestarse á consejos mas modestos ó mas conciliatorios. Las cosas siguieron pues el empuje fatal que traian; y Buenos Aires movió sus fuerzas animada con la esperanza de revindicar en Santa Fé, y en Entre-rios, la supremacia y los respetos de capital tra-

dicional, que habia estado á punto de perder en *Cepeda* y en la *Cañada de la Cruz*.

Con la mira pues de justificar su derecho á invadir á su vez el territorio de los enemigos que le habian traido la guerra hasta los suburbios de la misma capital, el Cabildo y el gobernador publicaron dos manifiestos en forma de circular á las demas provincias—«El gobernador Lopez, (decia Dorrego en el suyo) sin la menor premeditacion, aún de sus propios intereses, se ha dejado conducir miserablemente por sugestiones del CRIMINAL José Miguel Carrera y del proscripto Cárlos Alvear: ha reunido las hordas vandálicas de su territorio y arrojándose al nuestro con sus dos socios antropófagos: (!) ni los ruegos de los inocentes, ni las lágrimas de las esposas, ni las ruinas que por todas partes multiplica la cuadrilla de ladrones y de asesinos que comandan, les detiene en el bárbaro empeño de destruirlo todo.»

«El pueblo de Buenos Aires se ha colmado de gloria y honor (decia la Gaceta del 19 de Julio). Mas de diez mil ciudadanos han permanecido armados y municionados por 17 dias sin el menor desórden.... Es necesario que Carrera se olvide de Buenos Aires para siempre: que Alvear abandone el funesto empeño de gobernar en este pueblo; y que Lopez entienda que los *Porteños* vuelven á acordarse

de lo que son: que *han recobrado su importancia;* y que el rango de Buenos Aires, sus luces, su poblacion, sus recursos inmensos, todo, todo, se empeñará para confundirlo en sus deseos con el derecho que le asiste para castigarlo y vengar los agravios que con osada planta ha inferido á los dignos hijos de esta Provincia.»

El Cabildo hacia valer tambien sus agravios: entre los cuales el mas intolerable, era á sus ojos la pretension que los federales habian tenido de imponerle al pueblo por gobernador á don Cárlos de Alvear—«como si fuese un don el mas « apreciable, que se presenta en señal de pro- « teccion, sin desprenderse aquel de su asocia- « do Carrera, que debia tambien entrar *á la parte* de estos aprovechamientos.» Pero despues de desahogarse en este sentido, volvia el Cabildo sobre sus enojos, abundando en inspiraciones pacíficas y generosas—«por que solo por la concordia, decia, podian hacerse cesar los escándalos que las Provincias Unidas estaban dando, con satisfaccion de la envidia de las demas naciones; y sin otro fruto efectivo que el de arruinar las fuentes de la propia prosperidad.» Por exelentes que fuesen estos consejos, el partido de la burguesia estaba demasiado infatuado con sus nuevas fortunas para dar oido á los ecos de esta politica sentimental; el 18 de Julio á las 3 de la tarde Dorrego se movió de la ca-

pital con la division que debia formar la base del ejército de operaciones.

Despues de algunos pequeños incidentes que no tienen interés histórico ni mérito pintoresco, las fuerzas de los montoneros se pusieron en plena retirada hácia el *Arroyo del medio*, seguidas muy de cerca por las fuerzas porteñas, cuyas diversas divisiones se incorporaron el 20 de Julio con el cuerpo principal. (9)

Entre sus diversas operaciones de detalle, Dorrego hizo ejecutar una que tenia un fin generoso y que alcanzó un éxito completo; tal fué la de mandar por retaguardia del enemigo al sargento mayor Obando, santafesino emigrado, para que cayese de improviso sobre el Pergamino, donde se hallaban presos todos los gefes y oficiales que los federales habian tomado prisioneros en la accion de la *Cañada de la Cruz*. Obando ejecutó sus ma-

(9) Como dato curioso, aunque incidental, haremos notar que figuraban en el ejército porteño don Juan Manuel Rosas como comandante de milicias y el *Capitan de Artilleria* don Manuel Oribe, de quien encontramos, publicada en el Boletin del 26 de Julio, la siguiente carta dirigida á un empleado del Despacho de Guerra—«Mi « amigo, el tiempo es muy corto y el papel escaso, ya que « V. ansia por noticias ahi va la primera: hemos dormido « do á una legua del enemigo; pero á media noche des- « campó sin que se sepa su direccion»—Este oficial Oribe (decia el Boletin), segun nos dicen, está en la vanguardia; así es que parece que el enemigo ha eludido el encuentro

chas con un completo acierto; fueron rescatados desde el general French hasta el último subalterno; y Dorrego tuvo la satisfaccion de verlos incorporarse á su ejército el 29 de Julio. Fué tan grande el despecho que este incidente causó en el ánimo de Lopez, (enemigo mortal de Obando) que hizo fusilar en el acto al mayor Bernal, bajo cuya custodia estaban esos prisioneros. (10) Obando se adelantó hasta el Salto; y levantando y armando todas aquellas milicias á la espalda de los Montoneros, obligó á los santafecinos á meterse de priesa en su provincia. Pero Carrera y la division de Alvear, prefirieron encerrarse en *San Nicolás de los Arroyos*. En el Salto se reunió á Obando el Comandante don Francisco Ulloa, gefe local de bastante importancia, y le entregó cartas que habia recibido, en las que por primera vez se encuentra en nuestras luchas el perverso pensamiento (que Carrera realizó algunos meses despues) de incitar á los indios á que viniesen á tomar parte en el saqueo y en la guerra civil. Con este motivo Dorrego le escribia al Gobernador Delegado general don Márcos Balcarce: «Por la inclusa verá V. S. que en el despecho

(10) Los principales de estos prisioneros eran el General French, Coroneles Monteslarrea y Salvigni; Mayores Mariño, Vianqui, Ramirez y treinta y tantos oficiales de capitanes á sub-tenientes.

[redacted]

en que se hallan le ordenaban á Ulloa que
viese los indios.» (11)

El feliz suceso del Pergamino y el pror
ciamiento de todas las milicias del Salto
Arrecifes pusieron á Lopez en grandes cu
dos. Renunciando entonces á toda preten
de mantenerse en una situacion tan ambi
como arriesgada, resolvió desocupar la
vincia de Buenos Aires y replegarse á *Pa*
con la mira de reunir nuevamente las fue
de Santafé y defender su territorio de la i
sion con que Dorrego le amenazaba y
cerca.

Pero el abandono de la provincia de Bu
Aires contrariaba las miras y los intereses
caros de Alvear y de Carrera. Para ellos
evidente que Lopez contramarchaba resue
contentarse con defender á Santafé, abando
dolos á ellos á su mala suerte, y aún á
crificarlos si hallaba la ocasion de tran
con Buenos Aires. Entretanto, Ramirez n
taba en las mismas ideas. Por el conti
era de esperar que si triunfaba definitivam
de Artigas volveria con mayor prestigio, y

(11) La carta dice:—«Amigo Ulloa, es preciso qu
« ted haga lo de los Indios, esta diligencia es prec
« aprovecha.... por eso vine á verme con el ge
« Carrera: si hubiese sabido de usted me hubiese
« dado ahi. Constancia que todo ha de ir para
« Arrecifes 27.

mas poder, á reclamar su altiva supremacia en la política argentina y la sumision de Buenos Aires; ó por lo menos—la garantia de que Alvear fuese aceptado como gobernador y de que Carrera fuese ayudado para apoderarse de Cuyo y de las fuerzas que tenia Bustos en Córdoba. En vista de estas emergencias, era pues de una grande importancia para Alvear y para Carrera ocupar y sostener en la Provincia de Buenos Aires un punto fuerte que pudiese servirles no solo de centro de recursos, sino de base para una nueva invasion bajo las órdenes de Ramirez; y con este propósito resolvieron guarnecer á *San Nicolás de los Arroyos.* No pudiendo obtener que Lopez les ayudase con el batallon de pardos que tenia en el Rosario, hicieron entrar en la plaza á los *Chilenos* con la division de los oficiales de Alvear y con alguna milicia, para detener las marchas de Dorrego y obligarlo á dar asaltos contra las trincheras que probablemente ocasionarian su ruina. Cuando Dorrego supo que los *chilenos* y *alvearistas* habian ocupado á *San Nicolás* con la mira de guarnecerlo, fingió seguir sus marchas sobre la izquierda como si pretendiese buscar su entrada por el partido de *Rojas;* pero de improviso, el 1° de Agosto á media noche, levantó su campamento y marchó rapidisimamente sobre la derecha, cayendo sobre *San Nicolás* el dia 2 á las diez de la mañana.

Para embestir la plaza, formó tres columnas Tomó en persona el mando de la derecha destinada á penetrar en el centro mismo de las trincheras con los *Civicos* del 2º y con los *Cazadores*: las otras dos columnas, compuestas de caballeria á las órdenes del General Rodriguez la una, y la otra á las órdenes del coronel Lamadrid, debian apurar otros dos costados de la plaza para hacer diversion mientras la columna primera daba el asalto. Como Dorrego era impetuoso y bastante experto habia reconcentrado todo el empuge de sus fuerzas en un solo punto, impidiendo que el enemigo hiciera lo mismo para defenderse. Apesar de eso la columna fué rechazada dos veces; pero en la tercera acometida logró llevárselo todo por delante; y al impetu de este choque supremo, los otros costados fueron totalmente abandonados. Los que los defendian trataron de acudir al punto comprometido; de modo, que al mismo tiempo que Dorrego superaba la resistencia á la cabeza de los Cívicos y de los Cazadores, Rodriguez y Lamadrid se abrian tambien las otras boca-calles, y todos los sitiados se vieron obligados á rendirse á discrecion sin escepcion de uno solo de los oficiales que componian la *Legion de Alvear*, y de un solo hombre de la Division de los *Chilotes*. (12)

(12) El señor Vicuña-Mackenna, siempre inventor de cosas que no sucedieron, para realzar con aire noveles-

Este es un suceso que no puede mirarse como uno de esos desgraciados acontecimientos de la guerra civil. Su importancia consistió en que anuló para siempre la fatal ingerencia que tendia á tomar entre nosotros un aventurero

co á los aventureros que seguian á Carrera, ha forjado una historieta mirovolante de la evasion de dos oficiales chilenos Benavente y Jordan, que eran los gefes inmediatos de esos aventureros; y dice que se escaparon atravesando divisiones porteñas sable en mano. Nada de eso sucedió. El general Don Angel Pacheco, Mayor entónces y gefe de una de las columnas de ataque que mandaba Dorrego, nos ha referido que en el primer momento de la victoria y cuando los vencedores ultimaban y perseguian todavia por la plaza á los enemigos, Benavente le tomó el estribo y le gritó su nombre, porque se habian conocido y tratado mucho en Mendoza y en Buenos Aires poco antes. Otro oficial, que Pacheco no conocia y que supone que seria Jordan, seguia á Benavente con la espada desnuda. No siendo posible protegerlos y cuidarlos en aquel desórden, Pacheco los hizo entrar á una casa inmediata, en la que segun supo despues habitaba la familia de don José Gaspar Chacon. Creyendo que Benavente le guardara consecuencia y que se mantuviese lealmente á su disposicion, como se lo habia prometido, siguió desempeñando su deber. Pero en vez de eso, Benavente y Jordan, saltaron por los fondos á las barrancas del rio Paraná: y ayudados por un sirviente de la familia, lograron tomar una canoa y asilarse en la *isla*, de donde se pasaron al territorio de Santa-Fé. Esta narracion del general Pacheco se comprueba con la nota del Boletin oficial del 12 de Agosto que dice así—«Despues de pri-« sioneros fugaron los oficiales Benavente y Jordan»; y

dañino é intruso, que parecia empeñado en vengar sobre nuestro país la enorme ofensa que segun él habiamos hecho al suyo—dándole independencia y emancipándolo del coloniage español á costa de nuestros tesoros, de mucha sangre y de inmensos sacrificios. Despues del suceso de *San Nicolás*, ese aventurero infeliz no pudo ya mas levantar cabeza, y persistiendo por despecho, como lo veremos, en todos los escesos del mal, nada logró sino dirigirse á grandes pasos á una catástrofe que pudo haber evitado si hubiera tenido mayor sensatez y una chispa siquiera de sentido moral.

La victoria de San Nicolás tuvo consecuencias de la mayor importancia. Lopez, que como hemos visto, estaba interesadísimo en tran-

con un comunicado inserto en esos mismos dias en el *Desengañador Gauchi-Político* del Padre Castañeda, firmado por un testigo ocular (pág. 220).

Los *chilotes* que se rindieron formaban 220 hombres. De la Legion de honor quedaron prisioneros ademas del general Vedia, los coroneles Perdriel, Ventura Vazquez, Juan Ramon Rojas, Iriarte, Anacleto Martinez y José Gabriel de Oyuela, con 50 oficiales mas de sargento mayor á subteniente. Fueron tambien tomados los doce Representantes que habian compuesto la Junta del Luján y elegido gobernador á Alvear. La tropa rendida, ademas de los chilotes, constaba de 253 milicianos de la localidad, 60 artilleros veteranos, cinco piezas de á 4 y de á 12, un piquete de ciento cincuenta voluntarios de infanteria, 3000 caballos, y como setecientas armas de fuego entre fusiles y tercerolas.

sigir con Buenos Aires, se apresuró á quitar del medio los obstáculos mas visibles que se oponian á ello; y para no aparecer cediendo á exigencias que preveia, se adelantó á separar de Santa-Fé á Alvear por la incúria con que habia dejado atacar y tomar al pueblo de *San Nicolás*; y le ordenó á Carrera que se internase al Rincon de *Gorondona* con los restos de su gente, unos ciento y tantos hombres que por casualidad no habian estado déntro la plaza el dia del asalto.

El Cabildo de Buenos Aires quiso tambien por su parte, sacar una paz ventajosa como fruto de la victoria, y se dirigió al de Santa-Fé con una nota conciliatoria, que no insistia en otras condiciones de arreglo que las de separar de toda ingerencia política y arrojar del territorio argentino á Carrera y Alvear. Entretanto, el gobernador delegado don Márcos Balcarce entregaba todos los prisioneros militares á un Consejo de guerra presidido por el general don Miguel Azcuénaga, remitiendo ante la Justicia Criminal á los Representantes y particulares que habian seguido las banderas de Alvear y contribuido á la farza electiva del Lujan.

El dia 5 de Agosto el gobernador Lopez le escribió á Dorrego un billete confidencial, por medio del cura don Manuel Saturnino Hernando, en el que le pedia una conferencia—«para

« discutir y establecer tratados de paz *per-*
« *manente* entre ambos territorios.» (13) Dorrego aceptó la invitacion, y la entrevista tuvo lugar el 6 de Agosto á las 10 de la mañana. —« Se suscitaron tales dificultades (dice Dor-
« rego en nota al gobernador delegado) que
« á pesar de que se discutieron mil modos de
« avenencia hasta la hora de ponerse el sol,
« no fué posible convenir en nada de positivo.»
No se rompió sin embargo el negociado: Dorrego consintió que el coronel don Juan Antonio Argerich acompañase al gobernador Lopez hasta su campamento, y tratase de ver allí si podian superarse los inconvenientes. Pero podria tambien inferirse de los sucesos posteriores, que teniendo motivos para desconfiar de la sinceridad de Lopez, era el principal fin de Dorrego averiguar la situacion y circunstancias de las fuerzas santafecinas.

El dia 7 de Agosto prefijado como último plazo regresó Argerich al campo de Dorrego con una nota en que Lopez le decia—« Despues de muy maduras reflexiones estoy penetrado de la imposibilidad de concluir una paz sólida y estable entre dos gefes que se hallan á la cabeza de una fuerza armada, y que necesitan de la ratificacion de autoridades superiores para cualquiera de las cláusulas en que puedan conve-

(13) Boletin del 11 de Agosto de 1820.

nir y concluia de aquí proponiendo, que por el momento, se redugesen á celebrar un armisticio; y á retirarse ambas fuerzas de las fronteras respectivas, nombrando dos comisionados que tratarian con calma y esmero de arreglar una paz definitiva. Dorrego aceptó la propuesta con las siguientes modificaciones—1ª Que la línea divisoria entre ambos ejércitos fuese la del *Arroyo del medio:* 2ª Que el armisticio durase *solamente* tres dias: 3ª Que se nombrase en el acto el comisionado santafecino, pues por parte de Dorrego quedaba ya nombrado el general don Martin Rodriquez. El ayudante don Dionisio Quesada (dice Dorrego) ha regresado con la aceptacion lisa y llana de Lopez; y me informa que Alvear queda preso por Lopez, y aun que este habia dado órden de fusilarle.» Arreglado esto, el general Rodriguez, acompañado de don Juan Manuel Rosas, se dirigió al campamento enemigo á tratar con don Cosme Maciel comisionado al efecto por parte de Santa Fé. (14)

Dorrego, que tenia una índole fácil y generosa, habia cometido una verdadera imprudencia dándole ocasion á Lopez de que pudiera tentar al general Rodriguez insinuándole que la paz era imposible, mientras un genio impetuoso y atrevido como el de Dorrego tuviera bajo su mando los recursos y las armas de Buenos Aires. Con

(14) Boletin del 11 de Agosto de 1820.

otro hombre mas reposado y de un crédito mas sólido en la opinion de la capital, decia López, todo podria arreglarse en un minuto con ventajas respectivas de la mas alta importancia. Ese hombre era el general Rodriguez; y Lopez lo dejaba entender bien claramente, por que á su juicio y á su modestia reunia la condicion de ser popular y estimadísimo de la alta burguesia por sus antecedentes desde 1810, por sus conexiones con el antiguo partido de Saavedra, y por sus vínculos con los hombres que habian hecho una respetable figura en la época directorial. Don Juan Manuel Rosas que estaba lanzado en el mismo sentido jugaba un papel principal en esta intriga.

Notando Dorrego que se trataba de ganarle tiempo con pretestos y demoras, le ordenó al general Rodriguez que exigiese las últimas respuestas de Lopez sobre los puntos pendientes; y que si no las daba el dia 11 de Agosto á las diez de la mañana, denunciase el armisticio y se retirase inmediatamente. Fué entonces cuando el comisionado de Lopez don Cosme Maciel tuvo la impavidez de proponer como forma definitiva del arreglo—1º el restablecimiento liso y llano de los artículos públicos y secretos del CONVENIO DEL PILAR—2º la restitucion de la division *chilena* tomada en *San Nicolás*—3º el avalúo y pago de los perjuicios sufridos por Santa Fé desde 1815;—« y todo esto lo propone (escribia Dorrego al gobierno delegado) con dicterios y ca-

mnias indignas contra individuos beneméri-
s. Eso es no querer la paz: es querer
continuacion de los estragos de la guerra.
e han roto por consiguiente las hostilidades
... y adviértase que el timbre que Lopez
sa en sus oficios ya no es *Gobernador de anta Fé, sino Confederacion de Sud-Amé- ica.*»

in embargo, el general Rodriguez y don Juan nuel Rosas hacian oposicion á la renovacion as hostilidades, insistiendo en que aquellas posiciones no debian mirarse como definiti- : que Lopez tenia exelentes disposiciones atar: que por consiguiente lo mejor era ntener el armisticio y dar cuenta al Ca- o de Buenos Aires para que se apresurase la cion de la Junta Provincial, y se pudiese ne- iar despues sobre bases mas sólidas. El fin ocido de estas ideas era trabajar por la elec- n del general Rodriguez suprimiendo á Dorre- como obstáculo capital al buen arreglo con Lo- . Dorrego no encontró acertadas estas indica- nes; y moviendo sus fuerzas en la noche del pasó el Arroyo *Pavon,* y marchó resueltamen- obre el enemigo—«Los santafecinos estaban nandados por su mismo Gobernador Lopez, l que engreido con las victorias de mas de cua- o años creia suyo el triunfo. Mas despues e una accion brillante de hora y media, en ue por ambas partes no se ha usado de mas

« arma que del sable y la lanza, ha sido com-
« pletamente derrotado y puesto en dispersion
« y fuga, picándosele en ella por mas de cuatro
« leguas.... La bravura de nuestras tropas ha
« sido mayor aún que la que desplegaron en San
« Nicolás. Han dado repetidas cargas sable
« en mano rechazando las del enemigo con no-
« toria ventaja.» (15)

Esta victoria y los celos que produjo, hizo que estallase al fin el rompimiento de Dorrego con el general Rodriguez y con Rosas, que venia diseñándose cada dia mas por las operaciones y rivalidades electorales que se debatian ardientemente en la ciudad. Rodriguez y Rosas habian sido opuestos á la invasion del territorio de Santa Fé: opinaban que debia facilitarse la paz retirándose nuestras fuerzas á este lado del *Arroyo del medio*. Dorrego, por el contrario, deseaba sacar todos los resultados de su

(15) Con este motivo decia la Gaceta del 16 de Agosto: «¿Qué mas deseais, Ciudadanos? Habeis escar-
« mentado por dos veces á vuestros invasores; y aban-
« donándose á denuestos de menos precio contra la *liga*
« *santa* de Lopez, Alvear y Carrera—«¡Loor al gefe de
« la provincia! agregaba.... Prez al que á la frente de
« los bravos ha sabido darles ejemplo de valor y leccio-
« nes para atacar á los pretendidos Medos, y para ha-
« cerles morder el polvo del campo de batalla. Honor á
« nuestro jóven Temístocles, á toda su oficialidad etc.
« etc.»

triunfo, y ganar su candidatura permanente á la gobernacion de Buenos Aires, anulando definitivamente á Lopez y levantando otro gobernante en Santa Fé, que apoyado por Buenos Aires, viniese á ser una sólida garantía de paz y de alianza duradera entre los intereses políticos y nacionales de las dos provincias. Y para esto, Dorrego tenia por candidato al comandante don Juan Obando, oficial muy distinguido que gozaba de grande séquito entre sus comprovincianos. Segun le decia Dorrego en su oficio al Cabildo— « La persona del Gobernador Lopez es generalmente odiada por que lo creen autor de esta guerra que todos, aun los mas afectos á él, tienen por injusta é ilegal.»

Ademas de estas causas que preparaban ya el rompimiento de Dorrego con el general don Martin Rodriguez y con Rosas: y que en el fondo eran una simple controversia de ambiciones personales, coincidian otros motivos de un carácter mas poderoso y de una justicia mucho menos aceptable. El influjo, la decision y las victorias de Dorrego *habian salvado á la capital*, y con ella habian vuelto á la vida los restos del partido burgués cuyo corazon y cuyos recuerdos estaban ligados estrechamente á la época directorial. La rehabilitacion social, habia devuelto á la escena y al influjo político á los hombres principales de la época anterior. Con ellos venian los ricos, los propietarios, el grémio co-

mercial, los abogados, los estudiantes, los tenderos, los hijos de familia, y todo ese potente conjunto de las fuerzas sociales engendradas por la tradicion de Mayo, agrupadas en la ciudad, y esencialmente centralista y directorial en el sentido unitario.

Ahora pues, á medida que todos estos elementos de vida nueva se sentian rehabilitados, y libres de temores, recobraban sus pasiones, sus rencores, sus reminiscencias, sus prevenciones de la época anterior ; y Dorrego, á pesar de todos sus servicios y de haberlos salvado, volvia tambien á ser para ellos el Dorrego de 1816, el díscolo de aquellos tiempos conturbados, el enemigo de Pueyrredon, el hombre inquieto á quien habia sido preciso expulsar del país. Los resabios del ódio antiguo, garantidos ahora por la nueva fortuna del partido que antes habia combatido, y que ahora habia salvado, se convertian así en bandera política y personal contra él; y se trataba yá de excluirlo como á un réprobo, para levantar hombres que pertenecieran á la tradicion genuina del partido gubernamental consagrado en el pasado. Realizóse con Dorrego, el mismo fenómeno que se reprodujo en 1853 con el general Urquiza.

Dócil sin embargo á las exigencias que tenian una base moral, ó que interesaban su patriotismo, Dorrego se prestó á escribirle á Lopez con fecha 14 de Agosto—«El Gobierno de Buenos

res no quiere continuar la guerra: anhela cerar una paz bajo bases que consoliden la tranilidad de ambas provincias. Lo invito pues teradamente á V. S. para ello, ya sea celendo tratados, ó un armisticio de tres á cuatro ses para que los Diputados respectivos eslezcan nuestra armonia, nuesta amistad y estra defensa.» A este oficio público, Dorrehabia adjuntado uno *reservado* en que decia para obtener la terminacion de los estragos la guerra era necesario que Lopez se penese—« de que era indispensable mandar que rera saliese del pais y quedase inhabilitado obtener empleo ó mando ninguno en las provincias. Ese hombre es la manzana la discordia. Y esta es una base que exijo V. S. como condicion indispensable para ar al avenimiento deseado.» Al otro dia (15 Agosto) contestó Lopez con una ambigüedad términos estraña pero que tenia sin embargo sentido eminentemente pacífico en el fondo: Los deseos por una firme transaccion que nifiesta V. S. en su comunicacion de ayer, *los mismos* de que mucho tiempo há estoy penetrado y *decidido* á realizar. Ojalá V. S. lo estuviera del mismo modo! y todo a concluido felizmente. Repase V. S. con fuerza el Arroyo del medio. Nombre una nision bastante autorizada, y *concluiremos* *obra* que tanto nos interesa.»

Dorrego tomó esta respuesta como una terminante negativa á expulsar á Carrera; y al dar cuenta de ella al Gobernador Delegado y al Pueblo de Buenos Aires, decia—« El Gobernador de Santa Fé se ha negado á todo, porque está completamente decidido á hacer la guerra á nuestra provincia por influjos de don José Miguel Carrera *de quien depende*. (16) Por esto fué que sin acabar de leer mis comunicaciones, las hizo á un lado y *mandó llamar á Carrera* para que las contestase. »

El general Rodriguez y Rosas no pensaban del mismo modo. Para ellos Lopez estaba decidido á echar á Carrera de Santa Fé, desde que estuviera seguro de aliarse con Buenos Aires para contener á Ramirez; y decian que era una suposicion gratuita de Dorrego ese avanzado aserto de que tal respuesta hubiera sido escrita por Carrera mismo. Bastaba reparar en su tenor para ver la favorable conformidad de Lopez en negociar la paz; y en efecto, esa misma frase en que Dorrego aseguraba que Carrera era quien habia escrito la respuesta, tiene hoy mismo todas las apariencias de ser un cebo adelantado á las prevenciones populares que reinaban en la ciudad, para justificar su propósito de continuar la invasion sobre Santa Fé. En disentimiento abierto con Dorrego, el general Rodriguez se retiró á la capital dejando tras de si ru-

(16) Alusion á la supremacia de Ramirez.

mores que anarquizaron los ánimos. Don Juan Manuel Rosas continuó en el ejército por algun tiempo; pero al ver que Dorrego decidia internarse en busca de Lopez, que la caballada se destruia por momentos, y que la desercion era ya muy notoria y frecuente, se separó tambien: y tras de él, quizas animadas por él mismo, se desertaron casi todas las milicias del sur de Buenos Aires. Pero Dorrego alucinado por el comandante Obando y por muchos otros santafecinos enemigos de Lopez, les dió mas importancia y poder que el que tenian; y se internó en la provincia, cometiendo una fatal imprudencia. Contando con hacer marchas rápidas, habia concebido la esperanza de perseguir á Lopez sin dejarle descansar. Con ese fin hizo regresar á San Nicolás toda la infanteria, no solo por que en aquel territorio yermo consideraba imposible mantenerla y moverla, sino tambien para economizar bagages y caballadas. A esta circunstancia atribuye el general Paz la mala suerte de la invasion despues de haber iniciado la campaña con éxito tan brillante. (17)

Obligado á cruzar campos solitarios cubiertos de un pasto venenoso llamado *mio-mio* por los naturales, se vió embarazado de pronto por partidas enemigas y dificultades de todo género; y trató de ponerse en retirada. Lopez salió enton-

(17) Mem. tom. 2, pág. 62.

ces de su provincia y cayó sobre el *Pergamino* simulando una nueva invasion sobre Buenos Aires. Dorrego trató de acudir á contenerlo puesto ya en malas condiciones, y el 2 de Setiembre fué derrotado en las chacras del arroyo *Gamonal*. Lopez se contentó con el triunfo que libraba á su provincia de la invasion: regresó á Santa Fé, licenció sus montoneros, y le ordenó á Carrera que campase en el *Rincon de Gorondona* con los 200 y tantos *chilotes* que le habian quedado, hasta que se le diesen nuevas órdenes. Al ver estas medidas, es casi de presumir que Lopez estuviese ya entendido con el general Rodriguez y con Rosas, y que se tratara de promover en la Capital la separacion de Dorrego, para arreglar en seguida sus recíprocos intereses. Por lo pronto, y amarrado á esta desfavorable situacion, don José Miguel Carrera quedaba verdaderamente confinado, casi en arresto bajo la vigilancia del habiloso caudillo de Santa Fé—y á resultas de lo que este quisiera hacer de él. (18)

(18) Esto basta para que se vea que el papel desempeñado por don José Miguel Carrera en los sucesos de 1820 no pasa de ser el que podia hacer un subalterno protegido por los caudillos argentinos del litoral. Entretanto, el señor Vicuña Mackenna persiguiendo con patriótica fogosidad la miravolante ilusion que se habia forjado de balancear las hazañas de San Martin en Chile con las de Carrera en Buenos Aires, adultera los hechos con singular desembarazo, y asienta nada meno

que esto—«El resultado político de la batalla de la *Ca-*
« *ñada de la Cruz* fué colocar á Carrera en una altura á
« que acaso *ninguno de los hijos de la Confederacion Ar-*
« *gentina*, y aun el mismo San Martin, habia subido has-
« ta entónces. Era en esos momentos el ARBITRO SUPREMO
« de aquella Nacion, y *podia dictarle la Ley como Soberano.*
« La Capital Argentina estaba en sus manos. Lopez y
« Ramirez, sus aliados, le aseguraban toda la línea del
« Paraná y del Uruguay. Mendizabal y Morillo, que
« acababan de partir de su campo con auxilios le guar-
« daban bajo su influjo las provincias de los Andes. En-
« contrábase rodeado de un Ejército valiente y aguerrido
« al que la victoria consagraba su lealtad (?). Solo le
« faltaba insinuarse con una palabra al Gobernador de
« Córdoba coronel Bustos, que aun tenia algunas tropas,
« y el general Carrera, el mismo Presidario de Buenos
« Aires y Mendigo de Montevideo, era el Dictador Su-
« premo de la República Argentina.» Pero Carrera no
queria mandar á los argentinos, agrega este bromista his-
toriador: le bastaba ser el Árbitro de los partidos para lle-
var adelante sus propósitos gigantescos—«Su objeto era
solo asumir en la República Argentina el mismo rol que
jugaba en Chile su grande y terrible adversario el gene-
ral San Martin, y su aspiracion era encontrar un hombre
ilustre y popular *para darle un puesto análogo al que ocu-*
paba el Director O'Higgins al otro lado de los Andes:» Sar-
ratea no valia nada: Ramirez habria sido el hombre pre-
destinado á ser elevado por Carrera, pero estaba dis-
tante y ocupado en su lucha con Artigas: «Lopez era un
« *gaucho rudo y sin ascendiente de ningun género.* Solo le
« quedaba un hombre que pudiera *segundar* sus miras y
« atraer un tanto los espíritus á la causa que él servia.
« ESTE HOMBRE ERA FATALMENTE (dice) DON CARLOS MA-
« RIA ALVEAR.» Y á pesar de que lo mas exacto seria
decir que la fatalidad mas funesta del general Alvear, des-
de 1815, fué su connivencia con Carrera, nuestro historia-

dor antojadizo lo entiende de otro modo; y para ensalzar á su protagonista en el vuelo de una imaginacion intoxicada, sacrifica cruelmente las dotes y las aptitudes del general Alvear. «Así paga el Diablo á quien bien le sirve» dice el sensato proverbio de Sancho Panza.

Con el prurito de amenguar las figuras dominantes de los jefes federales Ramirez y Lopez, y de reducirlos á *simples tenientes é instrumentos de Carrera* (textual) el escritor chileno no se detiene en adulterar los mismos documentos oficiales que cópia. Ya se ve! ¿quién es el que ha estudiado en Chile la Historia Argentina de 1820 para que pudiera lamentar esas mistificaciones de un escritor cuya viva inteligencia vaga entre sueños forjados contra el tenor y la exactitud de los hechos mismos que expone?

Por ejemplo, al hablar del encuentro sangriento de la *Cañada de la Cruz* entre Soler y los Montoneros, cuyo éxito, aunque triste como todos los que se ganan en contiendas civiles, pertenece por entero á los santafecinos y á la *Legion de Honor* de Alvear, el señor Vicuña Mackenna, con toda soltura, nos dice:—«Carrera le ordenó á Benavente (su segundo) que hiciera mudar caballos de refresco, y simultáneamente LE DIÓ Á LOPEZ *(que mandaba la derecha) la señal de avanzar los Dragones.*» Esta cómica ocurrencia de poner á Lopez (que era el general en gefe y el caudillo nato de la invasion) á las órdenes de Carrera que apenas era allí un advenedizo subalterno y sin poder propio, solo podia ocurrírsele á un escritor sin criterio y resuelto á falsificar la verdad de las cosas que escribia. Y esto, haciendo á un lado la notoria superioridad de Lopez como genio y caudillo militar, sobre Carrera, que no habia dado jamas pruebas de otra cosa que de una constante ineptitud. Es preciso ignorar las cosas de aquel tiempo, y no haber tenido nocion séria ninguna sobre los hombres que actuaban en los sucesos, para no saber que Lopez era un hombre evidentemente superior á Carrera

en capacidad estratégica y en sagacidad diplomática: que tenia un agudísimo sentido comun y un sentido moral no solo mas elevado, sino infinitamente mas sensato y reposado, como lo vamos á ver.

En su empeño de hacer á Carrera General en Jefe de los Ejércitos Federales y Dictador Supremo de la República Argentina, desde el Lujan á los Andes, desde los Andes á Bolivia, el escritor falsifica el texto de los mismos documentos oficiales que inserta como justificativos. Así, al trascribir las instrucciones que el Cabildo de Buenos Aires daba á sus Comisionados despues de la accion de la *Cañada de la Cruz*, introduce á sabiendas un paréntesis de su invencion para sacar avantes sus falsedades. Las instrucciones dicen: *Se apersonarán al señor general, y manifestándole el diploma de su comision, pedirán* etc. etc,. El señor Vicuña Mackenna no quiere que ese general en jefe sea Lopez: es preciso que esa gran figura sea Carrera; y entonces, recompone á sus anchas la historia y trascribe así—Se apersonarán al señor General en Jefe (CARRERA) manifestándole el diploma, *le pedirán* etc. etc. Hé aquí un paréntesis que basta y sobra para juzgar la ingenuidad del escritor fantástico que tal hace!

Inexactas son tambien las referencias que el señor Vicuña Mackenna hace á las connivencias de Mendizabal y de la sublevacion del N.º 1.º de los Andes en San Juan, con las ideas y propósitos de Carrera y de los montoneros. Esa sublevacion se verificó como hemos visto levantando la bandera del *Centralismo Directorial* y de la obediencia al gobierno nacional constituido en Buenos Aires.

Verdad es que cuando fué depuesto Mendizabal, y que los sublevados se vieron perdidos por sus propios desórdenes, un teniente Morillo se dirigió al litoral á solicitar auxilios de Lopez y de Ramirez (nó de Carrera que no tenia medios ni autoridad para darlos). Pero es ine-

xacto que se le hubiera auxiliado. Ramirez estaba ya apurado por Artigas. Lopez lo estaba por Dorrego. Y aun es preciso tener presente que cuando Morillo vino al litoral con esa solicitud, fué despues que preso Mendizabal por Corro y derrotado este por Cajaraville, el número 1.º iba ya disuelto y en dispersion hácia Catamarca y sin destino fijo. Falsificar una situacion y confundir con mala fé momentos distintos, es tanta falsedad como falsificar hechos.

Hemos narrado á la luz estricta de los documentos oficiales y de los testimonios unánimes de todos los contemporáneos, el papel que desempeñó don José Miguel Carrera en la famosa Guerra Litoral de los Argentinos, que tantas analogías tiene, por el colorido y por el movimiento, con la famosa *Guerra del Peloponeso* entre los Griegos. Se ha visto que si se desprende al intruso chileno del apoyo que le dieron los dos caudillos de Entre Rios y de Santa Fé, y se le separa del partido militar de Alvear, es bien notorio que su influjo y que su poder fueron totalmente nulos entre nosotros: que jamas fué otra cosa, por sí mismo, que un proscrito lanzado por la desgracia y por el despecho, al servicio de intereses agenos y sin escrúpulos delante del crímen y de la violencia. Solo en un momento de su amarga vida pudo vislumbrar un rayo fugaz de esperanza para sus voraces ambiciones; y ese momento fué el dia en que Sarratea celebraba los *Tratados del Pilar* y le ofrecia *concederle* soldados, pertrechos y dinero, para que fuese á formar en Cuyo una division con que invadir á Chile. Pero hemos visto tambien cuan fugaces fueron esas horas: y que no bien descubrió el pueblo esa *generosidad oficiosa y confidencial*, que era en verdad un enorme atentado, se sublevó indignadísimo é hizo imposible su ejecucion. Librado á sí mismo entonces, fué espulsado por las fuerzas urbanas de la Capital, con el general Alvear á quien hizo tan odioso con su malhadada cooperacion, que, aun ven-

ciendo á sus contrarios en la *Cañada de la Cruz*, bastó la presencia aborrecida de Carrera para que se levantasen las olas embravecidas del mar popular, y pudiese Dorrego arrojarlo, perdido ya para siempre y separado de sus protectores, á la vida del desierto, de los salteos, y del asesinato en alianza con las tribus salvages, que terminó por la derrota, por la captura y por el patíbulo.

CAPÍTULO VI

LUCHA FINAL Y TRIUNFO DEL PARTIDO CENTRALISTA EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

SUMARIO—Consecuencias de la derrota del *Gamonal*—Carácter fenomenal y fatal que los sucesos imprimen á los hombres públicos—La burguesia de 1820—El general Rodriguez y don J. M. Rosas—Naturaleza fisiocrática de nuestro pais—Cansancio y necesidad de paz—Situacion política de Dorrego—La nueva eleccion de Diputados—Esperanzas y miras de Dorrego—Su fracaso—La nueva legislatura—Eleccion del general don Martin Rodriguez—Inclinaciones conciliatorias del gobernador de Santa-Fé—Indignacion y encono de la oposicion—Alarmas y medidas del nuevo gobernador—El partido gubernamental—Los Cívicos—Elementos y gefes revolucionarios—Reaparicion de Pagola—Motin del *1° de Octubre*—Fuga del gobernador—El abogado Agrelo—Terror del vecindario—Campamento del gobernador en *Santa Catalina*—Reconcentracion de las milicias de la campaña—Marcha del gobernador sobre la ciudad—Ataque y asalto del *5 de Octubre*—Triunfo del gobernador—Rehabilitacion del partido directorial—Situacion y proceder de Dorrego—Alarma infundada—Satisfacción y elogios innobles—Salvedades, deceptivas y fingidas—Propósitos reales—*Facultades Ex-*

traordinarias — Egecuciones — Revelacion y Manifiesto de la Junta de Representantes sobre la restauracion del *organismo nacional unitario* — Punto de arranque del PARTIDO UNITARIO—Rosas y el partida unitario (Nota final).

Vamos á estudiar ahora las graves é importantísimas consecuencias que tuvo en Buenos Aires el descalabro que Dorrego acababa de sufrir en el *Gamonal*. La prolija atencion con que seguimos los acontecimientos de estos momentos tiene por objeto mostrar como fué que ellos, en su lenta complicacion, llegaron á producir el gérmen del *partido unitario* y *liberal* cuyas heróicas luchas, y grandes tradiciones, tienen todavia tan inmenso influjo, tan poderoso eco, en los intereses, en las pasiones, en los propósitos, en las reminiscencias y en las esperanzas de nuestra política actual.

La vida revolucionaria ofrece con frecuencia fenómenos estraños, tanto mas difíciles de esplicar con claridad, cuanto que se forman casi siempre por accidentes oscuros é imperceptibles que van agrupándose insensiblemente en la opinion, y en el génio de cada partido, hasta que en un dia dado producen con vida el hecho dominante de su época. La personalidad política del coronel Dorrego en la escena de nuestra Revolucion, es uno de estos fenómenos: y estamos ciertos que por mas que se le estudie, y por mas elevado que sea el criterio moral con

que se analice la vida de este hombre ilustre, será siempre asombroso que habiendo sido un patriota ejemplar y lleno de abnegacion, desde los primeros momentos de nuestra emancipacion: que habiendo sido un militar de una bravura admirable, humano y entendido en las cosas de su carrera como pocos: que habiendo tenido la fortuna y la habilidad de decidir él solo, como subalterno dos grandes y salvadoras batallas (lo que no hizo ninguno de sus émulos) que habiendo sido orador liberal, escritor de talentos no comunes, hombre de índole simpática y generosa, haya sido tambien tenazmente perseguido é injustamente odiado por el partido oligárquico de la comuna porteña devuelto por él á la vida, al influjo y al poder.

Apesar de sus dotes admirables, quizá por la misma vivacidad escesiva de su espíritu, Dorrego era en 1820 aborrecido por aquellos mismos á quienes servia y salvaba en el momento mas azaroso de su naufragio político. No solo no se le perdonaban esos servicios, sino que los recibian resueltos á deshacerse de él, a[illegible] que la ocasion se les presentase favorablemente. Tenian la resolucion de separarlo del poder y de confinarlo en alguna provincia remota como hombre peligroso para el nuevo órden de cosas que premeditaban restaurar con los mismos personages de la época directorial. Y sin embargo, Dorrego y Belgrano han sido quizás, e[illegible]

ıstra historia revolucionaria, los únicos ofi-
es generales que no hayan figurado jamás
motines ó pronunciamientos anárquicos, sin
eptuar al mismo General San Martin, que
una vez al menos tocó en las aguas impuras
desórden como en el 8 de Octubre de 1812. (1)

) *Señor don Juan Martin Pueyrredon.* — Muy señor mio
;odo mi respeto: nada hay tan sensible para todo
ıre como el ser acusado de echos que no ha come-
; asi es que abiendo sabido extrajudicialmente me
a Vd. el promotor del incidente de su hermano y bus-
e Vd. la noche del 8, ha llegado al colmo mi senti-
nto, firme en mis principios ni aun la misma muerte
haria negar este echo si lo hubiere cometido, bien
ontrario, es bien notorio que ami llegada ala plaza
abia ya ejecutado y que lo desaprové: mi honor y
cadeza exige que tanto á Vd. como al resto del Pue-
que estén en esta creencia les dé una satisfaccion:
:umplo con hacerlo.
oy con la mayor consideracion su mas mas atento y
:uro Servidor

Q. S. M. B.
José de San Martin.

Estancia de Arrecifes, 26 de Octubre de 1812.

'uy señor mio: Creo que muy retardada recibí antes
ver la estimable de Vd. sin fecha, que con otras me
remitida por un pasajero desde la posta inmediata á
lestino. Confieso que he leido con placer la satis-
ion que ella contiene, solo por que es Vd. quien me
á; por que tambien era Vd. el solo de quien habia
lo que estrañar: Por lo demas, créame Vd. que he
› el comportamiento de el oficial, que insultó mi casa

Pero Dorrego habia nacido panfletista polemista y guerrero á la vez, de primera fuerza, como Armand Carrel ó Pablo Luis Courrier; ya fuese que

y la de mi hermano y la conducta del xefe que se lo ordenó y como un efecto natural y preciso de causas conocidas. Yo seria igual á todos los hombres si conservase resentimientos vulgares por un suceso tan comun y tan repetido, por desgracia en nuestra revolucion: pero no señor; me fixo en buenos principios; y observo la marcha incierta de una nave que corre sin brùxula; y veo la desesperacion del equipage, por que no llega tan pronto como deseára al puerto, que cada uno se figura en diversa direccion; lo disculpo por que no conoce otra razon que su deseo; compadezco al piloto, por que sin los instrumentos para su derrota será mal seguro cualquier rumbo que tome; me intereso en la salvacion de la nave por que ella conduce mi vida y mi fortuna; y solo culpo de este choque de intereses y pasiones á la fatalidad de mi destino. Vd. verá si hay semejanza entre nuestra situacion política y la de mi preciosa nave, y podrá calcular mis sentimientos. Lo que sí puedo afirmar á Vd. es, que será un prodigio la salvacion de la nave sin la brùxula indispensable; como lo será tambien la de nuestra patria sin una constitucion que enseñe los caminos que deben llevar los que mandan y los que ovedecen; pues de lo contrario daremos sin remedio en el escollo de la anarquía, ó en otros no menos ruinosos.

Me he dilatado mas de lo que pedia la materia de mi contestacion; pero es tambien porque escribo á Vd. y solo para Vd., á quien por lo que es .·. y por la familia á que pertenece aprecia con verdad su muy atento y apasionado servidor.

Q. B. S. M.

hablara ó escribiera, habia en su naturaleza algo de parecido al esquife que busca las tormentas y que corta el mar con agilidad, pero que levanta tambien, en su camino, las olas espumosas de las resistencias.... y esta fué quizá la causa de su desgracia.

En el momento del peligro las facciones populares de la capital, y la burguesia unitaria que era la primera de ellas, callaron y aceptaron la intervencion superior y salvadora de Dorrego. La direccion de la defensa se puso en sus manos. Bajo sus órdenes se organizaron y se pusieron en accion, con un vigor inesperado, todos los elementos con que el héroe del dia contuvo y humilló el empuje arrogante de los vencedores de la *Cañada de la Cruz*. Pero no bien comenzó á ser menos necesaria su persona, en razon de lo rápido y sorprendente de su propio triunfo: no bien comenzaron á disminuir los riesgos y las responsabilidades alarmantes de ese primer puesto, de que el mismo general Rodriguez habia rehusado encargarse, negándose al llamado de sus amigos, cuando comenzó tambien á declinar la importancia de Dorrego á los ojos de los antiguos directoriales que se ponian en via de trasformacion hácia un nuevo centralismo restaurado. El escritor independiente que sin justicia habia batido en brecha el sistema oligárquico-liberal de Pueyrredon, que habia levantado el grito de la prensa contra la burguesia aristocrática dueña del oficialismo en 1817, que habia procu-

rado desmontar la política de alta presio
descentralizar la máquina administrativa,
aquella libertad de espíritu y de palabra
campea por sus propios respetos, volvi
ser aquel díscolo insolente é incorrejible
le habia faltado al respeto del general Bel
no, que criticaba con sarcástica licencia
debilidades y las opiniones de los prohomb
y comenzó á prevalecer la opinion de qu
algo acababa de hacer de bueno, era por
todo se le habia facilitado—por que habia te
la habilidad de apoderarse de la gerencia
causa porteña en los momentos mas favora
para lucirse y para triunfar sin lo suyo á
costa. El *jóven* Temístocles como lo ha
llamado el dia anterior; el benemérito gefe
habia salvado á la capital de caer á los pié
las hordas montoneras, ó de ser martiri
por la soldadesca sin freno de Pagola, volv
ser poco á poco, al juicio de la soberbia
guesia de la Comuna, el mismo oficial cala
de antes, atrevido y despierto pero sin bast
responsabilidad para que un Partido honor
rico y de altas tradiciones, que venia consa
do por todas las glorias de la Revolucion
gentina, hubiese de abandonarle el destino
pais, y permitirle que actuase á su altura
menos que como su gefe.

Las dos entidades que el partido oligár
co oponia á Dorrego en 1820, eran el ger

don Martín Rodriguez, y su cooperador mas íntimo en aquellos dias el comandante de la campaña del sur don Juan Manuel de Rosas. El primero era uno de los patriotas mas estimables de la primera década. Habia figurado no solo como uno de los mas fervorosos promotores de la Revolucion de 1810—sino tambien como uno de sus soldados mas constantes en los triunfos y en los desastrosos descalabros de la primera época. Era un hombre llano y entusiasta: que si no habia sobresalido por las inspiraciones brillantes del talento militar, ni por altas aptitudes políticas, habia sabido grangearse la estimacion general de sus contemporáneos, por la franqueza genial de su trato, por la modestia de su vida, y por un carácter, que, aunque cordial y bondadoso, no carecia de aquella firmeza en los propósitos, y persistencia en los intereses políticos, que son las dotes elementales de un buen gefe de partido, y que valen mas ó menos de acuerdo con el juicio correcto y con la laboriosidad del que asume ese puesto. Por lo que es su propio genio, el general Rodriguez pasaba por un hombre mediocre. Por su buen sentido, por su hombría de bien, por la sencillez de su vida, por las maneras abiertas y simpáticas de su trato, desprovistas quizá de esmerada cultura pero atrayentes por su misma simplicidad, se habia hecho querer de los antiguos directoriales evocados de nuevo al influjo como cuerpo polí-

tico. En la ausencia de hombres de mayor valor personal y de mas brillantes antecedentes, producida por los anárquicos sacudimientos que acababan de descomponer el personal del partido, era el general Rodriguez el que mejor se avenia con los propósitos y con las esperanzas que la burguesia porteña, centralista y liberal, ponia en él como el mas indicado para que sirviese á la restauracion de su anterior influjo, en la capital al menos.

Ya hemos indicado antes quien era entonces don Juan Manuel de Rosas. Pero tanto es lo que nos interesa conocer bien á este funesto personaje destinado á ser uno de esos malvados que ensangrientan la historia de su pais por la mera perversidad de su índole, y por las inclinaciones infernales de su alma, que ha de permitírsenos que acentuemos ahora un poco mas los rasgos con que antes lo hemos diseñado. Singularizábase su fisonomia con ciertos rasgos de aquellos que se han tenido como sello histórico y característico de los mas atroces entre los césares romanos. La barba saliente y cuadrada, los labios delgadísimos, y comprimidos como una cuerda sanguínea sobre los dientes: la nariz perfilada y aguda pero de bellas proporciones: el rostro y la cabeza abultada: oblícua y sin quiebra la línea desde la raiz del pelo al arranque de la nariz: sanguíneo tambien el temperamento y la tez: el ojo húmedo, la mirada

hiriente, agria y solemne: hé ahí la figura del tirano, cuando ensimismado con la omnipotencia espantosa de su poder, enderezó el busto y levantó la cabeza para imponer su rango y el terror de su persona. Antes tenia la mirada astuta y taimada de los que viven acechando los caminos tortuosos del éxito. En su rostro brillaba la robustez de una salud vigorosa, y libre de aprehensiones mas ó menos nerviosas. Al verlo vestido de piés á cabeza con traje entero color café: con el sombrero de baja copa y anchísimas alas á lo *quácaro:* con el pantalon flotante de cuyos bolsillos sacaba á cada instante una enorme caja de rapé que sorbia con deleite: con la bota fuerte, grande, cómoda y tosca, con la levita suelta y larga hasta mas abajo de las pantorillas, cualquiera lo habria tomado por un labriego ricacho y empecinado de la *Liebana* ó de la *Mancha.* Pero este mismo hombre pesado y campechano en la ciudad, era el centauro mas ágil, mas esforzado y mas brutal que gineteaba en los campos del sur. Allí vestia el chiripá de bayeta colorada, la camisa tomada al cuello con un pañuelo del mismo color y sin mas nada que cubriera el busto. Armado de tremendo rebenque de *hierro* y *de lonja,* se complacia en saltar mas pronto y mas ágil que nadie sobre el potro que queria sujetar al freno, ó sobre el potente redomon que de una pechada volteaba y hacia rodar de costillas

un toro bravío ó un gaucho que no anduviese bastante valiente y arrojado en los bárbaros trabajos de aquellas estancias.

Si aparte de todo esto se estudian los antecedentes que habian hecho notoria en 1820 la influencia de Rosas en la campaña, y su afiliacion en el partido unitario de 1820, difícilmente se hallará otro hombre que haya tenido un punto de partida mas justificado que él, para ser aceptado en un partido como el partido unitario, cuyo tipo económico y político era sustancialmente *fisiocrático* y fomentador de la riqueza rural.

Rosas, por accidentes que no es del caso narrar, se habia criado desde la niñez en contacto con el desierto y con los hábitos bárbaros de la vida semi-salvaje que llevaban las gentes semi-cristianas que lo poblaban con el nombre de *gauchos*. Cuando la Revolucion de 1810 abrió las puertas de nuestra Rada al comercio europeo, se emprendió en grande escala la matanza de los ganados alzados, que vagaban sin dueño, para surtir los buques de ultramar que venian á pedirnos retornos por las mercaderias de que nos surtian. Rosas, aunque ignorado entonces de todos, contrajo sus tareas á esas grandes *volteadas* y correrias en el desierto, apandillando numerosas compañias de gauchos; y como era *noble,* fornido, diestro como ningun otro, intelijente y malicioso, tomó en poco tiempo la posicion de un prin-

cipe fronterizo, seguido de subalternos, que castigaba sus agravios á su modo y á su gusto: á quien todos temian por lo malo, y á quien todos querian por lo protector y por lo generoso en recompensas arbitrarias.

El año de 1814 comenzaron á escasear ya los rodeos alzados que habian servido de fuente á la faena de *corambres* en la Banda Oriental y en el sur de Buenos Aires; y Rosas fué de los primeros, que adquiriendo los mejores terrenos, emprendió la cria sedentaria de los ganados sujetos á gobierno industrial, que de 1815 á 1820 hizo admirables y estupendos progresos entre nosotros. Sus estancias bien plantadas con árboles, subdivididas en chacras, sujetas á una administracion inteligente y á una disciplina rigorosa: sus grandes ensayos de sementeras, su prolijo conocimiento de los lugares, su asombrosa actividad, su estenso crédito entre los campesinos, su acertada y firme economía, y sobre todo la generosidad con que se prestaba á fundar para sus amigos establecimientos rurales análogos á los suyos, á cuidarlos y organizarlos hasta que los ganados se aquerenciasen y quedase corriente su administracion, lo habian hecho el personage mas útil y estimado no solo entre los modestos trabajadores de la campaña sino entre los ricos vecinos de la ciudad que contrahian su capital á esas tareas.

El conocimiento consumado que con estos

trabajos habia adquirido de la topografia y de la estadística de la Provincia, en tiempos en que nadie habia hecho exploraciones, en que nadie habia escrito ó propagado libros especiales y prolijos sobre las condiciones climatéricas y productivas de nuestro pais, y en que todo él era un verdadero misterio envuelto en la impenetrable soledad de desiertos y remotos campos, le daban, diremos así, la llave de todos sus secretos, y podia determinar los elementos de vida y de riqueza que contenian las diversas partes del territorio.

Asi es que en 1819, cuando el general Rodriguez tomó el mando de la campaña del Sur como comandante general de sus milicias, no pudo menos que ponerse en contacto con Rosas, formándose entre ambos, al muy poco tiempo, una íntima amistad que en aquel momento tenia por base la comunidad de los intereses políticos. Rodriguez necesitaba del jóven ganadero como elemento electoral y como resorte para mover militarmente las masas del Sur. Rosas necesitaba del comandante general para elevar su gerarquia, disponer de los influjos del poder oficial á su antojo y llevar adelante sus miras particulares. Hé ahí el vínculo recíproco con que entraron ambos unidos en los últimos sucesos del año XX.

Derrotado el Director Rondeau en Cepeda, Rodriguez y Rosas no tuvieron tiempo de presentarse á contener á los vencedores; y la ciu-

dad, como se ha visto, cayó en manos de don Manuel Sarratea. Pero en las distintas complicaciones que se subsiguieron, el general Rodriguez prestigiado en el sur, concentró de mas en mas los votos y el favor del partido oligárquico de la Comuna. Con mas arrojo hubiera podido tomar la gerencia de esos intereses contra Soler; pero los sucesos habian venido de tal modo, que en vez de tomar las responsabilidades de la direccion suprema, despues de la *Cañada de la Cruz,* habia creido que le convenia mas declinar esos compromisos y dejar que los tomara Dorrego. Este habia sido tan feliz y tan rápido en sus operaciones, para librar la provincia de los montoneros, y habia alcanzado con esto tal prestigio entre los Cívicos y la muchedumbre de la ciudad, que no era prudente ni fácil disputarle el poder que poco antes se le habia abandonado. Sin embargo, la oligarquia unitaria, dueña del mecanismo electoral, trató de tomar para sí misma la ventajosa posicion en que la habia puesto la victoria definitiva que Dorrego acababa de obtener sobre los santafecinos; y segura de que la provincia estaba libre de nuevos ataques por parte de estos, comenzó á ver la facilidad de organizar un gobierno autonómico, prestigioso y regular en la capital del antiguo virreinato, que continuaba siendo la parte sustancial del poder y del boato administrativo. Convenia pues, ante todo, hacer la paz con el gobernador Lopez; fundar una época de con-

cordia y de relaciones amigables con las demas provincias; y abstenerse de tomar interés directa ó indirectamente en sus disidencias internas, en sus partidos, en sus escándalos, ó en su miseria. Ellas habian querido la disolucion del régimen nacional: habian querido la segregacion y el aislamiento; pues, natural y lejítimo era que lo gozaran á sus anchas y con todas sus consecuencias. Para conseguir esta situacion definitiva, cuya base indispensable era la paz con Santafé, no habia otro obstáculo que Dorrego. Mientras este siguiera triunfando con probalidades de vencer y de derrotar á Lopez, no era posible destituirlo, por que contaba con el apoyo de la fuerza armada que mandaba, y con la popularidad que su génio, su bravura y su fortuna, le daban entre la plebe que constituia la parte militante de los Tercios Cívicos. En la duda del resultado final la oligarquia unitaria tenia que contemporizar, y devorar en silencio su deseo y sus miras de apoderarse del poder para elevar hombres genuinamente suyos. Pero cuando Dorrego, derrotado en el *Gamonal* por Lopez, perdió parte del ejército que mandaba, y cayó en el descrédito que impone toda derrota, esa oligarquia encontró la ocasion de alzarse poderosa: se organizó con rapidez: declaró cual era su genuino gefe: y descubriendo su ambicion en nombre de la pacificacion y del órden, marchó á sus fines sin embozo.

Mil circunstancias, aun aquellas que podrian irarse como eventuales, vinieron á servir sus clinaciones. Hemos visto que el 4 de Julio, el a aquel del terror y del conflicto público, Doego habia sido nombrado gobernador inteno por una Junta Electoral compuesta del cindario reunido bajo la presidencia del Caldo. Las palabras del Bando en que se proulgó esa resolucion bastarán para esplicarnos encadenamiento de los sucesos que vamos á rrar—«El coronel don Manuel Dorrego ha sido electo Gobernador interino de esta ciudad, entre tanto que con oportunidad, y *en consorcio de legitimos electores por los partidos de la campaña*, pueda verificarse la eleccion del competente Gobierno Provincial: con la calidad de V. S. reconozca la supremacia del Pueblo en la Junta de Representantes, *á cuya eleccion* debe V. S. mandar inmediatamente que se proceda segun estilo y práctica....» De modo que cuando Dorrego salia campaña persiguiendo con ardor á los monneros, quedaba pendiente la eleccion genel de los Representantes que debian ejercer poder Lejislativo ordinario, y nombrar el bernador permanente de la Provincia.

Despues de la victoria de *San Nicolas*, alnzada el 2 de Agosto, Dorrego se creyó egurado en el poder, por que no era posie preveer siquiera que nadie se atreviese á

elegir otro gobernador permanente que él; y para aprovechar de la buena ocasion, como se dice, se dirigió al Gobernador Delegado con fecha 7 de Agosto en estos términos: «hallándose esta provincia libre ya de la opresion á que la habia reducido la inícua faccion que acaba de ser concluida y esterminada por los bravos que me acompañan; y por consiguiente en plena libertad para elegir el Gobernador propietario que habrá de regirla, dispondrá V. S. que en el *término de 24 horas* de recibida esta comunicacion, se circule la correspondiente convocatoria, á efecto de que reunidos los Representantes procedan al espresado nombramiento.» Este paso revelaba por cierto una premura pueril; y la opinion unitaria que veia con pesar cuan favorable y decisiva era la ocasion para que Dorrego se aprovechase de ella, prorrumpió en quejas, en críticas amargas, y tambien en alarmas; por que no estando aún vencido Lopez, y siendo de temerse siempre que alcanzase algunas ventajas posteriores, parecia cosa imprudentísima hacer imposible la paz, como se haria sin duda, otorgando á Dorrego el gobierno permanente de la Provincia de Buenos Aires. Pero unos pocos dias despues tuvo lugar la nueva victoria de *Pavon* y fué preciso resignarse.

El gobernador delegado general don Marcos

lcarce, cumplió la resolucion de Dorrego. n fecha 11 de Agosto se dirigió al Cabildo .iéndole que convocáse á los electores de ciudad; y se circularon órdenes á los jueces ritoriales para que hicieran lo mismo en campaña, tomando por regla el bando del le Abril que habia ya servido para la elecon de la Junta que derrocó á Sarratea. (2) Los vecinos que se abstuvieran ó prescindieran cumplir este deber, serian castigados con publicacion de sus nombres *notados de inci-mo.* La colecta de votos no debia ser simultáa en un solo dia sino *en aquellas horas y dias e los Cabildantes que* presidieran *la Mesa con-erasen mas oportunos,* á contar desde el 17 de costo en que los comicios debian abrirse.

La eleccion de esta nueva Junta de Repreitantes tuvo lugar del 17 al 24 de Agosto, el resultado fué la reeleccion de los mismos embros que componian la Junta violentada disuelta por Soler, es decir—la que habia stituido á Sarratea, nombrado á Ramos xia, tratado de anular á Soler para nom-.r al general Rodriguez; y que no solo

) El procedimiento electoral consagrado por este ido era el siguiente:—Cada ciudadano con *arraigo* *ecindad* debia dar su voto en pliego cerrado firmanen la cubierta ante la Comision ó Mesa colectora que bien debia firmar allí el testimonio de la identidad sonal y de la calificacion civil del votante.

estaba compuesta de antiguos directoriales, afiliados á la reorganizacion reformada del partido, sino sostenida tambien por el voto y por la adhesion de toda la burguesia *decente* y *liberal* de la vieja capital.

El resultado estaba tan previsto, que á nadie sorprendió, á nadie alarmó. Dorrego mismo y los gefes subalternos de su partido habian cooperado contando con que esos Representantes, ganados por los sucesos y por los servicios del jóven gobernador interino, no osarian jamás defraudarlo ni negarle ese testimonio de su gratitud. Y en efecto, así hubiera sido: ninguno habria tenido valor ó interés en romper la corriente de las cosas, si no hubiese ocurrido la derrota del *Gamonal*, acaecida el 2 de Setiembre—en los momentos en que la Junta de RR. acababa de ser electa, sin haber tenido tiempo ni aún para instalarse.

La noticia de esa derrota causó en Buenos Aires una sorpresa y una inquietud proporcional á la seguridad y confianza que las victorias anteriores habian inspirado al pueblo. Todo el trabajo hecho, todos los sacrificios y los triunfos anteriores de nada servian ahora. Todo estaba perdido; los montoneros, mas indignados ahora, y mas vengativos, iban á entrar de nuevo talando la Provincia.

Quedábales sinembargo á nuestros hombres de Estado una esperanza: sacrificar á Dorre-

go, levantar á Rodriguez, y hacer que este no solo se propiciase de la amistad de Lopez, sino que puesto en el gobierno, sirviese de garantia para celebrar la paz y entrar en pactos mas trascendentales de mútua defensa. Pero esto exijia largo tiempo; y mientras tanto Dorrego hacia esfuerzos desesperados por rehacerse. Pedia que le enviasen sus *leales* Cívicos del 2º Tercio que habia devuelto á la ciudad despues de la accion de *San Nicolás* y de *Pavon*. Desde *Areco* (á donde se habia replegado) circulaba órdenes y notas, especialmente á la Campaña del Sur, para que le mandaran los regimientos de don Hilarion Castro, de Julianes, de Vilela y de Vega. Pero, por muy urgentes é incisivas que fuesen esas órdenes, la opinion del partido predominante en la ciudad le era ya adversa; y el prudente general don Marcos Balcarce que no se atrevia á contrariarla, y que quizá simpatizaba con ella de acuerdo con sus antecedentes, dejaba que Rodriguez y su partido en la ciudad, y Rosas en la campaña, cruzaran las medidas de Dorrego eludiendo sus órdenes. Y así mismo con nada mas que el batallon de *Cazadores*, que al retirarse recogió de *San Nicolás*, habia logrado reunir bastantes fuerzas para contener el enemigo interin le llegaran los refuerzos que pedia.

Pero estaba engañado: lo que todos querian

era hacer la paz con el gobernador de Santafé. La guerra habia concluido por el aflojamiento de las pasiones recíprocas. Persistiendo en mantenerla Dorrego se hacia responsable de su propia caida; la opinion no estaba ya con él. Las glorias militares son demasiado caras y sangrientas: los pueblos se cansan y se postran al peso de una revolucion prolongada. Ya no habia ódio contra los santafecinos: estos no eran ya ni bárbaros ni renegados: que se quedasen en su provincia, que en ella gobernasen como quisiesen, que vejetasen en la inanicion y en la miseria: todo eso era indiferente, con tal de que Buenos Aires, la capital del comercio y de la opulencia, fuese la Capital de la paz, de la reforma, de la vida culta, del boato, con independencia del resto del país por lo pronto; y con un olvido mas aparente que real de la unidad nacional. En la atmósfera revolucionaria, como en la atmósfera física, el viento sopla de donde sopla, segun leyes que en su momento dado son incontrastables.

Con esto, bien podemos esplicarnos bajo qué influencias inevitables, y con qué propósitos, se reunia esa famosa Lejislatura del mes de Setiembre de 1820 que iba á ser la piedra fundamental de la reorganizacion definitiva de la Provincia de Buenos Aires, bajo el réjimen representativo *liberal* y republicano en cuanto

á los principios: *autonómico y segregado* en cuanto á las circunstancias: *unitario* y *concentrado* en cuanto á la forma administrativa. Sobre esta base debian venir despues Garcia y Rivadavia, á levantar, como en un invernáculo de flores exóticas, las mas halagadoras teorias de los pensadores liberales de su tiempo, para sostituir, en las preocupaciones siempre nobles y exaltadas del Pueblo Argentino, las glorias militares de la Revolucion por las glorias de la Civilizacion y de la Paz concebidas en la grandiosa escala de la Reforma Social y del Orden Público cimentado sobre bases solemnes.

Pero no nos dejemos arrebatar todavia por esa atraccion magnética que tiene la época de aquellos ensueños, que alguna vez serán realidades sin duda, por que están en la recta de nuestro camino, pero que no lo serán como dones milagrosos del cielo, sino como premio de nuestros esfuerzos y como fruto de nuestros sacrificios y de nuestra energía, cuando la recuperemos.

El 8 de Setiembre de 1820 se reunian los Representantes electos en la casa de sus sesiones (3) y declaraban que dada la urgencia de las circunstancias se constituian como tal Junta de Representantes con el Poder Le-

(3) Estaba en el terreno donde se ha levantado hoy el opulento edificio del Banco de la Provincia. La Junta ocupaba los salones de la derecha, y el Consulado los de la izquierda del patio.

gislativo, y con las demas facultades que eran consiguientes al encargo de organizar los Poderes Públicos que les habia conferido el Pueblo de Buenos Aires—«Que en consecuencia de este acto público y solemne, se trasmitiese el aviso correspondiente al gobernador interino en campaña para que prestara el juramento de regla ante el juez territorial; y despues lo tomara el mismo al ejército de su mando: que igualmente se le ordenase al gobernador sustituto que se apersonase el dia 12 con todas las corporaciones civiles, eclesiásticas y militares á prestar igual acatamiento.» La Junta en medio de salvas de artilleria y repiques generales, quedó constituida el mismo dia con el nombramiento de presidente y secretarios de su propio seno, que lo fueron don Francisco Antonio Escalada para el primer puesto; para Vice-Presidente el Doctor Passo y para Secretario don Victorio Garcia de Zúñiga. Nada mas significativo que estos nombres como prueba de la reaccion directorial.

Entretanto, el partido plebeyo ó *Cívico*, se apercibia con enojo y estupor de que la oligarquía comunal de *los hábiles*, de *los ricos* y de *los abogados*, que venian continuando la política y el favoritismo administrativo de la época anterior, se habia sobrepuesto á Dorrego y al partido de Soler, que meses antes habia

rocurado acabar con esa tradicion aborrecida. ꞉nfurecidos por la sorpresa con que se les arreataba el poder y el influjo que habian ganado, ɜsolvieron defender la posesion del gobierno n manos de Dorrego ó de otro hombre de ›s suyos. El general don Hilarion de la Quinına, el coronel Pagola, los comandantes San›s Rubio, Salomon, Epitacio del Campo, y us hermanos Dámaso y Estanislao, algunos abildantes como Dolz y Zavaleta, con muhas otras personas, sobre todo oficiales subalernos y sargentos del 2° *Tercio de Cívicos y le Argentinos* (pardos y negros criollos) coᥰenzaron á agitarse de una manera amenaante que hizo temer el estallido de una violenta sonada. La evidencia misma del peligro sirvió ᶾ estímulo á la Junta para apurar sus acs y colocar á Rodriguez al frente de la uacion. Rosas reunia yá en el Sur los regientos de milicias con el fin de tenerlos pronó obrar: al mismo tiempo que en sosten del vo órden de cosas, se buscaba como estre· relaciones con el gobernador Lopez y se le ıba á Santafé el 16 de Setiembre al Coman· don Angel Castillo (un buen vecino del Sur) ın mensaje amistoso pidiéndole que no ese inutilmente la provincia: que el ge- Rodriguez seria electo Gobernador, y que ›z que lo fuese, la paz seria un resul›guro y el principio de una íntima alian-

za ofensiva y defensiva entre las dos provincias.

Castillo regresó al momento con las mejores protestas del gobernador de Santafé como era de esperar; y el 26 de Setiembre, lanzados ya los espíritus en el camino de la reaccion para levantar nuevamente á los hombres ilustres de la época directorial, desplegaron su poder, y la *Junta de Representantes* eligió al Brigadier General don Martin Rodriguez gobernador interino, como si por el momento no se animase á más, y quisiera esperar el resultado de este ensayo peligroso antes de proceder á dar á su candidato el gobierno permanente de la provincia.

1820 Setiembre 26

Basta en efecto ver las palabras del Bando del 26 de Setiembre con que la Junta de RR. promulgaba esa eleccion, para comprender los graves temores que aún tenia de que este paso atrevido, con que el Partido Directorial se restauraba en el poder, provocase una tremenda reaccion:—« Fin á las alteraciones y « á la anarquia: Reconocimiento á la Auto- « ridad Representativa que es la PRIMERA de « la provincia: y obediencia á sus determina- « ciones. Los que promovieren la insurreccion, « perturbasen la tranquilidad pública ó atenta- « sen contra esta autoridad y las demas que se « constituyeren: los que de algun modo pro-

« movieren ó causaren la discordia entre los « pueblos, la auxiliaren ó le dieren coopera- « cion directa ó indirecta, serán reputados « Enemigos de la Provincia y Perturbadores « del órden público; y serán castigados con « todo el rigor de las penas, hasta la de *muer-* « *te* y expatriacion, conforme al *influjo* que « tuvieren. No hay *clase* ni *persona* que que- « de exenta del *alcance* de este decreto.»

Hasta en estas reminiscencias era fiel el partido á su origen y sus tradiciones. (4)

Para explicarnos los temores que la oligarquia de la Junta sentia al apoderarse otra vez del poder, es bueno tener presente que en derredor de Dorrego se habian agrupado todos los descontentos que desde 1812 venian en pugna contra el esclusivismo oligárquico de las clases doctas y ricas que eran los que desde entonces, hasta la derrota de *Cepeda,* habian predominado en la Capital estrechando cada vez mas el círculo personal de su influjo cómo sucede siempre. Sarratea y Soler no habian sabido responder á las tendencias provinciales y democráticas del partido plebeyo informe todavia. El uno por que aliándose con los montoneros y con Carrera habia herido en lo vivo

(4) Reproduccion íntegra del famoso Edicto del *Congreso de Tucuman* expedido en Agosto de 1816 al comunicar á los pueblos la eleccion del Supremo Director don Juan Martin de Pueyrredon.

el sentimiento porteño: el otro, por que habia ofendido el pundonor civil de la masa con la arrogancia brutal de sus actos y con los escesos del despotismo militar.

Dorrego por el contrario, acababa de encabezar el movimiento defensivo y espontáneo del pueblo mismo con grande habilidad como *militar,* con pasion sincera como *localista,* y con ingenuidad como *demócrata;* de modo, que no solo los descontentos anteriores, sino todas aquellas capas intermedias del pueblo que no eran demasiado *opulentas* ó *hábiles* para tener afinidades oligárquicas de profesion ó de posicion, y que no eran tampoco los miserables que forman la masa inerte de la multitud, vinieron de suyo, atraidas por el sentimiento *local* y por el antagonismo *democrático,* á formar al lado de Dorrego, constituyéndole así un partido activo y fervoroso que debia acompañarlo en los sucesos ulteriores hasta el bárbaro crimen que puso fin á sus dias de un modo atroz.

Para este partido era intolerable la maniobra con que los Hábiles del partido directorial reformado acababan de apoderarse del gobierno de la Provincia. Ellos, por un golpe de mano rápido, y aprovechándose de la primera confusion que habia sobrecogido al pueblo al saberse el contraste del *Gamonal,* habian puesto en movimiento electoral la burguesia: y desenmascarándose con rapidez habian conseguido ha-

cer triunfar la reaccion pura y simple del antíguo régimen. Menos Pueyrredon y Tagle, suprimidos por haber quedado demasiado usados en las refriegas de la lucha, y para dar lugar á mas frescas ambiciones, todo lo demas entraba en accion: los mismos nombres y los mismos influjos: el mismo compañerismo de toga y de posicion: la misma concentracion del barrio en las calles principales que habitaban: los mismos arbitristas de las finanzas *directoriales:* la misma soberbia de las posiciones conquistadas y de las tradiciones domésticas: la misma amplitud en las miras: el mismo garbo *virreinal;* y por último—la misma infatuacion del dogmatismo y de los principios absolutos con que se distinguía en Francia aquella clase de políticos que Napoleon llamaba *ideólogos;* y que durante la monarquia constitucional de Luis Felipe se llamaron *doctrinarios.* En ese tiempo, todo el comercio de menudeo y de consumo, las tiendas y los almacenes, estaban sostenidos y servidos por hijos del país. Por su número eran un poderoso contingente del elemento *burgués.* Como milicia formaban el 1.er *Tercio Cívico,* que aunque de escaso influjo militar por defecto de la clase misma de que se componia, compensaban ese defecto por el vigoroso tono que su adhesion daba á la opinion pública en favor de las ideas y de las

esperanzas del partido oligárquico y liberal á que pertenecian en cuerpo y alma.

Lo singular es (y debemos notarlo) que esta repentina y afortunada restauracion no habria podido tentarse siquiera con éxito, si el nuevo gefe de ese partido reformado, no hubiera traido en su apoyo, al apoderarse del poder oficial, á los *Campesinos de la Campaña del Sur,* con las peonadas de las chácaras, preparadas por el comandante Rosas á obrar en apoyo del general Rodriguez y de la burguesia *unitaria* y *liberal* de la Ciudad.

Hasta entonces, la verdadera fuerza de los movimientos convulsivos de la Capital habia estado en manos de los *Cívicos*, y principalmente del 2º Tercio. Estos eran los que habian derrocado al general Alvear en 1815, y decidido de todas las peripécias del año XX, como lo acabamos de ver. Afiliados ahora al partido de Dorrego, es decir, sostenedores del elemento plebeyo, era muy dudoso saber si el nuevo contingente que traian los campesinos, y que, aliado con la burguesia liberal, formaba la fuerza militar de Rodriguez, seria bastante poderoso para acallar y someter el ferviente encono de las clases plebeyas y de sus gefes, que despechados por la sorpresa con que habian sido supeditados, estaban naturalmente resueltos á echar mano de las armas:—y de ahí la inquie-

tud general y las amenazas del Bando que acabamos de trascribir.

Se preveia con mas ó menos probabilidad que una lucha porfiada y sangrienta estaba á punto de estallar. El encono y la rabia del partido popular no tenian límites; y al mismo tiempo, la burguesia estaba resuelta á emprenderla con él, y poner fin, una vez por todas, al anárquico influjo que los *Cívicos del 2º Tercio* habian ejercido por tanto tiempo en los movimientos políticos de la capital.

En esta inquieta y animosa predisposicion de los espíritus, unos contra otros, no podia tardar mucho en pronunciarse el terrible choque de las fuerzas opuestas; y en el acto que se conoció el personal de la Junta de Representantes, y que se vió como cosa indudable la eleccion del general Rodriguez, se sintieron ya los síntomas de un inminente sacudimiento.

En la intencion de prevenir un golpe de mano audaz, mandó el gobierno acuartelar las tropas. Los batallones de *Aguerridos* y *Cazadores* pasaron á guarnecer el *Fuerte* para defender en todo caso la plaza central. El general Rodriguez le escribió al Comandante Rosas, ordenándole con fecha 26 de Setiembre que reuniera precipitadamente todas las milicias del sur, principalmente las de Matanzas, Magdalena y Ranchos; y que, sin esperar mas órdenes ni avisos, ocurriera con toda diligen-

cia á situarse en Santa Catalina, á dos leguas y media de la ciudad. Se pensaba rodear la ciudad con una fuerza fiel: introducirla á las plazas principales de la circunsferencia: incorporar allí los partidarios del gobierno, y proceder súbitamente al desarme y disolucion de los Tercios 2º y 3º de Cívicos, y del batallon *Fijo*, que eran los tres cuerpos que inspiraban recelos mas sérios y que no era prudente tocar sin tener antes como dominarlos.

Como todas estas medidas nacian de resoluciones secretas tomadas con toda prevision en el centro director del partido, se habia resuelto que para llevar á cabo el plan, y salvar los grandes intereses que dependian de él, no solo era menester desconcertar á los contrarios, sino castigarlos ejemplarmente haciendo efectivas las penas del Bando. La Junta habia autorizado al gobernador Rodriguez con *toda la suma del poder público, y facultades ordinarias y extraordinarias.* (5)

(5) Véase los documentos oficiales contenidos en las Gacetas del 11 y del 25 de Octubre. En cuanto á los conciliábulos de partido en que se trataba de destituir á Dorrego por la intriga ó por las armas, véase las *Memorias* de Lamadrid, páj. 228; allí se verá tambien el papel principal que hizo Rosas al lado del general Rodriguez y en las filas del partido unitario, donde hizo sus primeras armas y recibió su primera educacion en la política militante de los partidos argentinos.

El *Fijo* era el mas antiguo de los cuerpos
teranos que guarnecian la capital. Ocupaba
estremo sur de los cuarteles del Retiro. Cons
ba de 280 plazas, rezagos de la division de
fanteria que el general don Juan Ramon Balc
ce habia salvado en *Cepeda*. Escogiendo
mejor que podia sacarse de esos restos, el
neral Soler habia procurado hacer con ellos
cuerpo de su confianza personal; y ya fuera
su orígen, ya por los oficiales subalternos
habian quedado en el batallon despues de
caida de Soler, el coronel Pagola y muchos
ciales de su círculo conservaban grande infl
en este cuerpo, y daban fundados motivos á
corrieran rumores muy alarmantes con una
sistencia que probaba la verdad en su orígen.

El Segundo Tercio estaba compuesto por
juventud de la clase media, menestrales, jor
leros, carreros, ó gentes sin oficio, aunque de
milias modestas y propietarias en los suburvi
Todos ellos estaban habituados á los pelig
de la guerra. Muy pocos eran los que no hab

(6) En gran parte de estos detalles y otros que
sobre la sedicion del 1º de Octubre de 1820 sigo los d
contenidos en una carta de fecha 15 de Noviembre (
dita) que el señor don José María Rojas, testigo ocu
dirijió al señor don Manuel José García residente en
ces en Rio Janeiro. Tengo cópia tomada del orig
que existia en poder del doctor don Manuel R. Ga
Ministro que fué de la República en E. U. y en Lónd

hecho alguna campaña, ó no habian concurrido á media docena de asonadas reñidas y mortíferas. Su misma clase y las exitaciones de la revolucion, les habian dado predilecciones políticas apasionadas, vinculándolos entre sí con un espíritu de cuerpo que no lo tenia mas fuerte ni mas estrecho ningun batallon veterano.

El 2.° Tercio tenia su cuartel en el corralon de San Francisco, cuya puerta da hoy á la calle de Potosí esquina de Balcarce. Pero como era tan notoria la mala disposicion del cuerpo, el Presidente de la Nueva Junta le habia ordenado al Gobernador Delegado don Marcos Balcarce que no lo acuartelara y que recogiese todas las llaves y enseres del cuartel para que no se formase allí ningun centro de reunion: así se hizo. Pero los Cívicos dependian entonces del Cabildo y no del gobierno: los soldados tenian en sus casas sus fusiles y municiones; y habiéndoseles cerrado el cuartel, se pasaron la voz con los oficiales conjurados para acudir al Retiro como punto de reunion en el momento señalado.

El gefe militar de este complot era el coronel Pagola: el gefe político inmediato era el general don Hilarion de la Quintana; y el gefe definitivo ó superior para el caso en que la asonada se convirtiera en una revolucion triunfante, debia ser el general Soler, que esperaba en la Colonia el resultado del primer movimiento. Los amigos de

Sarratea, que aunque pocos eran importantes y atrevidos, habian entrado en la conjuracion dirigidos por el doctor don Pedro Agrelo, por don Vicente Chilabert (padre), por los comandantes Santos Rubio, Bares, Malavés y algunos otros reconocidos ya por alborotadores patentados. El partido popular de Dorrego habia puesto tambien su poderosa cooperacion; pero Dorrego no conocia la situacion ni habia cooperado como lo vamos á ver. Los gefes únicos del complot, Pagola, Quintana, Agrelo, Soler, y Sarratea, estaban indignadísimos contra Dorrego; y le acusaban de haber sido, con su conducta indecisa y *tonta*, el agente principal de que el poder hubiese caido otra vez en manos de los Directoriales; y á fé, que tenian razon. Los conjurados no le habian comunicado la resolucion de sublevarse, y aun tenian el propósito de prescindir de él y de poner á Soler en el mando, aliado con los amigos de Sarratea por la hostilidad comun contra los Directoriales que ahora los unia, sin perjuicio de salvar despues las miras ulteriores de cada uno de ellos.

Nadie mas propio que el coronel Pagola para dirigir una conjuracion militar y para llevarla á cabo con éxito. Era brutal, pero tambien era bravo y resuelto. Tenia una voluntad inflexible y una de aquellas astucias que elaboran pronto la idea, que ven claro en un círculo estrecho de cosas y que obran aventurándolo todo, como si

fuesen á juego cierto. Una vez que habia entrado en un complot, que tenia que tomar una resolucion suprema, que salvar de una derrota, ó decidir de una victoria, Pagola obraba con una energia peculiar, é iba á fondo sin sentir vacilaciones ni perder el tiempo en reflexiones. La línea recta era su regla; pero como su espíritu era estrecho, esas calidades del ánimo, ó del carácter, carecian de amplitud en el propósito, de elevacion en la mente, y eran solo condiciones de un subalterno arrojado.

El nuevo gobierno tenia numerosísimos datos para asegurar que habia un complot próximo á estallar. No todo era claro para él, pero se preparaba á defenderse y á obrar. Ademas de los batallones *Cazadores* y *Aguerridos* acuartelados en el Fuerte, hacia pernoctar en los portales del Cabildo los Cívicos del 1.° y del 3.er Tercio: el primero cubria los arcos del edificio desde el centro hasta la calle de la *Victoria*, y el 3.° hasta la calle de *Rivadavia*.

1820 Octubre 1°

Pesaban pues en aquellas horas sobre los ánimos del vecindario las lúgubres preocupaciones que se imponen en semejantes momentos; y serian como las diez y media de la noche, hora en que la ciudad estaba literalmente en tinieblas, y recogida en sus hogares, cuando el ruido estridente y pavoroso de repetidas descargas de fusileria, en el cen-

tro mismo de la ciudad, pusieron en espantosa alarma á las familias, haciéndoles saber que sus amigos y sus deudos se estaban matando horriblemente en la plaza y en las calles adyacentes. Entre los espacios que dejaba el nutrido fuego de los fusiles se oian los tétricos écos de la campana del Cabildo tocando á conflicto con una dolorosa y fúnebre urgencia.

Desde las primeras horas de la noche habian comenzado á reunirse ocultamente en el cuartel del *Fijo* (Retiro) un gran número de oficiales cívicos y veteranos, con grupos de hombres sueltos y con la mayor parte del 2º Tercio, cuyos soldados acudian armados por los eriales y calles escusadas. Muy pronto se sintió este movimiento estraño, y hubo que tomar medidas para averiguar lo que se hacia. Era poco mas de las nueve cuando el coronel Pagola con ocho ó diez ayudantes se presentaba al cuartel del *Fijo;* y á los gritos de—*¡Muera Pueyrredon!—¡Muera Alvear!—¡Abajo la Faccion!—¡Guerra á muerte á los Directoriales!*—y otras voces de este género, se armaba un grande tumulto; salia el *Fijo* á la Plaza del *Retiro*: seguíalo el 2º Tercio á las órdenes del comandante Gonzalez Salomon: formaban en columna: y restablecido el mas profundo silencio, marchaban sobre la Plaza de la Victoria.

Como el gobernador estaba sobre-aviso, supo al instante que habia estallado el alzamiento, y

trató de prepararse á rechazar á los agresores. Sacó del Fuerte tres compañias del batallon de *Cazadores* y dos del batallon de *Aguerridos*. Colocó á los primeros en el arco mayor y arqueria de la *Recoba vieja*; (7) y en la recoba nueva á otra parte de la fuerza, dejando en el Fuerte y en la plaza del *Veinticinco de Mayo* en reserva las demas compañias de ambos cuerpos. Acababa de tomar estas medidas cuando los revolucionarios entraban ya á la plaza principal. Por la calle de *las Torres* (hoy *Rivadavia*) desembocaban los comandantes Sosa (Anastacio) y Bares á la cabeza de una parte del 3.er *Tercio* que desde temprano se habia ido á reunir con el *Fijo* y con el *Segundo*; y como el resto del mismo cuerpo cívico ocupaba la vereda de *la Policia*, le daban allí la voz de amigos, y á la vez que perturbaban todo, atrayéndose los unos y dispersando á los otros, acometian al primer Tercio en los portales del Cabildo, lo desalojaban del edificio, ocupaban las galerias altas, los salones del Ayuntamiento, y la torre, dando vuelo á su campana.

Por la calle de la Catedral (hoy San Martin) desembocaba Pagola montado en un caballo blanco al frente del *Segundo Tercio*; y entrando en Columna por la acera de la Catedral, desplegaba al frente de la *Recoba vieja* bajo el fuego

(7) Demolida hace 4 años.

de los Cazadores. Formada su línea, les hacia una descarga cerrada, y acometiéndolos sin vacilar á la bayoneta metia sus pelotones entre los arcos y galerias bajas con un brio irresistible. Los Cazadores cedieron al empuje y á la masa de los cívicos, desbandándose y huyendo á guarecerse en la Fortaleza á donde un momento despues entraba tambien el Gobernador Rodriguez verdaderamente desesperado. Por el otro lado continuaba el tiroteo entre los *Aguerridos*, que se habian subido á las azoteas de la Recoba nueva, y el Fijo que con el 3.er Tercio habia tomado los altos y la torre del Cabildo.

Dispersados los Cazadores, Pagola tocó á reunion en la Plaza del *Veinticinco,* y resguardando su tropa en los arcos de ese lado de la *Recoba vieja,* procuró aislar á los *Aguerridos* en la *Recoba nueva* para que no pudiesen replegarse al Fuerte.

Dos jóvenes oficiales del *Primer Tercio,* don Jacobo Varela y don Miguel Sanchez, que habian salido entre los dispersos del Cabildo huyendo por la calle del Colegio, dieron vuelta por la de *Moreno* y tomando la de *Balcarce* consiguieron introducirse en el Fuerte. El señor Rodriguez se hallaba en la mas grande ansiedad. No podia apreciar todavia ni el tamaño ni las fuerzas de la rebelion. Por estos dos jóvenes, fué que logró saber el estado que las cosas presentaban en la plaza. Ellos le incitaban á volver

al fuego con los restos de *Cazadores* y *Aguerridos* que veian á su lado, diciéndole que habia cientos de dispersos en las calles adyacentes que se le unirian; y como el tiroteo que continuaba nutridísimo del lado de la *Recoba nueva,* probaba que los Aguerridos se sostenian bien, el Gobernador dió órden al resto del cuerpo, que hiciese una descubierta vigorosa en la plaza. Pero no bien se hizo sentir, fué mortíferamente recibido por los Cívicos apostados en el costado oriental de la Recoba vieja; y cargados despues con una impetuosidad admirable, se desbandaron completamente, uniéndose quizás en gran parte á los revolucionarios, pues fueron pocos los que regresaron al Fuerte.

Despejadas las dos plazas, Pagola se colocó con los Cívicos en las azoteas de la *Recoba vieja* y en los altos de *Escalada.* De modo que la posicion de los *Aguerridos* en la *Recoba nueva* vino á ser desesperada bajo los fuegos cruzados del *Cabildo,* de la *Recoba vieja* y de los *Altos de Escalada.* Al instante comenzaron á oirse, entre el tiroteo, gritos de—¡*Parlamento!* —¡*alto el fuego!*.... y los *Aguerridos,* reducidos á la última estremidad, rendian las armas un momento despues.

Mientras el *comité* de los revolucionarios constituia en los salones del Ayuntamiento una oficina de trabajo administrativo bajo las órdenes del doctor Agrelo, el Gobernador Rodriguez salia

del Fuerte á caballo, por el costado del Rio, con algunos amigos y ayudantes. A la madrugada se detuvo algunas horas en *Barracas* para ordenar á los gefes Vega y Vilela (de Caseros y de las Conchas), que acudiesen con toda urgencia á Santa Catalina, donde iba á poner su cuartel general; y donde contaba con encontrar al comandante Rosas á la cabeza de los Regimientos 5° y 7° de Milicias, que formaban como 900 hombres.

Abandonados á sí mismos, los Cazadores capitularon en el Fuerte. Pagola habia completado su obra en la capital, y tenia, á lo menos, mil y quinientos soldados de primera clase bajo sus órdenes. Era pues dueño de Buenos Aires. La plaza ofrecia un espectáculo desastroso.

La comision ejecutiva de los revolucionarios nombró á Pagola gefe político y comandante general de Armas. Hizo venir á los miembros del Ayuntamiento para con su presencia legalizar los actos del motin; y como el Cabildo era por ley Brigadier y Gefe nato de las tres Brigadas Cívicas delegó su mando en el general don Hilarion de la Quintana primo hermano del general Soler.

Mientras tanto y para reunir muchedumbre, se continuó con la campana el toque de alarma: y sus lúgubres écos difundiéndose al través de las tinieblas y del silencio de la noche, sonaban

en el oido de los vecinos como una invocacion infernal en medio del caos y del espanto general. Podriamos nombrar á muchos que huyeron por las azoteas buscando guaridas en que esconder su espanto.

Eran las 8 de la mañana del dia 2 de Octubre cuando el Cabildo se declaró en asamblea abierta. El doctor Agrelo y otros ciudadanos de su bando presentaron redactado, y pronto ya, un Bando adecuado á las circunstancias: que sancionado por aclamacion tumultuaria se hizo imprimir y promulgar al momento. Declase en él, que una parte muy considerable de ciudadanos, auxiliados con la fuerza Cívica que hacia la guarnicion, se habia reunido en la noche anterior—« para ocurrir ante el Cabildo contra la eleccion de los Representantes que componian la JUNTA, y mas que todo contra el nombramiento que esta Junta ilegal habia hecho para Gobernador y Capitan general de la Provincia en la persona del general don Martin Rodriguez, *por pertenecer este notoriamente, á la faccion destruida del Congreso y del Directorio, enemiga de la libertad de los pueblos y de los patriotas, contra quienes ha desplegado desde su entrada al mando la misma sanguinaria persecucion* que ha marcado todos sus pasos. En consecuencia el Pueblo y los Cívicos han pedido que el Ayuntamiento asuma el mando mientras se

[redacted]

procede á la creacion de un nuevo gobierno que salve al pais.»

Con estos antecedentes, el Cabildo resolvió —1° que se convocase al pueblo para que el dia 3 (Octubre) se reuniese en el templo de *San Ignacio,* á las nueve de la mañana y deliberase en asamblea lo que quisiera resolver. 2° Que siendo justos y exactos todos los defectos y tachas objetadas á la Junta y á la eleccion del general Rodriguez, se declaraba que quedaban por nulas las actas en que habian sido electos ambos poderes. 3° Que los Alcaldes y sus tenientes *de Barrio* citasen é incitasen á comparecer á todos los vecinos del municipio; y que *especialmente* fuesen llamados todos los que hubiesen sido miembros de las Juntas anteriores desde la del 16 de Febrero que habia sido la primera. 4° Que para mantener el órden y la libertad de todos los asistentes se nombraba al general don Hilarion de la Quintana coronel de todas las brigadas Cívicas, bajo la autoridad del Cabildo.

Los revolucionarios creian con toda ingenuidad que habian triunfado. Ninguna otra cosa les quedaba por hacer sino nombrar un gobierno interino al dia siguiente para que mandara hacer nuevas elecciones y nombrase un gobernador de su partido.

Agrelo que era el artífice que daba forma á los propósitos del motin, forjó una doctrina sin-

gular para legalizar sus resoluciones. Por el derecho canónico, el Obispo que abandona su diócesis ó que es sacado de ella, pierde su jurisdiccion privativa, y puede dársele legítimamente un sucesor; ahora pues, como el Gobernador Rodriguez habia abandonado la capital, debia considerársele *extrañado,* y falto de legalidad por consiguiente para volver á mandar en ella. Parece imposible que tan pueril inépcia se hubiese tomado á lo sério y provocado polémicas sobre su valor jurídico. Muy poco tiempo debia durar el favor de esta doctrina y la confianza con que los revoltosos se creyeron triunfadores el primer momento.

Situado en *Santa Catalina* el gobernador Rodriguez habia reunido ya las fuerzas de Rosas, las de los comandantes Hilarion Castro, Julianes y Castillo, con numerosos grupos de gentes de la ciudad que corrian á formar con él. Desde allí circuló el gobernador una proclama protestando que no debia tenérsele por prófugo, pues estaba á la cabeza de todas las fuerzas legales y pronto ya á volver sobre los facciosos que se habian alzado en armas contra su legítima autoridad. Amenazados por la fuerza material, y privados de la fuerza moral por el ódio que se habian concitado de parte de toda la burguesia sin escepcion, la situacion de los revoltosos estaba muy lejos de ser halagüeña. Un año entero de perturbaciones y de tumultos

diarios habia levantado en el seno de la sociedad culta el vehemente deseo de poner término al desórden, á cualquiera costa. La insolencia y la brutal perversidad de Pagola habian llevado á su colmo la indignacion pública.

No esperaba mas el gobernador para moverse sobre la ciudad que la incorporacion de los escuadrones de *Caseros* y de las *Conchas*. En la tarde del dia 2 (Octubre) se incorporaron y fueron todos uniformados con camisetas y gorros de bayetilla punzó; lo que les dió el nombre de *Colorados de Rosas* y *Colorados de las Conchas* con que se distinguian las dos divisiones del sur y del norte.

1820 Octubre 3

Comenzaron los revolucionarios á ponerse en mucho cuidado; y aunque al principio habian pensado prescindir de Dorrego, á quien acusaban de haber sido causa de la rehabilitacion del partido directorial, ocurrieron ahora á él: no solo por su popularidad en la parte plebeya del pueblo, por su fama y destreza militar, sino por la fuerza que tenia aun bajo sus órdenes en *Areco*: —« El Cabildo (le decian) única autoridad legítima del pueblo de Buenos Aires, ha tenido que reasumir el mando para cortar la discordia y salvar al vecindario. Pero numerosas partidas de campesinos, mal dispuestos, están sitiando al pueblo con ánimo de saquearlo; y para librarlo de atroces sufrimientos y desas-

tres es de urgente necesidad que V. S. marche inmediatamente á la ciudad á ponerse á las órdenes del Ayuntamiento.»

Pagola conocia que el recurso era tardío; y que para que fuese eficaz era preciso disponerse á resistir á todo trance, hasta que Dorrego tuviese tiempo de llegar. Con esa mira hizo abrir zanjas y formar trincheras en la Plaza: acantonó por todas las alturas de la circunferencia el posible número de tropas; y para evitar que sus enemigos se aglomerasen sobre el centro, destacó otros cantones por la *Residencia*, por la *Concepcion* y por *Monserrat*.

El dia 3 por la mañana se hacia efectiva por toda la ciudad la citacion á *Cabildo Abierto* que debia tener lugar en el Templo de San Ignacio. A las nueve a. m. se instalaba la Asamblea con un gran número de curiosos, mucha chusma, poca gente conocida, si se esceptúan los corifeos ardientes de la faccion que dominaba en la plaza. Al poco rato comenzó á entrar una cantidad notable de jóvenes estudiantes y tenderos, que parecian animados de un espíritu sarcástico y hostil, aunque sin marcada resolucion de tomar parte en el debate. Un testigo presenta así la composicion del conjunto:—«Primero—la faccion del Cabildo—es decir de Soler:—2º la de Sarratea á que pertenece Agrelo—3º Algunos hombres de puñal:—4º Algunos jóvenes honrados á quienes nada de esto ate-

rraba:—5º Los federales de buena fe:—6º Estrangeros mirones y entrometidos:—7.º Alguna gente decente en minoria; y bastante chusma. El alcalde Dolz abrió la sesion como Presidente. En seguida, Agrelo se apoderó de la tribuna (el púlpito de la Iglesia) y empezó á decir con furor que era preciso nombrar gobernador en el acto, excusando los atentados de Sarratea y de Soler. Suplicó al pueblo que se convenciese de que Dorrego era federal de buena fé, y por lo mismo el mas indicado *en las circunstancias* para tomar el mando. Dijo que era tiempo de empaparse en la sangre de los monarquistas y de los partidarios de Pueyrredon y Alvear, por que eran *portugueses*. Todo esto fué muy aplaudido por sus satélites.» (8)

(8) Dice el mismo testigo ocular—Derrepente nos vimos instalado en el púlpito al italiano Virgilio—« Pueblo sobe-
« rano! esclamó: mirad! dijo estendiendo sus manos
« con horror hácia un altar. ¡Oh bárbara preocupa-
« cione! ¿Cómo se atreve Santa Teresa á tener velas
« encendidas delante de la Soberanía del pueblo?... Que
« risas! amigo ¡que silbidos! el pueblo echado en su
« buen humor lo hizo bajar.» Este señor Virgilio era un pensador y eruditísimo italiano; pero de vida y de ideas tan estrafalarias que en medio de todo su enorme saber era tenido por loco. Y en efecto, sus desvarios eran tales que cada semana publicaba en hoja suelta elucubraciones asombrosas pero siempre en el sentido del órden y de la moral, á su modo. Entre ellas fué célebre la *Proclama* contra las palomas que por todos los

Pretendió Agrelo volver á ocupar el púlpito del templo, pero don Nicolás de Anchorena lo tomó del cuello, y sacó de los bolsillos un par de pistolas, invocando con enérgicas voces el apoyo de todos los hombres de órden. Se produjo como era natural un grande alboroto, al mismo tiempo que numerosos grupos entraban de afuera gritando que acudieran todos á la plaza, por que las fuerzas del general Rodriguez comenzaban á entrar ya por las calles de la ciudad. La Asamblea se disolvió como por encanto. (9)

En efecto, veíanse ya corretear por las calles del circuito urbano gruesas partidas de *Colorados*. Muchos de los cantones avanzados se habian pronunciado por los invasores y reuniéndose á ellos.

Al sentir esta desmoralizacion Pagola y Quintana retiraron las avanzadas lejanas. Concentraron todas sus fuerzas en la ***Plaza de la Victoria***, y en los edificios inmediatos, defendiendo las avenidas con zanjas, estorbos y artillería. Toda la noche del 3 duró el tiroteo entre las pa-

techos de las casas escandalizaban á las tiernas niñas y á las familias con hábitos desvergonzados de todo género.

(9) Estos y otros muchos detalles son tomadas de una estensa carta ó memoria que don José María Rojas y Patron, escribió al señor don Manuel José García, Enviado Diplomático en Rio Janeiro.

trullas avanzadas de la plaza con las partidas de vanguardia del gobernador. El 4 por la mañana adelantó este sus fuerzas y se posesionó sólidamente de la *Residencia,* de la *Concepcion* y de *Monserrat.* A la tarde avanzó un cuerpo principal hasta el *Hospital de Betlem* (actualnente *Casa de la Moneda*) las guerrillas entraon por la calle Victoria, Rivadavia, Bolivar y efensa, haciéndose tenaces y mortíferas de una otra parte:—«Murieron muchos combatientes mirones curiosos, porque todo el mundo paaba las calles como si nada hubiese. Es e advertir que en todo este intérvalo de tiempo, los parlamentos no cesaban de ir y venir; á pesar de su banderita blanca, tenian que haerlo por entre las balas.»

Este mismo dia, situado ya el gobernador con u cuartel general en la plaza de la *Residencia* antigua casa de Wright) pasó una nota á la Juna de RR. diciéndole:—«A orillas de esta Capial estoy en aptitud de obrar como Gobernador Capitan General que soy de la Provincia.» ecordaba en seguida que al tomar el mando abia prometido olvidar ódios y desconfianzas ara proteger y garantir á todos. Pero el último tumulto lo ponia en la obligacion de hacer ectivas las leyes que habia jurado para defenr el órden. En consecuencia, el Gobernador citaba á la Junta á que volviera á desempeñar

sus funciones: oyera en libertad las reclamaciones que se le hicieren y deliberase sobre ellas. Pero el Gobernador—« protestaba que estaba resuelto á contener toda innovacion ó reforma que emanase de conductos irregulares y tumultuarios», decia aludiendo al Cabildo.—«*En* este conciso concepto (agregaba) observe V. E. que yo no soy prófugo, ni ex-gobernador, sino que salí á evitar las consecuencias de un tumulto, sin dejar de ser gobernador, antes bien obrando como tal.»

Al recibirse esta nota dirijida á la Junta el mismo Cabildo que ya empezaba á ver las cosas como demasiado eventuales y apuradas, hizo llamar y reunir á los Diputados que pudieron ser hallados con mas premura, para que abriesen el pliego, y deliberasen sobre el particular, en union con el Ayuntamiento. (10) Difícil era arribar á nada definitivo en el Cabildo, bajo el imperio de Pagola que no queria transigir sino cambiando el gobernador. El único recurso que quedaba, era nombrar una comision conjunta de Capitulares y de Representantes que entrasen á mediar entre los gefes de ambas fuerzas enemigas. A las - de la noche regresó la Comision del cuartel

(10) Se reunieron los RR. Pinto, Escalada (don Francisco,) Alzaga, Piñero, Ramos Mejia (Ildefonso,) Rivadavia (Santiago) y Victorio Garcia Zúñiga.

general del gobernador. Este convenia en que ambos partidos dejasen la resolucion soberana y dirimente del conflicto á la decision de la Junta, prometiendo obedecer lo que ella resolviera. Llamados á la Sala Capitular, Quintana, Pagola, Bares, Malavés y otros gefes, se les propuso que accediesen á lo que el señor Rodriguez proponía. Quintana respondió que él dependia esclusivamente del Cabildo, y que obedeceria todo lo que este Cuerpo le ordenase: dijeron los demas exactamente lo mismo. Con esto se retiraron los Gefes sublevados á la plaza; y el alcalde Dolz invocó el patriotismo de la Junta á fin de que deliberase y propusiese algo que fuese un *arreglo ingenuo*, por que de otro modo aquello iba á convertirse en un cuadro espantoso de horrores y de matanza. Los RR. observaron que allí nada podian deliberar, pero que iban á hacerlo en otro lugar mejor adecuado donde tuviesen para ello mas quietud y mas libertad, asegurando que comunicarian al Cabildo su última proposicion.

Los del Cabildo y los sublevados querian ganar dos ó tres días para que Dorrego viniese en su auxilio. Rodriguez estaba resuelto por lo mismo, á atacar el dia 5, sin ninguna demora; tomar la plaza costase lo que costase é impedir la llegada de ese auxilio que podía serle funesto.

En una nueva nota el Gobernador le decia á la Junta—«Estas legiones se acercan, por amor al órden, y para redimir á la Patria de los vejámenes en que fué envuelta la noche del 1º. Toda aceleracion en el despacho es sobremanera interesante. La gente está llena de un ardor estremado, y tal vez me será difícil contenerla. Pongo en la consideracion de V. H. este único motivo, que es muy grave para quien ve las cosas de cerca.»

La Junta se retiró de su casa á la una de la noche y escogió el Convento de San Juan (Capuchinas) para deliberar; por que allí quedaba yá bajo la inmediata proteccion de las fuerzas del General Rodriguez. (11) Despues de maduras reflexiones, resolvió: *primero*:—Que ratificaba en el general Rodriguez el nombramiento de gobernador, á quien todos debian obedecer: *Segundo*:—Que se declaraba una franca y solemne *amnistia general* á favor de todos los comprometidos en los hechos del 1º de octubre, garantiéndosela la Junta, é interpelando tambien el honor del gobierno. *Tercero*: Soltura y libertad inmediata de todos los presos y prisioneros que tuviese uno y otro partido.

(11) Véase el papel publicado por el Presbítero don Mariano Zavaleta en defensa de su hijo, el Cabildante don Ventura Ignacio Zavaleta.

El dia 5 á las 7 de la mañana entró el diputado don Félix Alzaga á la plaza á notificarle al Cabildo y á los sublevados esta resolucion de la Junta : Los revolucionarios la rechazaron en el acto y propusieron que se reuniese el pueblo á elegir doce representantes mas, que unidos á los actuantes reconsiderasen ese acuerdo. En estos nuevos negociados pasaba ya el dia. Pero á las 12 de la mañana, el gobernador Rodriguez dió por terminada toda negociacion pacífica, y volvió á echar sus guerrillas amagando ya un ataque general. Pagola habia colocado una parte de sus mejores soldados en dos fuertísimos cantones: situado el uno en el café de *Mallcos* (esquina del Colegio) y el otro en la alta azotea de Elorriaga (esquina de San Francisco) y defendidos ambos por la metralla de la plaza. Era indispensable hacer desalojar estos dos puestos para poder penetrar al centro. Despues de algun tiempo, los asaltantes pudieron ocupar el *Colegio* y las torres de *San Francisco.* Desde sus alturas hicieron desalojar, aunque con pérdidas dolorosas y recíprocas, aquellos dos fuertes cantones. El gobernador se situó entonces en el atrio de *San Francisco;* y habiendo avanzado tiradores por las azoteas hácia la plaza se trabó sobre ellas una verdadera batalla en la que los combatientes se amparaban de los parapetos. Pero desalojados al fin los artilleros de la calle del *Cole-*

gio, entró á la plaza un enorme grupo de los *Colorados* de Rosas, (12) causando una tremenda confusion. Otros grupos se abrieron con esto, fácil entrada por las calles *Victoria* y *Defensa* trabándose así un combate de cuerpo á cuerpo entre los dos bandos. Invadida la plaza ya era imposible su defensa. Los gefes de la rebelion, y los Capitulares comprometidos en ella, huyeron para no caer en manos de los vencedores. Infinidad de Cívicos se evadieron tambien por las casas y azoteas adyacentes, pero dejando un gran número de prisioneros, de heridos y de muertos.—«Aquí fué (dice el testigo que antes hemos trascrito) donde todos revueltos se mataban unos á otros sin compasion. Muchos de los facciosos, metidos detras de los pilares de la Recoba nueva, prefirieron morir á rendirse... Porcion de heridos yacian en las calzadas esperando el turno de las *camillas* para ser llevados á los hospitales, ó el de morir allí sin socorro. En uno de los costados de la *pirámide de mayo* se veia una dolorosa cantidad de cadáveres apilados, que daban horrible tes-

(12) Pero es de advertir que á este no se le vió un solo instante en los lugares del peligro; y se dijo que daba sus órdenes tomando mate en la puerta de su casa que era la que ocupa la cuadra de *Moreno* entre *Bolivar* y *Perú*. Rosas era personalmente muy cobarde.

monio de la bárbara matanza producida por
. lucha.

«Despues del último tiro todo quedó en silencio:
o se dió un solo viva: ni festejo, ni signo algu-
o de alegria pública. Nadie se ocupó de otra
)sa que de socorrer indistintamente á los he-
dos, y de recoger los cadáveres, que habrán
ido de 180 á 200. » Este accidente es honorí-
co, por que prueba que el partido vencedor la-
ıentaba la amargura de una victoria fratricida;
para hacernos una idea de lo vidriosas que ha-
ían estado las cosas, veamos como concluye el
ísmo contemporáneo que hemos trascrito:—
sta ha sido la feliz terminacion del suceso
:l 5. Pero ¿cuál habria sido si hubieran
ncido los contrarios?—1° El saqueo por
chusma de poncho *agrupada en las es-*
inas: y esa misma noche se les reunen
cuatro á cinco mil hombres de canalla,
no hubieran sido vencidos:—2º La pros-
pcion y la Horca.... Ya V. conoce bien:
ese hombre—don Pedro José de Agrelo.
·gola ha fugado con muchos otros: han
lo tomados el Alcalde de 1.er voto don Juan
›rberto Dolz, el 2º Comandante de Cívicos,
n N. Salomon (13) y varios otros cómplices

13) Hermano del famoso malvado que fué despues ge-
le la *Mazorca* durante la tirania atroz de Rosas; fué
gado, fusilado y puesto en la horca en Noviembre de
0 á consecuencia de su complicidad en ese motin.

de los que cinco sargentos fueron tambien ejecutados. Los muertos han sido enterrados en la plazuela del Fuerte, y en los corrales de los templos inmediatos; lo cual se ha hecho á prisa en esa misma noche para disminuir la consternacion y las lágrimas del pueblo. Los vencedores parecian vencidos: no se les oia una palabra: rehusaban cuanto se les ofrecia, como no fuera agua pura, y guardaban con admirable obediencia las órdenes de sus gefes. El pueblo entero lo declara y alaba esas tropas de su campaña tan leales como bravas » (14)

El sentimiento unánine de las clases cultas y ricas, la conviccion de todos aquellos que tenian intereses normales en el órden público, en la prosperidad y en el progreso social, y que por lo mismo estaban ligados á la consolidacion liberal y legítima del pais y de su gobierno, era que en la JORNADA DEL CINCO DE OCTUBRE la Provincia de Buenos Aires habia salvado su precioso porvenir y el de la nacion trasmitando uno de esos cataclismos que sacan de quicio los fundamentos de la vida de los pueblos. Al nacer ligada con tan felices coincidencias, no era estraño que la rehabilitacion de los hombres y de las grandes tradiciones de la época

(14) Véase la importante nota que va al fin de este capítulo.

directorial, despertase por un lado en el seno de la vigorosa burguesia de la antigua capital, un sentimiento general de satisfaccion, pronto á echarse en el desarrollo de todo aquello que hace próspera, luminosa, entendida en letras y ciencias, la resurreccion liberal de una época cuyos gloriosos recuerdos eran y serán eternamente el honrosísimo patrimonio de Buenos Aires. No lo era tampoco que comenzaran á condensarse las ofensas, las aspiraciones frustradas, y las enemistades personales, en camino de remontar una nueva oposicion, y que á la remota distancia de los sucesos debia producir nuevos y oscuros gérmenes de lucha. (15)

(15) ¿A quien, se figuran nuestros lectores, que se debió el sangriento y terrible triunfo del general Rodriguez sobre el bravo *Segundo Tercio* de *Cívicos* y sobre el temerario coronel Pagola? Segun el señor Vícuña Mackenna se debio á los CHILENOS!.... para él estos Chilenos, son como los enjambres de las moscas en el campo que aparecen sin ser vistos donde quiera que hay sangre, batalla, matanza, catástrofe, y otras inmundicias. Oigamos y júzguese:—«El gobernador Rodriguez *con unos pocos* veteranos que salvó de la Ciudad, corre en el acto á las Bruscas y pone en libertad á los *Chilenos* que Dorrego habia tomado prisioneros en *San Nicolás*. Vuelto sobre la Plaza, Rodriguez no trepida en el ataque: ORDENA Á LOS CHILENOS y á los *pocos* veteranos de que disponia, el asaltar las trincheras, sable en mano, lo que AQUELLOS ejecutaron con su acostumbrado denuedo.... Cerca de 400 cadáveres quedaron tendidos por las calles y los mas eran de aquellos *bravos prisioneros*

Bajo la lisongera impresion de una victoria que en el sentido público aseguraba la solidez del régimen liberal y representativo en la provincia de Buenos Aires, pensó el gobierno que era político y consecuente con las ideas populares, celebrarla dando gracias al Creador del Universo en el templo católico. El *Te Deum* llamó una enorme concurrencia como en las grandes *fiestas pátrias*. Atestada de gentes estaba la espaciosa iglesia, cuando derrepente se acerca un militar al gobernador, y sin respeto al ceremonial, le habla al oido. El general Rodriguez llama al doctor Castro Presidente del Tribunal Superior de Justicia, le deja su asiento, y sale del templo seguido de algunos edecanes y gefes de la guarnicion. Una inquietud general y febril se propaga entre toda la concurrencia. Apenas llega el gobernador al Fuerte se disparan los tres cañonazos de alarma; y los atambores salen tocando generala alrededor de los cuarteles, al mismo tiempo que

de San Nicolás que así morian por una causa agena y desconocida, sin mas título que ser contados los PRIMEROS ENTRE LOS VALIENTES.» Estos primeros entre los Valientes eran sin embargo prisioneros de otros que por lo visto eran *segundos entre los cobardes!* qué hubiera sido si no hubiesen sido prisioneros sino vencedores! Esto es sublime! Cuando la monomania no se hunde en la demencia, es de cierto la mejor de las comedias para hacer reir. La idea no es mia sino de Erasmo en su libro *Encomium Moriæ*.

ayudantes militares recorren á galope las calles llevando órdenes, y que un tren de artilleria toma posicion en la plaza de la *Victoria*. ¿Qué hay?.... se preguntaban las gentes corriendo por las calles—y se les contestaba: «Dorrego avanza con su ejército sobre la ciudad.» Y en efecto, ese era el aviso que habia recibido el gobernador.

Verdad era que despues de la jornada del 5 habian quedado serios cuidados y dudas sóbre cual seria la marcha que adoptaria Derrego. Nadie sabia en qué espíritu habria recibido la noticia de los acontecimientos; y no faltaba quienes aseguraran que teniéndose por gobernador legítimo, estaba decidido á resistir la intriga desleal con que habia sido destituido, y á negar su obediencia al general Rodriguez. Pero otros que creian conocerlo mejor, se resistian á esa sospecha y aseguraban que era un patriota intachable, incapaz de ligarse á los atentados de Pagola ó de venir á atacar á mano armada al pueblo de Buenos Aires.

De cualquier modo que fuera, Dorrego tenia á sus órdenes como mil y tantos hombres segun constaba de los estados que él mismo habia pasado pocos dias antes. La tropa era buena; y mandada por él, era difícil que las milicias del Sur pudieran hacerle frente en campo abierto. De manera que si el pueblo tenia que reducir su defensa al rádio interno de la ciudad, era de

temerse, ó mas bien era casi seguro que los *vencidos del dia cinco*, y la crecida plebe que tenia afinidades notorias con ellos, se incorporaran á Dorrego; y entonces la situacion podia hacerse desesperada para los vencedores.

El último chasque decia que dejaba á Dorrego en el Luján en marcha hácia la Capital. Habia, sin embargo de todo, un antecedente que hacia esperar que el conflicto no fuese tan grave como se temia. Dijimos antes que el Cabildo habia oficiado á Dorrego con fecha 2, diciéndole que el 1° á la noche se habia producido un cambio total de cosas: que el Ayuntamiento *habia reasumido el mando de la Provincia abandonado* y abdicado por el gobernador Rodriguez. Como esto se habia reproducido ya varias veces en este mismo año, sin que nadie hasta entonces hubiera osado desconocer en el Ayuntamiento la *autoridad* y *la representacion originaria del pueblo*, Dorrego debió tomar como legítima (y lo era, á estar á los antecedentes consagrados) la notificacion y la órden que se le impartia como á general del ejército que le habia dado el mismo Cabildo en una circunstancia exactamente igual. Sin embargo, Dorrego habia recibido dos dias antes la notificacion de que el General Rodriguez habia sido nombrado Gobernador por la Junta de RR. y lo habia dado á reconocer en su Divi-

sion (16) Absteniéndose con prudencia de proceder de pronto, y de marchar en apoyo de la asonada de Pagola, como se lo ordenaba el Cabildo, prefirió esperar mas datos, y conocer los sucesos antes de tomar una resolucion. Al efecto, despachó con pliegos al Sargento Mayor don Angel Pacheco. Pero el dia 5 recibió nuevos y urgentísimos oficios del Cabildo, datados el 4, participándole que la Ciudad estaba rodeada por *numerosísimas bandas* de gauchage: que iba á ser asaltada y saqueada; que los Cívicos estaban resueltos á sostenerse en la plaza á toda costa, que por consiguiente se interpelaba su patriotismo y su honor militar para que viniera *prontamente* á intermediar en la furia recíproca de los bandos, á fin de que el pueblo, salvado de una cátástrofe espantosa pudiera darse un gobierno con entera libertad. Nadie, en su lugar habria vacilado; y Dorrego se puso en marcha hácia la ciudad. Que tuviese ó no otros propósitos detrás del simple y estricto cumplimiento de su deber, no es del caso: lo justo es considerar que en su situacion, nadie habria rehusado

(16) Véase la Gaceta del 18 de Octubre *(Oficio del señor General Coronel D. Manuel Dorrego)* en donde consta que el reconocimiento de Dorrego *fué entregado en la Sala Capitular el lúnes* 2 de Octubre *durante la sedicion* y que NO SE LEYÓ AL PÚBLICO. Esto solo basta para vindicarlo de todo cargo sobre participacion directa ó indirecta en la asonada.

acudir al llamado del Cabildo; y que poniéndose en marcha cumplió con su deber.

Ese fué sin embargo uno de los grandes crímenes que le atribuyó el partido vencedor para perseguirlo. Se necesitaban pretestos, y él mismo los dió con la lealtad y con la rectitud de su conducta. Si hubiera estado confabulado con los sediciosos de la noche del 1º de Octubre, si hubiera estado convenido con Pagola y con Agrelo, habria venido en el momento del motin con la decision y con la rapidez que le era genial en todas sus empresas; y entonces, la causa del general Rodriguez era causa perdida, porque Dorrego tenia un fuerte partido popular, era hábil, tenia tropas, y estaba muy lejos de inspirar á la comunidad las resistencias desesperadas que inspiraba Pagola. Pero la verdad es que los conjurados del 1º de Octubre habian pensado en excluirlo por sus disidencias anteriores del mes de Julio; y que solo apelaron á él, tarde ya y como último recurso, invocando la autoridad legítima del Cabildo y no el interés de la sedicion misma: lo cual lo exhoneraba de todo cargo justificado. (17)

(17) «En el momento en que escribo (decia el P. Castañeda en el *Filantrópico)* son las 8 de la mañana del [illegible]
« de Octubre, y estamos esperando la intimacion del General Dorrego que abandonando su posicion, se ha vuelto contra la capital, *llamado sin duda por los anarquistas que nada* habrán dejado por intentar para envolvernos

La opinion pública no confundia pues á Dorrego con los sediciosos de profesion. La moderada justicia con que habla de él el P. Castañeda, que era el escritor mas hiriente y mas procaz contra todo lo que era contrario á la persona ó al gobierno del señor Pueyrredon, prueba que Dorrego se habia mantenido en términos prudentes y lejítimos, Estaba tan ageno de lo que debia suceder en la capital el 1° de Octubre, que ese mismo dia hacia reconocer y jurar en su division al

en todo género de males. A media noche, la Fortaleza hizo señal con tres cañonazos, é inmediatamente se coronó la plaza y azoteas con inmenso pueblo. Se ha mandado tomar satisfaccion al general de sus precipitados movimientos, y no dudamos que será batido. . . . . pues el pueblo está decidido á no vivir bajo la peste federal de gefes hebdomadarios, por que mejor mil veces es la *tirania* que la anarquia consiguiente á las mudanzas semanales de gefes y majistrados. . . . . Son las doce del dia (agregaba en seguida) y dicen que el movimiento del señor Dorrego no fué mas que un equívoco al que dieron motivo las sugestiones de los que, aùn vencidos, quieren atizar la discordia. Esperamos pues que el general Dorrego no interrumpa el curso de sus victorias; y fácilmente nos persuadimos que no solo *acabará con los montoneros externos*, sino que abriendo tambien los ojos, como los ha abierto este pueblo, tratará de perseguir y de no abrigar ni por un momento á esos *montoneros internos*, que mudando màs formas que Proteo han burlado la vigilancia de los que tenian por Argos, teniéndonos todo el año en una continua sorpresa.»

gobernador nombrado don Martin Rodriguez, de acuerdo, decia—con sus principios de subordinacion militar; y mandaba á la ciudad al honorable Mayor don Angel Pacheco para que á nombre del ejército y del jefe felicitase al gobernador electo.

Dorrego llegó al Lujan sin conocer el carácter y el resultado de los sucesos de la capital. El dia 7 de Octubre tuvo noticia de ellos, é inmediatamente dirigió á la *Junta de RR.* una nota de noble sentido y palpitante sinceridad:—«Con fecha 2 me hizo saber el
« Exmo. Cabildo que el mando de la Provincia
« habia recaido nuevamente en él por la vo-
« luntad de ese pueblo; y de acuerdo con los
« principios de subordinacion y amor al órden
« que siempre me han guiado, fué hecho re-
« conocer en el Ejército de mi mando por Go-
« bernador y capitan general. Con fecha 4
« *me ordenó* la misma Corporacion que me
« pusiese inmediatamente en marcha en au-
« xilio de ese benemérito pueblo que se halla-
« ba asediado y atacado por gruesas partidas
« de caballeria: no trepidé un momento en
« obedecer, animado del deseo de evitar des-
« gracias entre mis conciudadanos; y asi lo
« hice entender y proclamé al ejército de
« mi mando—Al llegar (hoy 7) á este punto
« se me ha presentado el Sargento Mayor don
« Angel Pacheco, y me informa de la doloro-

« sa escena sucedida en esa capital....Yo sus-
« pendo mi marcha hasta recibir órdenes de
« V. Honorabilidad; pero es muy *de notar*
« para mi, que en todo este tiempo yo no he
« recibido comunicacion ni aun contestacion á
« vários oficios *que le he dirijido* al señor
« General Rodriguez, como verbalmente podrá
« informar á V. H. el condutor de esta, Ma-
« yor Pacheco. En el entretanto, Vuesa Ho-
« norabilidad puede descansar bajo la firme
« inteligencia que *la fuerza de mi mando ja-*
« *más propenderá sino al órden y tranquili-*
« *dad de nuestra Provincia, y al escarmien-*
« *to de los enemigos de ella.*»

Con la misma fecha del 7, en que Dorrego dirigia esta comunicacion á la Junta de RR., la Junta, le dirigia á su vez á Dorrego una nota acre y casi hostil, que no tenia razon alguna de ser:—«Acaba de saber la Junta con la ma-
« yor sorpresa que V. S. *por comunicaciones*
« *que le hizo una parte pequeña del Cabildo,*
« en los momentos de su *efímero* y *tumultua-*
« *rio mando,* por equivocados conceptos, *fal-*
« *ta de datos positivos* ó por otros principios
« que la Junta se hace violencia en creer, se ha
« puesto en movimiento hácia esta ciudad, aban-
« donando el principal objeto de su destino,
« y la seguridad de la Provincia, que, por
« este paso irregular, queda espuesta á una
« libre é impune invasion del enemigo, con

« consecuencias de alta y lamentable trascen-
« dencia de que *en todo tiempo será V. S. el*
« *único responsable.* Omitiendo la Junta ha-
« cer á V. S. otras reflexiones sobre tán per-
« nicioso paso....ordena á V. S. que en el
« acto suspenda toda marcha en cualquier
« punto en que se halle y obedezca las órde-
« nes del gobernador y capitan general Ro-
« driguez, bajo el mas sério apercibimiento y
« responsabilidad á los males inevitables que
« no deben esperarse de V. S. por *el amor*
« *al órden* y felicidad de la provincia que
« V. S. ha acreditado en sus anteriores vic-
« torias contra sus enemigos, y que esta Jun-
« ta nunca olvidará para conferirle á su tiem-
« po el respectivo prémio.» El proceder de la Junta era tan innoble como chocante; y en cuanto al prémio, que ella ofrecia como una dádiva soberbia, mas bien que como un acto bien merecido, se convirtió muy pronto en un destierro tanto mas injusto cuanto que no tuvo mas motivos que personalidades viejas y rivalidades nuevas. Rodriguez no podía olvidar los satíricos comentarios que Dorrego hacia de las malhadadas campañas del nuevo gobernador en el Alto Perú. (18)

(18) Dorrego fué destituido á los pocos dias por el General Rodriguez, y confinado, por precaucion, en San Isidro. A los pocos meses fué confinado á Mendoza.

Mientras se aseguraba en su terreno, el nuevo partido centralista y unitario, protestaba y clamaba contra el cargo de *pueyrredonista* y *directorial,* que no cesaban de hacerle sus adversarios, como si tal cargo envolviese una calumnia intolerable ante la justicia del pueblo. Y era que en efecto, cualquiera que fuese el predominio de la burguesia ilustrada y rica que constituia la fuerza de ese partido, se movian todavia en los senos populares, y en la opinion, enemistades y obstáculos que no convenia atropellar de frente; y de ahí que el sistema de cosas tradicional resucitase á la vida tratando de vestirse ó de disfrazarse con hombres nuevos; repeliendo á los que le habian dado antes su vida y su fuerza; para esquivar su contacto y darse apariencias de no ser ni prójimos siquiera de los hombres del pasado. Pueyrredon, Tagle, y otros pocos quedaron excluidos y condenados como Saturno por sus hijos los

Indignado él de este tratamiento, y aburrido de su largo destierro, dejó á Mendoza por su propia voluntad, y se fué al Alto-Perú buscando la amistad y la proteccion de Bolivar y de Sucre, con quienes trabó estrecha relacion. Pero cuando en 1826 se pronunció la oposicion de todos los caudillos provinciales contra la persona de Rivadavia, Dorrego logró hacerse nombrar Diputado Nacional en *Santiago del Estero* por el mismo Felipe Ibarra cuyos auxilios de tropa habian solicitado poco antes el coronel Paz. Incorporado al Congreso se hizo el gefe de la oposicion.

nuevos dioses del nuevo Olimpo. Rodriguez, Rivadavia, Garcia, Agüero, Gomez, Lopez, Luca, Varela, Gallardo, Gil y cien otros cuya procedencia se vé con solo nombrarlos, tomaron la primera línea en el partido reformado.

El poder unitario estaba ahora concentrado en la Junta de RR. y en el Gobernador de la Provincia, como antes lo habia estado en el Director y en el Congreso. Pero cuando los prestigios y los vapores del triunfo militar y político del 5 de Octubre, envolvieron en el incienso de los *te-deum* y en el humo de la artilleria los pasados temores y recelos, ya no hubo para que ser prudente: — El nuevo gobierno tenia en efecto su origen en los hombres ilustres de la época de Pueyrredon, y aunque habia destituido á su glorioso ge-fe para renovar su sávia, era continuador de aquellas tradiciones, y aspiraba á reanudar los vínculos nacionales en un nuevo Congreso unitario y constituyente. El Gobernador y la Junta lo declaraban asi con la toda franqueza. (19)

(19) El Gobernador decia en una de sus arrogantes proclamas—« Ellos me incluyen en lo que llaman *faccio*n
« de Pueyrredon. Son muchos los hombres que han ser-
« vido diversos destinos en la anterior administracion
« directorial y solamente el atrevimiento de la iniquidad
« puede calificarlos á todos de delincuentes. ¿Cuál es el
« juicio, cuál el Tribunal, cuál la ley que los ha conde-

Si el nuevo partido unitario no se hubiera presentado en la escena internamente reformado, para ofrecer al pais el mismo núcleo tradicional, pero distintamente acomodado, no habria conseguido reaccionar. Su habilidad estuvo en la persistencia de sus miras y en la reforma de su propia constitucion *interna* por medio de *sangre nueva.*

Fortificando la doctrina con los hechos, para asentar bien su poder, la Junta de RR. le daba al Gobernador *nuevas Facultades Estraordinarias*, diciéndole que entre ellas le conferia la de—«proceder al juicio de los reos y á la im-
« posicion de las penas, por los medios que le
« bastasen á cerciorarse del delito y del delin-
« cuente, sin detenerse en la lentitud y trabas de
« las formas ordinarias, por exijirlo así la su-
« prema ley de la salud pública de esta benemé-
« rita Ciudad y Provincia.» (20) En consecuen-

" nado? Yo no pertenezco á faccion alguna: soy parti-
" dario del bien de mi patria: soy enemigo de los que
" tratan de arruinarla.... Hay fuera de Buenos Aires
" una terrible liga contra la libertad de Buenos Aires y
" de las demas Provincias: liga que elige, por medios,
" los desórdenes y la anarquia para entregarnos al yugo
" del despotismo. Se pone en ejercicio contra nosotros
" la máxima de *dividir para dominar*. UNÁMOS por lo
" mismo nuestras fuerzas morales y nuestras fuerzas
" físicas; y veremos pronto restituido el esplendor de
" esta Provincia y de TODA NUESTRA PÁTRIA.»

(20) Comunicacion Oficial del 7 de Octubre de 1820: inserta en la Gaceta del 18 del mismo mes.

cia, el Gobernador hacia fusilar en la Plaza del 25 de Mayo al comandante Salomon que habia figurado á la cabeza del 2° Tercio en el motin del 1º de Octubre, á un tal Garcia, á un tal Gutierrez; al mismo tiempo que se activaban los procedimientos contra Dolz: quien, despues de haber corrido un peligro inminente de ser fusilado, salvaba á duras penas solo por pertenecer á una familia de las mas distinguidas del municipio, y por estar vinculado á otra de no menos notoriedad que hicieron esfuerzos inauditos por arrancarlo á las duras exijencias de la justicia política. (21)

La Junta de RR. se mostró mas franca todavia que el mismo Gobernador, para declarar que sus miras políticas tendian á reorganizar la Unidad Nacional sobre la base de la ciudad y del municipio de Buenos Aires. Ella creyó de tanta urgencia hacerlo saber á todos, que para decirlo en su famoso *Manifiesto* no esperó que se produgese la lucha con los descontentos, que todos preveian, ni el triunfo del 5 de Octubre; lo lanzó el 28 de Setiembre, apenas electo el Gobernador Rodriguez que completaba la restauracion del partido. Ese Manifiesto tenia miras y conceptos que son hoy de la mayor importancia para esplicarnos el carácter de los su-

(21) Era casado con la señora doña Juana Rosa Ugarte.

cesos pasados y de los que debian continuar la historia de aquella época ilustre—« Así que esta Junta ha sido llamada por el sufragio del Pueblo al árduo ejercicio de sus funciones, uno de los primeros movimientos de su celo lo ha dirigido al exámen del estado presente de la Nacion.» La Junta lo consideraba aflijente y desconsolador—«Esa máquina política que con la primera rotacion supo imponer respeto á sus agresores y atraerse el interés de las naciones sábias,—yacia rota por el volcan de la anarquia, que los enemigos del pais habian sabido fomentar con diabólica destreza:—Ha desaparecido hasta el carácter nacional; ha desaparecido el comercio interior por la interrupcion de todas las vias interprovinciales; y la riqueza pública está arruinada. Pero, que no canten el triunfo esos enemigos y los cómplices depravados que les sirven,—siempre que las Provincias Unidas, volviendo atrás los ojos, recuerden el hermoso oriente de su gloria en 1810, recuerden el acta memorable de 1816, y traigan á juicio *el compromiso solemne en que están para con millones de almas,* (22) *para con las tiernas generaciones, para con el mismo autor del Universo,* á quien pusieron por garan-

(22) Es evidente que esto se refiere á la Europa liberal, y á la necesidad de atraer la emigracion industriosa del viejo mundo.

te de la soberania é independencia nacional, jurando que tenian recursos bastantes y voluntad inquebrantable para fundarla: siempre que estiendan la vista al porvenir, que consideren la grandeza de nuestros destinos futuros, destinos de gloria que la imaginacion mas enérgica no puede abarcar; entonces no podrán menos que ver cortadas estas dos épocas luminosas del pasado y del porvenir por un abismo de oscuridad y de oprobio, por que distraidos por intereses bastardos quedaremos sin un centro vital, cuya falta basta para que desaparezca la respetabilidad y el poder nacional, sin lo cual no habrá el porvenir que anhelamos, así como no habria habido ese pasado de que nos gloriamos.» La Junta sabia que todas las provincias se hallaban en las mismas disposiciones; y esto era para ella una prueba de la sanidad del cuerpo social.—«Por su posicion geográfica, por sus producciones, por los vínculos tradicionales, y por mil otros motivos, las Provincias Argentinas forman una union tan natural, que toda separacion entre ellas tiene que ser violenta y estraña á sus deseos esenciales.» Estaba pues en sus manos presentar desde luego esta obra lenta de los siglos que se llama una Nacion Constituida; y correspondia á las autoridades realizarla con solo el esfuerzo de su voluntad. Para ello, era preciso sin embargo anular antes *á los agentes de la dis-*

cordia y temer sus nuevos planes. «Ellos son hoy mas activos y mejor combinados: y solo podrán ser reprimidos, si los que tenemos la gloria de ser agentes de la UNION NACIONAL nos apresuramos á reunir en UN FOCO todos los rayos del Poder Público que hoy están diseminados y sin la actividad conveniente.» La Junta se declaraba pues francamente Unitaria y Directorial—«Dar una cabeza á estos miembros hoy separados, formar un centro comun, depositario de la confianza general de todos los pueblos, que por su respetable interposicion, ó *poder,* sofoque en su nacimiento las diferencias indispensables que entre ellos se suscitaren, *reorganizar nuestra máquina social* de modo que sea capaz de dar impulso á sus resortes y de *recuperar la grande rotacion* correspondiente á sus destidos: tal es la importancia, tales los objetos del Congreso Nacional que hoy se anhela por esta Provincia de concierto con las demas. Sin la existencia de este cuerpo, y sin el convenio de las provincias en *darle este poder para exterminar* las discordias, este templo que se ha estado levantando en diez años de libertad, *este asilo que se ha estado fabricando para todos los hombres industriosos del resto de la tierra,* va á quedar convertido en teatro vergonzoso de guerras civiles, de devastacion y de sangre. .... Ya las carabanas del comercio que poco

antes cruzaban todos los caminos del interior, repartiendo entre los pueblos la vida y la riqueza, hoy son escuadrones armados de hierros fratricidas para la matanza, el pillaje y la ruina en general. Buenos Aires cuenta empero con bastantes recursos *para reducir á su deber á los miserables que la provocan.»* Pero lo importante era que no quedase vivo el gérmen, y que los pueblos se unificasen para sofocarlo—«*Nada importante se habrá hecho mientras las Provincias no vuelvan á entrar en la carrera, para que el Poder combinado de la Nacion impida y castigue toda via de hecho en los pueblos hermanos; via que solo pudiera tolerarse cuando, en casos estremos, fuese autorizada por el Cuerpo Augusto Nacional. Si no damos al sistema político ese tono enérgico, al mismo tiempo que justo y benéfico, las bocas del abismo quedan abiertas;* y esta Nacion que ha querido formarse en el luminoso siglo 19, mostrará, para vergüenza del nombre americano, un atraso de diez siglos. Entonces esta Nacion que ha querido aparecer en el horizonte político trás la Constelacion brillante del Norte, será solo para el mundo un cometa aterrador ó un meteoro espantoso. ¿Qué títulos haremos valer en los gabinetes para merecer la consideracion ó la amistad de las naciones? ¿Qué respeto impondrán nuestras fuerzas cuando solo estén

empleadas, de un estremo á otro, en luchar y en acabarse á sí misma?» La Junta no podia menos de confesarse profundamente afectada de este descrédito en que el pais iba cayendo, precisamente cuando todas las circunstancias de la política exterior, empezaban á hacernos esperar que llegábamos ya á tocar el momento de que nuestra independencia fuese reconocida por la Inglaterra, por los Estados Unidos y por el Portugal. Estas razones de tan alta importancia eran las que habian estimulado á la Junta á tomar la iniciativa y provocar la reunion de un nuevo Congreso.

Hé aquí el punto de arranque del famoso *Partido Unitario*, salvado por Dorrego, defendido por Rosas; y encabezado despues por el hombre prototipo de sus ideas y de sus aspiraciones—don Bernardino Rivadavia. Toda la política de este ilustre patricio está ya escrita, desde antes que él viniera de Europa, en ese importante y solemne *Manifiesto* que acaba de leerse. (23)

(23) La intervencion de Rosas en la rehabilitacion del antiguo partido directorial, que dió á luz, de su seno, al partido unitario, es una de las peripecias mas curiosas del Año de 1820.

Era en efecto verdad, que el vecindario, las familias de tradicion, los estrangeros lo mismo que los nacionales se esmeraron á cual mas en elogiar la moderacion, la sumision y el órden con que se habian conducido los *Colorados de Rosas*. Referíase que si al pasar por las ca-

lles alguien les habia obsequiado con bebidas, las habian arrojado al suelo; y si con alguna dádiva, la habian rehusado. Los periódicos del tiempo contienen innumerables anécdotas de este género; y uno de ellos agrega que —« daban á entender que si el *Motin Nocturno* habia sido « efecto de la embriaguez, el ataque de los *virtuosos Es-« cuadrones de Rosas* era el fruto y el efecto del zelo patrio, « de la lealtad, de la razon, y en fin de un *santo* y ma-« duro acuerdo. Mil ejemplos acreditan que el Ejército « Salvador traia en el ánimo la moderacion y la templan-« za unidas al valor, como el *laurel* y la *palma* de la vic-« toria.»

Lo que habia inspirado estos arrebatos de admiracion al escritor unitario, eran algunas trivialidades vulgares, y de género comun, que contenia una proclama de despedida que Rosas á nombre de *sus Colorados* habia dirigido á los habitantes de la Capital—« Me despido de voso-« tros, compatriotas! El 5º Regimiento del Sur es *Amigo* « *de todos:* es *Hermano de todos!*... ¡ Primer Tercio, Ter-« cio Segundo, Tercio Tercero de Cívicos, Ciudadanos « todos y cada uno: recibid los votos que os hago presen-« te, á nombre de la *Division* que mando: Odio eterno « á los tumultos: Amor al Órden: Fidelidad á los Jura-« mentos: Obediencia á las autoridades constituidas! « Recibid este desahogo de unas almas patrióticas; y esta « espresion de unos hermanos agradecidos. Creedme « que toda nuestra satisfaccion consiste en *haber tratado* « *de ser virtuosos;* y la mia particularmente en *haber obe-« decido* sirviendo al pueblo en que nací y á la provincia « á que pertenezco.»

Este hipócrita papel, característico de la alma felina y rampante que clavaba ya su vista en el lejano poder como en la presa que codiciaba, reventó las cuerdas del entusiasmo, y de la cordura tambien, en los aplausos que el partido unitario le prodigó. Un periódico decia— « No podemos menos que hablar algo sobre el maní-

« fiesto que nos acaba de dar el AMABLE Y EN GRADO « HERÓICO BENEMÉRITO JÓVEN don Juan Manuel Rosas: « todo él es un vistoso ramillete de pensamientos. « Pero, sobre todo aquella espresion unánime y acorde « de esa oficialidad que lo acompaña y que por tantos « títulos es honorable: de *Obediencia—Fidelidad—Fir-* « *meza: son nuestros pareceres.*» Ved aquí Americanos, « unos Catones con espada: unos Cicerones armados. « Estos son los que mejor que César vinieron, vieron « y vencieron.» Y por este estilo, de éxtasis en éxtasis, arrobado en las álas del entusiasmo místico, y con la heróica trompa en los lábios, el escritor se postra al fin y le dice á Rosas—«Por Dios! por Dios! Oh jóven Co- « mandante del 5º Regimiento de Campaña, no seas tan « encantador, tan déspota y tan tirano....» Que ludibrio!... Fray Cayetano Rodriguez el virtuoso y amable franciscano que lleno de inocencia y de candor habia atravesado toda la revolucion sin entenderla, ni mas caudal en su alma que el amor á la tierra en que habia nacido, le dedicaba á Rosas este detestable soneto, que por lo ramplon, es digno al menos del héroe.

Á LOS COLORADOS DEFENDIENDO AL PUEBLO

Nobles hijos del Sud, bravos campeones
Vestidos de carmin, púrpura y grana,
Honorable legion americana,
Ordenados valientes escuadrones.
Plantasteis con honor vuestros pendones
Sobre la ruina de la jente insana:
Ilusoria dejando, inerme y vana,
La trama impura y vil de sus mandones.
La virtud y el valor, el alma han sido
De tan *gigante empresa.* Loor eterno
Por tan glorioso triunfo conseguido.
Llenaos de gloria; que aunque el nuevo Averno
Vomite furias, quedará esculpido
En vuestro pecho leal sensible y tierno.

Rosas se hizo por algun tiempo el favorito de lo mas esclarecido de la burguesia porteña. El gobernador lo tenia á su lado á cada momento: entraba en todos los planes y en las miras de la política interprovincial que el gobierno de Buenos Aires se proponia reanudar con Santa Fé y con las demas Provincias del interior. Era recibido como en palmas en las tertulias con los Lucas. El señor Agüero, Anchoris y los principales corifeos del nuevo partido inspiraban la renovacion placentera y laboriosa de la vida social. Allí era Rosas, como ya lo hemos indicado, el texto que servia á todos los comentarios de la economía fisiocrática á cuyo desarrollo se pensaba confiar la prosperidad pública.

Pero Rosas no era hombre de contentarse con esos límites de *chiche* en que pensaban lucirlo sus eminentes padrinos del momento, y ya veremos como fué que no encontrando en ellos los elementos de influjo político y de fortuna que buscaba para su propio provecho, comenzaron á producirse y acentuarse, el descontento primero, las quejas despues, el rompimiento y la guerra al fin. ¿No es esa la marcha de todos los tiranos? ¿No han comenzado todos por la mentira y por la hipocresia?

Pero esto es adelantarse mucho á los sucesos. Por lo pronto, la union del general Rodriguez con Rosas, era para este un poderoso medio de adelantar su fortuna.

Tenemos pues que en 1820 Dorrego tomaba la direccion del partido unitario, le devolvia la vida y lo rehabilitaba en su influjo: que Rosas, elogiado y bendecido hasta la extravagancia por ese mismo partido, cooperaba á la restauracion del Gobernador Rodriguez, del hombre que lo representó y que lo concentró mejor en la capital, del mismo que unos meses mas tarde, entregaba el poder ministerial á don Manuel José García y á don Bernardino Rivadavia en la forma fundamental y efectiva de un ministerio parlamentario: el único que hayamos tenido. Demas seria contar á mil otros que como el gene-

ral Alvear actuaban en consorcio con los federales y montoneros al mismo tiempo que Dorrego, y que Rosas actuaban con los unitarios! Y vengan ahora el general Paz, y los que lo han copiado, á decirnos sin criterio ni estudio que el partido unitario que asesinó militarmente á Dorrego, que tanto bregó despues contra la tiranía de Rosas y contra el PARTIDO SEUDO-FEDERAL que sirvió al oscurantismo de ese hipócrita malvado y sanguinario, venian caracterizados desde los primeros años de la revolucion! Con semejante criterio todo quedaria tan revuelto en nuestra historia, que no podria nadie darse cuenta ni entender la filiacion de los sucesos; cuando, por el contrario, tiene nuestra historia el mismo carácter que tiene la de los pueblos cultos de la Europa.

El enlace de las causas con los efectos es en ella lógico y persistente; de modo que su filosofía intrínseca sigue el desarrollo moral y económico del pais, al vaiven y al influjo vário de las pasiones, de los intereses públicos y privados, y de las complicaciones sociales en el desarrollo de su civilizacion y de su riqueza.

CAPITULO VII

LUCHA POR LA PACIFICACION Y POR EL RESTABLECIMIENTO DE LAS ARMONIAS INTERPROVINCIALES

SUMARIO—Punto de partida de la reforma social—Alteraciones y abuso de la antigua institucion concejil—Origen y carácter de sus usurpaciones militares y tumultuárias—Forma y composicion de las *Brigadas cívicas*—Necesidad y ocasion de la reforma—Exceso vicioso con que se ejecutó—Rehabilitacion del partido directorial—Estado de las Provincias—Situacion y espíritu de Güemes—Vínculos y relaciones de Bustos con el gobierno de Chile y con el general San Martin—Actitud de Bustos contra los anarquistas del litoral—Intereses económicos de su provincia—Intereses sociales y políticos de don Estanislao Lopez—Negociaciones pacíficas entre Buenos Aires y Santafé—Intervencion de don Juan Manuel Rosas—Obstáculos que ofreció á la pacificacion la entrega y prision de don José Miguel Carrera—Conferencia del gobernador Lopez y del gobernador general Rodriguez—Rompimiento—Reanudamiento de la negociacion—Aquiescencia de Lopez á las condiciones exijidas por Rodriguez y Bustos—Situacion dificil de Carrera—Su evasion é internacion entre los indios de la pampa—

Connivencia de Lopez bajo ofertas de Carrera—Nobles caracteres de la nueva situacion—Júbilo y satisfaccion del pueblo de Buenos Aires—Sorprendente noticia de un grande atentado—Ataque, saqueo y matanza del *Salto*—Detalles del atentado segun el mismo Carrera—Proclama del gobernador Rodriguez—Fuga de los bandoleros hacia el desierto.

1820
Octubre 20

El estrepitoso y sangriento motin de los primeros dias de Octubre produjo necesidades apremiantes que crearon á su vez nuevos intereses y nuevas ideas administrativas. A la luz de los sucesos, hubo que reconocer que era de todo punto indispensable emprender una reforma séria del órden social; y vino á quedar en tela de juicio todo cuanto se relacionaba con los fundamentos ó principios gubernativos que hasta entonces habian venido subsistiendo como hechos tradicionales mas ó menos adulterados por la labor popular, en el curso de los acontecimientos. Entre estas corruptelas llamaba indudablemente la atencion la manera con qué el Cabildo se habia atribuido la representacion política de la capital: no ya como poder municipal, sino por la añeja tradicion de los *cabildos abiertos* ó asambleas de conflicto público, excepcionalmente permitidas en el régimen colonial, pero que en el régimen revolucionario se habian convertido en una de las funciones ordinarias del Ayuntamiento, dejando

en olvido y en atraso las funciones vecinales que eran las únicas que estrictamente le correspondian por su naturaleza legal. En el régimen colonial el país y el Virreinato tenian un órden político soberano que quedaba fuera de la esfera vecinal. Destronado ese régimen por la accion popular, entró á figurar teoricamente la entidad *Pueblo;* y como en la despoblacion y vasta estension de los campos, y de las provincias, solo el vecindario de las capitales tenia bastante concentracion de fuerzas y de medios para llamarse *Pueblo,* y para actuar como tal, el Cabildo se convirtió espontaneamente en el ajente inmediato y legal de esa nueva y vivaz entidad.

Desde el 25 de Mayo de 1810, todos los actos de la soberania revolucionaria habian tomado carácter político y soberano en la Plaza pública de Buenos Aires y en los balcones de su Ayuntamiento. Era esta corporacion la que tenia el poder eminente de *convocar* directamente al Pueblo, al toque de su campana; la que *proclamaba* y *registraba* como el viejo *Parlamento de París,* las instalaciones, los cambios, los Bandos y las resoluciones de la ciudad, que casi siempre eran leyes nacionales que se ejecutaban y obedecian en los ejércitos y en las demas provincias. Esta facultad de *asentar en sus registros* las resoluciones del pueblo en materias políticas y orgánicas, le daba al Cabildo un poder inmenso, al mismo tiempo que

lo hacia una máquina de perturbaciones puesta al servicio de los partidos y de las sediciones; tanto mas peligrosa cuanto que no era posible regularizar ni moderar los actos de las multitudes reunidas y alborotadas bajo las influencias de la intriga y de la cabala, en el interés de producir cambios y usurpaciones del poder público.

Hasta 1820 todas las manifestaciones inorgánicas y eventuales de la vida política y revolucionaria, habian girado sobre la accion directa que el Cabildo tomaba en ellas, como instrumento unas veces, como promotor de perturbaciones otras veces. Y por ficticio que ahora nos parezca semejante órden de cosas, ese era entonces el principio inconcuso de la soberania popular, que nadie se habia atrevido á tocar; sin perjuicio de que cuando se concretaba en las altas esferas del gobierno un orden superior manejado por una mano fuerte y experta, quedara el cabildo en quieto descanso por la impotencia de las facciones de plaza que eran las que lo ponian en juego. Pero dormitar no es morir; y la máquina quedaba siempre pronta á ser movida: el salon siempre pronto á abrir sus puertas á los tumultos: adulterándose así el poder municipal con el poder y con la representacion política del vecindario de Buenos Aires, convertido en pueblo porteño: y

quiza no exagerariamos la verdad si dijésemos en pueblo argentino.

Pero no solo era esto lo grave, sino que se habian complicado con este desvio otras coincidencias no menos monstruosas. Ademas de ser poder político, de ser oficina de Registros administrativos y legales, era tambien el Cabildo *grande poder militar*. Cuando Buenos Aires tuvo que prepararse á resistir y vencer la formidable espedicion inglesa de Lord Whitelocke fué el Cabildo el que levantó, organizó y pagó con sus propios fondos las *Lejiones de Patricios* que entonces se formaron. Una vez armados, estos batallones triunfadores en las famosas jornadas de Julio de 1807, fué preciso mantenerlos en pié: no solo por la nueva expedicion que á las órdenes de Wellesley (Wellington despues) preparaba el gobierno inglés, sino por las diversas perturbaciones que se siguieron y que hicieron necesaria su conservacion. Despues de la Revolucion, esa necesidad se hizo mas apremiante aún; y las *Lejiones de Patricios*, inspiradas por el ardoroso espíritu de la guerra de la independencia y de las pasiones políticas, no solo vinieron á ser el eje que daba á la sociedad colonial el movimiento febril que se requeria en la lucha contra la España, sinó que constituyeron la base de la defensa y de la seguridad de la Capital en el caso muy probable de que fuese

atacada por mar. Mientras duró la Junta Gubernativa y los Triunviratos que le sucedieron en los años de 1810 á 1813, los Cívicos siguieron en manos de estos gobiernos, que, por su origen y por el centro en que gravitaban, eran esencialmente locales. Por eso, cuando el general Alvear trató de concentrar el poder político y militar en una esfera mas elevada y puramente nacional, los cívicos y el cabildo sintieron atacado su carácter y su predominio local; y entraron como se sabe, en un movimiento de oposicion tan vivo que poco tardó en triunfar del jóven Director. Fueron precisamente el Cabildo y los Cívicos las entidades que hicieron un papel mas eficaz y mas enérgico en esa insurreccion del espíritu civil y urbano contra la centralizacion militar. Desde 1815 los Cívicos quedaron pues bajo el mando directo del Cabildo y sostenidos por los fondos de esta corporacion—que desde 1807 se titulaba ya *Exmo. Ayuntamiento y Brigadier General de los Tercios Cívicos*.

La doctrina de una milicia cuya base sea el municipio, no solo es aceptable en principio, sinó de exelentes resultados. (1)

(1) Todo el organismo militar de la Prusia reposa hoy sobre la union del elemento municipal y del vecindario con las listas elementales de la Compañía, del Batallon, del Regimiento y de la Division, con los ejercicios doctrinales y con los estudios de academia de los

Pero esa excelencia del principio pasivo de la milicia municipal se habia viciado en la primera década de nuestra revolucion. Los Tercios Cívicos estaban movilizados, acuartelados y armados, *bajo el mando del Cabildo*, con esclusion de toda intervencion por parte de las autoridades administrativas de la nacion ó de la provincia: y cuando el general Alvear quiso reformar este órden vicioso, se creyó que lo hacia por asegurarse con el ejército, un poder militar despótico, mas bien que por un principio impersonal de buena administracion. Se sublevaron contra su persona las furias del Cabildo y de los Cívicos; y haber atentado contra la Tradicion Popular le costó caer para no levantarse mas.

Pueyrredon en 1817, hizo en el mismo sentido una tentativa prudente para poner á los cívicos bajo la accion gubernativa de los poderes nacionales. Invocando la urjente necesidad de organizar la defensa de la capital y de continuar con energia la guerra de la independencia, formuló por medio de un decreto la concentracion de todas las fuerzas veteranas y de milicias bajo un plan sério que respondia á la unidad

oficiales. Así es que en todas las tablillas de los caminos que designan las secciones y departamentos municipales y provinciales en Prusia, está tambien la designacion de las categorias militares que les son relativas. (Le Pley: Organization du Travail, pag. 314.)

/ á la direccion uniforme del mando. Pero
ıl momento se levantaron tales protestas que
'ué preciso declarar que ese decreto no tenia
ɔl sentido general que se queria darle, ni la
ntencion siquiera de sacar á los Cívicos de
a obediencia y jurisdiccion municipal que
ɔjercia el Ayuntamiento.

Al principio, es decir—en los momentos de
a victoria sobre Whitelocke y durante los
ɔrimeros años de la revolucion, el espíritu cí-
/ico y de urbano compañerismo, habia sido
ɹn vínculo comun de union entre los tres
Tercios ó *Brigadas*, á pesar de la distincion
de clases de que se componia cada una. El
Primer Tercio correspondia al centro comer-
ɔial de la ciudad, donde estaban aglomeradas
as clases esencialmente burguesas por sus
ɔropiedades, por sus especulaciones mercan-
les y por el ejercicio de las profesiones libera-
ɔs. Habíase aglomerado en el *Segundo Tercio*
ɔda la poblacion de las orillas, que tenia por
ɔnsiguiente una posicion social menos favo-
ɔcida que la del centro, por las relativas co-
ıodidades é influjos de la vida oligárquica;
componian la *Tercer Brigada* las gentes de
olor, *negros* y *mulatos criollos*, que por sin-
ɔulares circunstancias conservaban mas afini-
lades con la burguesia oligárquica que con la
clase plebeya de las orillas. Para esto habia
varias razones—la una era que como todos

los—negritos y mulatillos—habian nacido de las esclavas que servian á las familias, conservaban una relacion de cariño con los *amos* en cuyo respeto se habian criado, y con los hijos de la casa con quienes habian hecho vida comun de infancia: otra razon bastante poderosa era que los orilleros, aunque *plebe*, se tenian por gentes de sangre pura, y menospreciaban al *mulato* ó *negro*, que á la vez se consideraba poco ligado al *compadrito*.

La alta burguesia es poco apta como se sabe para constituir por si sola un poder militar. La brigada de los de sangre mezclada se habia disminuido mucho por las movilizaciones que en gran número los habian llevado al Perú y á Chile; de manera que los *orilleros* del 2º tercio hombres de verdadero temple militar, por su naturaleza y por su número, habian oscurecido el valor relativo de las otras dos brigadas y tomado para si la especialidad social y activa que denotaba la palabra—*Pueblo* y *Cívicos:* ellos solos eran los *cívicos*.

Estas diferencias de vínculos y de propensiones morales, que venia acentuándose desde tiempo anterior, habian acabado por poner en pugna los efectos políticos, las pasiones de partido y los intereses personales del 2º *tercio*, con el partido directorial que aspiraba naturalmente á la absorcion de los *Cívicos* dentro de un mismo órden administrativo y gubernamental

manejado por el Poder Ejecutivo. Largo tiempo habia sido imprudente intentar esa reforma. Pero vencido el motin del 1º de Octubre, sojuzgado y destronado al fin *el Cabildo* por la *Junta de Representantes* que era legalmente un *Poder legislativo* superior al poder municipal, la aglomeracion de lo militar y de lo comunal sobre que habia jirado la Revolucion desde Mayo de 1810 hasta Octubre de 1820, cayó hecha pedazos por la victoria del partido directorial; y vino la ocasion que tanto tiempo se habia buscado, de desarmar para siempre la vieja máqnina de los *Cabildos Abiertos*, *tumultuarios* y *militares*. El gobierno del general Rodriduez pudo hacer, despues de la victoria del 5 de Octubre, lo que no habia podido hacer el general Alvear en 1815, ni el Director Pueyrredon en 1817. Consultada la Junta sobre el caso contestó que —« En el lleno de las facultades estraordinarias que se han conferido al gobierno, está comprendido el tomar las medidas mas convenientes para conservar la tranquilidad pública sobre el particular de la milicia Cívica á que se dirige su citada consulta; y debe tener muy presente los objetos porque fueron concedidas aquellas facultades!» Con esto, el Gobierno resolvió en fecha 20 de Octubre, que desde ese dia quedasen los cuerpos cívicos bajo el inmediato mando del P. E.» (2)

(2) Véase el Bando del 1º de noviembre de 1820 tirado

No era tan fácil resolver tambien desde los primeros momentos la reforma del órden municipal, ni hacer desaparecer los Cabildos. Una multitud de servicios orgánicos estaban deferidos á esa corporacion, en los ramos de mercados, de tributos, de policia, de salubridad, de abastos, con muchos otros cuidados de una necesidad diaria y apremiante. Pero, de cualquier modo que fuese, privada la corporacion del mecanismo electoral que hasta entonces habia tenido en sus manos, privada del mando de sus Cívicos, y concentrado el Poder Legislativo, local y provincial, en manos de la Junta de Representantes, los Cabildos de la forma antigua colonial estaban ya muertos, y solo quedaba el temor de que en algunos arranques convulsivos por agarrar la vida y el poder que se les escapaba, buscasen la alianza de alguna faccion que necesitara darse aires de legitimidad con la renovacion de las pasadas asambleas populares. Como este temor no era del todo hipotético, el gobierno, y el partido ilustre que lo inspiraba, estaban completamente acordes en que era urgente que la JUNTA entrara en la tarea de crear un órden entero de leyes administrativas que hiciera po-

para el arreglo del ejército, que creó la *Legion Patricia* ó *Patricia* en sostitucien de los *Tercios Cívicos*, dándole una organizacion fundamentalmente diversa de la que habian tenido antes.

sible, cuanto antes, la abolicion definitiva de los Cabildos. (3) Fueron por esto tolerados en apariencia, mientras que cada dia se les demolia, como se demuele un viejo edificio que estorba, con leyes fundamentales que los despojaban con arte y oportunidad de todas sus antiguas armas y atribuciones; hasta que el señor Rivadavia arrasó sus cimientos, sostituyéndolos con la Policia de Estado servida por funcionarios administrativos: lo que no fué por cierto de alabar, pues ademas de las malas tradiciones que eso nos ha dejado para hacer vida municipal, echó las bases de un centralismo excesivo que se prestó admirablemente al ludibrio de todas las formas del gobierno representativo que hizo Rosas durante su tirania, y al personalismo descarado que se ha continuado despues, sin escepcion, al servicio á las trampas electorales y de los favoritos de cada círculo. Con un conocimiento mas formado en la buena politica constitucional, de que este estadista se mostró siempre escaso, por no decir otra cosa, y con un criterio mas liberal para ensortijar los influjos vivos de la opinion pública en el gobierno libre y parlamentario, pudo muy bien hacerse que la antigua institucion municipal hubiese perdurado y producido

(3) Véase los documentos insertos en el Bando del 25 de noviembre de 1820.

grandes servicios, con tal que al conservarle sus bases se le hubiese reconstruido sobre el plan municipal descentralizado que la habia hecho tan fecunda y preciosa—en España antes del sacrificio de los *Comuneros*, en Inglaterra y en Norte América despues. Por desgracia no fué allí donde el estadista argentino fué á buscar modelos, sino en la fábrica administrativa del centralismo francés creada y puesta en accion por el genio absorvente y despótico de Bonaparte. (4)

El importantísimo Manifiesto de la Legislatura de Buenos Aires del 28 de Setiembre, de que hemos hecho mencion en el capítulo anterior (pág. 370) muestra que al mismo tiempo que la política del partido triunfante tomaba á su cargo la reforma liberal del organismo interno de la Provincia, ponia ya sus ojos sobre las otras provincias de la Union, decidida tambien á emprender la reconstruccion nacional sobre las mismas bases del sistema representativo liberal que ella se daba; mal concebido si se quiere pero sinceramente entendido y deseado. Sus declaraciones no podian ser mas terminantes en ese sentido. (5)

(4) Véase sobre este interesante tópico los dos preciosos artículos, firmados—*El Patriota reflexivo* y *consternado*—en la Gaceta del 25 de octubre 1820.

(5) Este papel bastante notable por el mérito de su concepcion y por su estilo, fué escrito por el doctor don Vicente Lopez, miembro de la Junta, y revisado por el doctor Gazcon.

El partido unitario que dirigió los asuntos públicos del año veinte al año veintiseis, está todo entero en los conceptos nobles, vastos y un tanto visionarios de ese Manifiesto: que consideramos como el punto de partida de todos los sucesos que caracterizan de un modo tan especial aquel trozo brillante de nuestra historia política que se ha llamado despues, con poca verdad, *época de Rivadavia.* El señor Rivadavia no habia venido todavia de Europa cuando nuestra política interna provincial se teñia ya con esas tintas inspiradas y lucientes de las ideas liberales y de las grandes soluciones de la civilizacion sud-americana. Hasta en esas metáforas, tomadas á la astronomia, en que abunda el Manifiesto, está marcada la época que debia producir la «*Abeja*» y el «*Argos*», fundar la *Sociedad Literaria,* exaltarse con el estudio del cielo, y darse á las matemáticas con un entusiasmo poético, para crear el Departamento Topográfico, emprender la Carta Rural de la Provincia y echar las bases de la Estadística Nacional.

Pero antes de someter á Santafé ó de interesar pacíficamente á su caudillo en los mismos intereses, era imposible que Buenos Aires pudiera encontrar oportunidad favorable para recuperar la gerarquia de capital que tenia asegurada, para mas tarde, cualesquiera que fueran

las condiciones con que se restableciera el pacto nacional.

Fiel á los principios y á los intereses que habia profesado y defendido durante toda su vida con una elevacion de miras que lo hacen uno de nuestros mas ilustres patriotas, Güemes miraba y aplaudia la rehabilitacion del partido nacional en Buenos Aires como una felicidad pública que debia volver las cosas á la gloriosa situacion que tuvieron en 1817 y 1818.

El pueblo culto de Mendoza que nunca aspiró á otra cosa que á brillar como una joya limpia en el patrimonio argentino, se mantenia leal y honradamente en los mismos y sanos principios de la nacionalidad constituida en unidad de régimen político. Bustos proclamaba tambien la necesidad y la conveniencia de un Congreso Nacional, pero con ciertos intereses y miras egoistas que provocaban justas desconfianzas en el seno del partido liberal y parlamentario de Buenos Aires.

Colocado en Córdoba á la cabeza del ejército veterano que habia usurpado por el innoble y funesto motin de *Arequito*, y que era entonces la única fuerza efectiva que predominaba en el interior de la República, Bustos pretendia absorver en su persona y fijar en sus dominios cordobeses el poder público nacional. Resumiendo en su gobierno las relaciones mas importantes y vivaces de las provincias del norte y del oeste, ha-

a realzado el prestigio de su poder personal, comenzaba á insinuar la necesidad y la conniencia de que el nuevo Congreso Nacional instalase en Córdoba bajo su mano y su proccion. Especulando en las ventajas que debia ırle la reconstruccion del organismo nacional ue él y Paz habian demolido) en esta nueva fora, Bustos esperaba nada menos que ser eleva- ›á Director Supremo en la Capital mediterránea ı que tenia su sólio sobre la firme base de los ıtallones de que disponia. No habia descuida- ›, en vista de esto, atraerse ciertos elevados ·estigios, á los que él daba mas importancia y icacia que la que tuvieron. San Martin y Higgins lo lisongeaban con su amistad y n el favor que daban á sus aspiraciones. primero creyó que despues de *Arequi-* Bustos iba á ser la fuerza central y poi va del interior; y que una vez levantado al der tomaria la direccion de la guerra en las nteras de Salta, para avanzar sus tropas de ıerdo con Güemes sobre el Alto-perú, y nbinar ese movimiento con las operaciones e debian abrirse por las costas del Pacífico. r supuesto, que contar con semejante delirio ı no conocer á Bustos, ni tener idea de la inorosa apatia de su carácter. Metido en Córba como el vicho en su cesto, no habia gloria estímulo patrio capaces de hacerle sacar la

cabeza para ver lo que pasaba en las otras partes de la nacion ó del mundo.

Pero, coincidian otros peligros, que era menester conjurar.

Por fortuna, Bustos se creia tambien personalmente amenazado dentro de su cesta por don José Miguel Carrera.

Si este lograra trastornar el órden en Cuyo con los auxilios de Ramirez, era evidente que la supremacia de Bustos habria quedado expuesta á desaparecer, ó por lo menos, arrastrada á tener que sostener una guerra inmediata dentro de su propio territorio. Tenia pues interés personal en seguir repeliendo las tentativas de Carrera y de los caudillos litorales. Con ese interés O'Higgins y San Martin lo lisongeaban con grandes promesas y protestas de amistad, haciéndole concebir la deslumbradora posibilidad de verlo reemplazando á Pueyrredon. Bustos no era por cierto, hombre de contentarse con lisonjas; pero viniendo esas lisonjas de tan alto y poderoso origen, esperaba que fuesen una fuerza moral que ayudara eficazmente á las aspiraciones efectivas que lo preocupaban en ese sentido—de ser *un Pueyrredon en Córdoba:* lo levantaban en la esfera social y política de la nacion, y eso solo ya es mucho para los que aspiran á dominar. A estas circunstancias debió Bustos, á pesar de su ineptitud, haberse atraido la atencion y los respetos de los pueblos argentinos

en 1820 y 1821. En su antagonismo irremediable contra Ramirez, y aún contra Lopez en el caso de que este hubiera seguido sumiso á aquel, Bustos era un aliado providencial de la nueva situacion creada en Buenos Aires; y como el caudillo de Santafé era demasiado sagaz para no comprender que nada tenia ya que temer de Buenos Aires, y mucho menos de la autonomia *militar* y provincial establecida en Córdoba, veia claro que su primordial interés era ahora asegurarse tambien esa autonomia contra Ramirez si triunfaba de Artigas, ó contra Artigas si triunfaba de Ramirez, que eran los únicos que podian pretender avasallarlo á un poder ó influjo estraño. Bustos, Buenos Aires y Lopez tenian pues los mismos intereses, las mismas necesidades; y la victoria del 5 de Octubre, desatando entre ellos el nudo de todas las complicaciones, habia aclarado la situacion general, y abierto el camino para que las tres provincias se pusiesen de acuerdo. Esto era lo que habia presentido la opinion pública, y lo que legitimaba la general satisfaccion y el entusiasmo producidos por ese importante acontecimiento.

Desde los primeros meses de su gobierno habia cuidado Bustos de atenuar el crimen político de *Arequito*, proclamando en alto su buena inteligencia con el general San Martin, y su resolucion de proteger las provincias de

Cuyo en provecho de O'Higgins contra las tentativas de Carrera favorecido por las connivencias de Ramirez. Al saber las victorias que Dorrego habia obtenido en *San Nicolas* y en *Pavon,* se dirigió al Cabildo de Buenos Aires en una nota del 28 de Agosto felicitándolo y diciéndole:—« Desde que por comunicaciones de ofi-
« cio y particulares del Gobernador de Santa
« Fé, Lopez, y de don José Miguel Carrera
« datadas en 27 y 28 de Abril, y conducidas
« por un enviado, se me exigió por ambos
« que pusiese á la disposicion del segundo
« todos los oficiales y soldados chilenos que
« hubiese en las fuerzas de mi cargo con el
« objeto de *libertar,* como decian, el Estado
« de Chile, de sus actuales opresores, creí de
« mi deber, no solo despedir en el acto, como
« lo hice, y sin contestacion ninguna, al en-
« viado, sinó alarmarme contra estos injustos
« invasores del órden, y enemigos de la causa
« de América; tanto para impedirles su trán-
« sito por el territorio de esta Provincia á la
« de Cuyo, cuanto *para cooperar en cuanto*
« *estuviese de mi parte,* á la destruccion de
« sus fuerzas. Así lo ofrecí al señor Gober-
« nador de Mendoza, y tambien á los Exmos
« SS. San Martin y O'Higgins: y con este im-
« portante designio, es que, con todo sacrifi-
« sigo manteniendo en pié una considera-
« fuerza. En este estado recibo una circu-

« de V. S. en que suponiendo que el Caudillo
« Carrera pueda hacer tentativas muy esfor-
« zadas para emprender su espedicion proyec-
« tada á Chile me encarga tome las providen-
« cias que crea conducentes á la seguridad
« de ese pais. Yo tengo el placer de que mis
« primitivas medidas coincidan *en todo* á los
« deseos y miras de ese Gobierno de B. A.
« á quien aseguro que en este punto y *en cuan-*
« *to diga relacion á la causa comun* y *her-*
« *mandad de las Provincias*, me tendrá inal-
« terablemente adicto.»

Pero, además de estas causas puramente políticas que acabamos de indicar, obraban otras, que aunque de un caracter mas egoista, eran tambien muy graves, mas urgentes quizá y nó menos trascendentales.

Roto el vínculo nacional que tenia concretado en las cajas de Buenos Aires el tesoro público con que se sostenia la administracion y las fuerzas de las provincias internas en la lucha de todas ellas contra el poder colonial, estas se habian quedado sin rentas con que llenar sus necesidades y proveer á sus caudillos de médios con que hacer frente á sus erogaciones internas. Ellos suplieron esa falta echándose en el desórden ruinosísimo de las espoliaciones; creando, cada uno, *aduanas propias* contra las *importaciones* ó las *exportaciones* y contra el *tránsito* que los frutos y consumos que las

unas necesitaban hacer pasando por el territorio de las otras. Sabido es que las mercaderias del estrangero no podian surtir las plazas del interior sino recostándose al Rosario y atravesando las orillas de la provincia de Santafé, para ir á Córdoba, y pasar de Córdoba á las otras Provincias del oeste ó norte. Sublevada la Provincia de Santafé contra la nacion, y levantado el avispero de las correrias de las montoneras entre esta provincia y la de Buenos Aires, las árrias y las tropas de carretas en que se hacia esa internacion de las mercaderias, suspendieron completamente sus espediciones por los salteos y confiscaciones que sufrian al paso; y si alguna remesa llegaba á conguirlo, por algun favor especial, iba pagando tales gabelas en su camino, que los valores llegaban con un recargo de ciento cincuenta ó doscientos por ciento, que cada gobierno le iba tomando al paso para constituirse su renta. En *Santiago del Estero,* cada carreta pagaba catorce duros de tránsito: y esto mismo era eventual, pues dependia de la buena voluntad del caudillo, de su participacion con el dueño de las mercaderias, de su estado de paz ó de enemistad con el gobernador de la provincia á donde iban destinadas, del favor ó disfavor que le merecia el conductor, de sus necesidades momentáneas, y de otras infinitas contingencias. Cuando la guerra se hizo vandálica

y general en Marzo de 1820, este tránsito ó internacion de mercaderias estrangeras cesó enteramente. Nadie osaba aventurar sus capitales en ese caos; y no solo los gobiernos ó caudillos locales, sino los habitantes mismos, se quedaron sin poderse surtir ni mover sus productos hácia la única salida que tenian por el mercado de Buenos Aires. Facil es comprender la miseria y la barbarie á que se vieron reducidos los infelices pueblos del interior. La única parte del territorio argentino que quedó exenta, (hasta cierto punto no mas,) de este ruinoso perjuicio, fué la provincia de Mendoza, que, por su proximidad á la Cordillera y por su propio capital, podia frecuentar los mercados de Chile, é internar mercaderias hasta Córdoba. Pero esto mismo era en condiciones mezquinas; por que en primer lugar, la navegacion entre la Europa y el Pacífico estaba muy restringida todavia: Chile estaba sumamente pobre tambien, y como los productos de Mendoza eran agrícolas y similarios no eran adecuados para Chile, sin contar muchas otras causas que amenguaban la proporcion de los cambios.

Semejante situacion era ya insoportable. Habia comenzado á producir una profunda indignacion contra el estorbo que Santafé ponia al comercio con Buenos Aires, sobre todo en Córdoba y en Salta. Y fué debido á este desas-

troso cúmulo de causas, políticas las unas, económicas y sociales las otras, que se produgese un cambio de notas simpáticas entre los gobernadores—Dorrego primero, y Rodriguez despues, con Bustos, para conseguir que Santafé respetara los intereses del comercio interior y se sometiera á arreglar sus cuestiones con Buenos Aires, si no queria que Bustos, autorizado por todos los otros pueblos que eran víctimas de esta situacion, premoviese una alianza general y ofensiva con los porteños, para dar á la guerra civil las proporciones que hubo de haber tomado á últimos del año 19, cuando Belgrano y San Martin aparecieron un momento resueltos á decidir por las armas esta vitalísima cuestion de la integridad administrativa.

A Santafé no le habrian intimidado quizás las reclamaciones de Bustos: que era *chico hombre* para hacer cosas de importancia. Sin embargo, Buenos Aires habia recobrado todo su espíritu público. La victoria del 5 de octubre, la cooperacion de las masas de la campaña, movidas y puestas por Rosas al servicio del partido unitario, la desaparicion de todas las necesidades y peligros de la guerra de la independencia y de los ataques de ultramar, por la sublevacion y disolucion del ejército español en Cádiz el 1º de Enero de 1820 hacian fácil para el gobierno la reunion de un ejército de cinco mil hombres, resueltos y anima-

dos de un sentimiento uniforme, que, apoyados por el lado de Córdoba, habrian caido sobre Santafé con un peso irresistible.

Pero no eran estas solamente, sino otras muy diversas, las causas principales que obraban en el ánimo de Lopez disponiéndolo á oir proposiciones de paz y de alianza con una intencion ingénua y con un deseo vehementísimo de negociarlas con prontitud. Lopez que anhelaba sobretodo emanciparse de las exigencias insolentes de Ramirez, sabia que acomodándose con la situacion actual de Buenos Aires y del resto de las provincias situadas á la derecha del Paraná, consagraba la estabilidad de su poder local dentro de una situacion pacífica con fuertes alianzas contra las agreciones del caudillo entrerriano, y sin ninguna presion que amenazara ó amenguase la independencia absoluta que queria gozar en su gobierno y en su provincia.

Luego que Bustos se puso de acuerdo con Güemes y con la provincia de Mendoza para gestionar los intereses comunes en el sentido que hemos señalado, le dirijió á Lopez, con fecha 7 de octubre, una nota imperiosa en que le reprochaba que por su causa, por sus caprichos personales, por la proteccion antipatriótica que le daba á Carrera, por espíritu de encono, y sin ningun motivo justo, conocido ó racional, estuviese manteniendo una

guerra intransigente contra Buenos Aires, con enorme perjuicio de todos los intereses públicos y particulares:—«Que los males habian llegado yá al estremo de ser insoportables; y que por consiguiente era necesario que la situacion se definiese para evitar que se consumase la ruina general de las provincias. El gobierno de Córdoba (decia,) quiere saber donde está el estorbo para que Buenos Aires y Santafé vivan en paz; y se ha puesto de acuerdo con el señor gobernador de Salta, que tan interesado está en lo mismo, para que los doctores don José Saturnino Allende y don Lorenzo Villegas vayan al litoral, como Diputados, á entablar negociaciones y restablecer la buena intelijencia entre esas dos provincias; no sólo para que queden libres y espeditas las vias respectivas de comunicacion, sinó para poder reorganizar la Nacion.»

Lopez recibió con grande deferencia á los Diputados de Córdoba y de Salta; conferenció amigable y confidencialmente con ellos, y contestó á la nota de Bustos con fecha 20 de octubre. Trató de sincerar en ella su conducta anterior, insistiendo en las calumnias corrientes contra el gobierno directorial; pero reconoció tambien que Bustos tenia razon, que era indispensable hacer la paz; y prepararse á contener la ambicion intratable de Ramirez:—«Al fin, (agregaba,) la justicia de nues-

« tros procedimientos se ha descubierto; pues
« convencida una parte de la provincia mis-
« ma de Buenos Aires de la criminalidad de
« los desnaturalizados que la habian envuelto
« en la guerra civil y vendido al estrangero (!)
« han empuñado las armas para castigarlos y
« contenerlos.» Esta alusion á la victoria del 5 de octubre y á la destitucion de Dorrego, era soberanamente absurda y desleal; pues por satisfactorio que fuese para él verse libre de los temores que este gefe le inspiraba, no le era permitido á nadie dirijirle de atrás las acusaciones gratuitas que se habian hecho al gobierno del señor Pueyrredon. (6) Pasado este desahogo, Lopez se echaba sobre Ramirez, con alusiones mas claras y mas amenazantes:—« No digo yo (agregaba) que todos los caudillos se proponen iguales miras. Algunos ambiciosos procuran tambien hacer su fortuna á la sombra de estos ruidosos acontecimientos, en circunstancias en que el Portugués astuto nos observa y fomenta nuestras discordias, con la mira de hacerse del grande imperio del Sur á que aspira, y cuando los españoles tenaces, que conservan todavia en

(6) La mala fe de estos disparates se prueba con solo ver lo que él mismo continúa diciendo en alabanza del general San Martin, como si este general no hubiese sido la principal columna y el principal cómplice del gobierno de Pueyrredon.

nuestro territorio posiciones ventajosas, dirijen quizás todas sus fuerzas contra la expedicion *prematura* del general San Martin, que debió haber ido combinada con el movimiento del Ejército de Observacion, que está hoy impotente para obrar, por el abandono absoluto en que le ha dejado Buenos Aires, cuyos innumerables gefes emplean el Tesoro Nacional en saciar su codicia y en fomentar guerras crueles é injustas.» Hasta aquí, como se vé, la nota del caudillo santafecino era un eco enconado de las malas pasiones y de los absurdos con que Artigas habia inspirado la *Cancilleria de los Montoneros,* levantando las acriminaciones mas vulgares contra los esfuerzos y los sacrificios que Buenos Aires habia hecho para mantener las leyes nacionales al paso que se sacrificaba defendiendo la Revolucion de Mayo contra el poder de la España. Y es curioso ver á Lopez acriminando á Buenos Aires *de que tuviera en abandono* el Ejército Auxiliar del Perú, siendo asi que ese era precisamente el mismo ejército que Bustos se habia apropiado en el motin de *Arequito,* y metídolo en Córdoba para su propio uso.—«Pero nada de esto puede remediarse (continuaba diciendo) sin que nos entendamos los gobiernos de las Provincias y estrechemos nuestras relaciones de un modo franco y amistoso, proponiéndonos desde lue-

[redacted]

go contener á los perturbadores, despreciar á los egoistas, correjir á los delincuentes y exterminar á los invasores de nuestro suelo. Con mucha estension he manifestado mis opiniones á los señores Diputados de V. S. quienes le instruirán del pormenor de mis disposiciones, para alcanzar una paz razonable y conveniente.»

Lopez les protestó á los diputados de Córdoba y de Salta que estaba tan resuelto á hacer la paz, como á entrar en alianza para contener la ambicion y los atentados de Ramirez en el caso (mas que probable) de que procurara pasar á la derecha del Paraná con ánimo de continuar la guerra contra Buenos Aires. Pero al hacer estas protestas amigables, exijia compensaciones algo pesadas para el erario de Buenos Aires, y un tanto vejatorias para el orgullo provincial. Decia que si Ramirez conseguia vencer á Artigas y hacerse dueño absoluto de Entrerrios y de Corrientes, podia mover con la mayor facilidad cinco mil hombres, por lo menos: que de consiguiente, la Provincia de Santa fé seria la parte que iba á tener que hacer frente al primer peligro, á causa precisamente de la paz y de la alianza que deseaba hacer con Córdoba y con Buenos Aires. Entretanto su provincia estaba en tal pobreza que no tenia como pagar sus fieles milicianos ni sus empleados; sin contar que los hacendados esta-

ban arruinados, y los campos yermos por la guerra civil de que habia sido teatro en siete años. Justo era pues que Buenos Aires proveyese de recursos á Santafé, en compensacion de los esfuerzos comunes que iban ahora á hacer. Y que la sostuviese y gratificase amigablemente con una subvencion provincial de doce mil pesos fuertes por año, y con treinta mil cabezas de ganado por una vez para repartir entre los hacendados y gefes de la provincia que eran los que quedaban expuestos á ponerse en armas de nuevo contra el caudillo entrerriano.

Los diputados de Córdoba y de Salta consideraron que las exigencias de Lopez eran muy justas, y que el general Rodriguez debia acordar esas erogaciones con tal que Lopez hiciera entrega, á Bustos ó al gobierno de Buenos Aires, de la persona de Carrera; que era de todo punto necesario sacar del país por ser un revoltoso incorregible, y causa de la alarma en que vivian los ciudadanos de Cuyo y el gobierno de Chile. Para Bustos esta era una condicion sustancial, por que siendo sumamente amigo de su quietud personal, aspiraba á librarse de la responsabilidad de este servicio á que se habia comprometido con el general San Martin y con O'Higgins. Y era él quien habia comprometido al general Rodriguez á que no le acordase á Lopez ninguna de las concesiones

ɜ solicitaba, sin que la entrega de Carrera
se una condicion estricta del arreglo. Pe-
Lopez se negó redondamente: Carrera era
desgraciado que nada valia por sí, ni por
fuerza que le seguia: lo mismo era que
uniese ó que no se uniese á Ramirez,
›s este nada ganaba y nada perdia con eso.
general Rodriguez no debia exigirle al go-
nador de Santafé un acto tan poco digno como
;e de una alianza que debia tener fines mas
'ados. Por lo demás, si la paz se hacia, él,
ıo gobernador de Santafé era bastante fuer-
›ara responder de Carrera, y para obligarse
ınerlo quieto y seguro su autoridad.
›r mucho que los diputados insistieran,
pudieron obtener; y á punto yá de re-
›e á Córdoba, Lopez les rogó pasasen á
Vicolás á discutir con el general Rodri-
las bases que él les proponia, y su re-
:ia á entregar la persona de Carrera.
'iputados dieron conocimiento á Bustos
ue pasaba. Autorizados por él, le es-
n al general Rodriguez que viniese á
era, por que la negociacion ofrecia al-
lificultades en cuanto á Carrera, punto
para las provincias de Cuyo y de
y para el Gobierno de Chile, de cuya
ad se habia comprometido el gober-
Córdoba á responder.
lucta de Lopez, era honorable; pero

levantó sin embargo sospechas de doblez y de mala fé. Las pasiones políticas inducen generalmente á pensar con poca justicia de aquello que las contraría en sus fines inmediatos. Se propaló que procuraba engañar y ganar tiempo, mientras Ramirez arreglaba sus fuerzas en Entrerrios para pasarlas al lado derecho del Paraná. Estas voces se hicieron corrientes con suma facilidad, por que en el fondo de la opinion pública de Buenns Aires persistia siempre un fuerte sentimiento de animadversion contra los montoneros y contra sus caudillos, cuyas hordas, con su aspecto repugnante y su fiereza, habian ofendido vivamente la altivez y el pulcro decoro de los porteños. El partido dominante comprendia la necesidad de la pacificacion, pero tenia tambien en sus entrañas el grano de la amargura alimentado por el recuerdo de lo pasado; y sentia una prevencion pronta á estallar al primer motivo, para volver á la lucha con esperanzas de mejor suceso. Las cosas habian cambiado favorablemente para Buenos Aires.

En esta duda sobre si Lopez tendria ó no intenciones sinceras de hacer la paz, el gobernador Rodriguez resolvió ponerse en marcha al frente de sus tropas sobre la provincia de Santafé; y al dar este paso, publicó con fecha 21 de Octubre una proclama que pinta y resu-

ne perfectamente la situacion de los nego-
ios. (7)

El general Rodriguez acampó el ejército en *lamallo* y se dirigió á *San Nicolás* á conferenciar on los diputados de Salta y de Córdoba, llevan-lo en su compañia al comandante don Juan Manuel Rosas que era su inseparable favorito. No fué poca su sorpresa al encontrarse allí con lgunas cartas de Lopez, sumamente cariñosas. En ellas le protestaba que tenia tal confian-a en las honradísimas intenciones del go-bierno de Buenos Aires, y tal seguridad de a paz, que habia desarmado y licenciado todas s fuerzas de su provincia, y se habia

7) «Hé cumplido, ciudadanos, con el deber de estituiros el sosiego interior. Réstame llenar el ro deber no menos importante de vuestra defensa seguridad exterior. Marcho pues á campaña con doble designio de *no rehusar la guerra ni la paz*, sta conseguir que nuestras armas sean depuestas honor, así como fueron tomadas con dolor.... rcho con la persuacion de que terminaron yá los de humillacion del ínclito pueblo de Buenos Ai- *nuestra dulce Patria*, y que recobraremos bien to con ventajas su gloria y esplendor.... Em-nos los dias de serenidad en el arreglo de todos amos de administracion que se han resentido eneral trastorno. Trabajemos por dar curso á entes de pública prosperidad, que una série de s y delirios habia casi cegado; y el suceso co- nuestros esfuerzos.»

retirado á Santafé á esperar con toda seguridad el buen éxito de la negociacion. Asi es que mientras el gobernador de Buenos Aires se habia aproximado á la frontera de Santafé con un imponente aparato y bagaje de guerra, el sagacísimo caudillo habia desarmado toda su gente y ordenado que cada hombre se retirase á su casa.

Habiendo conferenciado en seguida con los diputados, Rodriguez, que no daba ninguna importancia á Carrera en lo que tocaba á la Provincia de Buenos Aires, creia sin embargo que para Bustos era una grave incomodidad tener que estar en contínua vigilancia para que este bandolero no se introdujese en Cuyo con la gavilla que encabezaba, á pretexto de pasar á Chile donde se le suponia mucho séquito. El Encargado de Negocios de Chile señor Zañartu, empeñaba fuertemente tambien el favor de que disfrutaba en Buenos Aires, y los respetos de O'Higgins, para que se le estorbase á Carrera toda maniobra ó movimiento hácia el interior. Influido por estas consideraciones poderosas, el general Rodriguez hacia punto capital de la negociacion la necesidad de asegurar la persona de Carrera, por interés ajeno, mas bien que por creer que la Provincia de Buenos Aires tuviera en ello ventaja alguna que obtener.

El 2 de Noviembre le contestó al gobernador

Lopez retribuyéndole sus amistosas protestas y espresándole de un modo categórico la poca esperanza que tenia de que se pudiera hacer la paz, desde que se tuviera por inaceptable una de las condiciones esencialísimas de la negociacion; mientras que por parte del gobierno de Buenos Aires tenia que declarar que no podia acceder á la indemnizacion en ganados, porque el Gobierno no los tenia, ni podia comprarlos, ni expropiarlos violentamente; y agregaba que lo sentia tanto mas, cuanto que esas eran cuestiones de pura forma que quizás hubieran podido zanjarse conversando y combinando garantias ó conveniencias en la manera de ejecutarlas. Lopez comprendió que apesar de lo que le decia el Gobernador Rodriguez, la imposibilidad de darle ganados no queria decir otra cosa sino que era un desquite contra su propia negativa; y que si él entregaba á Carrera se le entregarian los ganados, se haria la paz y se ajustaria la alianza de las tres provincias. Decidido como estaba á llegar á esa solucion, vino el 10 de Noviembre al Rosario, y desde alli le escribió al general Rodriguez (que ya lo aguardaba desde el 9 en la Estancia de Banegas) esta carta:—«Paisano
« y amigo de mi aprecio:—Anoche he llega-
« do á este punto acompañado con los Dipu-
« tados nombrados para tratar con los de esa
« Provincia. Mis *muchas ocupaciones* retar-

« daron mi marcha; (8) pero ya no hay obstácu-
« lo para nuestra entrevista que será el dia
« que V. elija en las casas de Izaurralde, á
« donde iré con solo doce hombres, mi secre-
« tario y dos ayudantes, sin otra formalidad
« ni precauciones que aquellas que V. tenga
« á bien admitirme. Cesen pues los males,
« la sangre y nuestro descrédito. Para que
« nuestra reconciliacion sea estable, ciñámo-
« nos á lo justo y á lo honorable: sin que
« se trasluzca una sola idea que pueda cau-
« sarnos recelos, y que nos aleje de aquella
« buena fé que debe presidir todos nuestros
« pasos. Así pues, querido paisano, salga-
« mos de este estado de anarquia que nos
« trae precisamente el desprecio de cuantos
« nos observan de cerca, y que nos priva del
« reconocimiento de nuestra independencia.
« Mientras tengo la satisfaccion de abrazar á
« V. disponga de este su sincero y apasio-
« nado amigo.»

Los dos Gobernadores se reunieron el 11 de Noviembre en la estancia de Izaurralde: mediaba entre ellos don Juan Manuel Rosas: que tuvo una parte decisiva en el resultado. Rodriguez oponia grandes obstáculos á la entre-

(8) La disculpa no era evidente. La verdad era que habia querido ganar tiempo para que Carrera huyese y le librase del compromiso de entregarlo.

ga de las treinta mil cabezas de ganado, limitándose á acordar la subvencion de ocho mil fuertes mensuales. Lopez insistia en negarse á la entrega de Carrera. Promediando entonces Rosas, le dijo á Lopez que si tenia confianza en su palabra, se comprometia á entregarle en el término de tres meses veintiseis mil cabezas de ganado, para que las repartiese á su nombre entre los campesinos de Santafé pues estaba seguro de que en obsequio de la paz, todos sus amigos de la campaña del sur se suscribirian con cuotas relativas, pero que lo haria tan solo en el caso de que el Gobernador de Santafé entregara á Carrera para espulsarlo del pais aunque fuese dándole un puesto y señalándole una pension en el extrangero.

Viendo Lopez que la entrega de Carrera era una exigencia que el general Rodriguez le hacia, por compromiso con Bustos y con Zañartu, mas que por necesidad ó interes própio, dijo, que puesto que se hacia de esto un punto capital, se le diese el término de cuatro ó seis dias para conversar con Carrrera y convencerlo que aceptase lo que Pueyrredon y San Martin le habian ofrecido, y se retirase á Europa ó Estados Unidos con una pension que se le abonaria mientras permaneciese alejado del Rio de la Plata y de Chile. Quizá hizo Lopez empeño en decidir á Carrera por

este ventajoso y honorable partido; pero lo que Lopez mas deseaba era que fuese como fuese, desapareciera don José Miguel de Santafé con la gavilla que le acompañaba, para quedar libre del compromiso de prenderlo en que fatalmente lo ponia la necesidad de hacer la paz y de premunirse á tiempo contra las pretensiones de Ramirez.

Lopez regresó á Santafé con ánimo ver de allanar estas dificultades, dejando en *Banegas*—á sus comisionados don Juan Francisco Seguí, y don N. Larrechea. Pero pasaban los dias sin que viniera una resolucion categórica y satisfactoria. Comenzó el general Rodriguez á ponerse en cuidados por esta demora y por tan estraño silencio. No le faltaron tampoco denuncias de que Carrera negociaba su evasion con algunos de los caciques de la Pampa; y cuando reclamó la necesidad de acabar con todas estas vaguedades, se le comunicó un proyecto de armisticio por el término de 20 dias. Indignóse el general Rodriguez con una circunstancia que parecia una burla, y les pasó á los Diputados de Santafé una intimacion enérgica que no dejaba lugar á otra cosa que á soluciones inmediatas. (9)

(9) «Lejos de que yo pueda admitir semejante cosa, la « tomo como un aviso para prepararme á una marcha « militar, por la que mi Provincia conseguirá por la fuer- « za de las armas lo que no se quiere que obtenga por un

El gobernador Rodriguez cobraba, como se ve, los réditos de la política y de las victorias de Dorrego; y á fé que tenia como hacerlo! Habian pasado ya los dias en que el pueblo de Buenos Aires habia estado desprovisto del sentimiento de sí mismo; y una vez que lo habia recobrado era indispensable contar con él.

1820 Noviembre 23

El gobernador de Santafé comprendió que el momento era harto vidrioso y delicado; y apenas tuvo noticia el dia veintidos de la intimacion del general Rodriguez, salió del Rosario á toda priesa y se vino inmediatamente á la *Estancia de Banegas* á verse con él mandándole aviso reservado á Carrera que apu-

« ajuste amistoso. Solo oir ese término de veinte dias « escandaliza, y parece pretendido para *entorpecer*, para « *tomarse* tiempo, y al fin para obtener algunas ventajas « sobre nuestras fuerzas, que no es posible esperar por « otros medios. Asi es que tan lejos de aceptar tal di- « lacion, tengo la resolucion mas firme é invariable de « rehusarla; y *solo* doy el plazo de dos dias *contados* des- « de mañana, bajo la inteligencia de que pasados, se en- « tenderán rotas *por mí* las hostilidades. Si se quiere « la paz de buena fé, una hora, un solo instante bastan « para sancionarla. Toda otra cosa significa intenciones « siniestras, que *ya es tiempo* que aprendamos á preca- « ver. Estos son mis sentimientos y los del bravo ejér- « cito que comando; y si ellos no son los de aquellos que « presiden á los destinos de Santafé, bien pronto sa- « brán á qué precio tan costoso deben adquirirla.»

rara su fuga, por que no le quedaria mas remedio que mandarlo prender en dos ó tres dias mas, para entregarlo. Reunidos el dia veintitres los dos gobernadores y presente don Juan Manuel Rosas, arreglaron todos los detalles del convenio reservado. Lopez contrajo alianza contra Ramirez comprometiéndose Buenos Aires á situar en la frontera del norte una gruesa division de dos mil hombres que quedaria allí á sus órdenes, con una escuadrilla en el Paraná para el caso de que Santafé fuese invadida por los entrerrianos. Bustos, á su vez, se comprometió á poner en campaña todas las fuerzas de que disponia con el mismo objeto. Buenos Aires debia subvencionar al gobierno de Santafé *indefinidamente* con la suma de ocho mil pesos fuertes mensuales, y don Juan Manuel Rosas, de su cuenta y por su propia oficiosidad, se comprometió á entregarle á Lopez, para que regalase á sus servidores y campesinos, la suma de veintidos mil cabezas de ganado. (10)

(10) Rosas cumplió su oferta en poco tiempo. Para colectar esos ganados procedió sumariamente y á lo *pampa*. Le avisó á cada *estanciero* de los de su obediencia la cantidad con que *tenia que contribuir*, el tiempo en que debia hacer la entrega, y el lugar á donde debia conducir su porcion. Con esto, á los tres meses, recibia Lopez en la frontera de Santa Fé los ganados ofrecidos. La cantidad de veintidos mil respondia al cómputo que habia hecho de la porcion de cada contribuyente.

Nada mas quedaba pues por hacer, sino re-
:tar el tratado público, que de suyo era sen-
ísimo, pues se reducia á convenir en que las
s provincias quedaban reconciliadas y obli-
das á nombrar Diputados para que á los dos
ses se reuniese un Congreso Nacional encar-
do de reorganizar el gobierno general y de *de-
minar el punto definitivo de su residencia.*
s únicas estipulaciones que ofrecian enton-
s algun interés eran dos: la declara-
n de que el comercio de armas, muni-
nes y todo otro artículo de guerra, se-
n libres *entre las partes contratantes;* y
del artículo 5º referente á la entrega de Car-
a aunque sin nombrarlo:—«Quedan obli-
gados los dos gobiernos (dice) á *remover,*
cada uno en su territorio, todos los obstáculos
que pudieran hacer infructuosa la paz cele-
brada, *cumpliendo fielmente las medidas de
precaucion* con que deben *estrecharse* los vín-
culos de su reconciliacion y eterna amistad.»
pez quedó pues obligado á sacrificar á Carre-
Era esta una ineludible necesidad exi-
a por la paz, por el órden público y por el
perio de las leyes fundamentales de nuestra
cionalidad; pero procuró hacerle llegar los
uncios necesarios para que se evadiese antes
ser aprehendido; advirtiéndole que el cuer-
de Dragones de Santafé debia llegar el 27

al Rosario para ir sobre su campamento y tomarlo preso.

Este desgraciado sin talento ni juicio, que sabia que su prision y su expulsion serian la solucion de la paz de Santafé con Buenos Aires y con Bustos, habia informado de todo á Ramirez incitándolo á que acudiese á tiempo para confundir la trama con que sus enemigos pensaban arruinarlo. Pero Ramirez no podia separarse de Entrerrios.

No pudiendo contar con ese auxilio echó mano por lo pronto, de recursos suyos; y trató de renovar las conexiones que habia anudado con los *Indios Pampas* en el Lujan en el mes de Julio, durante la efímera gobernacion del general Alvear (pág. 280) ya fuera para esperar entre ellos la venida de Ramirez, ya para emprender su marcha á Chile por los desiertos del Sur y juntarse allí con los famosos bandoleros de las bandas que capitaneaban los hermanos Benavides y Pincheiras: y que con el nombre del Rey de España, y con la bandera de los *realistas*, no eran otra cosa que gentuza armada, sin rey ni ley, que habrian aceptado á Carrera ó al diablo, y servídole con provecho en sus propósitos de saqueo, de revuelta y de vandalage.

Desde el 20 de Noviembre habia estado en su campamento el cacique Ancafilú con dos capitanejos y cuatro chuzas de los suyos con el objeto de hacer los arreglos prévios y de recíproco in-

terés, con que habian de aunarse. Y en efecto, el 25 del mismo mes á media noche, desapareció Carrera con su gavilla, protegido quizá, tolerado la menos, por el gobernador de Santafé, sin que nadie supiese en qué rumbo se hubiera corrido. Suponian muchos que se hubiera ido al Chaco en busca de un camino para unirse con Ramirez en Entrerrios; y otros que hubiera tomado rumbo por el desierto pampeano para salir al Sur de Mendoza y entrar á Chile por el Planchon ó por otro remoto boquete.

Que Lopez hubiera favorecido la evasion de Carrera para escusarse de entregarlo era cosa de que no podia dudarse. Con el justo interés de no mancharse con un hecho oprobioso, que le era impuesto por la necesidad de hacer la paz y de asegurar su provincia contra Ramirez, habia tolerado que Carrera se entendiese con los salvages y que concertara con ellos su tránsito por los campos del Sur hasta pasar la cordillera donde se proponia bregar por su causa ó perecer en la demanda, si el suelo patrio no respondiera á sus altaneras aspiraciones.

Mirando el asunto con ojo imparcial, es justo considerar que Lopez no tenia razones de ningun género para preocuparse de los intereses de O'Higgins ó de su partido; y que si no habia sido, como Ramirez, amigo íntimo de Carrera, lo habia tenido por compañero al menos. Era pues natural que prefiriese verlo allá en su tierra,

fuese como fuese, antes que pasar por entregarlo con sus propias manos al gobierno de Buenos Aires, donde el proscripto chileno era odiadísimo; ó que darle á Bustos la vanidosa satisfaccion de que lo remitiera de regalo, codo con codo, como lo habria hecho, dándose los aires de un influjo prepotente.

. Por otra parte, Lopez habia consentido, y aun cooperado á la fuga de Carrera, bajo la solemne promesa que este le habia hecho de que no haria otra cosa que buscar por el desierto su entrada en Chile, y de que nada tentaria ya en las Provincias argentinas: donde separado de los caudillos federales que le habian dado amparo, y de Lopez sobre todo, nada podia intentar y á nada podia aspirar. Nos inclinamos pues á creer que al ajustar y cumplir este convenio de separacion social, uno y otro individuo procedieron de buena fé; el uno, con la intencion de cumplir lo que ofrecia; el otro, en la creencia de que asi llenaba, hasta donde le era posible, los deberes que le imponian los sucesos anteriores y las necesidades presentes. Carrera hubiera podido fugar fácilmente á Entrerrios; pero hubiera tenido que irse solo, sin los 280 hombres de que constaba su banda: por que Lopez no habria consentido que un grupo tan grande pasase públicamente al otro lado del Paraná y fuese á reunirse con Ramirez. Por otra parte, Ramirez estaba preocupadísimo con sus opera-

[redacted]

ciones en la region litoral ; y á Carrera no le convenia echarse al otro estremo de su visual, y aplazar indefinidamente sus ardientes esperanzas de sublevar sus partidarios y derrocar á O'Higgins.

Lopez finjió por supuesto profunda contrariedad de que Carrera se le hubiera escapado, y se disculpó diciendoque le habian faltado caballos para perseguirlo y capturarlo. La disculpa era pueril! Carrera habia reunido caballos en *Gorondona* para escaparse seguido de 300 hombres, mas ó menos. Habia recibido á los caciques, y tratado de su viage durante muchos dias á la vista de Lopez; y Lopez, que era un lince en eso de correrias y de movilidad, pretendia no haber tenido noticia anterior de nada de eso, en una provincia que le obedecia espontáneamente como si fuese un solo hombre; y no haber tenido caballos para correr tras del prófugo!.... Lopez comunicó el hecho en el acto al general Rodriguez, y pasó circulares á Bustos y á Godoy Cruz, para que pusiesen fuerzas al Sur de Córdoba y al Este de Mendoza que vigilaran ó cortaran á Carrera el camino del sur si es que intentaba violar el territorio de Cuyo.

Si el general Rodriguez no habia condescendido secretamente en la maniobra con que Lopez esquivaba su oprobio, como es probable, es casi seguro que no dió el menor crédito á las disculpas y esplicaciones del gobernador de Santafé,

cuyas *vivezas* y ardides eran bien conocidas para que pudiera engañar con fingida ingenuidad.

Le bastaba su propio juicio y la esperiencia que tenia de las contingencias revolucionarias para comprender que lo sucedido habia sido valor entendido entre ellos; y como Lopez le dió seguridades de que Carrera habia tomado el desierto de Melincué, internándose en direccion al *Planchon* para bandear por allí las *Cordilleras*, el general Rodriguez se dió por satisfecho con tanta mayor quietud, cuanto que el asunto no merecia romper la paz recientemente hecha, ni interrumpir los trabajos de reorganizacion política y social que se estaban emprendiendo. Tranquilo pues, y considerando á la provincia de su mando repuesta en el camino de la prosperidad y de una sólida paz, el gobernador de Buenos Aires regresó á la Capital, premeditando trabajos importantes para asegurar y estender las fronteras, y dar un vasto desarrollo á la produccion rural, garantiendo eficazmente las propiedades y las ocupaciones laboriosas en los campos. Inútil es decir que en la Capital todos estaban radiantes de alegría y que reinaba una fé profunda en el progreso moral y económico de la provincia. Todo cuanto las ciencias, la literatura y el espíritu público podian remover, era ya tocado, pedido y recibido con entusiasmo como si se hubiera entrado en una época de resurreccion. Verdad es, que se disfrutaba ahora de

una verdadera paz moral y civil; y que tan elevado y ennoblecido era el sentimiento de justicia y de laboriosidad administrativa que animaba al gobierno, que todos los intereses públicos y privados marchaban y se satisfacian en uníson. Habíase anulado el favoritismo de círculo; la decencia y el decoro eran tan evidentes que no provocaban la menor sospecha ni el menor reclamo. La parte mas distinguida de la sociedad ponia el hombro, sus talentos y sus esfuerzos en el desempeño de las funciones públicas: habian desaparecido los partidos personales, y la vida política se hacia y se deslizaba en las corrientes de la opinion del pais. No habia mas móviles que los móviles generales, sin que nada de excluyente se hiciera sentir en la participacion de la cosa pública á que todos estaban llamados, y á que todos concurrian con una libertad de espíritu completo.

Inútil es decir, que para alcanzar esta tan envidiable gloria que hace tan ilustre su primera época, el partido *unitario* habia dejado de ser *pueyrredonista.* Habia sacrificado para siempre la parte gastada de su antiguo personal relegándola á la justicia de la historia en servicio del presente. Imposible es que pueblo alguno haya despertado á la vida, despues de una grande y prolongada catástrofe, con un sentimiento mas vivo de su virilidad y de su inteligencia, que el que surgió en Buenos

Aires casi repentinamente, de Noviembre á Diciembre de 1820, para entrar en la época reparadora y próspera de 1821 á 1825.

El 4 de Diciembre se interrumpe derrepente esta satisfaccion general con la noticia de que habia tenido lugar en la provincia un atentado inauditamente bárbaro, atroz. Trescientas familias han sido sacrificadas ! Han sido violadas las doncellas y las madres de familia, degollados los hombres hasta en el pié de los altares, cautivados los niños, y empapado el suelo con raudales de sangre inocente en el desventurado pueblo del *Salto*. Todo ha sido saqueado, las casas y las haciendas! Lo que ayer era una villa y un distrito floreciente, es hoy presa del incendio, y suelo yermo en donde todo lo ha destruido, y hollado, el pasage voraz de las tribus y de los potros de la Pampa!.... José Miguel Carrera ha consumado su obra y firmado al fin la página espantosa de su historia ; puede yá compararlo el patriotismo del panegirista chileno, en la historia argentina, con la virtud marcial de San Martin en la historia de Chile!

Todo cuanto pudiera decirse de horrible y espantoso, habia tenido lugar en el *Salto*, caido como fuego del infierno sobre las desgraciadas familias que allí habitaban. Los indios jamás habrian podido tomar el pueblo, por que, como se sabe, sus hordas y sus chuzas son impotentes contra unos cuantos fusiles para-

petados en casas ó en cercos. Pero los doscientos ochenta hombres que Carrera encabezaba—foragidos cristianos procedentes de todas partes del mundo, (11) desalmados y provistos de armas de fuego, eran mas que suficientes para sorprender y vencer un vecindario pacífico y desarmado de trescientas familias. Renunciamos á dar cuenta nosotros de esta horrenda tragedia. Se creeria que por espíritu local exagerariamos la barbárie del atentado. Vamos á dejar hablar al panejirista chileno de Carrera, al promotor de la estatua que trasfigura en Santiago de Chile su persona, y en cuyo sócalo falta por inscribirse—*El Salto en* 1820—Oigámosle: lo que él llama la *guarnicion* eran 18 hombres que se defendian desde el campanario de la iglesia, en cuyo sagrado recinto y en una azotea vecina se habian asilado las familias contra 600 asaltantes, entre foragidos y salvages—«La guarnicion capituló al fin, á condicion de que se le dejara salva la vida en el campanario y en el fortin; y habiendo cesado toda resistencia comenzó la escena de la desolacion, el degüello, el saqueo, el incendio, los crímenes contra el pudor, *perpetrados en la calle pública,* las abominaciones mas sacrí-

(11) Habia entre ellos españoles, norte-americanos, portugueses, bandidos argentinos, y Chilenos.

« legas en el templo.... Los indios se preci-
« pitaron á las puertas de la Iglesia y á
« empellones las sacaron de sus quicios. Allí
« estaba la parte mas codiciada de su botin,
« que es la muger, por que la gloria del salvage
« de la Pampa se cuenta por el número de
« sus cautivas, y su poder por el número de
« los hijos que estas le dan. Como cuadrillas
« de lobos en el indefenso redil, cayeron sobre
« las familias, que, arrodilladas en pavoroso
« tumulto, dirigian á la Virgen las plegarias
« de su afliccion; y en un momento cada una
« de esas desgraciadas *tuvo un dueño feroz*
« que la apartaba, ya de la madre, ya de los
« hijos, ya del esposo inmolado. Mas de
« 250 mugeres y un GRAN NÚMERO DE NIÑOS
« fueron tomados de esta suerte.» (12)

El mismo Carrera despues del hecho, conoció la responsabilidad con que habia puesto el colmo á los exesos criminales que pesaban ya sobre su nombre; y le escribió á su dama en estos términos, segun Vicuña-Mackenna:—«Ayer, mi Mercedes, tomé el Salto *sin* « *querer* (!) mi objeto era *sacar ganado*, y el « de los indios *saquear*.» Mas adelante veremos que fué todo lo contrario; que el objeto y las

(12) El señor Vicuña Mackenna, de cuyo panejírico copiamos este lugúbre retazo y *lo que sigue*, ha escrito tomando los detalles y los hechos de la misma correspondencia de don José Miguel Carrera.

necesidades de Carrera le llevaban á *saquear;* y el de los indios, como siempre á *sacar ganado*: dado caso que *saquear* y *sacar ganado* no sea siempre saquear. Continuemos—
« Avanzámos y mandé la primera compañia
« con órden de *tirar al aire* y *huir* de las
« primeras calles como aterrados, para que
« los indios *desistiesen de su empresa*. Pero
« los soldados *animados por el pillage* se
« apoderaron de la plaza con intrepidez, y los
« indios, *contra sus promesas* hicieron tolde-
« rias *en la Iglesia*, *en las casas* y *en las*
« *familias*. Me vi obligado á contenerlos en
« parte, y aun estuve resuelto á batirlos si no
« cedian. Por la fuerza, por robo y por intri-
« ga, les quité casi todas las prisioneras; y
« esto me costó el echar mano de una pis-
« tola para quitar á una tierna jóven, que, en
« comitiva con 12 mas, volví anoché con la
« oscuridad acompañadas de una escolta. Hé
« comprado por *veinte vacas* (13) la hija de
« un honrado vecino y al instante la mandé,
« y una *chica como Javierita* (14) muy bonita
« con quien dormí anoche por que estaba
« desnuda al frio.» (15)

(13) Parte del saqueo.

(14) El recuerdo de su hija es digno en este caso de llamar la atencion.

(15) Por mi parte no creo en la *veracidad testual* de esta carta, si es que existe, ó si es que no ha sido in-

Si esta carta no es obra del señor Vicuña Mackenna, como puede sospecharlo quien conozca su redacción, está anchamente elaborada sobre un original muy diverso, ó es una justificacios *ex-post-facto* soltada por Carrera despues del crímen. Empecemos por ver que en su situacion menesterosa y en la necesidad que tenia del auxilio de los indios, es completamente imposible, y cosa de no creerse, que haya podido tomar sobre aquellos, que ademas de ser mas poderosos que él eran sus protectores, el imperio y la mano justiciera con que ridículamente quiere aparecer en médio del estrago. En seguida comparemos la relacion del mismo biógrafo con su carta, y veremos que ambas son variantes antojadizas del mismo deseo de justificar un crímen con escusas inaceptables. «Al atacar los *chilenos,* segun dice el señor Vicuña Mackenna, su capitan les gritó: *muchachos en retirada!* por que—«*esta era la órden* « *que habia recibido de Carrera* para *ame-* « *drentar* á los indios con la fuga de sus « propios soldados y hacerlos desistir de su « *bárbaro* intento.» Pero si tal hubiera sido el objeto, mas llano era no haberlos acompañado, y no cometer la perfídia de emprender el ataque

ventada ó alterada para justificar las atenuaciones necesarias al panegirista que otras cosas ya ha *inventado y alterado* en documentos oficiales.

con el ánimo deliberado de dejar á los indios *solos* en la estacada. «Los chilenos se detuvieron, « agrega, *sorprendidos* con aquella órden á la « que sus oidos estaban mal acostumbrados en « tales momentos. *Atribuyendo* á miedo la irre- « solucion de su gefe, le volvieron la espalda, « y ordenaron al corneta sonarles la carga.» —Salvaron así por lo visto á los indios, sus aliados, de que cayeran en la trampa que les habia puesto Carrera y de ser fusilados y rechazados por el fuego de la guarnicion. La cosa no tiene otra esplicacion; y casi es imposible dudar de la incongruencia con que todo esto aparece acomodado al intento del escritor.

Pero preguntemos ¿por qué se *sorprendieron* los chilenos de la órden de retirada? Del mismo modo que el capitan la habia recibido sabiendo que era simulada, debieron saberlo tambien los soldados: que no siendo indios, nada impedia que supieran que se les daba esa órden con un noble objeto. Ademas, en todos los casos en que un gefe prepara y trasmite órdenes simuladas, es de regla y de necesidad absoluta que lo sepan los que van á ejecutarlas: gefes, sargentos, cabos y soldados; pues ningun gefe expone su tropa á la desmoralizacion de una retirada fingida, sin poner á cubierto la moral y la dignidad del soldado advirtiéndoselo de antemano, sobre todo cuando se trata de grupos pequeños como aqui. Esa carta con

que se quiere justificar los sentimientos delicados de Carrera no puede ser cierta ni genuina; y ese mismo sentimiento del orgullo de los *chilenos* ofendido por la órden de retirarse, está mostrando ya la pluma del artista que la ha inventado.

Ademas— aquellas frases de:— *Tomé el Salto sin querer,*—«mi objeto era *sacar ganados* y el de los indios *saquear* é incendiar el pueblo,» son descargos de mala ley para que los acepte la historia. Basta estudiar las cosas para ver la verdad. Carrera premeditaba atravesar las Pampas hasta el *Planchon*. Salia del *rincon de Gorondona* con doscientos cincuenta ó trescientos hombres mas ó menos desnudos y sin ninguna clase de avios para llenar las *primeras necesidades* de la vida. Nada de eso habia podido adquirir al servicio de Lopez, que, como hemos visto, estaba tambien en suma miseria. Arrojado de Santafé, Carrera no tenia punto alguno de comercio donde surtirse de ropa, de correage, de tabaco, de yerba, de papel: cosas todas que los Indios no necesitaban tanto como él y como los suyos, porque con sus tegidos ellos se suplen su vestir por lo general. El que mas necesitaba acometer un pueblo *civilizado* y *mercantil* para *saquearlo y proveerse*, era Carrera. Esa era la *primera* necesidad de su *situacion* y de su *empresa*, sin que esto quiera decir que los indios

no desearan tambien *saquear* y *sacar ganados*, que era siempre su constante interés. El ataque y el salteamiento de ese pueblo infeliz fué de parte de Carrera un bárbaro crímen y hasta cierto punto una necesidad fatal de su empresa y la prueba mas concluyente de que no es aceptable la carta con que se le ha querido justificar, es que el mismo señor Vicuña-Mackenna pone otra carta en la página 335, de fecha 2 de Diciembre, que tiene todos los caracteres de la verdad, y que es enteramente contradictoria con la que dejamos analizada:— «Ayer á las 12 (dia « 1°) llegué al *campo* de los indios, y están « enteramente resueltos á avanzar las guardias « de Buenos Aires para SAQUEARLAS, QUEMAR- « LAS, TOMAR LAS FAMILIAS Y ARREAR LAS « HACIENDAS. Doloroso paso!—Pero en mi « situacion *no puedo prescindir de acompa-* « *ñarlos al Salto que será atacado mañana* « *al amanecer*.... El paso de mañana me « consterna, mas que todo, que se sepa que yo « voy; pero atribúyase por los imparciales á « la cruel persecucion del infernal complot.» Se vé así que el ataque y el saqueo del Salto era un atentado resuelto con todos sus horrores y con anterior deliberacion; que no hubo ni pudo haber tal órden de retirarse dada á los *chilenos*. Fué pues una necesidad de la situacion personal y política de Carrera, y nó un simulacro, que, por un desgraciado accidente se hubiera conver-

tido en una catástrofe propia de los foragidos que la causaron.

El Gobernador de Santafé supo con profunda indignacion el horrendo atentado: no solo por que era un acto desleal para con él, sino porque le dejaba en un punto de vista poco sério y nada honorable ante el Gobernador Rodriguez, y ante la opinion pública de Buenos Aires, que lo miraba todavia con bastante desconfianza y con no poca aversion. El ataque del Salto vino á interrumpir en efecto el curso de los trabajos pacíficos. Los gobernadores, de Buenos Aires, de Santafé, de Córdoba, de San Luis y de Mendoza, temieron que removidas las indiadas de la Pampa, y reforzadas por los aventureros de Carrera, fuesen asaltados uno tras otro los pueblos fronterizos del sur, y que la campaña, fuente de la riqueza y del valor sobre que se cimentaban todas las esperanzas del progreso, se despoblase, y cayese otra vez en desaliento y en la miseria.

« Ciudadanos (decia el Gobernador en la pro-
« clama que publicó para dar cuenta al
« pueblo del infame atentado) preparaos á es-
« cuchar con indignacion y con asombro la
« noticia oficial que acabo de recibir.... Los
« indios bárbaros, acaudillados en persona por
« don José Miguel Carrera, y otros oficiales
« chilenos, han asaltado el pueblo del Salto.
« Se han llevado sobre trescientas almas en-

« tre mugeres y niños, sacándolas de la Igle-
« sia, robando los vasos sagrados, incendian-
« do las casas.... Hé aquí, mis compatriotas,
« los últimos y estremosos escesos que aca-
« ba de cometer ese monstruo horrible que
« abortó la América para su desgracia. No
« necesito exagerarlos para irritar todo el
« furor de vuestra cólera contra ese funesto
« parricida, que nunca ha pisado un palmo de
« tierra donde no haya dejado espantosos ves-
« tigios de sus crímenes: crímenes atroces
« que han costado lágrimas, sangre y desola-
« cion. José Miguel Carrera—ese hombre de-
« pravado— esa fúria bostezada por el infierno
« mismo, es el autor de tamaños desastres.
« Ese traidor, que en 1814 entregó su patria
« en manos de Osorio abandonando la defen-
« sa de Chile por atender á su venganza, que
« despues de haber saqueado los caudales pú-
« blicos y particulares de aquel Estado, emi-
« gró al nuestro en busca de un asilo; y que
« ha atizado la discordia, tentado conspiracio-
« nes, encendido la guerra civil, con toda clase
« de maldades y perfidias; que profanó nues-
« tras leyes, que trastornó nuestro gobierno,
« que invadió nuestras campañas, que insul-
« tó con atrevimiento á nuestro pueblo; ese
« facineroso es *el que huyendo del solo nom-*
« *bre de la dichosa paz*, que su alma de ré-
« probo no puede sufrir, ha elegido en su ra-

« bioso despecho la venganza de las fieras.
«Bárbaro! cien veces mas bárbaro y ferino
« que los salvages errantes del sud á quienes
« se ha asociado. En el pueblo del Salto ha
« hecho romper á punta de hacha las puertas
« del templo en donde las familias indefensas
« se habian refugiado.... ¡Qué pasiones tan
« encontradas devoran mi alma en este mo-
« mento!.... Marcho, Compatriotas, en busca
« de este portento de iniquidad.... Juro á Dios
« perseguir ese tigre para vengar á la religion
« que ha profanado, á la pátria que ha ofendido,
« y á la naturaleza que ha ultrajado con sus
« crímenes.»

La bárbarie nunca es medio de llegar á resultados duraderos; y fué mas grande, mas atroz el crímen que la fuerza real ó que los medios que Carrera sacara de él.

Luego que saquearon al Salto, las tribus y la banda de los forajidos se retiraron al desierto para eludir el ataque de las fuerzas regulares que salieron inmediatamente á buscarlos. El panejirista de Carrera lo trasforma entonces—«en grande explorador de los secretos de la Pampa.» Por poco no lo hace un Darwin ó un Livingston, que por amor á la ciencia vaga entre soledades y vá hasta el *Neuquen* ó á las orillas del Estrecho; desde las márgenes del Rio Colorado y del Rio Negro por gusto de esplorar y por la grandeza de su espíritu investigador. Pero

Carrera no pisó jamás esos ni otros lugares remotos del sur: campó con los indios á unas leguas mas allá de la *Blanca Grande,* donde todavia se señala su parada. Y todas esas lomas del *Diablo Azul* y de los espíritus vagabundos del desierto que inventa el señor Vicuña-Mackenna para lucir su voladora fantasia, no son sino las lomas del arroyo *Gualichu* (16) y de las *Flores*, en cuyas cercanias acampó Carrera con su tribu, de paso hácia el Huilche. (17)

(16) Arroyo del *Brujo.*

(17) Son garantes de esto el coronel don Eugenio Bustos, famoso hijo del desierto que todos conocemos por su intachable honorabilidad, el coronel don Alvaro Barros y otros conocedores de la Pampa no menos distinguidos. Fuera de que es nocion comun.



CAPITULO VIII

TRASLACION DEL TEATRO DE LOS SUCESOS Á LA PROVINCIA DE CÓRDOBA

SUMARIO—Dias de espectativa—Las nuevas miras y los nuevos prestigios—Situacion de Córdoba y de sus partidos—Bustos, Paz y Heredia—Inquietud interior en Córdoba—Oposicion revolucionaria—Mala índole de las ideas de Paz—Vulgaridad é inexactitud de sus opiniones—Motivos especiosos de su proceder contra el órden nacional—Falta de consecuencia entre sus ideas y su conducta posterior—Eleccion de don José Javier Diaz—Entrada de Bustos—Descalabro de sus opositores—Síntesis del partido opositor—Su caracter esencialmente montonero y disolvente—Evoluciones internas de ambos partidos y de sus gefes—Anacronismos insinceros—Conspiraciones—Política nacional y americana de Bustos—Su hipocresía característica—Su rompimiento con Carrera y con Ramirez—Afinidades y connivencias del coronel Paz—Conspiracion del capitan Drouet—Separacion y confinacion del coronel Paz—Coincidente invasion de Carrera—Derrota de Bustos—Expatriacion del coronel Paz—Su reunion con los montoneros afiliados á Ramirez y Carrera—Viaje de Paz á Santiago del Estero en busca de la proteccion de Ibarra—Triunfo del coronel Bedoya sobre los anar-

quistas—Correrias de Carrera en la direccion del *Chaco* y *Abipones*—Rasgos verídicos de cada uno de los partidos que actuaban en Córdoba.

La mayor parte de las provincias mediterráneas habian asentado su situacion verdaderamente inspiradas por un espíritu de tranquilidad, que si no era enteramente satisfactorio bajo el aspecto de la libertad política, era al menos bastante simpático y conciliatorio de parte de las unas para con las otras. En Enero de 1821 muchas de ellas habian restablecido ya relaciones amistosas y adelantado deseos de ligar vínculos nacionales. La de Buenos Aires estaba completamente sana y regenerada. Reconciliado su gobierno con el de Santafé, se habia constituido de suyo una perfecta comunidad de intereses políticos y personales, entre ambos gobiernos y los de Córdoba, Cuyo, la Rioja y Salta. Solo la republiqueta efímera de Araoz en Tucuman, daba la nota discordante por el norte; pero del lado del litoral quedaba siempre Ramirez en la actitud amenazante en que lo ponia su arrogante ambicion y su antagonismo con el concierto general de las otras partes de la República que parecian ya resueltas á no permitirle que estorbase la reconstruccion del órden nacional.

Para comprender bien las ventajas y los inconvenientes que se complicaban en este estado

general de cosas, es menester que estudiemos la influencia y la consecuencias que la sublevacion de *Arequito* produjo en Córdoba.

Bustos, Paz y Heredia habian sido los tres empresarios responsables de este abominable atentado. Cada uno de ellos habia entrado en el negocio con miras personales que conviene exponer con claridad. El interés del coronel don Alejandro Heredia (para comenzar por el menos espectable de los tres) era que se le pagase su cooperacion dejándole disponer del escuadron de *Dragones* que mandaba, aumentado con el 1º de *Húsares*. Su interés era marchar á Tucuman, su provincia natal, y *libertarla* (todos eran *libertadores*) de la tirania con que don Bernabé Araoz humillaba á lo mas conspícuo y honorable de aquel vecindario. En esta mira, Heredia no contrariaba los intereses ni la ambicion de sus otros dos cómplices, y nada era mas justo que el que le diesen la remuneracion que habia contratado con ellos. Pero, no pasaba lo mismo con estos otros dos. La ambicion de Paz era incompatible de todo punto con la supremacia de Bustos; y cualquiera que fuese el caracter que tomaran los sucesos, era irremediable el rompimiento y la gresca entre ellos. Ambos bregaban por el mismo reino; y su título á gobernar consistia en haber *libertado* su provincia del ominoso gobierno que hacian en ella los indignos agentes del gobierno directorial—el ilustre

y virtuoso jurisconsulto don Manuel Antonio Castro, y el general don Antonio Alvarez de Arenales—grande soldado y grande ciudadano á la vez. Consideraba Bustos que por ese eminente servicio, hecho á *su patria,* lo menos que podia pedir era su gobierno soberano; y Paz que se tenia por mas digno de ese galardon, atento el mayor mérito personal con que se creia, estaba dispuesto á disputárselo. Contaba el uno con su mas alto rango y con la adhesion de los cuerpos del ejército sustraido por ambos al gobierno nacional; y contaba el otro con la preferencia que le acordába el partido vecinal, que concentrado en el recinto urbano de la ciudad, voceaba con mas bulla que poder efectivo los chismes y rencillas levantadas al favor del desorden y de la anarquia en que cada uno queria poner de su lado los resultados favorables que les ofrecia la situacion.

Habia en Córdoba como en Buenos Aires un partidito vecinal, que precisamente por serlo era localista y politiquero. Como localista era disolvente, es decir—enemigo acérrimo de la administracion centralizada en Buenos Aires, y mas inclinado á ponerse bajo la bandera bárbara de Artigas ó de Ramirez, á trueque de satisfacer sus envidias y rivalidades de provincia, que á prestar su apoyo á la reconstruccion de los antiguos vínculos nacionales.

Como civilista ó politiquero del barrio, era al fin burgués, y preferia, para su própio provecho, un régimen electoral que pusiese en sus manos los resortes gubernativos de su provincia antes que el incómodo predominio de un general, que por lo mismo que se presentaba á la cabeza de un ejército relativamente fuerte, quedaba habilitado para gobernar con una voluntad absoluta, y sin consideracion á las pretensiones de tal ó cual alborotador. En esta situacion interna es donde está la clara esplicacion de lo que iba á acontecer entre Bustos y Paz.

A Bustos no le convenia desnaturalizar su poder refundiéndolo en el movimiento voluntarioso de la burguesia cordobesa. Su autoridad era efectiva y personal; y cuando un poder es efectivo y personal hay siempre grupos que vienen á concretarse bajo su amparo buscando la satisfaccion de sus propios intereses ó propensiones. Pero del mismo modo (aunque por efecto contrario) se formaba á su frente, y en su contra, otro partido decidido á luchar movilizando el descontento y los elementos explosivos de otros intereses y de otras propensiones; y fué así como á penas tuvo éxito la sublevacion de *Arequito* se estableció *de facto* é inmediatamente el conflicto entre sus dos gefes y sus respectivos partidos.

El partido burgués de Córdoba habia pre-

visto, desde antes del movimiento de *Arequito*, el peligro de que Bustos, gefe de ese movimiento, quisiese apropiarse en provecho suyo las ventajas que produgera; y habia procurado precaverse con tiempo: ilusion ridícula en que incurren todos los hombres y los partidos que se adunan con movimientos y gefes militares. El general Paz sin pensarlo, y sin quererlo quizás, pinta con verdad la situacion local de Córdoba en los dias que precedieron á ese motin:—«La efervescencia era cada dia mas violenta en todos los ángulos de la República, y era *imposible precaver su accion en los ejércitos....* En la provincia de Córdoba no era menor, y aún puede asegurarse *que era mas violenta que en el resto de las provincias la fermentacion de las pasiones políticas que se agitaban.*» Llamamos la aten-on de los pensadores sobre lo que sigue, ra que penetren en las ideas y en los inte-ses políticos que guiaban las simpatias y las ras del coronel Paz; y para que se vea su cidida inclinacion hácia los anarquistas en yo servicio y bajo cuyos auspicios fué que cabezó la funesta rebelion de Arequito: — Entre los partidos de Tucuman y de Córdoba (dice) habia una notable diferencia. En Tucuman la parte pensadora ó decente de la poblacion habia manifestado mucha indiferencia; mientras que en Córdoba era

« —*la mas exaltada.* Muchas causas habian
« concurrido para crear estas fatales dispo-
« siciones, que no es de este lugar esplicar.
« Baste decir que *Yo estuve algunos dias en*
« *la Ciudad* por licencia que obtuve en el
« campamento del Pilar; y que tuve la ocasion
« de *conocer á fondo* el estado de la opinion y
« *los sucesos que se preparaban.*» Se vé aqui
con evidencia que el señor Paz *conocia á fondo*
el estado de la opinion y los SUCESOS QUE SE
PREPARABAN; y eso solo prueba su íntimo contacto con los que allí conspiraban; y que fué uno de ellos como lo vamos á ver.—«Esas mismas
« ideas (agrega) se *propagaban en los Ejér-*
« *citos*, y desde entonces no era dudoso el
« resultado.» ¿Quien las propagaba? es claro—los gefes que encabezaron el motin de Arequito; es decir—el partido comunal de Córdoba que el señor Paz llama la gente decente: burguesia anarquista que por ódio á Buenos Aires tendia abiertamente á la disolucion del Organismo Nacional. Esto es muy importante para que podamos conocer el caracter de los sucesos y juzgar de la conducta de los hombres que figuraron en ellos. El coronel Paz era, como lo vamos á ver, gefe de este partido anárquico y disolvente, que era en Córdoba lo que el partido de Artigas en la Banda Oriental, lo que el partido de Ramirez en Entrerrios, lo que el de Lopez en Santafé, lo que el de Araoz

'ucuman, lo que por fin, era en cada pro-
a el partido del caudillo que la habia se-
ado para poseerla y dominarla. Por mala
sea la compañia, vamos á ver dolorosa-
.e al coronel Paz en juego y en union
esos perversos fines despues del escándalo
requito.
·mprendiendo las apreciaciones poco lison-
s que aquel atentado debia dejar sobre su
, echa mano, para justificarse, de las calum-
y de los embustes inventados por las
ones; y nada seria que lo hubiese hecho
·s tiempos en que estaba apasionado y en-
do; sino que lo hace en el año de 1846
lo los calumniados estaban á su lado
rometidos en la misma lucha contra el
Rosas: cuando estaban ya plenamente
ados por la historia, y cuando solo era
ano el que insistia en acriminarlos con las
s mentiras que el general Paz adoptaba
ia sin título, sin datos, sin estudio y sin
iento propio para avanzarlas. A quien
aba el general Paz en 1846 con esas
as pretensiones á justificarse?.... A
a: á Garcia: al Congreso de Tucuman;
ltimo á todos los ilustres hombres de
826! que despues de todo eran car-
:arne y hueso de sus huesos! A esos
ue llama traidores á la pátria que *ha-
ido el pais al Rey de Portugal*—y

forjado en tinieblas la venida de un príncipe extrangero con un ejército poderoso para esclavizarlo y devolverlo al Rey de España! Por esto fué (dice él) que entró en la *Revolucion de Arequito.* (1) La menguada y vacia vulgaridad de las escusas y de los motivos que el señor Paz hacina para esplicar su proceder, aparece con solo leer sus palabras:—«¿Que se pro-
« ponia el gobierno de Buenos Aires (dice)
« *abandonando las fronteras* del Perú y renun-
« ciando á las operaciones militares tanto allí
« como sobre los puertos del Pacífico? ¿Qué
« pretendia con esa concentracion de fuerzas
« de línea en Buenos Aires? ¿Era para opo-
« nerlas á algunos cientos de montoneros, ó
« *para apoyar la Coronacion del Príncipe de*
« *Luca?* Cada uno resolverá esto segun sus
« convicciones.» Lo que sigue es estupendo:—
« Libre Buenos Aires del incendio y *robuste-*
« *cido* el poder de su Gobierno con un ejército
« númeroso y con ALGUN OTRO QUE PODRIA
« TRAER EL PRESUNTO MONARCA, *hubiera re-*
« *cobrado su influencia* cuando no se hubiera
« emprendido una nueva conquista, sin adver-
« tir que esos pueblos abandonados serian una
« presa fácil de los ejércitos españoles que nos
« observaban y que no combatian sino por la
« sugecion completa á la metrópoli. Fácil era

(1) *Memor.* tomo 2, pág. 3.

« congeturar que entonces *venia á tierra* la
« causa de la independencia aún sobre las ba-
« ses de una monarquía en la persona de un
« Príncipe de la casa de Borbon; y que así
« *lo que se queria era allanar el camino* á
« nuestros antiguos opresores.» (2)

Doloroso es, en verdad que un hombre como el señor Paz haya figurado en ese escándalo que es uno de los acontecimientos mas lúgu-ires de nuestra historia. Que un Bustos hu-iera cobijado su bastarda ambicion debajo e tales pretextos y embustes, seria cosa ue á nadie sorprenderia. Las responsabilida-es de cada hombre tienen la medida de su talla. n pillo mediocre no deja en su huella sino que es propio de su índole. Pero no es lo ismo cuando esas responsabilidades recaen 1 un hombre de mérito superior, que al obrar ontra la ley y contra la verdad, debe saber que rocede mal; y que procede peor cuando para stificar sus faltas ó sus errores, echa mano de s chismes y de las calumnias, sin creerse mo-almente obligado á estudiar los hechos con ijenuidad, y á verificarlos con amor á la jus-cia y sincera atencion.

Aquí tenemos pues que el único y poderosísimo otivo que decidió al señor Paz á encabezar funestísimo motin de *Arequito*, fue—impe-

(2) *Memor.*, tomo 2, pág. 12.

dir que el gobierno nacional *recobrase su influencia, y fuese robustecido por el ejército del norte* que habia sido llamado para defender el órden constituido y la integridad legal de la nacion. «Confesion de parte releva de prueba;» y si al decir que—«Cada uno juzgara de esto segun sus convicciones»—quiso el señor Paz decir—segun la verdad de los hechos, la honradez de la conciencia, y el imperio de los principios, no habrá uno que no condene ahora su proceder como no hubo un solo hombre de pró que no lo condenara entonces.

Pero no es esto solo lo que mas asombrarnos debiera en los fantásticos cargos que avanza contra la gloriosa época de ese gobierno directorial, contra el que hizo armas el señor Paz en 1820, sino la triste decadencia de su memoria: ó, si se quiere—el estraño olvido con que adultera la correlacion y secuela misma de los hechos que procura esplicar. El gobierno nacional, acosado por los bárbaros del litoral, vé en peligro inmediato no solo la conservacion del órden público sino la salvacion de la capital: llama en auxilio suyo á su ejército del norte: ordena que el *de los Andes* se traslade á Salta para operar sobre aquella frontera, ya que la expedicion á Lima es innecesaria é imposible sin exponer al pais á su completa disolucion. Pero el general San Martin *desobedece:* Paz y Bustos

sublevan el ejército que se les habia confiado: el gobierno nacional queda desarmado: cae vencido y exánime: triunfa la anarquia: se consuman la obra y los deseos de Bustos y de Paz:—«han *impedido* al fin que el gobierno nacional *se robustezca* y *recobre su influjo*».... Delante ahora de ese luctuoso espectáculo el general Paz levanta su voz de en medio de las ruinas en que él mismo ha sepultado á la nacion, para acusar al gobierno derrocado de haber dejado indefensas las fronteras con la inícua mira de que la patria caiga en manos de un príncipe extrangero: príncipe de su fantasia, que con un ejército europeo venia ya á restaurar por cuenta de los españoles el régimen colonial!.... En verdad: que si alguien hubiera sido cómplice de esta nefanda traicion, seria cosa de preguntar quien lo hubiera sido mas, ¿el gobierno que luchaba desesperadamente por defender el orden público y la INTEGRIDAD CONSTITUCIONAL: ó los gefes militares que se sublevaban entronizando el desorden, la anarquia y causando la disolucion completa del cuerpo político y social?.... Verdad es que el general Paz (hombre de grande mérito sin duda) tuvo siempre el malhadado defecto de ser cordobés ante todo; y si acaso—despues de cordobés argentino; y que no son de estrañar esas tristes vulgaridades de la filosofia localista y rezongona con que tiñe los matices de sus recuerdos: que eran, por otra

parte, los mismos que profesaba el partido burgués con cuya adhesion se proponia superar sobre Bustos.

Así que se conoció en Córdoba la noticia y el triunfo de los sublevados en *Arequito*, se levantó tambien el partido localista y anti-porteño, ó por mejor decir—anti-nacional. Derrocó al gobernador intendente doctor don Manuel Antonio Castro. El general Arenales que desempeñaba el puesto de comandante de las milicias provinciales, no esperó á ser destituido, y se dirigió por el momento á Salta donde tenia su familia. Estos dos caballeros, personajes ilustres de la historia argentina, de gran crédito por la competencia de su saber y por la honorabilidad de sus procederes, eran los dos tiranos que el gobierno directorial habia puesto en Córdoba; y por lo visto—dos de los famosos traidores que provocaron la indignacion patriótica del señor Paz.

Levantado el tumulto en Córdoba los cándidos burgueses creyeron suya la partida; y se apresuraron á echar mano de la ocasion haciendo gobernador á don José Javier Diaz con quien el coronel Paz tenia combinado el modo de suplantar á Bustos. Diaz era en Córdoba desde 1814 el andarin del partido *separatista* y anti-nacional. Habia andado de entremés en las asonadas de Caparrós y de los Villafañes en la Rioja: habíase juntado

con don Juan Pablo Bulnes, y en lo árduo de la lucha se le habia esquivado. Le habia escrito á Artigas que pasase el Paraná y viniese á proteger el pronunciamiento de Córdoba contra el gobierno nacional; y siempre y constantemente habia trabajado por la disolucion con la mira de que Córdoba, libre de todo contacto con el aborrecido influjo de Buenos Aires, constituyese una república independiente y soberana.

Tomado como entidad política, don José Javier era un simple bullanguero, inquieto y amigo de figurar, pero sin condiciones de ningun género para hacer un papel algo importante en la vida política de la provincia ó de la nacion. Su notoriedad nacia única y exclusivamente de que era un vecino de muy buena familia y rico hacendado de la sierra. Ese era el personaje con quien el coronel Paz vinculó su ambicion! De manera que lo encontramos entrando en la vida política por un motin contra el gobierno nacional, y ligado con el partido disolvente que no habia cesado de llamar en su auxilio el poderoso apoyo de las armas de Artigas, de Ramirez y de Carrera. Esto lo confiesa él mismo, como lo vamos á ver dentro de un momento, por que estas cosas no se dicen sin que la prueba sea concluyente.

La precipitacion con que el partido localista se habia echado sobre el poder, no tenia por fin

responder en armonia al motin del ejército, sino oponerle á Bustos el hecho consumado, y anular de ese modo las pretensiones que este pudiera tener al gobierno como cabeza del pronunciamiento y gefe superior de la fuerza que lo habia hecho. Contaba Paz con tomar á su vez la defensa de la lejitimidad electoral constituida ya en esa eleccion de asonada, para traerse la adhesion de la tropa y de la opinion popular con ese influjo moral y con el prestigio que se atribuia, antes de que Bustos hubiera podido llegar, precaverse y parar el golpe.

Bustos era indudablemente inepto como militar; pero no era menos disimulado ni menos marrajo que Paz: y con su aire lento y habitual pachorra, sabia ocultar la mas refinada malicia y desplegar á tiempo una tenaz consistencia de propósitos, poco elevados si se quiere, pero correctamente ajustados á los intereses personales ó miras que se proponia alcanzar.

No se le habia escapado, por supuesto, doble intencion con que Paz lo habia secundado en el motin de Arequito; mas, por prevenido que hubiera estado acerca de la oposicion que lo esperaba en Córdoba, no habia creido que habiendo él encabezado ese motin que tanto anhelaba el menguado partido que le hacia eco á Diaz y á Paz, partido que en resumidas cuentas no era mas que un círculo sin poder real, murmuron y versátil—tuviese la

audacia de disputarle las ventajas del escándalo y de ponérsele por delante para estorbarle su camino.

Tan lejos de que el círculo de Diaz fuese el partido predominante de la burguesia de Córdoba, militaban de parte del gobierno nacional las familias de mayor autoridad en aquel vecindario, como los Funes, los Bedoyas y veinte mas que eran á su vez centro de un influjo considerable; y que de cierto habrian continuado haciendo preponderar su adhesion al gobierno nacional concentrado en Buenos Aires, si la sublevaccion del ejército no hubiera puesto esa fuerza militar al servicio de los localistas. Esta circunstancia complicaba muy mucho el éxito de las esperanzas y propósitos del señor Paz, por que era bien claro que si los *artiguistas* entraban á disputarle el poder y el triunfo á Bustos, los *nacionalistas* habian de tomar el declive natural en estos casos, afiliándose con Bustos, y dándole la buena suerte de que se encontrase con un partido importante y de elevadas condiciones á quien llamar en torno suyo.

Ademas de este peligro corrian otro muy sério el señor Paz y sus amigos del círculo de Diaz. La masa baja del pueblo no estaba preparada para la contienda que se armaba entre ellos. Pero Bustos venia en camino de Córdoba á la cabeza de viejos y lucidos escuadrones; y

no era dudoso que esa masa llevada siempre á impresionarse por el espectáculo y por el prestigio personal de lo que vé, habia de victorear la preeminencia del rango militar, con prescindencia de los influjos vecinales. La eleccion de Diaz quedaba pues vacilando entre la prepotente voluntad de Bustos, y el nuevo motin ó pronunciamiento con que Paz se proponia consolidarla.

El mismo coronel Paz pinta la situacion de una manera que basta para ver con dolor su complicidad con el partido artiguista y anárquico que se empeñaba en hacer imposible la reorganizacion política de la nacion. El es quien lo dice:—« Desde que Bustos supo la
« eleccion de don José Javier Diaz la desa-
« probó quejándose de que no se le hubiera
« consultado, y dando á conocer desde enton-
« ces, que deseaba para sí el gobierno de la
« provincia. Como el *partido vencedor* en
« Córdoba era el que habia *promovido la elec-*
« *cion de Diaz,*—Bustos se indispuso con ese
« partido, y desde entonces empezó á plegar-
« se *al que acababa de ser vencido.* Este
« abrazó el médio que se le presentaba de
« sobreponerse á su contrario, y ántes de un
« mes de su derrota *volvió á tomar la ofen-*
« *siva, y no la dejó hasta no cantar victoria*
« *entronizándose con Bustos.* Sin duda que
« el partido que se decia *liberal,* y al que des-

« pues de haber servido anonadó este general,
« se componia de los hombres mas distinguidos
« por sus luces. » (3)

El señor Paz comete aqui un anacronismo de importancia. Parece fuera su intencion confundir la verdadera índole de dos épocas diversísimas bajo su aspecto político. El partido *liberal* y *constitucional* de Córdoba en 1820 era el de los Funes, los Bedoyas, los Fragueiro, los Lozano, que con muchas otras familias distinguidas por su saber y por sus principios orgánicos y liberales, sostenian al gobernador intendente don Manuel Antonio Castro, y al comandante militar de la provincia el ilustre general Arenales. El partido de Diaz, de los Corro, de Bulnes, Gonzalez, Moyano, no era ni podia ser *liberal,* por que era artiguista, disolvente, y montonero; sin que entonces ni ahora se le puedan conocer mas doctrinas políticas que la baja mira de constituir en Córdoba una republiqueta que ademas de mezquina y oscura, era de todo punto imposible. (4)

(3) *Memorias*, tom. II pag. 28.

(4) Como antes quedan exhibidos los documentos que justifican mi juicio sobre este figurante secundario de nuestra historia: documentos que por otra parte se hallan en manos de todos: y como son contestes las opiniones de cuantos han tenido que escribir sobre él, nos limitaremos á dar el excelente extracto que hace de ellos el señor Antonio Zinny en su informadísima y laboriosa

La posicion geográfica de esa provincia era tal que no era posible fundar en ella nada subsistente, ni consolidar influjo político por otro medio que el de la fuerza armada usurpada temporalmente á la nacion: de manera que su pretendida autonomia no era ni podia ser otra cosa que un resultado efímero de la concentracion accidental del ejército en manos de alguno de sus caudillos locales.

No es exacte tampoco que el partido artiguista fuese en Córdoba, ó en alguna otra parte *notable por sus luces* ni por lo elevado de su espíritu público. Ese elojio correspondia al *partido directorial* en cuyas filas lucian sus talentos, y su indisputable saber, hombres como los presbíteros Bedoya, Baigorri, Castro-Barros, los Fre-

Historia de los gobernadores de las Provincias Argentinas.
Hallándose el Dean Funes en Santafé tratando de mancomunar los intereses del gobernador Vera con los del gobierno nacional contra Artigas—«se recibió un oficio del gobernador Diaz en que comunicaba su disposicion á resistir á las tropas de Buenos Aires.... Y en mérito de los servicios que el general Artigas prestaba á las provincias litorales y de Córdoba, se le acordó en esta una espada de honor con la inscripcion siguiente en la vaina—*La espada del general Artigas:—Córdoba en sus primeros ensayos, á su protector inmortal* general don José Artigas—Año 1815—En el anverso de la hoja—*Córdoba independiente* (de Buenos Aires) *á su protector*—En el reverso —*General don José Artigas—Año de 1815.* La referida espada que es de oro macizo se halla en el Museo Nacional de Montevideo.

gueiros, Funes (el Dean) y sus hermanos don Ambrosio y don Domingo, sin contar otros jurisconsultos como Aguirre, que seria inutil enumerar. En el partido de Diaz no rolaba un solo hombre liberal ni de luces que fuera notable en el país. Los corifeos, eran como Diaz, como los Gonzalez, como los Moyano y los Bravo, vecinos de arraigo y de buen nombre relativo, pero destituidos de todo saber y de toda importancia. El señor Paz confunde épocas que se hallan separadas por un espacio de diez años; y quisiera hacernos creer que el partido que lo rodeó en 1829 contra la tiranía de Quiroga, de Rosas y de Bustos, era el mismo que habia aplaudido el motin de *Arequito;* sin tomar en cuenta los tiempos, los cambios ni las complicaciones que ellos habian producido. Muchísimos hombres de importancia y de encumbradas familias se adhirieron á Rosas en 1829 ¿constituian acaso por eso un partido liberal en 1840? Los partidos tumultuarios se componen y se descomponen por accidentes personales.

Sin desmentir su calma aparente entró Bustos á Córdoba á la cabeza del ejército. El pueblo del comun no vió en él sino el prestigio del mando supremo rodeado de la gloriola militar, y lo rodeó con sus aplausos y con su natural abyeccion en estos casos. El gobernador Diaz y su partido sin medios á la mano con que defender lo que tenian dentro del pecho, pusieron notable esmero en

ocultar sus miras exajerando sus adulaciones á los piés del dueño verdadero de la situacion provincial. Todos á una endiosaron su persona con festejos y espectáculos que llegaron al colmo de lo ridículo. Comparsas de señoritas principales en trajes de «*Famas*» con clarin y álas de mariposas unas, en disfráz de Ninfas y de Musas otras, entraron al salon donde Bustos se exhibia; y al coronarlo de laureles y olivas le recitaban loas en verso y discursos de clásica prosopopeya, á la faz del populacho encantado y absorto tambien delante del grotesco figuron. Bien se comprende por un lado la triste y ridícula figura que en todo este festejo hacia el cuitado gobernador Diaz; y por otro el rabioso despecho del coronel Paz.

El resultado fué el que era de esperar: —«Se hicieron elecciones (dice el señor Paz) para representantes en que prevaleció el *partido fomentado* por Bustos, (5) y al nombrar estos representantes el gobernador legítimo de la provincia, *solo uno*, le faltó á Bustos: de modo que recibió el gobierno sin que sus contrarios pudieran tachar la eleccion. Sin embargo *la opinion continuaba trabajando como podia.*» (6)

(5) El señor Paz no dice cual, pero la palabra *fomentado* y sus conceptos anteriores, prueban que triunfó el partido directorial.

(6) *Memorias del general Paz,* tom. 2, pág. 30.

Hé aquí una frase capital y preñada de sérias consecuencias. Si el partido de oposicion—«seguia *trabajando* despues de la eleccion»—es claro que *conspiraba*; y no es estraño que apercibido Bustos de *esos trabajos* tratara de atraerse con esmero á los *nacionalistas*, lo que poco debió costarle, por que ese era el partido á que él mismo habia pertenecido antes de que la ambicion y la ocasion lo hubieran puesto en el declive del atentado que debia darle al gobierno absoluto y militar de su provincia. Al ligarse con él, los nacionalistas procedian de buena fé, y en el sentido ingénuo de sus ideas. Veian á Bustos conciliador y simpático para con el triunfo de ese partido en la capital: lo veian continuar su honrosa consecuencia con la nombradia y con la gloria de San Martin: lo veian decidido á mantener el órden político en el interior, y en Cuyo sobre todo, contra la pandilla de foragidos que encabezaba Carrera: lo veian decidido á iniciar la reunion é instalacion de un nuevo Congreso nacional; y no estando ya en manos de ellos salvar el edificio derrumbado, lo práctico y lo honorable era tomar los sucesos como se presentaban, en servicio y pró de sus antecedentes y de sus principios. Bustos estaba pues dentro del partido constitucional, y de movimiento reorgánico de que los directoriales habian formado parte; y nada era mas regular que el que le prestasen su

apoyo y su adhesion, contra el círculo anárquico, disolvente y montonero en que el señor Paz se habia afiliado por ambicion prematura y por despecho personal.

Desde luego, estrechó Bustos relaciones amistosas con el general San Martin y con O'Higgins. Comprometióse con este á impedir el paso de Carrera á las provincias de Cuyo; y con el primero á reforzar á Güemes con algunas tropas veteranas de las que tenia en Córdoba para que sobre ellas formase el cuerpo divisionario con que debia cooperar por el Alto-perú y Tarija á las operaciones de San Martin sobre Lima.

Puesto en este camino, Bustos quedaba naturalmente unido á los mismos propósitos é intereses de Buenos Aires, y naturalmente opuesto á los de Ramirez y de Carrera; mientras que el señor Paz y su partido, ya fuese por inclinacion, por los intereses personales ó por los influjos de la cuestion interna y local que ventilaban contra Bustos, venian á quedar fatalmente en un declive de pasiones y de miras que debian llevarlos á ser aliados y cómplices del bandolerismo que encabezaban Ramirez y Carrera. Eso es lo que vamos á ver sin mas demostracion que la trascripcion textual de lo que el mismo señor Paz nos dice sobre sus propios hechos en ese tiempo.

En Abril de 1820 cumplió Bustos el compromiso contraido de mandar fuerzas veteranas á

Salta. Puso al mando del coronel don Alejandro Heredia el batallon Nº 10 con los escuadrones de *Dragones* y de *Húsares.* El señor Paz era gefe de los Dragones desde mucho tiempo tras: y debia haber ido á Salta con ellos, con tanta mayor razon cuanto que acaba de decirnos—« que puede asegurar con la mas perfecta certidumbre que el *único* propósito que tuvieron los autores del movimiento de *Arequito* fué tan solo separarse de la guerra civil y regresar á las fronteras de Salta amenazadas por los enemigos de nuestra independencia: al menos este fué el sentimiento general.» (7)

Se le presenta inmediatamente al coronel Paz la ocasion de justificar la disculpa de su mal proceder: puede marchar ahora á las fronteras amenazadas en auxilio de Güemes:—y rehusa marchar con su escuadron! Renuncia el mando y prefiere quedarse en Córdoba—« donde la oposicion continuaba *sus trabajos como podia;*» y donde no tardó mucho en dar otro clásico desmentido á su ánimo de no tomar parte en la guerra civil.

Separado de su escuadron por no seguir con él á las fronteras del norte, el coronel Paz se retiró á una quinta. Bustos, socarron en todo, le mandó los despachos de coronel efectivo; y el señor Paz que quizá tomó el acto del lado bur-

(7) *Mem.* tom. 2º, pág. 20.

lezco, se presentó en el gabinete de Bustos y despues de haberse negado á recibir el grado—«*le dejó los despachos sobre su misma mesa.*» El rompimiento, como se ve, tomaba ya un carácter algo grave.

Comienza entonces en la provincia de Córdoba un periodo de inquietudes y de amenazas que el coronel Paz nos expone con una confusion que no tanto viene de los sucesos mismos, cuanto de la notoria dificultad que el narrador siente para ser claro é ingénuo en la historia de esa malhadada época de su vida. No niega que tomaba parte en todas las conspiraciones que se tramaban contra Bustos: dá sueltas al ódio y al menosprecio que le inspiraba este personaje de quien habia sido amigo y cómplice, sin que se sepa ahora por qué era enemigo: no oculta que los conspiradores y sus agentes tomaban consejo de él; y llevado por las necesidades de la narracion confiesa al fin que hizo armas, que —«tomó parte en la guerra civil, del peor lado, con los montoneros y con Carrera;» pero cuida de colocarse en una insignificancia calculada de actitud y de resoluciones: en una nulidad moral y política completa, digna apenas del mas oscuro figurante; y por muy poca que sea la crítica que uno quiera hacer de sus revelaciones, basta conocer su carácter, su mérito militar, su influjo y sus pasiones, para darse cuenta que aunque él lo diga, no era el

manequi de otros, sino el mas avisado é inteligente artífice del drama cordobés de 1820. Oigámosle exponer la escena en que va á figurar.

Lopez (dice) ha hecho la paz con Buenos Aires. Ramirez se apronta á castigarlo, y Carrera vaga por el desierto engrosando su banda mientras llega el Gefe Supremo de Entrerios, á quien el Coronel Paz distingue con altos elogios como General y como táctico.—«La guerra iba á estallar sin que la provincia de Córdoba pudiese ser indiferente en la contienda: *el partido de oposicion á Bustos no cesaba de maniobrar para evitar la destruccion que lo amenazaba, y estaba dispuesto en su desesperacion á aprovecharse de cualquier coyuntura sin escluir la que le ofrecian Ramirez* y *Carrera*», (8) y como ese era el partido con el que el coronel Paz *trabajaba* ó *maniobraba* segun lo ha dicho, tenemos, por confesion propia, que el coronel Paz «trabajaba ó maniobraba con su partido, dispuesto á aprovecharse de cualquier coyuntura, *sin excluir la que le ofrecian Ramirez* y *Carrera*».

El general Paz, escribiendo en 1840 procura atenuar ó desvirtuar el verdadero sentido del hecho, llamando *partido liberal* al que entonces servia, como si quisiera dar á entender que era la fraccion cordobesa del partido porteño

(8) *Memor.* vol. 2, pág. 35 á 37.

y unitario de 1826 cuando en realidad era todo lo contrario; y como esto podria inducir en error á sus lectores, y hacerles creer que ese partido cordobés habia sido alguna vez nacionalista ó unitário por principios, necesario es que hagamos ver que no fué unitario ni liberal, entonces ni despues, sino localista y cordobés siempre desde 1815 hasta 1832: bajo Bustos en 1820 lo mismo que bajo Paz de 1830 á 1832. Y de no, dígalo el Dean Fúnes, que conociendo á fondo su provincia natal y la genealogia de sus partidos, nos dice:—« La ciudad de Córdoba se inclinaba del lado de los artiguistas y santafecinos. Don José Xavier Diaz estaba tambien inclinado del lado de la causa del Federalismo: este don José Diaz era el mismo que aunado en 1816 con don Juan Pablo Bulnes, se habia sublevado en Córdoba contra el Congreso de Tucuman y proclamando la bandera separatista. (9)

Hé ahí la verdad. Nosotros no ponemos en duda que ese partido tuvierra en su seno algunos gefes de honorables familias y de sólida riqueza. ¿No las tuvo tambien el partido de Rosas en mayor cantidad y calidad? Pero ese simple accidente no bastaba para que pudiera ser clasificado de *liberal*, bajo el punto de vista político, ni bajo el punto de vista filosófico ó histórico, cuando era

(9) Bosquejo histór. pág, 172.

por el contrario un partido localista y rehácio que bregaba descaradamente por la disolucion del gobierno constitucional, y por la entronizacion de caudillos de baja esfera y mala índole, como Ramirez, Artigas y Carrera. Ese partido no era pues una fraccion del partido *unitario liberal* en que el general Paz se enroló despues para luchar contra la tirania absoluta y absorvente de Rosas; y por mas que él quiera confundir los tiempos y envolverlos en las alteraciones producidas por las emergencias posteriores, el partido que abrazó en 1820 era todo lo contrario, una fraccion apasionada del partido montonero, como el mismo señor Paz va á seguir poniéndolo en evidencia.

Asi pues, cuando el coronel Paz mohino y mal avenido se retiraba á una quinta á conspirar contra Bustos, este se establecia á sus anchas en el poder, y formaba en derredor de su persona un partido político compuesto de los antiguos directoriales de Córdoba, y fortificado con la adhesion de las masas urbanas y campesinas, que comenzaron á mirarle como el prototipo de la glorificacion y del orgullo cordobés levantado á la gerarquia de soberania política y militar. Habia para esto una razon capital: era Bustos el primer mandon que con charreteras y entorchados de oro ocupaba el sólio cordobés por lerecho propio; y como se habia educado en os ejércitos regulares tenia cierto garbo teatral

con la solemne apostura del oficio y del cuartel.

Pensó Bustos al principio que mancomunando su autoridad con la amistad del general San Martin, con O'Higgins y con Güemes, podria prescindir de Buenos Aires y vivir de la fuerza y de la popularidad que tenia á su servicio; pero los sucesos vinieron de tal modo que antes de muy poco tiempo, se vió forzado á entablar relaciones íntimas con la antigua capital para defensa comun de ambas partes.

Fallida la audaz tentativa del general Alvear para apoderarse de Buenos Aires se retiró á Entrerrios dejando á Carrera en Santafé como ya lo digimos, con un escasísimo número de secuaces. Creyó Carrera que podia imponerle miedo á Bustos, y le ofreció su neutralidad á condicion de que se le entregase el batallon N° 10 que decia contener un número considerable de chilenos. El encargado de esta embajada fué un capitan Urra. La mision de este capitan era un simple pretexto. Bien sabia Carrera que Bustos no habia de acordarle lo que le pedia. Pero su objeto verdadero era entenderse con un oficial francés llamado Drouet, capitan de ese batallon que por medio del general Brayer residente en Montevideo, habia sido tocado para que promoviese una sublevacion, y apoyase— «al partido de oposicion que seguia trabajando y maniobrando segun podia» como dice el general Paz.

Drouet puso manos á la obra; y parece que habia logrado la cooperacion de algunos sargentos cuando fué descubierto. Preso y puesto en *capilla* para ser fusilado, mostró que era un loco, mas estrafalario que peligroso: solicitó que se le permitiera dar un banquete: escribió un prolijo programa de la fiesta y redactó el discurso que se proponia pronunciar. Al informarse Bustos de aquella extravagancia se puso á reir, y ordenó que Drouet y Urra fuesen puestos en libertad y saliesen inmediatamente de *su provincia*.

Que el acto fué generoso y digno de elogio nadie lo negará; pero el general Paz opina de otro modo:—«Bustos era incapaz de un sentimiento elevado y de una accion gloriosa. Aferrado en el estrechísimo círculo de sus mezquinas aspiraciones, no daba un paso que ennobleciera su gobierno.... El descontento que esto producia se hizo bastante general en el ejército, y un tal Bravo, oficial que habia sido de mi regimiento, vino un dia á decirme muy en secreto que habia concurrido á una reunion de oficiales en que se habia discutido un proyecto de revolucion, en estos têrminos:—*Desconocer la autoridad* militar de Bustos, quitándole el generalato, ponerme á mí á la cabeza del ejército, para que lo llevara á las fronteras amagadas por los españoles». Dice el coronel Paz que mandó disuadir á los conspiradores; que ellos acepta-

ron su consejo—«y que todo quedó tranquilo.» Sinembargo, á renglon seguido, él mismo nos dá motivo, mas que suficiente, para creer qué tan lejos de que—«todo quedase tranquilo»—la conspiracion siguió armándose con tezon. El señor Paz confió el secreto, en muchísima reserva al abogado don Lorenzo Villegas; y—«este malvado no solo aprobó el proyecto de los oficiales, sino que procuró *alentarme* para que me pusiese á la cabeza, y hasta se me ofreció á *redactar el manifiesto* con que debia justificarse el movimiento *despues* de realizado».... Singular abstencion y rara tranquilidad! «Pero este malvado (Villegas) fué en el acto á decírselo todo á Bustos»—y sucedió lo que era natural que sucediese:—hubo arrestos y destituciones: el coronel Paz fué exonerado del Estado Mayor General, y confinado en *Calamuchita*. Mirando bien las cosas, nos parece que podria pensarse que Bustos se portó tambien en este caso con bastante benignidad.

Lo que es aquí muy digno de llamar nuestra atencion, es que la conspiracion de los *oficiales* y de *los amigos* del señor Paz coincidiese con la repentina aparicion de Carrerra en las fronteras de Córdoba. Lo habíamos dejado cruzando de la *Blanca Grande* á *Melincué* para doblar al sur sobre San Luis y Cuyo. Los indios de cuyas acechanzas se habia escabullido, trasmitieron noticias del rumbo que llevaba; y el goberna-

dor Rodriguez las puso en conocimiento de Lopez y de Bustos para que concertando sus operacones con los gobernadores de San Luis y Cuyo le estorbasen el paso.

Bustos les circuló todos los informes y avisos del caso. Les previno que se ponia inmediatamente en campaña ; y que iba á situarse en las *Achiras* que así se llaman las puntas ó declives que de la sierra de Córdoba bajan al camino de *San Luis.*

La posicion escojida era excelente, por que á la vez que cerraba la entrada al enemigo por aquel costado, permitia ocurrir oportunamente á las márgenes del *Rio Quinto,* y cruzar la marcha de Carrera ya fuese que quisiera correrse al sur ó introducirse en Cuyo por el *Rio Cuarto.* Reunidas en este terreno las tres divisiones, de Córdoba, San Luis y Mendoza quedaban en fuerza mas que suficiente para arrojar á Carrera hácia el norte, ó forzarlo á refugiarse de nuevo entre los indios: lo que en uno y otro caso equivalia á destruirlo completamente.

La presuncion que Bustos habia hecho era exacta. Carrera venia buscando el *Portezuelo* para atravesar por *Renca,* en la creencia de que por allí ninguna fuerza enemiga lo esperaba. Pero quiso la casualidad que el 3 de Marzo diera con unos doce milicianos que andaban rondando las fronteras por órden de Bustos; y que habiendo tomado prisionero á uno de ellos,

supiese que Bustos ocupaba las puntas de la sierra de Córdoba, y que el gobernador de San Luis ocupaba el *Oratorio*. Con estos datos, Carrera resolvió dirigirse al *Morro* y hacerse sentir entre las dos divisiones que lo esperaban, incitándolas así á que se moviesen sobre él.

El 6 de Marzo entró al *Morro*, y calculando que al saberlo vendrian á buscarlo allí, salió con rapidez y se dirigió sobre Bustos, á quien sorprendió y derrotó vergonzosamente en el Chajá. De allí, Carrera contramarchó al sur para caer con igual rapidez sobre el gobernador Ortiz, que se habia movido hácia el *Morro* contando con que Bustos estaria tambien en marcha sobre el mismo punto. Al llegar supo que Carrera habia contramarchado precipitadamente y supuso que huia á ocultarse otra vez en la Pampa. No teniendo noticia ninguna de Bustos, Ortiz resolvió contramarchar á su anterior posicion del *Oratorio*. Retrogradaba con esta mira, cuando Carrera apareció de improviso sobre su retaguardia; y le hizo saber por un pasado que habia derrotado y deshecho completamente á Bustos. En este apuro inesperado, el gobernador Ortiz recostó sus pequeñas fuerzas á las riberas del *Rio Quinto*: perseguido de cerca tuvo que hacer pié en el punto de las *Pulgas*, hoy *Mercedes;* pero desmoralizados los milicianos de San Luis con la derrota de los cordobeses y con la retirada que acababan de hacer, fue-

ron batidos; y la infanteria que constaba de unos cien hombres rindió las armas, pasando con los demás prisioneros á engrosar la fuerza de los vencedores, como sucedia siempre en aquellos tiempos.

Favorecido pues por la fortuna en estos dos encuentros, Carrera ocupó á *San Luis* y puso de gobernador á un tal Jimenez que le ayudó eficazmente á aumentar su banda con reclutas y perdulários puntanos.

Sin embargo de sus triunfos, Carrera estaba perplejo aún sobre si acometeria la empresa de marchar sobre Mendoza, ó esperaria en San Luis las fuerzas de esa otra provincia que tambien se aprontaban á buscarlo. Segun sus informes las fuerzas de Mendoza eran muy superiores á las suyas, y temia que no pudiera resistirlas. Benavente, y los otros oficiales opinaban que lo mas acertado era invadir la sierra de Córdoba: alborotar á los enemigos políticos de Bustos hasta conseguir la reunion de un grupo capaz de medirse ventajosamente con los mendozinos. Carrera vacilaba entre estos diversos pareceres, cuando tuvo la fortuna de que le alcanzase un tal Felipe Alvarez caudillo prestigioso de la *Punilla* pidiéndole en nombre de Diaz y de otros, que entrase á la sierra á dar apoyo al levantamiento general de la region alta que iba á tener lugar asi que se sintiese su aproximacion. En efecto,

cuando apareció en la sierra lo esperaban ya en alzamiento varias partidas encabezadas por los hermanos Moyas y por otros montoneros «del partido de oposicion en que figuraba el señor Paz.»

Los triunfos obtenidos por la banda de Carrera no pasaban de ser pequeños encuentros sin importancia militar que nada decidian. Pero, segun dice el señor Paz, era tal el estado de fermentacion en que se hallaba la provincia de Córdoba que habia bastado el ruido solo de la derrota de Bustos en el *Chajá* y la ignominia que el hecho mismo arrojaba sobre su nombre, harto desacreditado ya por inepto, segun dice tambien el señor Paz, para que aparecieran gruesas montoneras en la sierra y en el norte.

Por fortuna suya, al salir á campaña, Bustos habia delegado el gobierno en manos del coronel don Francisco Bedoya, hombre de una energia excepcional y capaz de sobreponerse á conflictos mucho mas graves que los que pudiera causar Carrera. Bien apercibido Bedoya d que el coronel Paz era cabeza en las perturb ciones que se hacian sentir en la sierra, man que lo prendiesen en *Calamuchita*, y que lo lle sen á las fronteras de la Rioja con órden de q fuese á prestar sus servicios en el *Ejército A xiliar* del Alto-perú, que estaba reorganizán se en Salta; intimándole penas muy severa desobedecia ó si volvia á vérsele en la Provi

de Córdoba. Paz se sometió y marchó á la Rioja custodiado por el oficial de la partida á quien se le habia encargado la ejecucion estricta de la órden. «Yo estaba realmente preso, dice, y como tal seguia mi camino. Pero creo que mi conductor comenzó á asustarse al ver el aspecto de algunos vecinos de la campaña que *no era nada favorable* al gobierno; y yo atribuyo á esto mas que á los pretestos frívolos que me dió, su resolucion de volverse antes de haber llegado á la *Cerrezuela.* Al otro dia de su regreso estaba yo solo en el punto de la *Higuera,* estancia de los Vazquez Novoa, (10) cuando cayó de sorpresa una partida de doce ó quince paisanos al mando de don Faustino Allende, (11) que no traia mas objeto que ponerme en libertad empleando la fuerza si fuera posible. No fué ne-cesario que Allende me libertara porque yo ya estaba solo, pero lo hecho bastaba para constiir un acto de rebelion. Dejé, pués, mi viaje á Rioja y al Perú, y *segui al señor Allende* que resó á su hacienda. Me maravillé cuando lo entregarse tranquilamente á las faenas ordi-as; y le hice presente el peligro que corría-*si no nos armábamos* ó si no nos poníamos salvo. Entre los vecinos principales se habian

Corifeos del partido rehácio de Diaz.

Cuñado de Diaz, de don Pedro Juan Gonzalez y de yano.

hecho algunas prisiones, y el gobernador delegado Bedoya que habia mostrado un carácter de fierro, mandó hacer otras muchas, entre ellas la de don Gaspar del Corro, cuya hacienda distaba 20 leguas de la que nosotros ocupábamos. Corro se ocultó en los bosques; y allí *empezó á reunir á sus principales partidarios para hacer formal resistencia.* Allende creyó entonces que debia hacer lo mismo, y con diez y ocho ó veinte de sus peones *salimos en busca de las fuerzas que reunian Corro y otros.* De este modo se formó un grupo como de 400 hombres, sin armas, sin práctica de la guerra y sin esa disposicion moral cuya exaltacion se requiere en defecto de disciplina, ó de otros medios para vencer.» Pero el caso fué que habiendo despachado el gobernador delegado una division de 200 á 300 hombres de tropa al mando del sargento mayor Catolis, los montoneros que mandaba el coronel Paz fueron completamente derrotados y corridos en todas direcciones. (12)

(12) Al referir estos incidentes harto culpables en sí mismos, el general Paz procura atenuar la triste responsabilidad que le cupo en ellos haciendo la mas burlesca pintura de los amigos que lo habian acompañado con entera abnegacion en estos desórdenes poco propios de su alta reputacion:—«Acompañado siempre (dice) de don Faustino Allende, á quien me ligaban relaciones de amistad y de parentesco, emprendimos la marcha para Catamarca despues de nuestra dispersion. Mas, á las pocas leguas, me propuso variar de camino para llegar á su estancia, donde

Lo que el general Paz cuida de no decirnos
ɜs que el mal éxito de la montonera que levan-
.ó, tuvo su causa en que Carrera no operó
;omo se habia contado que lo hiciera. Los re-
ʳolucionarios de la campaña de Córdoba creye-
'on que derrotado Bustos en el *Chajá*, Carrera
seguiria sobre él, y que lo traeria arrollando
ıasta encerrarlo en la ciudad. Cediendo pues á
ɜstas esperanzas lisongeras, y á la escitacion
ʲue produjo en los partidos la primera noticia de
.a derrota de Bustos, comenzaron á estallar en

lecia que nos proveríamos de guias, de caballos y demás
osas necesarias para el camino. A poca distancia de la
asa nos internamos en un bosque á donde vino á visitar-
ı doña Rita Moyano, su esposa. Sus primeras palabras
eron: *mas quiero verte preso que ausente.* Hé aquí á mi
mpañero mas tierno que un caramelo, que *se pone á llo-*
' *como un chiquillo;* y que, por lo que ví despues, le de·
ofrecer á su jóven esposa amoldarse á sus consejos.
· lo pronto me dijo que los preparativos del viaje nece-
ban algunos dias que pasaríamos ocultos en perfecta
ıridad; pero como este plazo se alargase *me propuse*
solo. Me entretuvo, me engañó; y al último me salió
'ue todos los caminos estaban tomados por las fuer-
ɜl gobierno, y que era imposible escapar.»—Cual-
ı creeria que la abnegacion idolátrica con que el in-
.llende se habia entregado á su servicio, hubiera
ıado la inclinacion del general á la sátira y al mor-
pero al contrario, valia mas ridiculizarlo para
· al menos el valor de los hechos que, como vamos
ɪran mucho mas sérios de lo que á él le convenia
ɔonsiderasen.

la campaña esas insurecciones parciales á cuya cabeza se puso el general Paz. Pero Carrera, que no obedecia sinó á su conato de marchar con rumbo á Cuyo para pasar á Chile, cometió el error de no perseguir á Bustos por la provincia de Córdoba hasta anonadarlo; y prefirió ir á batir á los Puntanos para pasar á Mendoza. Asi fué que viéndose Bustos libre de toda urgencia, no solo logró reunir una division mas fuerte y sólida que la que habia sido batida, sino que su delegado en Córdoba ajustó con severidad los resortes de la obediencia: organizó la defensa de la ciudad; y pudo despachar fuerzas parciales á la sierra y al norte para deshacer las montoneras que se habian formado contando con Carrera. Si este no hubiera perdido tiempo en su invasion á San Luis, hubiera podido indudablemente apoyar el levantamiento de todos los partidarios del coronel Paz; y quizás derrocar á Bustos y á Bedoya, para poner en Córdoba un gobierno enteramente de la devocion de Ramirez. Pero no lo hizo; y mientras operaba en San Luis, Bustos se repuso y Bedoya puso en seguridad la ciudad.

Asi pues que cuando Carrera abandonó á San Luis para esquivar el ataque de las fuerzas de Mendoza, ya era tarde: la insurreccion cordobesa estaba vencida. Pero él, halagado con las manifestaciones de hostilidad á Bustos que acababan de verse en la Sierra de *Calamu-*

chita sobre todo, resolvió venir por ese camino, contando con encontrar adhesiones; pero la represion estaba demasiado reciente para dar lugar á un nuevo y poderoso movimiento. Contrariado pues de no hallar todo lo que habia creido, descendió de la Sierra por el *Rio Cuarto,* proponiéndose atravesar la Pampa hasta *Melincué;* y aproximarse á las orillas del Paraná para tomar lenguas acerca de Ramirez.

En Melincué supo que Ramirez no se habia movido de Entrerrios: fuese por que la escuadrilla de Buenos Aires le hubiese estorbado el paso, fuese por que sus aprestos no estuviesen todavia completos para lanzarse á la banda derecha del rio Paraná. Con esta nueva contrariedad, Carrera contramarchó hácia Córdoba. Bustos habia venido á esperarlo á las Tunas, punto intermedio de la pampa entre Córdoba y Santafé, Carrera le llevó el ataque, pero lo encontró en una posicion demasiado fuerte, y tuvo que contentarse con una accion indecisa.

Entretanto, al saberse en el norte de Córdoba que Carrera habia aparecido en la *Sierra de Calamuchita* se creyó que traia ánimo de radicar la guerra en la provincia; y el coronel Paz con los demás enemigos de Bustos volvieron á ponerse en campaña mes y medio despues de su anterior derrota. Todo este

tiempo habian vivido ocultos en los bosques á esperas de las montoneras con que se proponian derrocar á Bustos:—«Habia trascurrido mes y medio (dice el general Paz) cuando volvió á encenderse la insurreccion *tomando caracteres mucho mas sérios.* Dos jóvenes, Pintos y Peralta, se pusieron á la cabeza de las partidas y *atacaron las casas de los partidarios del gobierno en la campaña, permitiendo á su tropa que cometiera desafueros.* Aunque jóvenes, eran los únicos hombres de audacia y resolucion entre los que habian tomado parte en el movimiento; y por lo menos, Pintos prometia ser un caudillo célebre y quizás peligroso. Los hermanos Torres (¿....?) los segundaron y se pusieron tambien en campaña adoptando los mismos principios. La revolucion tomaba entonces un giro amenazador, porque si la numerosa poblacion de la campaña de Córdoba se conmovia y gustaba de los atractivos de la licencia hubiera sido bien difícil traerla al buen sendero.» Debe tenerse presente, al leer esto, que el señor Paz escribia así 28 años despues de los sucesos, y bajo la influencia de un cambio completo de perspectivas políticas y de intereses personales. Pero la verdad es que en el tiempo en que esos sucesos pasaban, él estaba identificado con los que encabezaban ese desorden: y que como segregatista y anarquista, tomaba una parte

ivísima y directora en la lucha. Oigámosle
se verá:—«*Yo* (dice) *rehusé positivamente*
ıerme á la cabeza del desórden.» Luego le
ecieron el mando; y en ese caso es evi-
ıte que los montoneros mas peligrosos de ese
'tido lo tenian por uno de sus gefes. «Pero
ANSIABA (agrega á renglon seguido) POR
IER UNA PEQUEÑA FUERZA DE LINEA que me
riese de base PARA REGULARIZAR AQUE-
.S MONTONERAS: fuerza que no era difícil
ıseguir de Santiago del Estero ó Tucuman
ıde yo tenia amigos y estaban mis antiguos
npañeros.»—En efecto, en Santiago estaba
ımoso Ibarra! y no era por cierto muy pura
uente en donde el señor Paz iba á proveerse
sos auxilios. —« Con este fin (continúa di-
lo) resolví trasladarme á Santiago; pero
lo llegué á la capital de la Provincia se ce-
ıa la paz que se habia ajustado con el go-
de Tucuman; y *se habian marchado á*
las tropas con que yo contaba. Esto *me*
rió inmensamente; pero al mismo tiempo
en Córdoba la crisis que hacía inútil
'ectada medida.» ¿Por qué lo contrarió
marcha de esa tropa á las fronteras?
ɔia sido ese—su único designio al
' en el motin de *Arequito?* Véamos
ıue habia sucedido para ver hasta
aba comprometido el coronel Paz en
obras del partido anarquista que

esperaba á Carrera para obrar de acuerdo. (13)
Lo que habia sucedido de real y verídico era esto: ese jóven Pintos se habia alzado contando con Carrera y con la fuerza veterana que el coronel Paz habia ido á pedirle á Ibarra; y que era parte de *el cuerpo de Dragones* que antes habia mandado. Con este motivo se dieron avisos á Carrera para que viniese al norte de Córdoba á combinar los medios de tomar la ciudad. Halagado con esta esperanza, Carrera retrocedió al momento y contando con tan feliz coincidencia se unió á los amigos del coronel Paz en los *Calchines;* mientras Bustos, temiendo que Ramirez hubiera pasado el Paraná, y que Carrera anduviese en busca de su incorporacion con los entrerrianos, seguia á lo largo de las orillas de las pampas, donde estaba acordado que se le uniera el coronel Lamadrid con una escojida division de tropas de Buenos Aires. Reunido Carrera con Pintos y Peralta, amenazaron de pronto la ciudad de Córdoba. Pero no era tan fácil como habian creido apoderarse de ella. El coronel don Francisco Bedoya, hombre enérgico y

(13) Para apreciar estas tristes connivencias con el partido de los anarquístas véase la *Gaceta de Buenos Aires* de 1821, páginas—263, 267, 281, 292, correlativas todas ellas con las *Memorias* del General Paz, vol. 2, pág. 44 á 50. Véase tambien los importantes datos que contiene la GACETA DE B. A. del 13.

de genio militar al igual de Paz ó de cualquiera otro, ocupaba la plaza; y bravamente ayudado por sus cívicos, se hizo temer tanto de los sitiadores que todos ellos comenzaron á vacilar y á pensar en retirarse al norte en espera de los veteranos que debia traerles el coronel Paz.

Temiendo Bedoya que se le escaparan les urdió una celada que les fué fatal.
1821 Despachó dos ó tres hombres segu-
Mayo 6 ros con comunicaciones de algunos oficiales encargados de los cantones del norte que ofrecian sublevarse y abrir las entradas en la noche del 6 de Mayo. A la hora convenida rompió en efecto un tiroteo desordenado al rededor de esos cantones. Los montoneros se echaron á cuerpo perdido en la algazara; pero cayeron en una emboscada donde fueron acribillados, dejando á Peralta y Pintos en manos del coronel Bedoya, que los hizo fusilar en el acto. Escapóse Carrera, por que no conociendo á los oficiales que figuraban como confabulados, prefirió mantenerse en reserva para operar segun fuese oportuno. Malogradas sus esperanzas, torció rapidamente el camino del nordeste, y salió por el *Tio* á tentar por las orillas del *Chaco* y de *Abipones* un medio de ponerse en comunicacion con Ramirez ó de trasladarse á Entrerrios. Hé aquí á lo que el señor Paz alude cuando dice—«pero al mismo

tiempo sucedió la crísis en Córdoba que hizo inútil mi proyectada medida. Peralta y Pintos atraidos vilmente (?) á una emboscada habian sido muertos por traicion. Don Vicente Moyano, gefe principal de la insurreccion, habia sido batido por sorpresa y habia despues capitulado, habiéndolo hecho los Torres por interposicion de ese mismo Villegas de quien hablé anteriormente.» (14)

(14) *Mem.*, tomo 2°, pág. 49. LA GACETA DE B. A. del 13 de Junio de 1821 trae bajo el rubro *Noticias del Interior* importantísimos datos sobre esta época y estos hechos, cuyo verdadero sentido trata de adulterar el señor Paz en sus *Memorias*.

CAPITULO IX

RAMIREZ Y ARTIGAS EN ENTRERRIOS

Sumario—Infatuacion y prestigio de Ramirez—Envidia y soberbia de Artigas—La Convencion del Pilar acentua el rompimiento—Victorias de los portugueses—Expulsion de Artigas—Su aparicion en Entrerrios—Sus pretensiones—Indignacion de Ramirez—Victoria de Artigas sobre los tenientes de Ramirez—Las coincidencias misteriosas en la historia—Polémica característica entre Artigas y Ramirez—Razonamientos sin principios ni conciencia—El choque de las armas—Accion de las *Guachas*—Derrota de Artigas en el Paraná—Descalabros subsiguientes—Su fuga y su confinacion absoluta en el Paraguay—Simplificacion de los problemas orgánicos en el territorio argentino.

Despues de la *Convencion del Pilar*, que fué por un momento lo mismo que una capitulacion humillante para Buenos Aires, se vió Ramirez levantado á un grado de fortuna, que á sus ojos debió hacerlo el principal y mas arrogante mandon del suelo y de los pueblos argentinos. Si antes habia sido subalterno y

servidor de Artigas, las cosas habian cambiado totalmente. Una série de triunfos que debieron tener para él todos los esplendores de la gloria militar lo habian hecho dueño de Entrerrios, de Santafé y de Buenos Aires, al paso que una serie vergonzosa de derrotas habia puesto en claro la ineptitud de Artigas para defender su propia provincia, haciendo irreparable su caida y menospreciado su influjo. A los hechos del uno y del otro, respondian tambien las cualidades respectivas de ambos: tanto cuanto habia de tenebroso y bajo, de terco y estrecho en la índole del caudillo oriental, tenia de despejado y audaz, de ámplio y de prestigioso, el caracter de Ramirez Aquel era una fiera torba, cuya mirada heria desde las tinieblas de la profunda guarida, en que vivia siempre encogido; en este, habia algo de artista que se veia en todos sus accidentes y que se revelaba hasta en la franca desenvoltura de sus pasiones amorosas, unidas siempre con estraña coqueteria de sultan á los proyectos militares y políticos de su fastuosa ambicion. Como hombre de guerra y como administrador Ramirez tenia calidades de un órden á que nunca alcanzó Artigas. De modo que todo lo que habia levantado y ensoberbecido al Teniente, habia concentrado en el alma del gefe decaido las iras infernales de la envidia, con el propósito de humillar al insolente subalterno

que desde tan abajo pretendia ser ahora su rival, hasta ponerlo á sus plantas y saciar su vista viéndolo maniatado y destrozado en el cepo de Perugorria. (1)

La *Convencion del Pilar* vino á poner el colmo á esta violenta incompatibilidad de ambos caudillos. Artigas comprendió al momento que en el fondo de este famoso pacto se escondia una alianza sub-entendida para poner fin á su influjo en las *provincias occidentales* del Uruguay y restablecer las afinidades naturales y necesarias del nacionalismo argentino; y como jamás hubo bruto alguno que fuese mas celoso de su tirania, ó mas fátuo que este antiguo bandolero, á quien las masas del campo, por un movimiento semi-bárbaro y mecánico, habian hecho una especie de monstruo asiático é irresponsable, se entregó todo entero al despecho y á la ira, al ver que sus mismas doctrinas de la segregacion provincial y del localismo, eran las que habian cavado debajo de sus piés la fosa en que ahora se hundia, fomentando los intereses personales y políticos de sus propios Tenientes, contra la tiranía absorvente que él, á su vez, habia querido imponerles á todos.

Los graves sucesos que lo arrastraban al precipicio de su ruina, no podian haber caido en peores tiempos para él. Cuando se celebra-

(1) Véase el vol. 4, pág. 320.

ba el pacto del Pilar en 24 de Febrero de 1820, era precisamente cuando los portugueses hacian un esfuerzo definitivo para consumar la conquista de la Banda Oriental, con un éxito que procedia del mismo estado de anarquía y de disolucion en que aquel bárbaro caudillo habia puesto no solo al pais mismo que debiera haber defendido, sinó á todas las demas provincias argentinas, privándolas de la unidad de vida política, y de la unidad de accion con que hubieran podido proteger y salvar ese hermosísimo pedazo de la pátria antes comun. La terquedad llevada hasta el delirio, la indisciplina salvage de su carácter, y aquel infernal egoismo con que abiertamente preferia la ruina total antes que la sumision á las condiciones constitucionales de un órden general radicado en Buenos Aires, eran el mayor y mas poderoso auxilio de los invasores de la Banda Oriental. Eso era lo que habia hecho imposible que el patriotismo de los argentinos fuese impotente para contenerlos diplomática ó militarmente: y que para salvarse de sus bárbaros ataques hubiese sido necesario é indispensable adoptar con el Rey de Portugal una política de contemporizaciones inspirada como hemos visto, por mas altos y por mas sagrados designios.

Los habitantes de la campaña oriental habian hecho una resistencia heroica. Hasta fines de 1819, y no obstante ser dueño de la plaza

de Montevideo, Lecor no habia podido ocupar los departamentos; y hostigado mas bien por los campesinos orientales, se veia encerrado en la plaza sin médios de movilidad, hasta el estremo de carecer de víveres para el cuerpo de ejército con que habia entrado en ella.

En la urjente necesidad de restablecer su poder, se pusieron en campaña las divisiones de la frontera que mandaba el mariscal Curado, apoyadas por la escuadrilla que como antes dijimos habia subido por el Rio Uruguay. Una de esas divisiones se adelantó hasta el *rincon* llamado de *Haedo* (ó de las *Gallinas*) que forman las aguas del *Rio Negro* al unirse con las del *Uruguay*. Tenia esta operacion por mira principal correrse hácia las márgenes del *Santa Lucia* y movilizar con elementos nuevos y víveres frescos las numerosas tropas que se hallaban inmóviles dentro de Montevideo, por carecer de ellos.

Pero, como al internarse por ese costado, los portugueses habian dejado mal guarnecida la línea del *Cuareim,* Artigas concentró todas sus fuerzas en las fuentes del *Queguay* y con ,000 hombres acometió la atrevida empresa de atravesar la frontera de *Santa-Ana:* caer repentinamente sobre *Alegrete* y *Santa-Maria,* y devastar esa parte de la provincia de *Rio Grande* arreando en su provecho todos los recursos que esta ocupacion le habria proporcio-

nado si la hubiese podido consumar. Entre esas ventajas no era la menor la sublevacion de los indios *guaranies* que jamás olvidaban el vivo patriotismo que los unia á la lengua española, antes de que la inícua debilidad de la política española los hubiera entregado al gobierno portugués por el Tratado de *San Ildefonso.*

Nadie esperaba en el Brasil que apareciese Artigas traspasando aquella frontera. Se creia por el contrario que el mariscal Curado iria persiguiéndolo de cerca por el territorio oriental hasta anonadarlo; por que con esa intencion definitiva se habia preparado el movimiento general de las fuerzas. Sorprendido por la rapidez de la incursion, el brigadier Abreu (2) jefe de la vanguardia que guardaba la línea, se replegó buscando el apoyo del cuerpo principal que obedecia las órdenes del Conde de la Figuera. Pero, acosado por los orientales tuvo que hacer pié en el paso del *Rosario,* y reclamar el pronto movimiento de las tropas que quedaban á su retaguardia; pero allí fué alcanzado y derrotado.

Aunque feliz y glorioso, no era aquel un triunfo que pudiera tener consecuencias importantes. Pocas horas despues llegaba el brigadier Cámara; y el mismo Conde de la Figuera, siguiéndolo de cerca con fuerzas incon-

(2) El mentado *Marqués de Alegrete* que murió en el campo de *Ituzaingó.*

trastables puso á Artigas en una posicion en que no le quedaba mas alternativa que retirarse precipitadamente, para impedir que ocurriese por su espalda el mariscal Curado, á quien Artigas suponia en marcha ya sobre él.

Comprendiendo que iba á ser perseguido, Artigas desprendió con antelacion toda 1820 su infanteria y artilleria con órden Febrero 14 de escoger un buen campo en *Tacuarembó*, y esperar atrincherado al enemigo, mientras él maniobrando en la campaña abierta trataria de hacer difícil sus progresos con guerrillas y alejamiento de los recursos. Pero Abreu y Cámara no le dieron tiempo á desenvolver su plan y lo alcanzaron el 14 de Febrero de 1820, derrotándolo de tal modo, que no le quedó nada mas fuerza, con que continuar la resistencia dentro de la provincia, que la division de caballeria con que su teniente Frutos Rivera (conocido despues por *general* Rivera) recorria los departamentos del Este en observacion de los movimientos de la plaza de Montevideo. Pero este insigne trapizondista que en materia de lealtad personal no tenia hora ni minuto seguro, estaba ya cohechado por el general Lecor gobernador de la plaza; y mediante grandes y lisongeras ofertas que se le habian hecho (y que se le cumplieron), habia ofrecido *pasarse* á la bandera y al servicio del rey de Portugal.

Aprovechándose entonces de la ausencia de Ramirez (detenido en Buenos Aires por las complicaciones de Sarratea con Soler y con Alvear) Artigas se trasladó á Entrerrios contando con el título farsáico de *Jefe Supremo* y *Protector de los Pueblos Libres* que habia asumido en tiempos mas favorables para él; y se situó en *Curuzú-Cuatiá* con unos mil y tantos dispersos y resagos que lo habian seguido. Muy dudoso ya, ó mas bien dicho—muy seguro de que Ramirez habia de venir tan de prisa como pudiera á disputarle el suelo de Entrerios, Artigas se colocaba en *Curuzú-Cuatiá* por dos razones: —la primera porque contaba con la absoluta sumision de la provincia de Corrientes aterrada y humillada bajo la mano brutal de un bárbaro, destituido hasta de instintos morales, llamado «Blasito»; y la segunda, por que desde allí podia informarse sin peligro personal, de cuales serian las fuerzas que Ramirez podria mover y poner en armas; pues en la desgraciada situacion de aquellas provincias, las simpatías de sus habitantes no se movian tanto bajo el influjo libre de sus opiniones, cuanto por los intereses inmediatos de eso que ahora se llama—«*la cuestion local*»; y era por esto que muchos nacionalistas enemigos de Ramirez cuando este obraba en union con Artigas, ahora que ambos estaban en pugna, tenian mas interés en librarse de Ramirez que era el *tirano local*, que

en combatir á Artigas, que era el único que lo podia derrocar, y entronizar un nuevo órden de cosas que no les fuera tan adverso personalmente como el que pesaba fatalmente sobre ellos.

Favorecido por la coincidencia de estos motivos, y empleando tambien la fuerza con el influjo de la nombradia que tenia entre la multitud de desertores y bandoleros que cruzaban la inculta y barbarizada provincia, logró Artigas reunir bastante gente en su campamento de *Curuzú-Cuatiá:* y se esforzaba en aumentarla con levas y llamamientos á uno y otro lado de la frontera interprovincial, cuando Ramirez, alarmadísimo, y no pudiendo desprenderse de Buenos Aires, ordenó que su hermano don Ricardo Lopez-Jordan y el comandante Hereñú reuniesen la milicia y corriesen á expulsar á Artigas. Pero ninguno de ellos era hombre para eso; y fueron completamente derrotados, teniendo que replegarse á la *Bajada.* Desde luego, ya no le quedaba á Ramirez como demorar su marcha al teatro donde esos sucesos, de primera importancia para él, lo llamaban urgentísimamente. Y fué esa la causa de que abandonase de improviso la campaña de Buenos Aires, dejando perdido á Sarratea; y de que á toda prisa se dirigiese á Santafé para pasar á Entrerios.

Hay coincidencias y movimientos tan inesperados en la historia de los pueblos, que unas

veces para su mal, y otras para su bien, vienen como hechos de propósito para la ocasion oportuna, por algun artífice superior, que resolviera aquí, ó complicara allí, problemas intrincadísimos, por combinaciones verdaderamente asombrosas, que parecen obra de la misma naturaleza, ó del acaso, por la simplicidad de los medios con que se producen. Y si hay época alguna de nuestra historia, que provoque esta clase de reflexiones, es ciertamente la de 1820, en que coincidencias como las mencionadas, como la sublevacion del ejército español en Cádiz, y como las demás contingencias, que trabajando á la distancia y á su modo, y dando soluciones de detalle en el vasto horizonte de nuestro pais, se ingieren en la situacion interna, y armonizan su accion decisiva en el momento capital para despejar el resultado general de los problemas. A lo que parece esto es nada mas que un efecto del vitalismo natural de las sociedades nacionales, que nacen, crecen y deperecen, como los individuos, en acuerdo con las leyes intrínsecas de su organismo. Nosotros debíamos haber caido en el año XX segun todos los síntomas aparentes del tiempo. Pero ¿un país y un pueblo nuevo, destinado á poner en libre y orgánica cultura el vastísimo territorio argentino, podia perecer? Nó: su natural vitalismo tenia que salvarlo; y todo contribuyó á eso, por que era menester que así fuese desde que estábamos des-

tinados á dar nuestro contingente al progreso de la HUMANIDAD LIBRE Y OPULENTA; y por que si se ha visto que otros pueblos en iguales circunstancias han perecido, fueron los pueblos viejos que habian cumplido la mision de su tiempo; y aún esos mismos renacen tambien de sus cenizas como el Fénix, despues que alcanzan á renovar su sangre por análogas y misteriosas coincidencias en la labor de los siglos.

Cuando Ramirez pasó el Paraná encontró que Artigas estaba en posesion con fuerzas considerables del *Arroyo de la China* ó Villa *Concepcion*, centro de todas las márgenes del Uruguay hasta las confluencias con el Gualeguay. Fingiéndose sorprendido de semejante usurpacion, Ramirez pidió explicaciones; á las que Artigas le contestó, entablándose entre ellos una polémica oficial de cargos y acriminaciones que ofrece el mas vivo interés para nosotros; por que es el comentario auténtico, mas genuino y mas completo, que puede pedirse de la política y del carácter de estos dos matreros que habian tenido en sus impuras manos la suerte de esta bella parte del pais desde 1814. Ninguna relacion histórica, pincel ó estilo de ninguna clase, por hábil y diestro que pudiera ser, bastaria trasmitir estas dos tétricas figuras en el debate y en el pujilato desvergonzado de sus mentiras y de su fétido egoismo: ni podria decir con mas verdad y mas fuerte colorido, lo que ellos se di-

cen en la rabiosa fraseologia con que el uno y el otro se acriminan. Son dos reos indignos de la consideracion del jurado público que los escucha, delatándose y descubriendo la perversidad de sus hechos y de sus aspiraciones, con el cinismo mas repulsivo que conoce la moral humana, que es el cinismo de la infatuacion y de la glorriola en el seno mismo del crímen. Por supuesto que la hipocresia y la perfidia saltan del uno al otro como puñados de inmundicias; y los dos tienen razon! Dícele Artigas á Ramirez:—«El objeto y los fines de la *Convencion del Pilar* celebrada por V. S. sin mi autorizacion ni conocimiento, no han sido otros que confabularse con los enemigos de los *Pueblos Libres* para destruir su obra y atacar al Jefe Supremo que ellos se han dado para que los protegiese; y esto es sin hacer mérito de muchos otros pormenores maliciosos que contienen las cláusulas de esa *inicua Convencion,* y que prueban la apostasia y la traicion de V. S. Al ver este atentado, no he podido vacilar, y he corrido á salvar la provincia entrerriana de la influencia ominosa de V. S. y de la faccion directorial entronizada en Buenos Aires, que ya la destinan á entregarla tambien al yugo portugués; y lo hé hecho, no solo por que así me lo imponen los altos deberes del puesto que me han dado los pueblos, sinó en resguardo de la Banda Oriental, cuya ruina quedaria consumada si yo permitiese que V. S.

y aquella infame faccion de Logistas entreguen al enemigo la costa entreriana. V. S. no puede negarme las pruebas de su arrepentimiento por haberse mostrado tan indigno de la confianza que le hicieron los Pueblos Libres y tan ingrato de los beneficios que ha recibido de su Protector. Recuerde que V. S. mismo *reprendió y amenazó á don Estanislao Lopez gobernador de Santafé por haberse atrevido á tratar con el general Belgrano sin autorizacion suya,* y que hizo anular esos tratados; lo que prueba que tratando ahora V. S. con Buenos Aires sin autorizacion mia que soy el *Jefe Supremo* y *Protector de los Pueblos Libres*, ha cometido V. S. el mismo acto de insubordinacion que no le consintió al gobernador Lopez; y eso que V. S. tenia entonces y tiene ahora mucha menos gerarquia en el mando y en la confianza de los Pueblos Libres de la que tengo yo. V. S. debe ver que con su conducta audaz é imprudente provoca mi justicia y la autoridad que ejerzo como Jefe Supremo y Protector; pues por mis antecedentes y la amplísima confianza que los Pueblos han depositado en mí, no puedo excusarme de pedirle cuentas, y de prevenirle que si no retrocede en el camino criminal que ha tomado, me veré obligado á usar de la fuerza; pues yo tambien tengo que arrepentirme de haberlo elegido á V. S. y de haberlo propuesto al amor de los Pueblos Libres para que hoy tenga

los medios de traicionarnos. Estando íntimamente interesado en que estos pueblos no se anarquicen y caigan en manos del portugués, resolví pasarme á Entrerrios.... V. S. ha tenido la insolente vilantez de detener en la *Bajada* los fusiles que remití á Corrientes. Este acto injustificable es propio solamente de aquel que habiéndose entregado en cuerpo y alma á la faccion de los *pueyrredonistas,* procura ahora privar de sus armas á los pueblos libres para que no puedan defenderse del portugués. Esta es una de las pruebas mas claras de la traicion de V. S. y de la perversidad que se ocultaba en la *Convencion del Pilar;* y no es menor crímen haber hecho ese vil tratado sin haber obligado á Buenos Aires á que declarase la guerra á Portugal, y entregase fuerzas suficientes y recursos bastantes para que el *Jefe Supremo* y *Protector de los Pueblos Libres* pudiese llevar á cabo esa guerra y arrojar del pais al enemigo aborrecible que trata de conquistarlo. Esa es la peor y mas horrorosa de las traiciones de V. S.»

«Es V. S. (le contesta ahora Ramirez con fecha 25 de Mayo) quien se ha atrevido á usurpar con tropas suyas el mando de *unas provincias que tienen sus jefes naturales:* con lo cual ha dejado traslucir miras de dominacion, que si los pueblos no habian sospechado antes ha sido solo porque han estado alucinados.... Pero ha llegado ya el momento de que con una repeticion inaudita de

esos actos tiránicos, que han marcado el mando de V. S. en Corrientes, en Mandisovi y en la Banda Oriental, se ha disipado el prestigio, y V. S. es ahora conocido como lo que es en realidad. *Su provincia misma ha tenido el heroismo de repelerlo:* la mia lo ha acogido en sus desgracias, su conducta disimulada y misteriosa, y la consecuencia de que me precio, son causas de que se le haya dado un asilo que hoy paga con ingratitud y con engreimiento. V. E. ataca ahora mi provincia, y ha llegado el caso de preguntarle ¿qué especie de poderes tiene V. S. de los Pueblos Federados para darles la ley á su antojo; para introducir fuerza armada cuando no se le pide, y para intervenir como absoluto en sus menores operaciones internas? ¿V. S. es acaso el árbitro soberano en ellos, ó fué solo uno de los gefes de la Liga? ¿Por qué ha de tenernos en una tutela vergonzosa? Es necesario haber *apostatado* de la razon para creerse con un discernimiento superior al de los demás pueblos. Sus opiniones y las declaraciones consagradas son las que condenan á V. S.: sacrifique pues su amor propio al interés comun ó confiese de buena fé que esas dudas de que aparece V. S. agitado, no son mas que un claro ardid de que se vale para apropiarse la obra de los demás y ejercer un acto de soberania de que no lo han revestido los pueblos de esta provincia ni de ninguna otra. La provincia de En-

tre-Rios no se halla en la debilidad que le atribuye V. S. para encubrir su pasage del Uruguay, cuya barrera no necesita su defensa, ni corre riesgo de ser invadida por los portugueses, *desde que ellos tienen el mayor interés en dejarla intacta para acabar la ocupacion de la Provincia Oriental,* á la que debió V. S. dirigir sus esfuerzos.... Es una vergonzosa calúmnia esa que V. S. me levanta de que la *Convencion del Pilar tuviese* artículos secretos contra V. S. para favorecer á los portugueses y llevar adelante la traicion de la anterior administracion directorial. Tan lejos de eso el mérito y las ventajas de esa Convencion han sido reconocidas por todas las provincias federadas, y aplaudidas por sus Cabildos que es lo esencial para justificarlas. Pero esos reproches que ahora nos hace V. S. son un comprobante de que sus opiniones no tenian jamás por norte la voluntad soberana ni el interes sagrado de los pueblos. Cuando marché á Buenos Aires anuncié á las provincias que la complicacion de aquel gobierno con la Corte del Brasil amenazaba la ruina de su libertad. V. S. no solo ha visto los fundamentos de mi asercion á este respecto sino que sabe que desapareció la administracion que los causaba. Sus empeños con la Corte de Francia sobre el príncipe de Luca y con la Casa de Braganza, se han publicado por la prensa y se ha abierto el juicio á sus autores. Tal vez muy

pronto *esté á nuestro cargo* el condigno castigo de esta traicion.» (3)

«Los primeros pasos, asi como los que se den en lo sucesivo no han exigido el influjo de V. S.; cuyo nombre, *si se invoca alguna vez*, es solo para mostrarle la consecuencia y buena fé con que antes le mirábamos..... Si V. S. ama su patria, ceda V. S. sin mas tardanza al imperio de la razon. Conozca V. S. el *poder del tiempo* y *de las circunstancias*: y resuélvase sin tardanza á abandonar una provincia que no lo quiere, y que no lo recibirá sino como á *un americano que busca su refugio sugetándose á las leyes y al gobierno que ella tiene.*»

En cuanto á las cláusulas secretas de la Convencion del Pilar, Ramirez decia con lisura y sin verdad:—«Por mi parte, protesto á V. S. que son falsos los compromisos *que el vulgo dice que firmé en el Pilar contra su persona*: soy honrado y jamás lo hubiera hecho en secreto.» —Sin embargo habia recibido armas y buques para defenderse y para luchar: se habia comprometido á contribuir á un Congreso Argentino con la perfecta seguridad de que eso solo le traia el rompimiento con Artigas, y lo habia hecho contando con que ese Congreso, proyectado

(3) Véase la dolorosa conformidad de las ideas y de las pasiones políticas de Ramirez y de Artigas con las del comandante don José Maria Paz; que pueden verificarse en la pág. 12, tom. 2 de sus *Memorias*.

entre él y Sarratea en los momentos más humillantes para Buenos Aires, habia de reunirse en la Bajada, para reconocer y consagrar su autoridad personal y superior en toda la República, ó en el Litoral cuando menos. (4)

¿Cómo podia Ramirez pretender entonces que la *Convencion del Pilar* no era un acto de separacion y de rompimiento entre él y Artigas? Aunque ese pacto no hubiese contenido mas cláusula que la ereccion de un Congreso Nacional Argentino, era visto que se ponia á Artigas en la alternativa de someterse á eso—ó de reventar la comunidad de caudillage inorgánico y bárbaro que habia sido su bandera, y que era la única fórmula posible de su poder personal. ¿Podia Artigas someter su imperio y su persona á la ley nacional? ¿Podia esperar siquiera que un congreso reunido bajo el influjo de Ramirez y de los intereses que habian predominado en la *Convencion del Pilar* le dejara á él otra puesto, otro rol, que el de subalterno de Ramirez? ¿Podia Artigas admitir esa rehabilitacion de la entidad argentina supe-

(4) La residencia del Congreso Nacional en la *Bajada del Paraná*, de 1854 adelante, fué un resultado provisorio y forzoso de circunstancias que no es del caso explicar. La Constitucion sencionada en Santafé y promulgada por el director interino general Urquiza designaba á Buenos Aires como única residencia de las autoridades y corporaciones nacionales.

rior y soberana sobre cada caudillo local, que exigió y conservó Rosas desde 1825 á 1853? Convenir y concertar esa autoridad general no era poner á Artigas bajo el freno comun y romper con él?

Lo mas curioso entre las ambiciones y disputas de estos dos bellacos, es que Ramirez tambien, cuando vió que por la segregacion de Santafé y de Lopez se le escapaba el imperio absoluto que le habia arrancado á Artigas: que el proyectado Congreso Nacional se le iba á las casas de los vecinos de la derecha del Paraná, y que Bustos manejaba sus influjos para concentrar en sus manos ese poder general de la nacion unificada que debia reinar soberano sobre las entidades soberbias del localismo, puso tambien el grito en el cielo: clamó traiciones, interpeló de infame é inícuo traidor á Lopez, de vendidos otra vez á los portugueses; y para que se vea si semejantes bandoleros son dignos de que los respete la buena y honorable tradicion de nuestro pais, sigamos oyéndolo en su pugilato contra Artigas para compararlo despues con sus propios actos y con sus provocaciones posteriores.

«La confianza (dice) que los pueblos le habian acordado á V. S. estaba en conformidad de esa libertad decantada con que V. S. los lisongeaba; pero al enseñarles la esperiencia que *es muy distinto* el obgeto de V. S. ellos

se alarman, y se deciden á sostenerla, contra V. S. mismo. Mi patriotismo no necesita de las recomendaciones de V. S.; mis servicios decididos son los que pueden haberme dado *esa grande importancia* que parece disgustar á V. S.; pero si V. S. quiere ser ingénuo puede y debe confesar que ha disfrutado de gran parte de mis glorias y sacrificios, y que en negarlo descubre con evidencia su ingratitud y su injusticia.»

Pasando á otro órden de consideraciones y examinando los cargos que Artigas le hacia por no haber obligado á Buenos Aires á declarar la guerra al Portugal, Ramirez los contestaba con mas justicia y con mas verdad que la que el general Paz le hacia al gobierno de Buenos Aires violando todas las reglas de la razon, de la historia y del deber:—« ¿Por qué estraña V. S. que no se declarase la guerra al Portugal? Ó V. S. no conoce el *estado actual* de los pueblos, ó *traiciona* sus propios sentimientos.... ¿Cuál es la fuerza efectiva y disponible de Buenos Aires, y de las demas Provincias, para emprender nuevas empresas, despues de la aniquilacion á que las condujo una faccion horrorosa y atrevida? ¿Qué interés hay en hacer esa guerra ahora mismo y en hacerla abiertamente? ¿Cuáles sus fondos, cuáles sus recursos? ¿Cuál es en una palabra su poder para repartir su atencion y divertirla del

primer objeto, que es asegurar el órden interior y consolidar la libertad? O cree V. S. que *por restituirle una provincia que ha perdido, han de exponerse todas las demas con inoportunidad?* Aguarde V. S. la reunion del Congreso, que ya se hubiera celebrado á no hallar entorpecimiento de su parte; y no quiera que una declaracion formal de guerra con una nacion limítrofe, que debe afectar los intereses generales y particulares de cada provincia, sea la obra de dos ó tres pueblos separados que no han debido abrogarse los derechos de la comunidad, ni representarlos sin poderes suficientes al efecto. ¿Tiene V. S. algunos poderes especiales para ello? Ciertamente que V. S. no emprendiera hostilidades contra Entrerios, si nos sometiéramos al capricho de un gefe que quiere mandar misteriosamente, sin reconocer en favor de las provincias ley alguna. A V. S. debo yo preguntarle ahora ¿cuál es el sistema que se ha propuesto seguir; y si es el de la federacion, cómo puede V. S. *conciliar* su conducta *còn los deberes que ella le impone de respetar las provincias*? »

No hay duda que los argumentos son de la mas pura verdad, y tambien de la mas pura doctrina. Pero vamos dentro de poco á ver lo que piensa de ellos el mismo que los hace, cuando perdida la espigada posicion con que ahora habla, se vea puesto en la posicion de Artigas

por otros jugadores que le han soplado la dama.

« Tiene ahora V. S. la sandez de decirme que ha pasado á Entrerrios y que interviene en mi provincia para proteger á sus habitantes contra el desórden y contra las facciones que hay en ella. De este modo bien podria V. S. comenzar por estar agradecidísimo á los portugueses, pues ellos tambien dicen y alegan, para cubrir su ambicion, que han entrado en la Banda Oriental para librarla de los desórdenes causados por V. S. y asegurar la tranquilidad de su territorio. De manera que asi como V. S. se lo dice á ellos, debe V. S. desalojar mi provincia y sacar esa fuerza estraña que ha introducido, pues su seguridad está confiada á mi cuidado.»

Ramirez, que en provecho de su ambicion queria echarla ahora de paladin nacionalista y captarse asi las simpatias del sentimiento argentino de las demás provincias, les dirigió una circular esplicativa de su posicion y de sus procederes que merece conocerse. «Cuando sobre el campo de *Cepeda* consiguieron las provincias ver sancionada la federacion, un clamor general se oyó resonar por todas partes proclamando con vivas y aclamaciones el grande dia en que los trabajos, las privaciones y tanta sangre dieran por fin todo el desahogo al sentimiento general de los pueblos al recibir en sus manos la

grande CARTA que las armas arrancaban de la injusta y ambiciosa Buenos Aires. Yo por mi parte debo protestar que si la sensibilidad de mi corazon no dejó de esplicarse con las lágrimas que el dolor arrancaba sobre los cadáveres de mis compatriotas, una suave emocion entre el tumulto de mis pasiones lisongeaba mi amargura al considerar concluida la guerra civil que aquel pueblo habia sostenido por tantos años contra su propio interés y el interés general de la Revolucion misma, que hasta entonces habia conducido bajo combinaciones que solo pudo adoptar la mas falsa y la mas errada política. Pero muy distante estaba yo de que algun grave incidente engañase mis esperanzas lisongeras, y que naciese bajo mis pies un nuevo y mayor peligro del que acababa de allanar. Don José Artigas supo acogerse á pretestos nada decorosos para no reconocer el tratado solemne del *Pilar*. Bajo el nuevo sistema en que veia colocarse el gobierno de *cada provincia*, no dejé de advertir que se disipaban los prestigios con que hasta entonces habia alucinado la opinión de los pueblos y *conducidolos á su última disolucion*. Los errores de su sistema militar acababan de poner bajo la dominacion portuguesa la amena y poderosa provincia de Montevideo; y espulsado de ella por un resto considerable de fuerzas que poco antes habian combatido á sus órdenes, vino á situarse sobre la

banda occidental del Uruguay. (5) Sin opinion y sin recursos, recordó entonces el título de *Protector de los pueblos* para abrogarse el gobierno absoluto y esclusivo de Entrerrios y Corrientes. No tuvo sufrimiento para esperar que el Congreso General ya convocado, diese el premio á sus servicios, determinando el rango—«la colocacion»—á que *una resignacion voluntaria* lo habria hecho acreedor. Mi resistencia á sus primeras insinuaciones fué la señal que dió para declarar la guerra á la provincia de mi mándo. Despechado en sus designios no fué capaz de contenerse ante el escándalo que iba á causar hostilizando á una provincia cuyas armas acababan de poner en sus manos la Carta de Federacion general que él no pudo ver establecida cuando bajo su influjo y poder tenia los recursos enteros de la Banda Oriental; y le ví venir sobre mi provincia con el mismo furor con que lo habria hecho, si antes, unido yo con Buenos Aires me hubiese decidido á sofocar el voto general de las provincias y sus derechos. Mi corazon se resentia al considerar este nuevo período de sacrificios á que me veia conducido por la criminal y BÁRBARA OBSTINACION de un hombre cuyos designios no presentaban un término pacífico que concluyera sin sangre y con

(5) Alude á la traicion de Frutos Rivera que con toda su division se entregó al servicio del rey de Portugal.

nobleza las diferencias que habian fomentado la guerra civil. No temia la que el Protector me declaraba nuevamente. La justicia estaba de mi parte, mi interes no era otro que el de aliviar á la humanidad *oprimida* con todos los horrores *que debo silenciar* cometidos por los indios Guaycurues, á cuyas licencias entregaba el Protector los pacíficos habitantes de estos pueblos, el honor de sus familias y sus propiedades. Los mas nobles esfuerzos no pudieron darme una amigable transaccion, y armado de aquella sagrada indignacion que siempre causa la perfidia tenaz de un enemigo que hace la guerra sin haber sido ofendido, y que la dirige sin reconocer los límites que ha establecido la humanidad, tuve que aventurarlo todo á la suerte de las armas.» (6)

Desde luego, ya no les quedaba mas estremo que irse á las manos el uno sobre el otro. Artigas levantó rápidamente su campo de *Curuzú-Cuatiá:* pasó el rio *Mocoretá* con tres mil hombres de caballeria, y entró á la provincia de Entrerrios costeando el rio Uruguay. Ramirez comprendió que la mira del caudillo oriental era apoderarse de toda la parte que média entre el *Uruguay* y el rio *Gualeguay* para establecer su centro de accion en el *Arroyo de la China*, al alcance

(6) Circular pasada por Ramirez en 3 de Noviembre de 1820: una de cuyas copias firmadas y originales me ha sido dada por mi amigo el doctor don Benjamin Victorica.

de sus recursos y de sus amigos de la Banda Oriental. Reconociendo la urgencia con que tenia que acudir á protejer esa parte de su territorio, salió precipitadamente de la *Bajada* con una division de caballeria; cruzó por *Villaguay* y fué á interponerse entre el invasor y el arroyo de la *China* ó *Concepcion del Uruguay.* Fué tan rápido el movimiento de Ramirez que temiendo Artigas por su retaguardia se detuvo en el *Arroyo Grande,* donde tuvo lugar un primer encuentro de las vanguardias que fué bastante desfavorable para los entrerrianos. Obligado por este contraste, Ramirez repasó el *Gualeguay* y procuró rehacerse en el arroyo de las *Guachas.* Pero— «despues que Artigas asoló completamente el pueblo del arroyo de la *China* con sus infernales tropas, se avanzó el 13 de Junio hasta las *Guachas,* costa del Gualeguay, donde tuve con él un encuentro *sangrientisimo*, quedando indecisa la accion por haber caido la noche, y siéndome necesario retirarme al Paraná.» (7)

La verdad del caso, como fácilmente se deduce de sus propias palabras, es que Ramirez fué derrotado en esa sangrienta accion ó *entrevero* de las *Guachas*, y que se replegó á la *Bajada del Paraná* como última trinchera de su

(7) Parte oficial de Ramirez dirigido á Lopez con fecha 3 de Noviembre de 1820. Como este documento que poseo original, contiene un compendio de toda la campaña, será mi guia principal en toda la narracion.

poder en la provincia de Entre-Rios. Allí reunió como setecientos hombres de caballeria, un piquete de artilleria con seis piezas de á cuatro y como trescientos veinte cívicos á las órdenes del comandante don Lucio Mansilla.

Infatuado como siempre, pasó Artigas el rio *Gualeguay* y se dirigió con rapidez sobre Ramirez. Pero la posicion en que este lo esperaba era demasiado fuerte y bien defendida para las tropas colecticias y de caballeria con que se lanzó al ataque; y al fin de unas cuantas tentativas para llevárselo por delante, toda su gente se desbandó en distintas direcciones. Ramirez se aprovechó al momento de la ventaja:—«Los escuadrones de mi caballería lo cargaron sin intermision, y fué acuchillado en la larga distancia de ocho leguas, hasta las siete de la noche, hora en que los hice replegar. Esta completa derrota dejó en mi poder considerable número de prisioneros, mas de dos mil caballos y ochocientas cabezas de ganado.»

Sin darle descanso, siguió Ramirez tras de Artigas, reuniendo gente al paso y caballos para no demorar la persecucion ni darle tiempo á rehacerse. Quiso Artigas hacer pié en el lugar llamado *Sauce de Luna*, costa de Gualeguay; pero el 17 de Julio fué alcanzado y llevó otro recio golpe. El 22 volvió Ramirez á tomarlo en el rincon ó confluencia de los *Yuqueris*, y lo arrojó al otro lado del *Mocoretá.*

Pasó tras de él, y cuando Artigas se creia engolfado en un terreno inaccesible, apareció Ramirez sobre él, poniéndolo en tales aprietos que—«dejó ensillado su caballo, y se me escapó en las ancas del que montaba su hijo Manuel.» No le quedaba al caudillejo oriental mas recurso que tentar una resistencia desesperada, ó hundirse en el Paraguay, donde bien sabia él que le esperaba mala suerte; y antes de resignarse á ella formó un campo atrincherado en *Abalos*. El 29 de Julio llegó allí Ramirez: atacó y desbarató el campo atrincherado;—«y acuchillándolo sin miramiento ni vacilar, lo destruí totalmente, y me apoderé de toda la artilleria, de todas las armas y municiones, de 25 carretas, 500 bueyes, gran número de sus mejores oficiales, y de su famoso secretario Monterroso. (8) El 3 de Agosto, la escuadra entrerriana apresó en el rio de Corrientes todos los lanchones y buques del general Artigas. A la celeridad de estos movimientos fué consiguiente mi entrada en la ciudad de Corrientes, cuyo gobernador fué tomado mientras fugaba; y don José Artigas no tuvo ya mas recurso que entregarse á la República del Paraguay donde permanece habitando una celda del Convento de la Merced, que aquel Gobierno le ha señalado por todo alojamiento.

(8) Vease el apéndice ó nota final titulado *Monterroso*.

Yo sigo mis empeños que no soltaré de la mano hasta no ver restablecido un órden regular en todos los ramos de la administracion pública: presa hasta ahora del despotismo mas criminal que ha hecho gemir á esta Provincia, entregada por su Gobernador á los indios salvages del Chaco.»

Enterrado Artigas en las soledades sin eco de las selvas del Paraguay, de su nombre no quedó otra cosa entre nosotros los argentinos que la anexion de la Banda Oriental al imperio brasilero, y la guerra que tuvimos que sostener despues para constituirla en república independiente: cuyo único beneficio, por lo pronto, ha sido simplificar los problemas y las árduas dificultades de nuestra organizacion definitiva.

CAPITULO X

EL TRIUNFO DE RAMIREZ SOBRE ARTIGAS Y SUS CONSECUENCIAS EN LAS PROVINCIAS ARGENTINAS.

Sumario—Relaciones ambiguas entre Ramirez y Lopez —Cambio de las conveniencias de Ramirez sobre la reunion de un Congreso Nacional—Peligros de la autonomia santafecina—Ambiciones y ensueños asiáticos de Ramirez—Propósitos absorventes—El imperio litoral incluso el Paraguay y la parte meridional del Brasil —Irritante influjo de los pactos celebrados por Lopez con Buenos Aires y Córdoba—Actos de presion y exacciones en Corrientes—Regreso á Entrerrios—Asesinato militar del coronel don Gervacio Correa—Nota del gobernador de Buenos Aires—Contestacion agresiva y belicosa de Ramirez—Manifiesto de guerra circulado á las demas provincias—Contestacion del gobernador de Salta coronel Güemes—Actitud y circular del gobierno de Buenos Aires—Miras mal sanas y despóticas de Ramirez—Unánime reprobacion de los demas gobernadores—La invasion sobre *Coronda*—El ataque sobre Santafé—Sucesos varios y fuerzas que entran en campaña—Desastre de Lamadrid—Victoria de Lopez—Fuga de Ramirez hácia Córdoba —Su incorporacion con José Miguel Carrera—Colision con Bustos—Retirada—Disidencia de Ramirez y Car-

rera—Separacion y marcha en opuestos rumbos—Salida del coronel Bedoya sobre Ramirez—Incidente desgraciado de doña Delfina—Abnegacion heroica de Ramirez—Su muerte.

Sin poder saber que en esos mismos dias se habian realizado las sospechas que ya tenia de la infidencia de Lopez, y que este se hubiera puesto ya en defensa, contra él, celebrando con Buenos Aires el tratado de—«Paz y amistad»—del 23 de Noviembre, ponia Ramirez particular esmero en desentenderse de esas sospechas, y continuaba prestándole la estimacion que un gefe superior tributa al mas digno y meritorio de sus tenientes; y terminaba el parte que le dirigia de sus triunfos sobre Artigas con estas palabras irreprochables en la forma pero destituidas de sinceridad: «Yo creo que V. S. celebrará conmigo estos importantes sucesos con que *el destino parece indicarnos la necesidad de estrechar mas y mas nuestra union,* para que nuestros trabajos hagan gustar á los pueblos de la paz y de la tranquilidad, y se adopten las bases sólidas y permanentes de la felicidad general.»

Lopez no se habia olvidado que el enojo y las amenazas de Ramirez en un tiempo en que no era bastante fuerte para resistirle, lo habian forzado á faltar á la buena fé y al honor burlando lo convenido con el general Belgrano

en 12 de Abril de 1819. (1) y si en aquella ocasion fué tan agria y amenazante la reprobacion, bien sabia Lopez á qué atenerse tratándose ahora de un convenio infinitamente mas trascendental que aquel, por el que no solamente habia expulsado de su favor á Carrera, instrumento servil de Ramirez, sino que habia cerrado un pacto de un caracter hostil contra las pretensiones absorventes y despóticas del vencedor de Artigas.

Este habia sostenido contra Artigas dos puntos, que eran de su mas grande interés: la reunion de un Congreso bajo su especial supremacia; y la creacion de un fuerte ejército en el Uruguay bajo su mando. Mientras esto no estuviera consumado, no era posible la guerra contra Portugal. Artigas divaga y era un díscolo—«que no sabia respetar el imperio de las circunstancias; ni resignarse al papel que le quedaba.» Pero precisamente, así como á Ramirez no le babia cuadrado que esa gerarquia y ese poder parasen en manos de Artigas con peligro de dominar en Entrerrios y en las otras provincias—«donde gobernaban sus gefes naturales»—á Lopez no le cuadraba tampoco que la prepotencia

(1) Véase el vol. VII, pág. 536; y pág. 20 á 23 de este tomo. Si alguna vez se hubiera dudado de que habia sido Ramirez el autor verdadero de esa perfidia, toda duda desapareceria desde que como acabamos de ver es Artigas el mismo quien se lo enrostra en la comunicacion que dejamos trascrita.

quitada á Artigas, pasase á manos de Ramirez, y que con el mismo pretexto de llevar la guerra á la Banda Oriental contra los portugueses, tratase de concentrar en sus manos y en su provincia todo el poder público y militar del pais para imponer su voluntad á las demas provincias, y á la de Santafé sobre todo que era la que quedaba mas inmediata al yugo. Si Artigas hubiera predominado quedaba suprimido Ramirez: si Ramirez predominaba quedaba suprimido Lopez, agredido Bustos y amenazado Buenos Aires.

Mas alarmado pues con el soberano triunfo de Ramirez, que lo que habria estado quizá con el de Artigas mismo (que en todo caso siempre habria sido efímero y foráneo en tierra argentina) Lopez estrechó cada vez mas, y con entera sinceridad, pues mucho le iba en ello, los vínculos de interés y de comun defensa que lo ligaban con Bustos y con el partido unitario reformado que gobernaba en Buenos Aires.

Ramirez entretanto miraba con el mayor menosprecio la coalicion de las tres provincias de la derecha del rio. Dueño de los formidables resultados que le habia dado su triunfo habia levantado su fantasia y sus ensueños á un grado en que tenia por seguro que su simple vuelta al teatro de los sucesos argentinos bastaria para que todo se allanase delante de su ambicion y de su soberbia. Su

ánimo estaba concentrado todo entero en levantar un fuerte imperio guerrero y personal bajo una forma asiática, con el poderoso contingente de las hordas incultas y expansivas del litoral, puestas al servicio de su nombre y de su influjo. Hombre de una fantasia infinitamente mas elevada y fosforescente que la de Artigas, de índole mas instintiva y audaz, de ambicion franca y primitiva servida por un ojo cuyas luces recorrian todo el horizonte oriental argentino y brasilero, como límites propios de su gloria y de su poder, no aspiraba á gobernar—«en el misterio oscuro de sus pasiones»—como decia él de Artigas, sino á la luz del dia, con lujo, con grandeza, con pompas, con un poder dispensador de gracias.... y no se crea que es broma—con un harem tambien á lo criollo—bien sostenido y bien surtido: que para eso tenia ya la sultana favorita en la célebre doña Delfina, que con chaquetilla y con gorra de gefe militar lo acompañaba en todas sus campañas y le servia tambien de reclamo para variar sus caprichos.

Llevado en su rabiosa persecucion de Artigas hasta los límites misteriosos y fantásticos del Paraguay, engendrose en su mente una idea atrevida. Aquella sumisa y opulenta tierra cuya feracidad habian hecho tan famosa los jesuitas, abrigaba, segun se decia, millon y medio de gentes robustas y docilizadas al yugo.

Acostumbradas á una estricta miseria, contentábanse con comer y con cubrir su desnudez con los restos de una tela cualquiera. (2) Gobernaba allí un tétrico fantasma llamado doctor Francia, mas teólogo que doctor—y mas jesuita que teólogo: hombre de perverso carácter que dominaba sobre aquel enorme rebaño por la misma impunidad con que su condicion servil se lo consentia. Pero ¿quien era Francia para que pudiese contener un ciclon de hordas entrerrianas y correntinas encabezadas por un hombre impetuoso y varonil como Ramirez? ¿Y cuales ventajas no podia sacar este hombre de aquella tierra virgen habituada á la obediencia sin protestas ni reclamos? Adueñado de ella, Ramirez podia sacar de allí treinta mil hombres: fundar en Entrerrios un enorme depósito de reclutas: armar un número crecido de soldados: volver sobre Santafé: humillar de nuevo á Buenos Aires: habilitar á Carrera con fuerzas bastantes para sacar á Bustos de la escena política: organizar en el *Arroyo de la China* su imperial grandeza: remover sus masas, echarse sobre la Banda Oriental, é ir á consumar su gloria

(2) El doctor don Juan Gualberto Mendez, plenipotenciario Uruguayo en el Paraguay, allá por el año de 1860, nos ha asegurado que el servicio doméstico andaba completamente desnudo, y que cuando las *chinas*s ervian el *mate* se contentaban con doblar una pierna sobre la otra.

en las antiguas fronteras del *Guayra* y del *Rio Grande.*

La tentacion era poderosa, y hubo un momento en que decidido á llevarla á cabo sintió bullir todo ese fuego en su cabeza. Con esta mira y con la de sustraerle á Lopez la mejor parte de la fuerza provincial con que contaba le pasó una nota con fecha 3 de Diciembre (1820) comunicándole que habia resuelto formar en *Calá* un campamento donde queria concentrar y preparar el ejército de diez mil hombres con que se proponia invadir y ocupar el Paraguay inmediatamente; realizar la reunion de todos los pueblos litorales del antiguo vireinato, y en seguida recuperar la Banda Oriental por arreglo ó por fuerza. «Esta empresa ha sido hasta ahora un anhelo frustrado de los *Pueblos de la Liga Federal.* Yo cuento con que el señor gobernador de Santafé me enviará quinientos milicianos, el escuadron de *Dragones* y el batallon de *Pardos y Morenos* de la ciudad. Con el mismo fin me he dirigido al gobernador de Buenos Aires pidiéndole un contingente de dos mil reclutas, como está convenido en la *Convencion del Pilar;* y no dudo de que el general Bustos atenderá tambien mis indicaciones sobre el particular.»

Expulsado Artigas, y sin la menor probabilidad de que volviese al pais, las provincias indicadas, decia, si estan unidas de buena fé

con la de Entrerrios para expulsar á los portugueses, no *tendrian* prstesto ninguno plausible para negarse á esas remesas, ni á dar otros recursos que á su tiempo detallaria. Su negativa daria lugar á cargos muy serios que no queria presumir por que importarian agravios de aquellos que no se pueden justificar ni consentir.

Pero á poco andar, cayeron sobre sus grandiosos proyectos militares y políticos las noticias de la alianza de Buenos Aires y Santafé, con su enorme peso. Tras las noticias llegaron una multitud de emigrados exaltados, desesperados y enfurecidos con la mala suerte que les habia cabido el 5 de Octubre. Los rencores y las esperanzas de que iban animados coincidian con el enojo, con los temores y con las cavilaciones de que Ramirez estaba acosado. El legista don Pedro Agrelo, Chilavert, Malavés, Santos-Rubio, Sarratea, y otros hombres bulliciosos é inquietos de los que habian sido vencidos y arrojados de Buenos Aires, llevaban la conviccion de que el general Rodriguez marcharia inmediatamente á Santafé; y de que unido allí con Lopez y con Bustos prepararian los tres una formidable invasion sobre Entrerrios. Ramirez estaba en Corrientes ocupadísimo de remontar sus fuerzas y de robar cuanto valor tenia aquel infeliz vecindario y las iglesias

para hacerse de un tesoro militar. (3) Inquieto con las novedades que le llegaban, se puso indeciso sobre si la emprenderia primero contra el Paraguay para engrandecer sus medios de accion, ó trataria antes de ocupar á Santafé y de reducir al gobierno de Buenos Aires al respeto de lo convenido y de su supremacia personal. El coronel Mansilla y otros gefes militares le aconsejaban que prescindiese de Buenos Aires y de Santafé, que no se apenase de lo que allí sucediere, y que su poder y su gloria lo llamaban á la conquista del Paraguay. Los emigrados del 5 de Octubre le argumentaban que si se engolfaba en el Paraguay, los santafecinos, porteños y cordobeses, se iban á apoderar impunemente del Entrerrios que quedaba sin defensa y perdido para él. Y en esto se hallaban las cosas cuando recibió noticia en Corrientes del famoso tratado del 23 de Noviembre que acababa de celebrar Lopez con Rodriguez. Ramirez lo miró como una coalicion declarada contra su influjo; y decidió regresar á Entrerrios para defender y consolidar la autoridad general que se atribuia y los proyectos que su propio albedrio é infatuacion le habian sugerido.

Desde luego contrajo su afan durante tres meses á sacar de Corrientes gruesos valores,

(3) *Revista de Buenos Aires*, vol. VII, pág. 71

recursos y reclutas; y llegó á la *Bajada* conduciendo 20 mil caballos, 70 mil cabezas de ganado vacuno y por via de tesoro todos los ornamentos de las iglesias, las campanas, enorme cantidad de alhajas extraidas por contribuciones forzosas en reemplazo de dinero ó de todo aquello que pudiera tener un valor venal.

Venia airado y enfurecido. El Leon era grandioso cuando estaba repleto y enchido, pero rugia y devoraba cuando se sentia incómodo ó hambriento. En su regreso tomó al comandante don Gervasio Correa que antes habia sido su enemigo: y teniendo ahora sospechas de que volviese á serlo aliándose como antes á los porteños, lo fusiló sin mas motivo ni mas forma: igual suerte corrieron varios otros oficiales que tuvieron la desgracia de estar en su camino.

El *Argos*, redactado por el Dean Funes, decia con este motivo—«Aún humea la sangre del benemérito y desgraciado americano don Gervasio Correa. La infeliz esposa de este hombre honrado ha tenido que refugiarse á Buenos Aires; y sus hijos han tenido que abrigarse entre las fieras que se albergan en lo profundo de los montes, temiéndolas menos que á las manos carniceras de Ramirez. Para *abatir á los porteños,* él pone en planta todas las lecciones que ha aprendido en los seis años

en que ha practicado la carrera de los vándalos, y servido de azote del género humano, conforme con los principios de su creador y de su propia víctima don José Artigas. Cuidaremos de *seguir sus pisadas* para que si Buenos Aires hace sentir á los que le siguen los efectos de su credulidad ó de su imprudencia, la posteridad no tenga que echarle en rostro unos procedimientos á que ha sido constantemente provocado.» Bien meditadas estas palabras, *seguir sus pisadas* queria decir *seguir su ejemplo;* ó lo que es lo mismo: que se habia formado la resolucion de fusilar á Ramirez si se le tomaba, en la misma forma con que él fusilaba á sus enemigos.

Uno de los primeros cuidados del general Rodriguez habia sido darle cuenta á Ramirez en términos parcos y urbanos de su eleccion al gobierno de la Provincia de Buenos Aires. La contestacion que recibió el 18 de Noviembre tenia un tono altivo, casi insolente, y abundaba en indicaciones irónicas y amenazantes:—«Son verdaderamente remarcables los sucesos del año presente, le decia. Al recordarlos se fastidia mi imaginacion con ideas tan lúgubres y degradantes. V. E. me hace el honor de creerme imparcial: yo, si no hé guardado la mejor armonia con la administracion del Directorio, al menos puedo gloriarme que desde la *Convencion del Pilar* hé guardado el mas escrupu-

loso comportamiento con ese gobierno. Él empero no ha observado igual correspondencia en los lances precisos. Se denegó abiertamente á franquearme la escuadrilla de mar; y hasta hoy subsiste en el firme propósito de privar el trasporte de armamento al Entrerrios. Estos preparativos alarmantes hubiesen desconcertado la mayor armonia, si mi delicadeza para conservarla no se hubiese manifestado superior al fuerte estímulo con que se provocaba mi moderacion. Hé callado, y por lo mismo, mis afanes han sido dedicados esclusivamente á conservar el órden, la tranquilidad, y una laudable armonia en el territorio de mi mando. Allanado esto hé creido de mi primer deber velar sobre los enemigos esteriores que nos acechan con empeño para pasar la barrera del Uruguay.»

Véase ahora la perfidia con que procedian estos malvados. Hacia apenas tres meses que este le habia reprochado á Artigas la mala fé de sus pretendidos temores sobre la inseguridad de la linea del Uruguay que decia estar amenazada por los portugueses—«La provincia de Entrerrios (decia entonces) no se halla en la debilidad que le atribuye V. S. para disimular su pasage del Uruguay, cuya barrera ni necesita su defensa *ni corre riesgo de ser invadida* por los portugueses desde que ellos tienen *el mayor interés en dejarla in-*

tacta.» Ahora ya no es así; y aquello fué entonces una mentira, ó lo es ahora; por que cambiando los intereses hace que el mismo hecho que fué falso entonces se alega como verdadero ahora. Antes no le convenia aceptar este temor como principio para reforzar á Artigas; pero ahora que Ramirez está en lugar de Artigas es indispensable que sobre este pretexto se consolide la union; y siendo así—«Cuente V. E. con la decision de mis votos por la union.» ¡De otro modo, nó:—«Ella debe ser el resultado de un sólido avenimiento para no complicarnos en nuevas dificultades.—Por lo demas, crea V. E. que aún armándome de toda la moderacion precisa, no puedo dar un paso hácia atrás sin tocar de cerca necesarias consecuencias. Unámonos, dice V. E. Yo estoy pronto; y lo estarán las demas provincias si la patria se sobrepone á otros intereses.—Sigamos, Exmo. Señor, la marcha de la Revolucion *en el tono que dictan el honor y la opinion pública.* Arrostremos los peligros al frente del comun enemigo para que se vea que no se derrama en vano la sangre americana. Deseo que V. E. no se niegue á tan noble empeño.»

Apenas habia dado Ramirez esta contestacion evidentemente hostil y tan mal intencionada, dirigió una circular á las demas provincias en que las proclamaba á que tomasen parte con él

en la nueva guerra que iba á declarar al gobernador de Buenos Aires y al partido entronizado el 5 de Octubre. Estamos en la creencia de que el único gobernador que contestó á esa circular, ó manifiesto de motivos, fué el gobernador de Salta don Martin Güemes. «Bueno será (le decia en ella á Ramirez) que V. S. recuerde mi absoluta consagracion al servicio de la nacion, y los heróicos esfuerzos con que mi provincia ha contribuido á la defensa de nuestra independencia, á la del órden legal en que deben subordinarse todas las malas pasiones que lo ponen en peligro.... Mas, por desgracia, aislado ahora en mi provincia deploro la ferocidad espantosa con que la anarquia despedaza á las otras. En tan tristes circunstancias ha llegado á mis manos la nota de V. S. de 20 de Noviembre incitándome á *entrar en una coalicion que extirpe el complot que me indica*, para asegurar la defensa de la patria contra una agresion con la que V. S. cree minada nuestra suerte. Pero si mi cálculo ha tocado en la línea de sus conjeturas, debo decirle (con la ingenuidad que asunto tan delicado requiere) que no me parece conveniente lanzarse al rompimiento que V. S. prepara, por mas grandes que sean sus recelos acerca de la alianza con los portugueses, de la ocurrencia del Príncipe de Luca, y de todo lo demas de la pasada administracion.» Güemes consideraba como

chismes y calumnias las acusaciones que Ramirez hacia al gobierno de Buenos Aires; y le observaba con una sensatez incontrovertible—que «si fueran ciertos semejantes planes *forjados al favor de la anarquia degradante que acababa de verse en aquel año,* era mucho mas probable que esa alarma y coalicion á que se le invitaba ahora, fuese la que presentase á esos conspiradores la mejor ocasion para reanudar y ejecutar las maldades que se les atribuia, pues es evidente que empujando á los pueblos á los abismos de una nueva crísis, cuando no estaba apagado todavia el fuego voraz de las anteriores disensiones, ni transada formalmente la divergencia de opiniones que originó y propagó el anarquismo, se les daria la ocasion mas propia para realizar sus proyectos, si los tenian. No es así como se ha de conseguir una tan íntima coalicion de intereses, con reciprocidad de aspiraciones y conatos, cual se requiere para afrontar la magnitud de una empresa superior á la constitucion abatida en que nos hallamos al salir recien del horror de tantas convulsiones. El único remédio que guarda consonancia con nuestra situacion política, es en mi concepto organizar cuanto antes el futuro Congreso. Sí: hagámoslo antes de que entremos en nuevos trastornos, en infructíferos desastres; pues es de esperar que esa Asam-

blea guiada por la esperiencia de los conflictos que hemos sufrido, y que nos han conducido hasta el borde del precipicio, establezca la paz. ....No partiendo de este PUNTO CÉNTRICO, jamás podrán las Provincias obrar con simultaneidad; y no tema V. S. ni por un instante que este CUERPO NACIONAL llegue á ser susceptible de la cabala ó de la intriga en favor de parcialista alguno. Su formacion *no será debida* AL CLAMOR DE BUENOS AIRES, ni del Gefe que allí preside, como dice V. S. LA PRIMERA INVITACION FUÉ MIA. La escucharon las Provincias con un contento significativo del alivio que anhelaban entre los volcanes en que ardian. Se han dado prisa á la par conmigo para nombrar sus Diputados. La esperiencia hará lo demás. Buenos Aires tendrá su parte como cada una de las demás, sin la ventaja de que el Congreso se sitúe en ella; y no presentándose de ese modo, un motivo de recelo contra la autoridad, en apoyo de las ideas, cualesquiera que V. S. le suponga, del gefe de Buenos Aires, ni de complotarios algunos, me parece un exeso de zelo el que animó la pluma de V. S. al manifestarme en el oficio que contesto, *su repugnancia á la instalacion del Congreso, queriendo antes que sea trastornado el gobierno de los argentinos.*»

Véase aqui á Ramirez rechazando ahora la convocacion de un congreso, cuando tres me-

ses hacia apenas, como hemos visto, que increpándole á Artigas esa misma resistencia le decia—«Aguarde V. E. la reunion del Congreso, que ya se hubiera celebrado á no hallar entorpecimiento de su parte.... Ahora le debo preguntar ¿cual es el sistema que sigue V. S.?.... y si es el de la Federacion ¿como puede V. S. conciliar su conducta con los deberes que ella le impone *de respetar á las demas provincias*?» Pero esto lo decia Ramirez cuando trataba de arrancarle las uñas á Artigas; mientras que ahora que veia en peligro sus propias uñas pensaba y procedia como Artigas. Hé ahí por que les hemos llamado igualmente bellacos á los dos; y hé ahí como los que siguen la rutina de llamarlos Federales y Defensores de la Federacion no pasan de ser nécios ó simples que hablan con un tupido velo sobre los ojos.

Por eso, y bien apercibido de su perfidia, le decia Güemes con evidente y elevada razon—«Está en choque esa opinion de V. S. con la opinion general de los Pueblos. Ellos claman por Congreso, y en sus futuras sanciones cifran la consolidacion de sus intereses con los de la causa pública.—Toca á V. S. hacer lo mismo. Por medio de su diputado puede hablar congresalmente con libertad y confianza sobre todo lo que forme sus temores, como la misteriosa conducta de la Corte del Brasil, la de-

negacion de Buenos Aires al comercio de armas con Entrerrios.... —No nos intimide pues lo pasado. Reunámonos en un cuerpo para tener consistencia; y sí á la sombra de este se realizaran los males que V. S. recela, los Pueblos que hoy garantizan la firma de sus Representantes (entre los que el mio tiene, ha tenido y tendrá como hacer valer sus derechos y como sostener su dignidad con Legiones acostumbradas á vencer) los Pueblos, digo, se convertirán entonces en panteones antes que humillarse ó rendirse á una dominacion extrangera y dejar impunes á los autores de tanta iniquidad.»

Mas adelante, empleando el Gobernador Güemes una mansedumbre algo maliciosa concluia así:—« He espresado á V. S. mis ideas con el lenguage sencillo y claro de que jamás me aparto; y deseo que V. S. se decida á uniformarse con él, para DAR ESPERA á sus miras en obsequio del *celo activo que á toda prueba lo anima*, teniendo presente que en los asuntos grandiosos en que amenaza una horrible tempestad, el reposo conduce al acierto; y por lo contrario, la celeridad es como la materia sulfúrea de donde seguramente parten los rayos de cuyo estrago tratamos de precavernos.»

Con esta nota cuya importancia brilla á primera vista, acompañó el Gobernador Güemes

una carta confidencial de la misma fecha. (4) «Suponiendo que sean fundados los cargos con que Vd. pretende justificar la renovacion de la guerra civil, y por apurados que sean sus cuidados ó fundada su presuncion contra el gobernador Rodriguez, soy de sentir que un rompimiento no hará mas que empeorar el mal y apresurar la ejecucion de unas medidas *que quizas no tienen sino el estado de presumibles.* Acudir á las armas en momentos en que no hay unidad de opinion, ni centro de accion, es poner al pais postrado delante de su ruina: y aún suponiendo todos los criminales propósitos que Vd. alega es preciso buscar la accion de la ley en la Nacion misma reunida en Congreso.... La voz pública clama por él, y en este concepto, gradúe Vd., Compañero, si el señor Rodriguez puede tener influjo maligno en la autoridad que va á instalarse, especialmente cuando por una decision unánime no ha de ser Buenos Aires el punto de su residencia. Es pues conveniente, mi buen amigo, que dé Vd. espera á sus miras. Sigamos el clamor de los Pueblos. En nombre de la pátria haga Vd. que el suyo nombre su Representante, é instrúyalo estensamente en cuanto

(4) *Manuscrito*, regalado por el doctor B. Victorica, que hice insertar en el tomo VI, entrega XXVII de la *Revista Nacional.*

á los motivos en que funda sus reclamaciones. Yo estoy seguro de que el Congreso tomará providencias ejecutivas para desarmar y frustrar esa amagadora tormenta.—Ya que tenemos á la vista que la dosolacion ha sido el fruto de nuestra anarquía, y que son muy estériles sus progresos, en perjuicio de la guerra ofensiva que debemos hacer sin descanso á mas de 20,000 españoles que ocupan nuestro continente, sea este el preferente objeto de nuestras atenciones. No sea, que por nuestras disenciones se inutilicen los planes seguros que ya anuncian la caida de la tirania. El General San Martin se halla con un ejército imponente en los subúrbios de la orgullosa Lima. El enemigo ha replegado las reliquias del suyo sobre aquellas costas; y yó, por mi parte, á esfuerzos de la actividad y del trabajo, me hallo á la cabeza de otro para marchar á posesionarme de los puntos que el terror de aquellos abandone.... Bajo este seguro concepto, intereso á V. encarecidamente por el envío de un Diputado que represente á su pueblo en el tan reclamado próximo Congreso....»

Véamos ahora la actitud que al ser tan inicuamente amenazado tomó el gobierno de Buenos Aires. En la ausencia del General Rodriguez, presidia la administracion provincial como Delegado el honorabilísimo general don Márcos Balcarce: ese hombre de noble carácter

y de tranquilo juicio, que tantos y tan buenos servicios habia hecho en las campañas de Chile, del Alto-perú, y de la guerra que el gobierno legal habia tenido que sostener contra los montoneros y los enemigos del órden. (5) Informado de la nota de Ramirez y de la circular ó manifiesto de guerra que habia lanzado á las provincias, el delegado reunió en consulta á los hombres de mayor peso en la opinion pública; y fué encargado el señor don Julian Segundo de Agüero de redactar la contestacion y una circular que pusiese de manifiesto á las demas provincias la forzosa necesidad en que Buenos Aires se veia de resistir al atentado inaudito del caudillo entrerriano.

La Provincia de Buenos Aires ha sido tan calumniada por las pasiones locales recalentadas con frecuencia en alguna de las otras, cuyos écos retardatarios suelen todavia resonar en los lábios de gentes malamente prevenidas ó poco informadas, que creemos conveniente que se juzgue de este debate, siguiendo con paciencia esta esposicion documentada de los conflictos inter-provinciales en que se muestra el vacio

(5) Difícil seria hacer un elogio preferente de alguno de los tres hermanos, don Antonio, don Juan Ramon y don Márcos Balcarce; los tres fueron generales, bravos los tres, y servidores intachables de la Independencia argentina.

y la inepcia de los que todavia quisieran forjar generalizaciones de capricho y de mala índole sobre hechos inexactos y mal estudiados, con torpe espíritu las mas veces. Digna del patriotismo y del talento de su autor, la contestacion y la circular fueron remitidas el 31 de Diciembre—«El bárbaro atentado del Salto y la instigacion al alzamiento de los salvajes provocado y servido á mano armada por Carrera, han obligado al gobernador de la provincia á salir á campaña; y en su ausencia le toca al infrascrito el triste deber de contestar á la estraña nota de V. E. que en sus últimas expresiones es una declaracion de guerra. Al contestarla, el infrascrito se hará un deber de considerar las indicaciones que contiene con la franqueza y la buena fé que regla la conducta del actual gobierno. El asunto que se ventila es nada menos que el rompimiento ó la conservacion de la armonia y union que debe reinar entre las provincias de un solo Estado, sin lo cual no podremos jamás formar una Nacion ni tener una Patria. Son tres los fundamentos en que V. E. hace consistir sus ofensas. El primero es—que se le ha denegado la escuadra de mar de este Gobierno. Entre tanto esa escuadrilla está en manos de V. E. sin haber sido apresada; y esto bastaria para destruir el cargo, y para mostrar que mas bien podria hacerlo

el Gobierno de Buenos Aires contra el de Entrerrios. (6)

«Notorio y de toda publicidad es el hecho con que esa escuadrilla pasó al servicio de V. E. *en que continúa todavia*, y si alguien ha requerido su devolucion en los términos à que alude V. E. habrá sido don Manuel Sarratea; y no debo ni pretendo responder del tiempo y hechos de don Manuel Sarratea que *el influjo de V. E.* colocó á la cabeza del gobierno de esta provincia. Estoy cierto que ni el Señor capitan general don Martin Rodriguez, desde que tomó el mando, ni yó en su sostitucion, la hemos negado; y si alguna vez se ha exigido su regreso, en circunstancias de necesitarse absolutamente para el servicio y defensa de esta provincia, es tan justa esta reclamacion, que no se comprende como ha podido V. E. fundar en ella quejas ni desconfianzas. En cuanto al segundo cargo de que el gobierno de Buenos Aires ha estorbado ó impedido la remesa de armas al Entre-Rios, diré que el hecho es falso, falsísimo; y por eso reclamé al principio la noble impar-

(6) En efecto—recuérdese lo que digimos en la pág. 195 y 196 de este tomo al dar cuenta de como fué que el 25 de Febrero, (1820) Sarratea dió subrepticiamente á Ramirez la escuadrilla de Buenos Aires figurándose por aparato que su gefe Monteverde se habia alzado con ella y seguido á Ramirez en su marcha á Entrerrios para combatir á Artigas.

cialidad de V. E., pues los hombres públicos llamados á presidir los grandes destinos de la pátria, es necesario que sepan sobreponerse á las malas sujestiones con que los génios depravados los sorprenden casi siempre por desgracia. Muchos criminales, muchos descontentos se han abrigado en la provincia de Entrerrios, de resultas del último y escandaloso tumulto del 1º de Octubre; y debe haber sido su primer propósito prevenir el ánimo de V. E. con todo género de imposturas, soplar el fuego de la discordia, y hacer el último esfuerzo para que la llama se propague y el pais se envuelva en guerra y desolacion. No se ha espedido, Señor Gobernador, órden ni decreto alguno que impida llevar armamento á Entrerrios. Es necesario que V. E. haga á este Gobierno la justicia de creerle sobre este particular, ó por lo menos que aduzca datos para redargüir lo contrario. ¿Y será prudente ó justo que las imposturas de los malvados hayan de producir desconfianzas y guerra entre gobiernos cuyo primer interés debe ser la conservacion de la paz entre sus provincias?» Pasando el gobernador delegado al tercer cargo lo resumia en la condicion puesta por este de que para contar con sus votos y su benevolencia, era preciso que Buenos Aires se decidiese á declarar la guerra á los portugueses. En esta exigencia, Ramirez, como ya hemos dicho, buscaba el generalato forzoso del ejér-

cito nacional que, segun él, debia componerse de los contingentes que habian de darle todas las demas provincias argentinas; y por eso no queria congreso que no estuviese bajo su mano: que, por cierto, no pecaba por liviana ni por condescendiente. Buenos Aires era, por supuesto, la provincia que debia darle tesoros y medios bélicos de todo género; y con esto lo que buscaba era fundar su poder de un modo sólido, mas bien que emprender esa guerra contra Portugal, que bien sabia (como él mismo se lo habia dicho á Artigas) que era imposible y desatinada empresa por el momento. A eso le contestaba el gobernador delegado:— « El Gobierno actual de Buenos Aires está muy distante de negarse á semejante empeño el mas digno de las provincias de Sud-América y el mas conforme á sus votos. Pero apenas hace tres meses que el General Rodriguez gobierna en la Provincia: él la encontró invadida y bajo el peso de la guerra; partió inmediatamente á campaña á defenderla. En semejante situacion era imposible pensar en otra guerra. Por fortuna, se hizo la paz con Santafé; pero el Gobernador tuvo que marchar rápidamente al Sur —«contra los indios, que acaudillados por el perverso americano don José Miguel Carrera, invadieron de un golpe todas nuestras fronteras, robando, matando, y haciendo todo género de estragos. Sigue todavia la espedicion; y no es posible por consiguiente, ni oportuno pen-

sar en otra empresa militar, cuando todas las fuerzas, todos los recursos de la provincia, se necesitan para su necesaria defensa y seguridad. Pero pacificada ¿qué cosa mas natural y mas digna de la provincia de Buenos Aires, que dió el primer grito de Independencia, que dedicar todos sus esfuerzos hasta arrojar toda dominacion extrangera de un territorio que hace la mas preciosa porcion de estas provincias?» (7)

«Como prueba de que en Buenos Aires existe una resuelta opinion de recuperar esa parte de la patria, diré que nada es mas absurdo que

(7) En apoyo de que este era el deseo de Buenos Aires y de que nada era mas absurdo que ese rumor calumnioso que acusaba al general Rodriguez y á su partido de estar confabulado con el Brasil, el gobernador delegado unia á la nota, y á la circular, un papel impreso que contenia las notas cambiadas con el baron de la Laguna, con motivo del corsario *Confederacion* que habia cometido actos de hostilidad contra la bandera portuguesa ; y en las que se veia el estado vidrioso de las relaciones.

La complicacion producida por ese corsario se reducia á ciertos actos de visita é inquirimiento que habia ejercido sobre buques portugueses encontrados en el Cabo de San Antonio, con el pretesto de ver si no eran españoles, ó si por lo menos no llevaban mercaderias españolas. El tono con que el baron de la Laguua reclamó de estos actos fué incisivo y exigente, al paso que el gobernador de Buenos Aires se limitó á escusarse en forma poco ó nada concluyente sobre la usurpacion de la Banda Oriental, que era el mas grave y principal motivo que perturbaba las relaciones entre los dos gobiernos.

calumniar con semejantes especies al gobernador Rodriguez. Pero por eso mismo, y no siendo este gobierno sino una autoridad provincial, se ha limitado á recabar la reunion de un Congreso general, para que, representada en él la Nacion, delibere cuanto antes sobre sus grandes intereses. Buenos Aires ha hecho cuanto podia en este sentido, que era nombrar sus diputados y hacerlos partir inmediatamente á Córdoba. Congregada la Nacion, ella misma es quien debe resolver sobre la paz ó la guerra; y nosotros, inmediatamente ejecutar. Si cooperamos á este importantísimo objeto, antes de dos meses habremos conseguido el resultado. V. E. ha asentado en su nota *que está pronto á unirse desde que la patria presida á los intereses*. Eso es lo que este gobierno desea: que presida la patria legítimamente congregada por la representacion de todos los pueblos: escuchemos allí su voluntad y cumplámosla. Entonces es, señor gobernador, que podremos arrojar con suceso de nuestro suelo á esos extranjeros que no lo han ocupado sino al favor de nuestras disenciones. Pero si lejos de formar un cuerpo de nacion, y de hacerse causa comun contra toda nacion estraña, se preparan guerras y agresiones contra esta provincia ¿qué ha de hacer ella sino apelar á la sagrada ley de la propia conservacion y defensa? entonces pues no responderá el invadido sino el invasor, de la sangre americana que se

derrame.» Despues de espresar la confianza que tenia de que Ramirez se dejaria convencer por razones tan sanas como evidentes, el Delegado agregaba:—«Pero á mayor abundamiento este « gobierno envia cerca de V. E. al doctor don « Juan Cossio, sujeto de probidad, de patriotis- « mo y honor. (8) El entregará á V. E. esta co- « municacion: le impondrá menudamente de los « principios de buena fé que reglan nuestra con- « ducta: le instruirá de los sucesos gloriosos de « la Expedicion Libertadora del Perú sobre Li- « ma, al mando del Exmo. Señor General San « Martin, y de la crísis favorable en que se halla « la causa de la patria, si logramos aprovecharla « para consolidar nuestra independencia.» (9)

A pesar de todo, el gobierno de Buenos Aires no tenia esperanza de que Ramirez se aviniese á la convocacion de un Congreso; y mucho menos de que sugetase á él sus procedimientos y su ambicion. Era claro que un Congreso reunido en Córdoba, bajo el influjo de las circunstancias presentes, y decidido como era natural á sacudir

(8) Hombre muy respetable en efecto, nacido en la provincia de Corrientes, y cuya acendrada honradez hacia esperar que fuese oido y que inspirase confianza al caudillo entrerriano.

(9) Compárese con la pág. 12 del vol. II, *Memor.* del general Paz y se verá cuan arriba estaba el gobierno y el pueblo de Buenos Aires de las indignas acusaciones que allá se le hacen.

el yugo de Ramirez y de Carrera, habria de inducir al poder nacional en otro órden de ideas y de influencias que las de estos dos caudillos; y que por consiguiente, habria de exigir que ellos se subordinasen á ese órden general creado y consolidado en los poderes públicos generales. Ramirez alcanzaba perfectamente á percibir que este propósito era el que predominaba en el espíritu de todas las provincias del interior; y por lo mismo, estaba resuelto á impedir la convocacion del Congreso bajo auspicios que le eran evidentemente contrarios. Preferia pues, renovar la guerra civil para asegurar su dominio en Buenos Aires con el partido de Sarratea: en la de Santafé con el de Vera, en Córdoba con el del montonero don José Javier Diaz; y despues de hacerse asi el gefe nato de la nueva situacion, reunir el Congreso en Entrerrios para que viniera á proclamar la consagracion legal de su dictadura.

Este era en sustancia el punto de vista que se hacia resaltar en la circular que el gobernador delegado dirigió á las demas provincias. Ella comenzaba por trazar un cuadro bien delineado del momento presente—«Cuando todo nos anunciaba (decia) una favorable crísis en nuestra situacion política al terminar este infausto y terrible año: cuando sin perdonar sacrificios, el gobierno de esta provincia habia *solicitado* y *ajustado* una paz sólida y sincera con el

de Santafé: cuando todas las provincias hermanas obraban llevadas por el deseo de reunirse cuanto antes en Congreso, para concluir con la anarquía: cuando los grandes y gloriosos sucesos de la expedicion libertadora del Perú exigen mas imperiosamente nuestra pacificacion y cooperacion, este gobierno ha visto con profundo dolor una circular que el gefe de Entrerrios dirige á V. S. y á los demas señores gobernadores, con el objeto de alarmarlos contra esta provincia con el antiguo y desacreditado arbitrio de imputar á su gobierno traiciones y complots. Un paso de esta naturaleza podria cruzar los mas caros intereses de la patria, si no se le recibiese con toda la circunspeccion que conviene tener cuando se trata de nuestro comun destino. Es por esto que dirijo á V. S. y á los demas señores gefes de las demas provincias hermanas, esta comunicacion en que desabrocharé todos los sentimientos del actual gobierno de Buenos Aires, con la verdad y sencillez que corresponde á la delicadeza de mi honor. Quiera V. S. escucharme sin prevencion y con su natural imparcialidad.»

Resumiendo la circular de Ramirez, el gobernador delegado ponia en relieve los tres tópicos de la acusacion, que aquel tomaba como pretesto para echarse á la guerra contra Buenos Aires.

Vistas las circunstancias que habian pesado sobre la Provincia en el año XX, y el estado que tenian las cosas en los momentos en que el ge-

neral Rodriguez habia tomado el poder, tres meses antes, era ridículo acusar al pueblo de Buenos Aires de que no hubiese dedicado sus recursos y sus conatos á la espulsion de los portugueses de la Banda Oriental; y mucho mas proclamar á su gobierno provincial como traidor á los grandes deberes del patriotismo.

«Es muy ridículo exigir que este gobierno dedique sus esfuerzos á expulsar á los portugueses de un territorio adonde no puede llevar la guerra, y que abandone el de su provincia, invadido y ocupado por el mismo señor Ramirez contra lo convenido en el Pilar;» cuando estaba amenazado ademas por los salvages concitados por Carrera—el aliado de ese mismo caudillo. «Señale el señor Ramirez en qué momento ha podido el actual gobierno de Buenos Aires disponer de sus fuerzas y recursos, para emplearlos contra los extranjeros que ocupan la provincia de Montevideo. Ni como ha de abrogarse Buenos Aires el derecho de abrir una guerra nacional, cuyos resultados serán de precisa trascendencia para todo el pais, sin que la Nacion, ó su gobierno general, la resuelva? Por eso es que este gobierno ha solicitado con eficaz diligencia la reunion de un Congreso General, que decida de los negocios á intereses nacionales. En decretando la Nacion la guerra contra los portugueses, Buenos Aires la sostendrá, con el mismo ardor con que se empeñó en estorbar la ocupacion de Mon-

tevideo cuando Artigas *abandonándoles esa importante plaza* les franqueó la llave del territorio.» (10)

«Buenos Aires la sostendrá por que no puede mirar con indiferencia la ocupacion de esa preciosa provincia, que por todo derecho pertenece á la integridad de la nacion. Pero no se atraviesen las miras del interés general: no se estorbe la instalacion de la Representacion Nacional; no quiera el gefe de una provincia disponer de la suerte de las demas. A Buenos Aires, por una parte, se le invade su propio territorio, se le amenaza, por otra, con nuevas hostilidades; se le obliga á ocuparse esclusivamente de su propia defensa y al mismo tiempo se le exige que lleve sus fuerzas contra los portugueses!» En seguida, el delegado reproducia los mismos descargos, sobre el comercio de armas y la escuadrilla, que ya enunciamos y concluia preguntando: — «¿Qué mas ha podido hacer el gobierno de Buenos Aires, en prueba de su sinceridad y buena fé, que lo que ha hecho y está haciendo actualmente *por el restablecimiento del* ÓRDEN NACIONAL? El ha incitado á las otras provincias y se ha prestado francamente á la reunion del Congreso: él ha allanado los estorbos que podrian impedirlo, haciendo todos los sacrificios

(10) Palabras testuales de la circular de Ramirez contra Artigas. Véase el tom. VI, pág. 232.

posibles para terminar la guerra civil: él ha aceptado el lugar que los pueblos han designado: él ha urgido el nombramiento de los Diputados; y ahora mismo, la honorable Junta está formando las instrucciones con que deben partir. ¿Es esto *reducir á las provincias al papel de clientes* como dice el gefe de Entrerrios? Yo creo que la verdad obrará con toda su eficacia en el ánimo de V. S.: que estos sinceros sentimientos lo prevendrá contra las injustas alarmas que hace circular el gefe de Entrerrios; y que nada habrá que lo separe de sus generosos sentimientos por el bien de la pátria. Yo, por no perdonar todavia medio alguno conducente á este objeto, le envio á él, ahora mismo, un Diputado para que desvanezca sus equivocaciones si es que son sinceras, y le proteste la pureza de los sentimientos de este gobierno. Pero, si contra nuestras esperanzas y deseos, el gefe de Entrerrios se obstinase, Buenos Aires habrá salvado su responsabilidad ante la Nacion, y tomará el camino que le marcan los intereses de su propia conservacion.»

Hemos dado casi íntegro todo este debate, para que la justicia de la posteridad pátria pueda juzgar de él piezas en mano; y se comprenda de qué lado y qué hombres han sido los que entonces contribuyeron á desatar el desórden y la anarquia que tantos males nos hicieron entonces, y que tantas dificultades nos han creado para ver

sólidamente constituido á nuestro pais sobre principios liberales y dentro de un organismo libre y sério.

La justicia de Buenos Aires fué reconocida por las demás provincias sin esceptuar una sola. Todos los cabildos contestaron abundando en declaraciones amigables, y condenando la conducta procaz é inícua de Ramirez. Y no era por que en aquel momento predominara en parte alguna, ni tuvieran sus hombres públicos influjo alguno en ellas. Córdoba declaró que hacia comun la causa y que concurriria con sus fuerzas militares á defender la quietud del pais y la reunion del Congreso.

Las demás provincias, sin escepcion de Tucuman, hicieron iguales protestas y jamás hubo hombres que se colocaran mas afuera de la opinion del pais, que Ramirez y Carrera—por los desafueros de la ambicion el uno, y por sus crímenes atroces el otro.

1821 Abril 4

En Abril llegó Ramirez á la *Bajada* con su primera division, y estableció su campamento en el *Diamante.* En los dias subsiguientes llegaron, la 2ª division al mando del coronel L. Mansilla, y la 3ª á las órdenes del coronel Gregorio Piriz, cuyo segundo era un indígena de las misiones, bravo, honorable, de verdadera índole militar—don Anacleto Medina, que muy conspícuo papel hizo despues en la guerra del Brasil,

y en las sangrientas revueltas del Estado Oriental en que al fin pereció.

Desde luego comenzó á sentirse en aquella costa un movimiento de fuerzas y de buquecillos que hizo sospechar preparativos considerables en la márgen izquierda del Paraná. Bien apercibido Lopez de que su provincia parecia ser el punto del desembarco, se preparó á defenderla. El general Rodriguez se retiró de la campaña del Sur, y comenzó á enviar al norte las tropas que debian operar en combinacion con las de Santafé y Córdoba, asi que se conociese la posicion que pensaba ocupar Ramirez. El coronel Lamadrid nombrado gefe de toda la caballeria recibió órden de situarse en *Manantiales* sobre la frontera de Santafé; y como la posesion del curso del Paraná era de suma importancia, se le encomendó ese cuidado á la escuadrilla que mandaba el coronel don Matias Zapiola.

Ramirez supo burlar la vigilancia de este ilustre gefe y lanzó repentinamente 2000
1821 hombres á la márgen santafecina
Marzo 3 con los que sorprendió el pueblito de
Coronda, apoderándose con increible destreza de una gruesa caballada que el gobernador Lopez reservaba para el servicio de la próxima campaña, y que habia encerrado en el *Rincon de Gorondona* creyéndolo un lugar completamente seguro. El golpe habia sido acertado bajo todos sus aspectos, porque esa caballa-

da arrimada y oculta cerca de los campos de Buenos Aires era la que debia servir á los movimientos de incorporacion que debian ejecutar las diversas divisiones de esta provincia.

Dueño pues de este valiosísimo elemento de movilidad, Ramirez en persona se trasladó al mismo punto con 1,700 hombres de caballeria y marchó sobre el Rosario en busca de Lamadrid. Comprendiendo que al saber su pasage habria Lopez de venir por su retaguardia, habia ordenado á su segundo don Romualdo Garcia que el mismo dia atravesase á Santafé llevando 4 piezas de artillería y como 900 infantes al mando de Mansilla y de Lopez-Jordan. Esta 2ª division debia arrollar á Lopez y buscar cerca del *Rosario* la incorporacion del cuerpo principal. Todo parecia pues bien combinado; pero Ramirez no habia tomado en cuenta los percances imprevistos que todo buen general debe prever cuando opera con divisiones separadas.

Por parte de Buenos Aires, Lamadrid se dirigia al *Arroyo del Medio:* otro cuerpo de reserva al mando del general Cruz, llevaba el camino de la costa en direccion á *San Nicolás;* y el gobernador Rodriguez quedaba en el Lujan con mil y ochocientos hombres, en vista de lo que aconteciese y fuese necesario para defender el centro de la provincia. Siempre animoso con exceso, y siempre desacertado por falta de reflexion, Lamadrid se precipitó á encontrar á Ra-

mirez apenas supo su proximidad, y este lo sorprendió sin ningun trabajo dispersándolo completamente. Por fortuna se hallaba próxima la division del general Cruz, y los dispersos pudieron replegarse á ella sin grande pérdida; pues Ramirez no tenia aún su infanteria y tuvo que contenerse en la persecucion.

Pero á su retaguardia habian ocurrido cosas graves. Romualdo Garcia y
1821 L. Mansilla habian atacado la ciu-
Mayo 6 dad de Santafé. En el primer empuje lograron tomar una bateria y cuatro lanchones armados en guerra que defendian el puerto. Toda la fuerza ocupó por consiguiente las riberas y se formó en diversas columnas de ataque. Pero la plaza estaba guarnecida por los cívicos de la ciudad, que mandados por el mismo gobernador Lopez rechazaron con éxito y bravura las primeras guerrillas ó tentativas que hicieron los invasores para apoderarse de algunos puntos estratégicos y dominantes. Los partidarios celosos de Ramirez acusaron en aquel tiempo al coronel Mansilla (nativo de B. A.) de no haber puesto todo su empeño en lograr el fin definitivo de la operacion; y de que tocado por los grandes intereses políticos que hacian necesaria la desaparicion de Ramirez, habia cooperado en cuanto habia podido, á que fracasase la base del plan estratégico en que este caudillo hacia consistir toda la armonia de sus

movimientos; para que quedase perdido y aislado en la márgen derecha del Paraná, entre las fuerzas de Buenos Aires, de Santafé, de Córdoba, y las de Mendoza tambien, que á las órdenes del coronel Moron se habian avanzado ya hasta el *Rio Cuarto*. Que fuera esto cierto ó nó; que la causa de la indecision en el ataque proviniese, por el contrario, de escasez de medios y de tropas adecuadas para dar un asalto: ó de estar la plaza demasiado bien guarnecida por los cercos, las paredes y azoteas que le servian de murallas, el hecho fué que despues de las primeras tentativas ó guerrillas, las columnas parecieron quedarse indecisas por muchas horas; y que á la tarde se esparció un rumor, con no poco pánico de la tropa invasora, de que la escuadra de Buenos Aires estaba á la vista á toda vela para cortarles la retirada. El mismo coronel Mansilla profundamente inquieto al parecer, con esta amenaza, se contrajo con una actividad manifiesta á reembarcar toda la infanteria y artilleria de que era gefe inmediato, sin hacer gran caso del general Garcia ni de Lopez-Jordan que querian insistir; y esa misma noche lo trasladó todo al Paraná, dejando á Ramirez en medio de los conflictos que naturalmente debian rodearlo en semejante posicion, agravada ahora por el desembarazo en que el gobernador Lopez quedaba para obrar en campaña con todo el peso de su prestigio, de su

habilidad y de las fuerzas todas de su provincia.

Al otro dia de este suceso, se apareció en efecto la escuadrilla de Buenos Aires en la boca del riacho de Santafé; y el general Zapiola, que la mandaba, le ordenó al comandante Rosales que subiera al Colastiné con sus cuatro lanchones para resguardar esa parte de toda nueva tentativa. Al ver esta operacion, Monteverde se alarmó creyendo quizás que se premeditaba algun ataque sobre sus buquecillos, y poniéndose á la cabeza de otros tantos lanchones tripulados por tapes correntinos, se echó, en la madrugada del dia 8, sobre los lanchones de Rosales. Este lo recibió con aquella bravura y serenidad que lo hizo tan célebre y legendario entre los marinos argentinos; y despues de un combate violento y encarnizado de una hora, habia ya dominado completamente el ataque del enemigo, y apresádole tres lanchones con toda su tripulacion. Hubo como era consiguiente, una grande mortandad de hombres al arma blanca; Monteverde cayó prisionero y fué fusilado como traidor.

Hé aquí las noticias que recibia Ramirez en el Rosario cuando persiguiendo los restos de la fuerza de Lamadrid tuvo que detenerse delante de la del general Cruz. Indeciso por un momento sobre cual seria su mejor camino á tomar, vinieron á decirle que Lopez, por su parte, no habia perdido tiempo, y que habia desprendido

á toda prisa una division de 500 hombres al mando del acreditado guerrillero y comandante don Juan Luis Orrego, para que viniera á picarle la retaguardia y ayudar á la reposicion de Lamadrid. Con este dato, Ramirez levantó su campo y marchó con tal rapidez hácia el *Carrizal,* que por mas alerta que quiso estar Orrego, no pudo evitar la sorpresa, ni tomar aquellas medidas necesarias para combatir con ventaja. Los santafecinos desplegaron sin embargo su bravura habitual; y de tal modo comprometieron la lucha y el *entrevero*, que Ramirez tuvo que pelear personalmente. Allí perdió al coronel Gregorio Piriz, que era el mejor *hombre de guerra* de todo su ejército; pero al fin, los santafecinos cedieron el terreno y fueron acuchillados en dispersion. Careciendo de datos asertivos sobre los movimientos que hacian al mismo tiempo Lopez, Lamadrid, Cruz y Bustos, y no teniendo noticias sobre las posiciones ó las operaciones que Carrera estuviera ejecutando por su parte para incorporársele, Ramirez se recostó á *Coronda* buscando informes sobre el verdadero estado de las cosas y ver cual era el rumbo que le convenia tomar.

Entretanto, al saber el general Rodriguez que Lopez habia rechazado victoriosamente á Mansilla, y que habia salido en busca de Ramirez, reforzó á Lamadrid con los escuadrones que mandaban su hermano don Antonio Rodriguez,

el coronel Fleitas y el comandante Miller; y le ordenó que entrase prontamente á Santafé, llevándole á Lopez abundantes pertrechos de guerra, municiones, y una suma de treinta y ocho mil pesos fuertes. El gobernador Rodriguez además le ordenó espresamente á este coronel, que al hacer este movimiento inclinase su marcha al sur, procurando incorporarse con Lopez á la espalda de Ramirez, para evitar todo encuentro intempestivo que pusiese en peligro los auxilios y recursos que llevaba. Lamadrid siguió hasta cierta altura las indicaciones que se le habian hecho: pero habiendo sabido que Ramirez quedaba á su derecha *arrinconado* en Coronda; y *suponiendo*, á su antojo, que Lopez estaba sobre el enemigo, marchó resueltamente hácia la costa para salir al encuentro de Ramirez; y sin previo acuerdo ni combinacion cierta, le escribió una esquela al gobernador de Santafé, como si este dependiese de sus órdenes ó estuviese pronto á operar, diciéndole que al otro dia iba á caer sobre Ramirez en Coronda: que al emprender el ataque dispararia dos tiros de cañon; y que á esta señal suya atacase para acabar con el invasor. Ni Lopez estaba en aptitud de obrar así, ni Lamadrid tenia autorizacion para disponer de ese modo de los movimientos estratéjicos de las fuerzas. Así es que ya fuera por que Lopez no supiese lo que Lamadrid pensaba hacer, por que no creyese

conveniente aventurar ese movimiento ó por que no tuviese tiempo de impedir tal desacierto, el hecho fué que al otro dia, iniciada la batalla, y casi sorprendido Ramirez en verdad, obtuvo sin embargo una completa victoria: derrotando á las tropas de Buenos Aires de la manera mas terrible, tomándoles todo el armamento y artilleria, y apoderándose tambien de todo el dinero y pertrechos que llevaban para el gobernador de Santafé.

Escusado me parece entrar en detalles sobre estos tristes encuentros, en los que nada hay que pueda compensar las miserables proporciones de la accion: ni ciencia de la guerra, ni génio, ni escenario. Todo es raquítico y momentáneo, fugaz é impremeditado, aunque terrible y violento como asalto de bandas bárbaras, ó como un huracan que arrebata, derrumba y pasa.

El descalabro inesperado de Lamadrid produjo en la ciudad de Buenos Aires un pánico le los mas profundos. En el primer momento odo se creyó perdido. Lopez derrotado y prófugo, Rodriguez en retirada, Ramirez dueño e la campaña y próximo á adelantarse sobre capital

Sumamente alarmado, ordenó el gobernador odriguez que la division del general Cruz marase inmediatamente sobre el Arroyo-del-me-o; y poniéndose á la cabeza de todas las

fuerzas de reserva que tenia en *Lujan* se dirigió al mismo punto para contener á Ramirez.

1821
Mayo 26

Entretanto, en el descalabro de Lamadrid habia ocurrido, por fortuna, un incidente sumamente feliz. Escusando la derrota, toda el ala derecha de la division habia zafado del campo de batalla completamente hecha y ordenada bajo las órdenes de su gefe el coronel Arévalo; que desconfiando siempre de los impetus irreflexivos del coronel Lamadrid, cuyas ligerezas conocia mucho, habia obrado con admirable prudencia, replegándose á tiempo hácia las fuerzas con que el gobernador Lopez venia buscando de nuevo á Ramirez. Reforzado por Arévalo, que tenía las mejores tropas de caballeria de Buenos Aires, (los Dragones y los Blandengues,) Lopez se encontró mas fuerte que Ramirez; y decidió marchar resueltamamante sobre él, bien seguro de que la victoria del dia anterior lo habria dejado bastante debilitado para soportar un nuevo encuentro. En efecto, el dia 26 chocaron los santafecinos y los entrerrianos á la manera antigua, en masa y al arma blanca. El *entrevero* fué espantoso; pero acosados los entrerrianos por los Dragones de Santafé y de Buenos Aires que mandaba Arévalo, cedieron al fin el terreno y se desbandaron, echándose los unos al rio Paraná para salvarse en las islas, y disolvién-

: los otros por la campaña. Ramirez, apo-
) en un grupo de 400 hombres que manda-
:l *tape* coronel don Anacleto Medina, huyó
a adentro hácia los *Desmochados;* seguido
u secretario el fraile Monterroso, y de su
eria» la jóven doña Delfina que le habia con-
'ado una de esas pasiones medio idolátricas,
io amorosas, que los caracteres fuertes y
rofetas del desierto inspiran con frecuencia
ıs mugeres dotadas de una imaginacion
y audaz. (11)
ırrera se hallaba en los *Ranchos* al nordes-
e Córdoba cuando supo que Ramirez habia
ado el Paraná é invadido la provincia de
ıafé. Inmediatamente se puso en marcha
a el Rio-Tercero para incorporársele con cer-
le 700 hombres que le seguian. En ese mo-
to precisamente era tambien cuando Rami-
derrotado por Lopez, se internaba en la
rincia de Córdoba con la mira de tomar el
ino de *Santiago del Estero* y de pasar por
ıaco á Corrientes para rehacerse allí y en En-
:ios. Convirgiendo pues hácia el mismo pun-
Ramirez y Carrera se encontraron en el *Paso-*
reira sobre la márgen izquierda del *Rio Ter-*
). Reunidas las dos bandas alcanzaban á dis-
er como de 1,300 hombres todavia. Vários
inos se les presentaban para rehacerse. El

) Véase Apuntes de don Urbano Iriondo, pág. 59.

mas inmediato, y quizás el mas ventajoso, era persistir en la retirada por Santiago hasta el Chaco y Corrientes. A una fuerza como la que llevaban nadie podia cerrarles el paso en aquel rumbo, y podian contar tambien con la benevolencia de Ibarra, gobernador y amo de la provincia de *Santiago* y con la de su huesped el habilosísimo coronel don José Maria Paz. (12) Pero Carrera, cuyo empeño y cuya resolucion inflexible era dirigirse á Chile, se negó á desistir á su propósito; y procuró convencer á Ramirez de que siguiesen unidos sobre Cuyo. Ramirez, á su vez, se negó á desligarse de las caras afecciones que echaban su corazon hácia el litoral. Como un término médio en esta diferencia intransigible, resolvieron atacar y tomar la ciudad de Córdoba donde contaban con la adhesion del partido de don José Xavier Diaz. (13) Adueñados de esa provincia, Carrera podia operar sobre Cuyo, y Ramirez sobre Santafé. Pero como para realizar esta operacion carecian de infanteria, decidieron buscar á Bustos, atacarlo de improviso y tomarle dos batallones con que ocupaba el pueblecito del *Sauce*. En efecto, la conducta indecisa de Bustos daba motivo para esperar que no resistiria en campo abierto al ataque

(12) Véase *Mem.* vol II, pág. 51, 52.

(13) Véase el Argos núm. 21, pág. 130 y 131: donde se verá bien pintado ese partido de Diaz y de Paz.

de aquella muchedumbre desesperada. Bustos lo habia sospechado y procuró correrse por los fortines de la frontera esquivando el encuentro hasta ponerse en contacto con Lamadrid y con el general Cruz, que traian el camino de Buenos Aires. Pero avisado por los *bomberos* que habia desparramado en las fronteras del este, de que Ramirez y Carrera venian en su busca, se dirigió precipitadamente al fortin de la *Cruz Alta*. Allí se parapetó entre los altos y tupidos *tunales* que formaban el cercado de la posta, y cuyos intersticios le podian servir perfectamente de troneras. Arrimando de todos los lados carretas, cueros y árboles, encerró en el centro la caballada y los bueyes con que se movia. Los montoneros lo atacaron el 16 de Junio. Pero recibidos por el fuego nutrido de la fusileria y de los cañones, tuvieron enormes pérdidas; y avisados además de que Lamadrid, rehecho en parte de su descalabro, y reforzado por el comandante Orrego de Santafé marchaba precipitadamente en apoyo de Bustos para desembarazarlo de la situacion en que se encontraba, resolvieron internarse otra vez en la provincia de Córdoba, y se situaron en el *Fraile Muerto*.

Era preciso tomar una resolucion. Carrera insistia en seguir por el camino de Cuyo: Ramirez preferia tomar el camino de Santiago. Juntos podian hacer algo de importancia todavia: separa-

dos quedaban débiles. Ramirez invocó los derechos de la gratitud para que Carrera no le privase del recurso de la fuerza que tenia. Le hizo presente que él era quien lo habia habilitado para ponerlo en accion, y que todo se lo debia. Carrera no era hombre de ceder al influjo de sentimientos delicados. Era el mas fuerte ahora, y estaba naturalmente apoyado por los perdularios de Córdoba y de San Luis que se habian incorporado á su banda, y que no aceptaban la idea de meterse en los lodazales del Chaco para servir en Entrerrios, abandonando el territorio de las provincias que les eran familiares. Carrera, infcuo siempre, se insolentó con Ramirez, y pretendió que el favorecedor y el génio de todas las empresas anteriores habia sido él. Poco á poco pasaron á recriminaciones mas agrias, y al dia siguiente se separaron. (14)

Ramirez, con unos doscientos entrerrianos se dirigió á Santiago del Estero; Carrera con setecientos y tantos hombres tomó hácia el *Rio Cuarto* con ánimo de batir á los mendocinos y de abrirse paso por San Luis y por San Juan.

Al saber que Ramirez tomaba por el norte de la provincia, salió de Córdoba el bravo coronel don Francisco Bedoya, decidido á continuar y extremar la persecucion de los entrerrianos. Á

(14) Asi lo decia el coronel don Manuel de Pueyrredon, que andaba en estas correrias al lado de Carrera.

se tiempo tambien tomaba el mismo rumbo el omandante Orrego con una division santafeci- a: mientras Lamadrid incorporado á Bustos ataban de alcanzar á Carrera en la direccion el *Rio Cuarto.*

Mas feliz que ellos, Bedoya alcanzó á Ramirez 1 *Rio Seco* jurisdiccion de Córdoba. Sorpren- ido y atacado allí de improviso, Ramirez habria odido salvarse y alcanzar á entrar en *Santiago el Estero*, donde por el momento al menos po- a haberse salvado; aunque fuera sin quedar eguro de que Ibarra, con la vileza de siempre, entregase á trueque de que los vencedores le ejasen vejetar, obeso y tendido á lo indio segun u costumbre. Pero los hábitos de la galanteria aucha, aquello de pelear á tajos y cuchilladas— por la hembra» —que venia como segunda aturaleza incorporada á sus primeros pasos 1 la vida de tenorio y de terne, ofuscaron Ramirez. Doña Delfina, la hechicera mucha- na que lo seguia—(«mi china» como él la lla- aba) corria tambien entre el grupo de los fu- tivos, con el desorden que era consiguiente. ro á poco habia ido quedándose algo atrasada, r poca pericia en el manejo del caballo, ó por fecto del animal. El hecho fué que en uno de grandes recodos del escabroso camino, fué anzada por ginetes enemigos, que al sablear os fugitivos dieron con ella en tierra; y al ver e era una muger jóven y bonita, se armó una

griteria de burlas y rechiflas en que dominaban los lamentos y los ruegos de socorro que la infeliz lanzaba. Conoció Ramirez que algo grave sucedia por detrás: preguntó por la *señora:* apercibióse de que quedaba á retaguardia; y decidido á salvarla ó á morir como lo habria hecho cuando no era sinó «Pancho Ramirez» volvióse sable en mano y cayó con la furia de un leon entre los aprensores de «*su china*». Rodeado allí y lanzado fuera del caballo fué mal herido: y-un indio santafecino se echó sobre él le cortó la cabeza y la conservó *atada á los tientos* hasta que pudo presentársela al gobernador Lopez, sin prever el profundo desagrado que debia causarle semejante acto de barbárie.

Allá en el claro-oscuro de este lúgubre cuadro nos presenta el coronel don José Maria Paz la despreciable figura del gobernador Ibarra. Aterrado dice, al saber que Ramirez pretendia pasar por sus tierras, me dió comision suplicatoria de que saliese á encontrar al caudillo entrerriano y le rogase que atravesara en paz la provincia sin comprometerlo asilándose en ella.» Pero el señor Paz no tuvo tiempo de expedirse; en el camino supo los sucesos y regresó á Santiago del Estero. La dramática tragedia del Año XX habia llegado por el norte al final de uno de sus cuadros. (15)

(15) *Mem. del general J. M. Paz*, vol. 2º, pág. 51-52.

CAPÍTULO XI

CAPTURA Y EJECUCION DE DON JOSÉ MIGUEL CARRERA EN MENDOZA

Sumario—Marcha de Carrera al Rio Cuarto—Apatia ó inaccion de Bustos—Encuentro con la division de Mendoza—Muerte del coronel Moron—Ocupacion de San Luis—Alarma de Chile—Solicitudes de O'Higgins—Tratados y vanas ofertas—Proposiciones pacíficas de Carrera—Arranques entusiastas y belicosos de Cuyo—El comandante general de las fuerzas de Mendoza don Alvino Gutierrez—Nueva campaña—Lamentos de pobreza é impotencia de O'Higgins para escusarse de cumplir lo tratado—Situacion difícil de Carrera—Ataque de las *Catitas*—Sagacidad de Gutierrez—Marcha de Carrera sobre los sanjuaninos—Pronta aparicion de Gutierrez — Encuentro sangriento de la *Punta del Médano*—Destruccion completa de Carrera—Infame conducta de sus secuaces—Su entrega á las fuerzas de Mendoza—El proceso criminal—El teniente coronel don Manuel Olazabal—Reminiscencias justas de Carrera sobre el general San Martin—La ejecucion—Alborozo del partido de O'Higgins—Lisonjas y manifestaciones de gratitud—Indiferencia del espíritu público en Buenos Aires—Moderacion de los documentos y de las comunicaciones oficiales.

Mientras Ramirez sucumbia perseguido por el coronel Bedoya y comandante Orrego, habia

conseguido Bustos incorporarse con Lamadrid al sudeste de Córdoba. Queria este último jefe continuar la marcha hasta el *Rio Cuarto* con la mira de incorporarse con las fuerzas de Cuyo que de allí venian en direccion á este mismo punto á las órdenes del coronel Moron. Si asi se hubiera hecho, la banda de Carrera hubiera recibido un golpe decisivo que habria puesto término por ese lado tambien á este triste período de nuestra primera guerra civil. Pero Bustos, entumido y cauteloso siempre, no solo se opuso á perseguir á Carrera en esa incursion que hacia otra vez hácia las puntas de la sierra, sino que no permitió que Lamadrid marchase en el mismo rumbo, y lo detuvo bajo sus órdenes; ya por que temiese que los impetuosos antojos de este oficial lo llevaran á un descalabro (en lo que tal vez tuviera razon) ya por que cansado de tantas inquietudes y movimientos vários, como los que habia tenido que hacer todo el año, contra su temperamento apático y estacionario, prefiriese dejar las vicisitudes finales del tan prolongado sacudimiento á las provincias de Cuyo y á Chile.

Haciéndole justicia se convendrá que no iba muy equivocado. En el camino que llevaba, Carrera no tenia mas alternativa que perderse en Cuyo si era desgraciado, ó pasar á Chile si era feliz. De todos modos, era ya imposible que pudiese volver á tentar fortuna en el litoral; y aun dado caso que consiguiese entrar al otro lado

de la cordillera, la cuestion era totalmente agena á los intereses argentinos: tocábale solo á O'Higgins y á su partido sostenerla como pudieran ya que los argentinos y San Martin se habian marchado al Perú. Si en Cuyo hubiera actuado un gobernante de índole análoga á la de Bustos, se habria apurado á negociar con Carrera el libre pasage de los Andes: librándose asi de complicaciones, de sacrificios y de responsabilidades que no eran de su incumbencia en ningun sentido. (1)

Desde la invasion anterior de Carrera en San Luis, se habia apoderado de Chile una profunda alarma. Bastante desconceptuado ya, y sin el apoyo de San Martin, tembló O'Higgins de que su mortal enemigo consiguiese doblar la resistencia de las provincias de Cuyo y presentársele en Chile con una fuerza y un prestigio irresistibles. Amenazado sériamente, y teniéndose por perdido si el caso llegaba, el Supremo Director de Chile levantó los brazos y dirigió sus vehementes plegarias al gobernador de Mendoza por medio de un plenipotenciario ampliamente facultado para ofrecer lo de esta y lo de la otra vida, con tal que Mendoza y San Juan se constituyeran en defensores y vanguardia tuitiva del gobierno chileno: es decir—que nuestras provincias hicieran por él, lo que él no habia querido hacer por la

(1) Gaceta de Bs. As. núm. 66 de 1820: rubro- *noticias*, al final.

salvacion de nuestro organismo nacional. El plenipotenciario don José Silvestre de Lazo, celoso partidario y particular amigo de O'Higgins, consiguió del gobernador de Mendoza don Tomás Godoy-Cruz cuanto solicitó; por que rehabilitado en aquella provincia el partido que obedecia todavia á los prestigios y recuerdos políticos del general San Martin, no se supo hacer allí la diferencia de los tiempos, ni comprender el cambio de los intereses; y se procedió en la errada idea de que á las autoridades de Cuyo les incumbiese todavia la defensa de la situacion interna de Chile, como si aun estuviesen las cosas como habian estado de 1817 á 1819, cuando se trataba de nuestra política continental y de nuestro propio ejército situado en aquel pais. Ofreció el señor de Lazo por cuenta de Chile un contingente de tropas, ochenta mil pesos plata y pertrechos del parque, asegurando que inmediatamente despues de firmado el tratado de alianza saldrian de allá para acá, esos recursos y auxilios á toda prisa. Se firmó el tratado, y en la esperanza de su pronto cumplimiento, Mendoza y San Juan se pusieron en armas contra Carrera. El coronel Moron se adelantó hasta *Barranquitas* á cerrarle el camino dado caso que pretendiera introducirse por las *Achiras* ó por el *Portezuelo* con mira de ocupar á San Luis.

Desde luego fué inevitable el encuentro de las

dos fuerzas en la mañana del 23.
1821 Una densa neblina envolvia todo el
Junio 23 terreno bajo una nube blanquecina, densa y opaca que impedia distinguir los objetos á diez varas: fenómeno muy comun en nuestras provincias andinas. Los unos y los otros conocieron que estaban inmediatos por el sonido de los clarines y por las voces de mando de los gefes. Al verse, mas bien dicho al apercibirse por su bulto las dos líneas, los de Carrera se quedaron inmóviles: el coronel Moron mandó cargar; y ya fuese por lo imprevisto y súbito del encuentro; ya por ser milicianos, los que componian las primeras hileras, vacilaron; y como los viese indecisos, aquel bravo oficial que habia hecho con mucha distincion las campañas del Perú, (2) picó su brioso caballo, y se puso al frente de las mitades iniciando el movimiento de la carga que habia ordenado. Por desgracia, el caballo que montaba estaba herrado, y al recibir el empuje de las espuelas del ginete se resbaló sobre el pasto acuoso que pisaba, y fué á rodar violentamente sobre la línea enemiga, siguiéndose un bullicioso choque de animales y de armas, en medio del cual postrado en el suelo y gravemente estropea-

(2) Al tiempo del motin de *Arequito* era gefe del batallon Nº 2; y permaneció fiel á sus deberes al lado del general Cruz, por que era un verdadero militar de honor.

do, el coronel Moron no pudo retirarse ni defenderse y perdió la vida. Despues de unos minutos de pelea, los de uno y otro bando se abrieron para rehacerse sobre sus respectivas retaguardias. Cundió entonces entre los cuyanos la lúgubre noticia; y ya fuese por falta de direccion, ya por efecto del pánico que causa siempre un suceso de ese tamaño en tropas novicias, el hecho fué que se pronunció la retirada y el desbande en desórden.

Mas el enemigo, deshecho á su vez y sin consistencia militar, no estaba tampoco en actitud de renovar el combate ni de perseguir. De manera que los mendocinos se retiraron hácia su provincia sin haber sufrido una verdadera dispersion. (3)

(3) Si fuera posible hallar sentido en los asombrosos desatinos y pintarrajos que el señor Vicuña-Mackenna, (intemperante siempre), escribe y traza con este motivo, deberiamos creer que á pesar de lo negativo del resultado, la victoria del dia habia pertenecido á las armas provinciales de Mendoza. Difícil seria al menos descifrar de otro modo este galimatias: —El sucesor del coronel Moron (dice) —dió órden de repasar el rio, y dispersarse en la opuesta orilla, dirigiéndose cada cual como pudiese á la provincia de Mendoza, que seria el punto general de reunion ¡ tan profundo era el pánico que inspiró *á los propios vencedores* el inaudito coraje de los vencidos! La victoria misma se inclinó *ante las columnas perseguidas* de los chilenos, que esta vez puede decirse *que conquistaron el campo con la espalda vuelta al enemigo,* levantando así la reputacion de su bravura.» ¡ Sublime !

El. descalabro y retirada de los mendocinos dejó pues abierto el camino. Carrera pasó por las Achiras y de nuevo ocupó San Luis á principios de Julio. A la noticia de este contraste se produjo en Mendoza y en San Juan una grande agitacion. Llenos de ardor y de indignacion todos tomaron las armas para acabar de una vez con aquel bandolero que no les dejaba vivir en quietud. Alzáronse los ánimos para emprender de una manera séria la campaña y revindicar el honor de las armas provinciales, con un entusiasmo verdaderamente popular. Carrera lo conoció, y comprendió que su posicion era mala en San Luis. Allí no podia permanecer. No podia tampoco retroceder, por que las fuerzas de Buenos Aires y de Santafé, numerosas y vencedoras de Ramirez, aseguraban ya una situacion inconmovible en Córdoba y en el litoral. No le quedaba pues mas camino que continuar hácia adelante, y trasmontar los Andes. Pero era preciso doblar antes la enérgica resistencia con que Mendoza y San Juan habian resuelto detenerlo. En este apuro, prefirió tentar medios pacíficos, y negociar el pasage que tanto deseaba, desinteresando á los gobiernos de Cuyo de todo esfuerzo en contra suya.

Con esta mira procuró poner de manifiesto, que aunque vencedor y dueño de San Luis, habia usado de una *delicadeza suma*: que no ha-

bia tomado la mas mínima ingerencia en el gobierno que segun él se habia dado la provincia por libre eleccion, ó reeleccion de Jimenez; y aparentando una abstencion absoluta en todo lo interno, se limitó á estipular con este, como de potencia á potencia, 1° que desalojaria el territorio con la fuerza que mandaba—2° que se le suministrasen caballos y algun ganado para su mantenimiento en el camino—3° que el gobierno (creado por él) de San Luis mediase para que en obsequio á la paz y á la tranquilidad de las tres provincias, Mendoza y San Juan ratificaran este tratado, y no solo le abriesen el paso de la Cordillera, sino que le dieran tambien algunos socorros de víveres.

El gobierno de Chile no habia cumplido una sola de las cláusulas del tratado; y habia dejado pesar sobre Cuyo los enormes sacrificios de sangre, de recursos y de dinero que le costaba la defensa de sus caminos contra Carrera; pero el gobierno de Mendoza, fiel á sus compromisos, rechazó con indignacion las cláusulas propuestas, sin dejarle á Carrera mas escape que el de abrirse á viva fuerza el paso que buscaba. Y por cierto que si queria salvarse no tenia tiempo que perder.

Mendoza habia reorganizado sus fuerzas: San Juan habia levantado y equipado una buena division: juntas las dos provincias formaban á lo menos mil ochocientos hombres, de los que seis-

cientos eran de excelente infanteria: arma decisiva en un terreno como aquel que alejado de la Pampa y situado entre propiedades rurales no permitia que la caballeria pudiese correrse como en el desierto, ni esquivar el fuego de los fusiles. Mandaba la division de San Juan el coronel Urdininea, hijo de Charcas, y oficial de cierto crédito en las guerras del Perú. Mandaba la division de Mendoza un coronel de Milicias de la Provincia, don Alvino Gutierrez: rico hacendado y *tropero* enérgico que estaba habituado á atravesar las Pampas. A estas condiciones de valta social, Gutierrez reunia la de ser honradísimo y popular vecino, leal en todos sus sentimientos, intransigente con lo malo, patriota firme, provincialista acérrimo; y si no se habia hecho notable por talentos militares ó políticos de un órden superior, tenia por lo menos esquisita cordura, y aquel *substractum* de la esperiencia local, que se adquiere con el hábito de vivir en contacto íntimo con el pueblo de cuyo seno salian los soldados milicianos y *paisanos* que debian obedecerle. Ellos eran tambien troperos como su jefe: adecuados por consiguiente para entenderse entre sí y obrar de acuerdo. Con estas dotes, y con un conocimiento consumado del terreno en que iba á operar, Gutierrez era, á no dudarlo, el mejor general que Mendoza podia oponer á Carrera; que al fin no era, en su competencia militar, superior al gefe mendocino.

La situacion de Carrera no era nada satisfactoria en San Luis. El vecindario huia de él en masa, y se refugiaba en los campos de Córdoba ó de Cuyo. Sus gefes ó mejor dicho—sus corifeos—cometian desacatos y violencias de todo género:—«uno de ellos que era casado, forzaba á una niña de la familia de Ocaña á casarse con él. Otro arrancaba por fuerza de la casa de sus padres á una señorita conocida y la encerraba por cuatro dias en su cuartel. Otro robaba desvergonzadamente las alhajas de las Iglesias. Los soldados, y los foragidos de que se componia la banda, salteaban, mataban, robaban y violaban á su placer y sin estorbo.» (4)

La noticia de estas infamias caian sobre el culto y civil vecindario de Mendoza como brasas de fuego en un terreno predispuesto á incendiarse. La indignacion y el ódio habian llegado á su colmo contra el hombre que tanto tiempo hacia que pesaba con su funesta nombradia sobre la quietud pública y particular de aquellos pueblos.

Apurado el gobierno por la gravedad del peligro, por la falta del dinero necesario para tantos y tan costosos preparativos, y por la duda de que bastasen á su defensa las fuerzas que habia movilizado, despachó en comision urgentísima al abo-

(4) Vicuña-Mackenna—*Ostrac. de los Carrera*, pág. 398 y 399.

) don Pedro Nolazco Videla para que recla-
a del gobierno de Chile la pronta remesa de
suministros pactados en vista de su propio
'és. La contestacion tardó muy poco: es ver-
que muy poco costaba darla:—«No puede
. figurarse cual es el presente estado de nuli-
de nuestros fondos. El sosten de la guerra,
auxilios remitidos á NUESTRO EJÉRCITO del
i (!) y los que se han enviado á las provincias
uyo (tres mil pesos remitidos en Marzo al
ar el tratado) han reducido al erario á térmi-
que no puede absolutamente subvenir aún
ago de las listas de lo militar y de lo civil.
. sabe, por otra parte, cuantos gastos exige
ovimiento de la mas pequeña partida de tro-
y debe por consiguiente sentir la absoluta
osibilidad de que marche la que se habia
inado para esa provincia.»
o que habia en el fondo era un cálculo de
) egoismo—dejar á Cuyo que hiciera, solo,
upremo esfuerzo y conservar la tropa con
demás recursos ofrecidos, para oponerlos
arrera si lograba ultrappasar la Cordillera.
e le pedia á Mendoza que lo disculpara ha-
dose cargo de los *cuantiosos gastos que im-
'a el movimiento de la mas pequeña parti-
le tropa;* pero no queria reflexionar por
'arte, sobre los inmensos sacrificios que
lianza le imponia á Cuyo, en el momento
no en qué, con muy poca lealtad, se de-

claraba impotente pare cumplir el solemne compromiso que habia tomado de contribuir al sosten de una causa que era de su esclusivo interés; y en la que todo era sacrificio y abnegacion por la otra parte.

Visto el ardor con que se hacian los nuevos armamentos de Cuyo, y la aproximacion de Bustos y Lamadrid á las *Achiras*, Carrera comprendió que en muy poco tiempo vendrian sobre San Luis las fuerzas de San Juan y de la Rioja, por el poniente: las de Mendoza—reforzadas segun él suponia equivocadamente con la escolta de O'Higgins—por el Sur: al mismo tiempo que Bustos y Lamadrid, situados al nordeste en las puntas de la sierra, debian estorbarle toda tentativa de verificar una vuelta á las tierras de los indios del sur: lo que por otra parte era notoriamente impracticable por la confusa y mezclada turba de jentes, desertores y bandoleros que formaba el bulto principal de su fuerza.

En esta situacion harto apurada para él, no tenia mas alternativa que entregarse á la clemencia de sus enemigos, ó abrirse camino por entre ellos. En este último caso era indispensable apresurar mucho sus marchas para batir en detalle alguna de las divisiones que le formaban cerco. Suponiendo mas fuerte y mas formada la fuerza de Mendoza que la de San Juan, procuró hacer un movimiento simula-

do sobre la primera, que le quedaba á su izquierda en el *Retamo,* para contramarchar con pricipitacion sobre la segunda que estaba al poniente, en las *Majaditas:* sorprenderla y atravesar con rapidez á Coquimbo por los boquetes de la Cordillera por donde habia pasado el coronel Cabot en 1817, cumpliendo órdenes del general San Martin.

Las fuerzas de las provincias de Cuyo comenzaban yá á ejecutar sus movimientos. En prevision de que Carrera quisiera tomar las márgenes del *Tunuyan* para internarse al sur de Chile por el *Planchon,* el comandante general de la division mendocina se habia situado en el *Retamo,* y habia adelantado sobre el camino de San Luis una vanguardia de 200 hombres, al mando del capitan Arellanos, con la órden de situarse en las *Catitas* y vigilar las rutas de la Pampa.

Pero no era ir por ese camino el propósito de Carrera, sino caer de improviso sobre la fuerza de San Juan que era mucho mas débil que la suya. El 21 de Agosto por la tarde salió sigilosamente de San Luis; y para ocultar su rumbo, desprendió al capitan mendocino don José Aldao, que andaba con él en cuenta de *chileno* como muchísimos otros, sin ser nada mas que un perdulario como los demás, con orden de atacar la avanzada de las *Catitas.* Queria con esto hacer creer al comandante

Gutierrez que marchaba á encontrarlo. Pero este era demasiado sagaz y conocedor de aquel territorio para caer en ese error; y comprendió que aquella demostracion era un simple ardid. En efecto, aprovechando las horas, Carrera caminaba dia y noche por la travesia, á pasar entre la Sierra de las *Quijanas* y la laguna de *Huana-cachi*, en direccion recta al rio de San Juan. Tomó Gutierrez inmediatamente por la misma direccion con buenos caballos *de tiro;* y en *Encon* dió ya con las huellas del enemigo que no se creia perseguido tan de cerca.

1821 Agosto 4

Entretanto las fuerzas de San Juan sorprendidas con la rápida aparicion de Carrera, y sin noticias de la division mendocina, comenzaron á replegarse con la mira de defender la ciudad en último caso. Pero, como era natural, muy pronto supo Carrera que los mendocinos acudian por su retaguardia. De continuar en su propósito corria el peligro de ser alcanzado; y aún suponiendo que pudiera batir á los sanjuaninos, pocas horas despues tendria que batirse en malas condiciones con los mendocinos que corrian á él de refresco. Prefirió entonces contramarchar con rapidez y sorprender á Gutierrez donde este menos lo esperara. Pero no pudo lograrlo, por que el gefe de los mendocinos marchando á su vez con la misma sa-

cidad y con igual resolucion, acometió y de-
›tó completamente á Carrera en la *Punta del*
ìdano. Allí le tomó todo cuanto llevaba, hasta
scientas y tantas mugeres que seguían la ban-
, y que Carrera habia puesto en línea á cierta
›tancia figurando con ellas una reserva pronta
›charse en la peléa. (5)

Gutierrez dió cuenta del triunfo al gobierno de
›ndoza con estas palabras:—«Lo he destruido
todo; he hecho muchos prisioneros y *pri-*
neras, muchos muertos; aun estamos en el
npo de batalla persiguiendo al enemigo. Él
huyendo y enteramente á pié; no tiene por
nde escapar; si no cae en mis manos caerá en
› de San Juan; tengo toda su caballada y car-
s; nada le queda si no lleva una soga para
orcarse.»

Consecuente con su temple de hombre endu-
›ido en los accidentes del desierto y de sus
›regas travesias, Gutierrez estaba espuesto
dejarse llevar por los estímulos apasiona-
s del momento. Enardecido por la lucha
›rofundamente contagiado con el ódio impla-
›le con que los pueblos de Cuyo—idólatras de
› Martin, miraban á Carrera, Gutierrez abusó
triunfo, mandando sacar de entre los prisione-

) En cuanto á las precauciones que Carrera tomaba
› su propia seguridad puede verse el parte oficial
comandante general D. Albino Gutierrez y la con-
acion de Vicuña-Machenna, pág. 114 y 391.

ros aquellos que se decia habian sido los mas CRIMINALES, y los hizo fusilar en el acto, sin oir las insinuaciones ni consejos de oficiales mas acostumbrados que él á vencer sin tomarse el derecho de castigar á los vencidos. Pero antes de condenar su rigorismo, es de justicia tener presente que al dar esta órden, acababa de recibir la noticia de que una de las partidas dispersas del enemigo habia asaltado la poblacion de *Jocolí*, violado una niña y muerto al jóven Antuña, oficial de milicias que por su órden guardaba allí un trozo de caballada; y verdad es tambien que ante el sentimiento popular, Carrera pasaba por un mónstrno de iniquidad; y que los que le servian eran tenidos por réprobos de la peor canalla, maldecidos é indignos de ser tolerados en ninguna sociedad culta. Por exagerado que parezca este aserto, por difícil de concebirlo que sea hoy, entonces era artículo de fé; y á los ojos del pueblo, un secuaz de Carrera era un tigre ó una hiena que todo el mundo tenia derecho de matar en defensa propia y de su familia.

Temiendo un desastre, Carrera habia tenido la precaucion de ponerse á la cabeza de esa estraña reserva de mugeres montadas á caballo que figuraba como reserva para imponer al enemigo. Debido á eso tuvo tiempo de huir asi que vió el mal éxito de la jornada; y salió del campo acompañado de cincuenta y tantas personas,

entre oficiales y soldados que se reunieron á él en ese primer instante, y que pasaban por ser sus secuaces mas antiguos y mas fieles. Con ellos tomó el camino de *Encon* en la idea de detenerse algunas horas allí y de reunir los dispersos, para cruzar al *Retamo* haciendo á la inversa la marcha misma que habia traido Gutierrez; ganar la márgen derecha del rio *Tunuyan* y asilarse entre las *indiadas* de la pampa patagónica, ya que no le quedaba otro medio de salvarse: medio harto problemático por cierto, dada la pérfida malquerencia con que los salvages recibian siempre á los *seudo-cristianos*, sobre todo cuando llegaban débiles y derrotados; y cuando todo, incluso el traje, los caballos, las monturas, y la menor baratija del servicio, eran materia de codicia y de expropiacion para ellos. A corto rato de ir en esa direccion se le reunió el coronel Benavente, que habia quedado en el campo de batalla haciendo esfuerzos hasta perder la última esperanza.

En las primeras horas de la fuga nadie se habia preocupado, entre los montoneros, de otra cosa que de escapar á la sangrienta persecucion de los vencedores. Pero al cerrar la tarde, queriendo darse cuenta de su verdadera situacion, se preguntaron de boca en boca á donde iban? con aquella ansiedad que es propia de los desgraciados que se ven perdidos en el espantoso vacio de la derrota. Cuan-

do oyeron decir—*¡No tenemos mas recurso que la Pampa y las indiadas!* sintieron el pavor y la desesperacion entrárseles como un frio mortal dentro del alma; y comenzó á formarse un sentimiento unánime de resistencia, vago al principio, pero que tomó pronto el caracter de una formal conjuracion. Un teniente llamado Inchausti, nativo de Chile, que pertenecia á la escolta de Carrera, se acercó al capitan Rafael Fuentes de la misma nacionalidad, y le dijo— Rafael: esto no puede ser! Estos hombres nos han sacrificado con mentiras, y ahora quieren hundirnos en la Pampa! Es preciso resistir y sublevarnos! Fuentes oyó cabizbajo aquellas graves palabras, y despues de un momento contestó:—«Tal vez no habrá mas remedio... — El coronel Arias piensa tambien como tú; y creo que esa es opinion general ¿por qué no hablas con el coronel? Inchausti picó su caballo y habló largo rato con Arias envueltos en la oscuridad de la noche. Tramóse en seguida un complot entre oficiales y soldados, para prender á Carrera y obtener indulto entregándolo á las fuerzas mendocinas, cuyas partidas no podian estar distantes. Nada era mas natural que semejante infamia entre bandoleros como aquellos, que pertenecian á la clase mas degradada y criminal que puede tener una sociedad anarquizada por la guerra civil. Carrera recibia en ese momento el galardon de los atentados que habia autorizado

haciéndose el gefe de semejantes bandidos.

Cuando el complot estuvo formado, convinieron en esperar las altas horas de la noche para aprovecharse de la fatiga y de la postracion de los vencidos.

Un grupo de oficiales, entre los que iban Carrera y Benavente, caminaba silenciosamente á la cabeza de los fugitivos, envueltos todos ellos hasta la boca en sus ponchos para resguardarse del húmedo frio de la noche. Arias, Inchausti, Moya, Fuentes y otros complotados habian tomado poco á poco un puesto adecuado cerca de don José Miguel: é inmediatamente á su espalda se habia colocado un malvado chileno, llamado Sierra, que hasta entonces habia sido el sicario mas íntimo de Carrera, y que no habia tenido ahora escrúpulo ninguno en comprometerse á desarmarlo á la primera señal de los conjurados.

Eran las diez de la noche cuando el melancólico silencio en que marchaba aquel grupo estigmatizado por la opinion, fué repentinamente perturbado por el grito de: *¡Alto! ¡Pié á tierra!* dado vigorosamente á vanguardia, seguido de unas cuantas detonaciones de armas de fuego. Siguióse como era consiguiente un alboroto de gritos y carreras de caballos de los que sorprendidos con el incidente huian á rienda suelta por el campo. Carrera habia sido tomado de la boca del poncho por Sierra, al mismo tiempo que otros

conjurados lo desarmaban y lo hacian bajar del caballo con violencia sin atender á las voces de— *no me dejes matar, Sierra!* que fueron las únicas que pronunció. Benavente, montado en aquel generoso animal que habia rodado bajo la espuela del coronel Moron en el encuentro de *Rio Cuarto*, logró escaparse, tomando la carrera con diez ó doce mas que huyeron con él hácia la derecha. Pero una hora despues caian tambien en manos de una de las partidas mendocinas que los perseguian, y eran remitidos á Mendoza; donde entraron á las diez de la mañana seguidos de una ardiente multitud que los maldecia en todos los tonos con la exaltacion que toman estas victorias populares. (6)

Preso ya Carrera por la traicion de los suyos, y sosegado el primer alboroto, Arias tomó el mando de la banda. Ajustó los resortes de la disciplina proclamando el rigorismo brutal que rige en estos casos, y se dirigió hácia *Jocoli* satisfecho de llevar una presa con cuya presentacion

(6) Informes verbales del coronel don Manuel Pueyrredon, jóven de esa ilustre familia, pero calavera y mala cabeza en sus verdes años que tuvo grandes y lamentables extravios. Pertenecia entonces á la banda de Carrera: despues sirvió á Rosas, y contra Rosas tambien con una acreditadísima bravura. Vivió mas tarde en Montevideo en una estrecha pobreza: buen padre ya de familia, y bien recibido por algunos amigos de última data. Lo he conocido y tratado en casa del doctor don Francisco Pico; murió en suma pobreza y olvidado.

esperaba obtener su indulto y el de los miserables que le habian ayudado en su infame hazaña.

Con el aviso de lo ocurrido, salió de Mendoza un escuadron de milicias al mando del coronel Garcia, que se recibió del preso y lo trajo por lo pronto á una de las quintas de la ciudad bajo buena guardia.

Es inútil hablar del júbilo en que prorrumpió la ciudad vencedora. Los habitantes llenaban las calles: en las ventanas abiertas y llenas de señoras flameaban banderas nacionales: las salvas de la artilleria y las campanas daban álas al bullir de las gentes y á la vocingleria del pueblo.

Para evitar que Carrera sirviera de espectáculo haciendo mas cruel su desgracia, ó que se provocara quizás alguna de esas violaciones ultrajantes que son de temerse cuando el ódio popular se halla así exaltado hasta el paroxismo, se dió órden de que no se le trajese á la cárcel hasta las diez de la noche: hora en que se suponia que una gran parte de la multitud, aquella precisamente que en estos casos es mas de temerse, se hubiera ya retirado á sus lugares habituales de descanso ó de pasatiempo. Sin embargo, pronto se supo la hora de la entrada; y como en aquel tiempo Mendoza tenia un escasísimo alumbrado por la dificultad de surtirse de faroles y artículos de vidrio, el vecindario se habia provisto de linternas de mano y de manojos ó trapos encebados para alumbrar el tránsito y

alcanzar á ver el rostro del famoso proscrito, que si bien habia caido ahora bajo el brazo de jueces apasionados, tenia mayor desgracia todavia en la notoriedad de los atentados cometidos, que iban á servir para disimular la ilegalidad del procedimiento, bajo las evidentes exigencias de una justicia, que, tomada en la forma contemporánea y elemental, se dirigia al castigo del crímen mas que á la reforma moral del criminal, ó que á la garantia incruenta de la sociedad. La moral jurídica es profundamente diversa en cada una de las épocas de la civilizacion.

Desde que el gobernador Godoy-Cruz supo la captura de Carrera convocó un Consejo consultivo para determinar, prévio estudio, lo que debia hacerse con él. Godoy-Cruz era hombre grave y taciturno: de maneras muy urbanas, pero tiezo é inflexible. Acostumbrado á ser mirado con suma estimacion, y aun con respeto, por San Martin y O'Higgins, tenia en grande aprecio su propia persona y el acierto de sus juicios. Desde 1810 gozaba de influjo en Mendoza, y habia sido en el Congreso Naciona l de Tucuman uno de los miembros mas consultados y mas sérios. Privaban á su lado dos legistas de mérito, el auditor don Nazario Ortiz y don Pedro Nolazco Videla: togados secos y repletos de textos como el pergamino de sus diplomas: de ideas estrechas y de ánimo recto como un cláustro. Fácil les fué encontrar una

jurisprudencia al caso y aplicarla en todo su rigor. La invasion vandálica de Carrera era un salteamiento á mano armada de provincias y gobiernos, ante los cuales el caudillo de la banda era un simple intruso y un aventurero criminal. El preso habia comenzado por iniciar la guerra á muerte en el *Salto* contra niños y contra mugeres. Ninguna ley humana le protegia como beligerante: era un notorio salteador y gefe de salteadores. Su atrevida y peligrosa agresion era precisamente la que habia puesto á Mendoza bajo el imperio de *la ley marcial*. El gobierno imperaba pues como capitan general en campaña, bajo el imperio de las *Ordenanzas Militares*, al frente de un enemigo que obraba y que estaba fuera de la ley comun. En tal caso, el gobierno era un tribunal militar, y tenia que obrar como Consejo de guerra con entera y perfecta regularidad. Bastaba nombrar por decreto ó por órden administrativo, los miembros que bajo la presidencia del gobernador habian de constituir ese Consejo, oir sumariamente al reo, y resolver sobre su suerte inmediatamente. (7)

Asi se resolvió y asi se hizo. A las diez de la noche atravesó Carrera la ciudad sentado en un caballo; llevaba los piés ligados con grillos, y

(7) Informes del señor Godoy-Cruz recogidos en Santiago de Chile por los años de 1843 á 45.

era conducido de la rienda por un soldado del piquete que lo iba custodiando. Una infinidad de linternas y mechones de luz vaga y vacilante, se alzaba á la altura de los circunstantes para reflejarse en el rostro aristocrático del proscrito; y el tropel de las gentes seguia por uno y otro lado del tránsito, hasta amontonarse en las puertas de la Casa de Gobierno, donde el tribunal de Estado ó Consejo de guerra, esperaba al reo. Carrera entró á la sala del Consejo con dignidad pero sin petulancia. Godoy-Cruz se levantó y tomando á Carrera del brazo lo ayudó á colocarse en la silla que se le habia preparado. Despues tomó su asiento y le dijo:—«El señor general comprenderá probablemente la situacion en que se halla. El gobierno de Mendoza tiene que juzgarlo en conformidad con la ley marcial que rige en la provincia, y que se ha puesto en vigencia precisamente en razon de los mismos actos hostiles del señor general. Pero antes de proceder á resolver la causa, el gobierno quisiera que el señor general se defendiese delante de sus jueces; y en esa virtud, tengo yo que precisarle los cargos de que debe descartarse.».... Carrera le interrumpió—«Yo no comprendo, dijo, qué significan estas palabras de *causa* y de *sentencia* que le oigo á V. E. con verdadera estrañeza. Yo soy aquí, señor gobernador, un prisionero de guerra, tomado despues de una batalla; y no comprendo que se me quiera someter á tribunales, de cual-

quier clase que sean; pues solo entre salvages se juzga y se castiga á los prisioneros—Mejor será, señor general, que no discutamos sobre lo que hacen ó no hacen los salvajes; ni tampoco si los que no somos salvajes tenemos ó nó el derecho de juzgar á V. en el caso en que nos hallamos. Dejemos esto á un lado por el interés del mismo señor general; y le pido que me escuche—por que si bien es cierto que tengo un grande dolor de que me haya tocado entender en este caso, tambien lo es que en cumplimiento de mi deber y como primer magistrado de esta provincia, estoy resuelto á hacer todo lo que me exijan las circunstancias—Rendido y engrillado, yo no podré evitarlo, señor gobernador—De eso precisamente se trata: de que el señor general, oyendo los cargos que tenemos que hacerle, nos esplique todo lo que ha sucedido antes de haber sido vencido por las tropas de la provincia y traido como reo. —Ya he dicho, señor, que he sido tomado despues de una batalla, y que no soy reo, sino prisionero —Nuestra opinion pudiera ser otra, señor general: se dice prisioneros á los militares que sirviendo con las armas bajo una bandera reconocida ó bajo un gobierno cualquiera establecido, tienen que rendirlas al mas fuerte en el combate. Pero el señor general, desde que se separó sublevado del Excelentísimo señor gobernador de Santafé, no ha tenido bandera ni servido á ningun gobierno conocido. Sin embargo, ha asalta-

do y saqueado pueblos, ha tomado propiedades, ha invadido provincias, ha concitado las hostilidades de los indios contra los pueblos cultos, ha castigado y perseguido vecinos. Y, valido de la fuerza de su banda, ha impuesto contribuciones y atacado gobiernos en un pais en el que ningun derecho político puede atribuirse para ello. Estos hechos, señor general, si fuesen ciertos, y si no fuesen atenuados por sus descargos, son los que las leyes en todas partes del mundo llaman actos de pirateria. Los que los cometen no son prisioneros que puedan ampararse de la ley de las gentes, sino reos que siempre son juzgados por los tribunales militares de que dependen las fuerzas que los aprehenden. Repito, sin embargo, que el tribunal que presido tiene un sincero deseo de que el señor general pueda descartarse, ó atenuar por lo menos el peso de estos cargos.» —Permítame ante todo el señor gobernador que le observe que á lo que con verdad ó sin ella se ha referido no pertenece al territorio de esta provincia; y que V. E. ú otra cualquiera autoridad de ella, carecen de jurisdiccion para hacerme cargos y causa por cuenta de otras que no mantienen integridad nacional con esta—El señor general está equivocado; y sabe perfectamente que las armas de Mendoza han operado en virtud de pactos solemnemente renovados con las provincias en que se han cometido los hechos referidos; y en todo caso lo único que

el señor general podria reclamar en rigor seria su entrega al gobierno de Buenos Aires ó de Córdoba—Nada ganaria en ello sino el nuevo atentado de que se me entregase atado de piés y manos al asesino de mi familia que tiraniza á Chile—En ese caso, este tribunal desea oir los descargos del señor general, y juzgar de si pueden ellos atenuar el carácter de los hechos cometidos.

Carrera meditó unos momentos, y levantando de pronto la cabeza hizo una historia animada de los vejámenes que se le habian inferido desde el dia en que, perdido Chile por la derrota de *Rancagua*, habia tenido que asilarse en Mendoza. Se le habia dado un trato humillante con menosprecio de la elevada categoria con que habia emigrado. Dijo que el general San Martin le habia privado del mando de las tropas chilenas que le correspondia, y que lo habia desterrado á Buenos Aires; que allí habia encontrado la benigna proteccion del supremo director don Cárlos de Alvear; pero que caido este, habia sido perseguido, y se habia visto obligado á irse á Norte-América. Continuó en seguida narrando el despojo de los buques de guerra que habia traido á su regreso, y la injusticia de su nueva prision: espuso el asesinato jurídico de sus hermanos: mencionó muy por encima su amistad con Ramirez, el desvio de don Estanislao Lopez y la situacion desesperada en que se le habia

puesto. De todo lo cual habia resultado (dijo) que una fatalidad inflexible lo hubiera empujado á tomar las resoluciones que ahora se le reprochaban como crímen, cuando la verdad era que no le habia quedado alternativa ninguna para obrar de otra manera en esta lucha espantosa que habia tenido que sostener entre la muerte y la vida.

Al decir del señor Godoy-Cruz, y del abogado don Pedro Nolasco Videla á quien he oido tambien la misma relacion. (8) Carrera se produjo con ingenuidad y con elocuencia. El tribunal lo oyó con un silencio impenetrable y cuando Carrera terminó, el gobernador le preguntó si nada mas tenia que agregar—Nada mas.—Despues de esta contestacion el gobernador volvió á tomarlo delicadamente del brazo, y lo entregó al oficial de la guardia que ocupaba la puerta de salida: Carrera le preguntó entonces—«¿Y cual será mi suerte, señor Godoy-Cruz—¿Qué puedo decirle? le contestó este: eso lo decidirá el tribunal con justicia, segun los cargos y los descargos que ha invocado V.»

La viva exposicion y la figura interesante del proscrito hicieron profunda impresion en el concejo de gobierno. Algunos miembros de los que habian entrado en él con la idea de oir á

(8) Ambos hicimos por mas de un año la mesa de medio-dia en lo del canónigo don Julian Navarro.

·rera solo por forma, para sentenciarlo y
erlo ejecutar al dia siguiente, variaron de
nion; y sostuvieron que era indispensable
ar la causa con mayor formalidad: nombrar
consejo de Guerra compuesto de militares,
ın fiscal que acusase permitiendo que los
s nombrasen sus respectivos defensores.
Ɛn efecto, el Gobierno tiró un decreto al
ɔ dia (2 de Setiembre) ordenándole al Co-
ndante de Armas que nombrase un Consejo
Guerra de oficiales Generales, para que oida
· ellos la acusacion fiscal procediese en el
nino de 24 horas á sentenciar la causa. El
cal, Sargento Mayor don José Cabero, pre-
tó su acusacion y pidió pena de muerte con
tilacion de miembros (los tiempos eran du-
) contra los reos Carrera, Benavente y Alva-
, fundándose en los hechos notórios de cada
ɔ y en el texto de las Ordenanzas. Despues
varios incidentes, los reos decidieron no
nbrar defensores; y vista la causa el dia 3 de
embre, los siete miembros del Consejo vo-
ɔn por la muerte, y la mayoría de ellos por
mutilacion de miembros, segun lo prevenia
nandaba la Ordenanza en el Trat. 8°, tit. 10,
. 3, 4, 6, 26, 70, 80, 88.
Ɛn esos mismos momentos, el pueblo de Men-
za saludaba con inmenso regocijo la entra-
del ejército vencedor; y los *vivas* al coman-
nte general Gutierrez, al teniente coronel Ola-

zabal, al capitan Velazco, Aycardo, Corbalan, lanzados por miles de voces entusiasmadas, atronaban literalmente el aire mezclados al ruido del cañon, de las campanas, y de los cohetes. Alguien logró interesar al comandante Olazabal para que en este feliz instante le arrancara al Gobierno el indulto de Benavente; y lo obtuvo. Con este motivo, el bravo oficial tuvo ocasion de entrar al calabozo y de hablar con Carrera. Al oirlo no pudo menos que salir interesado tambien por salvarlo. Ardoroso y exijente, parece (segun dice él mismo) que logró ablandar á Godoy-Cruz; y corrió á comunicárselo al reo, quizás con demasiada ligereza—«Carrera oyó la noticia de su indulto con entera gratitud—«y con aquella afluencia que le era tan peculiar, me llenó de lisonjas, (dice Olazabal) agregándome *que estaba cierto de que si el General San Martin hubiera sabido el peligro en que habia estado su vida, no habria permitido que lo* sacrificaran.» (9)

Véase pues como Carrera sabia en conciencia que el general San Martin habia sido estraño al asesinato jurídico de sus hermanos. Ahora hacia justicia á la magnanimidad del ilustre guerrero argentino; y se vé que cuando habia pretextado aquellas falsas ofensas para

(9) *La campaña de Mendoza contra el general Carrera* por el Coronel don Manuel de Olazabal:—interesantísimo folleto sobre este episodio.

lanzarse á tantos y tan inauditos atentados, invocando la justicia de su venganza contra el irreprochable libertador de Chile, habia obedecido nada mas que al despecho y al rencor de sus pasiones desenfrenadas. Bien sabia él que los únicos culpables en el sacrificio de sus hermanos habian sido—O'Higgins y Monteagudo; y bien sabia él que el general San Martin habia lamentado el hecho y castigado al ejecutor hasta donde habia alcanzado su poder: hasta donde le habia sido posible, vistas las exigencias de la causa sud-americana. La prueba de que Carrera sabia todo eso está ahi en esas palabras que le dijo al Coronel Olazabal en un momento de efusion: palabras que ese ingénuo y honrado militar transcribe en el interesante folleto que hemos citado. No sabemos ni podemos apreciar cuáles fueron las causas y los influjos que se atravesaron para que Godoy-Cruz retragera las palabras de clemencia que le hicieron presumir á Olazabal el perdon de Carrera. Dijo el gobernador que ni habia hecho tales ofertas ni habia tenido la facultad de hacer gracia por sí; y que el coronel Olazabal habia interpretado con excesiva estension algunas espresiones de compasion y dolor que habia pronunciado. No faltó quien atribuyera esta retractacion al influjo y enojo de don Albino Gutierrez.

«El 4 del corriente fué pasado por las armas

en la plaza mayor de esta ciudad
1821 el Brigadier don José Miguel Ca-
Setiembre 4 rrera con otros dos de sus secuaces; sus miembros fueron mutilados para memoria de la posteridad y escarmiento de otros desnaturalizados que quisieran imitarlo.» Esto decia el parte oficial que el gobernador Godoy-Cruz pasó al general Rodriguez, gobernador de Buenos Aires, sobre los sucesos de Mendoza.

Para quien fué realmente satisfactoria la ejecucion de Carrera, fué sin duda para el gobierno de Chile y para el partido que encabezaba O'Higgins. Las manifestaciones de honra y de gratitud tributadas á la provincia de Mendoza y al ciudadano victorioso don Alvino Gutierrez, fueron esplícitas y se pasaron de lisongeras. Una ley mandó que se acuñaran medallas de oro y de plata para que á nombre de Chile el gobierno de Mendoza condecorase el pecho de los vencedores; en el centro del anverso llevaban el lema: *Chile Agradecido* dentro de una orla de estrellas; en el reverso *Campaña de Mendoza.* El Supremo Director de Chile dirigiéndose al gobernador Godoy-Cruz le decia oficialmente: «La victoria de la *Punta del Médano,* cuyo detalle me incluye V. S. en nota del 10 de Setiembre último ha colmado de gloria las armas de Mendoza. La muerte del último y mas tenaz caudillo de los anarquistas, con la des-

truccion total de sus fuerzas, la reputo como una gran batalla ganada al enemigo.... Yo felicito á V. S. con el mayor júbilo como el *principal móvil* de una accion que *ha disipado* las densas nieblas del anarquismo, LIBRÁNDOLAS de la devastacion y horrores á que habrian sido entregadas si no se hubiese acertado el golpe que aniquiló á sus encarnizados enemigos. Chile *conservará una* ETERNA GRATITUD á V. S. y á los dignos gefes, oficiales y tropa del ejército de Mendoza, por la que á cada uno cupo *en libertarlo* de esos mismos males con que tambien se veia amenazado por las antiguas aspiraciones de aquellos vándalos.» (10)

(10) Resalta aqui el egoismo con que el señor O'Higgins encara los sucesos preocupado de nada mas que de sus intereses inmediatos, y procurando dar y compartir con las provincias argentinas el mismo interés que él tenia en la muerte de Carrera. En eso hablaba á su gusto y placer, olvidándose graciosísimamente de que Ramirez había sido el hombre verdaderamente poderoso y superior entre los gefes del *Anarquismo*. Carrera que para O'Higgins valia mucho, no valia nada en el territorio argentino sin el apoyo de aquel que lo habia protejido. Muerto Ramirez, Carrera no era yá sino un mero incidente, incapaz de infundir temor ni de hacer desviar el curso de las cosas. El desgraciado lo sabia; y de ahí su anhelante empeño de trasmontar pronto la cordillera y huir del territorio argentino. Por nuestra parte opinamos todavía que antes de ver regado nuestro suelo con su sangre, habríamos preferido que olvidando las maldades que cometió entre nosotros, se le hubiese per-

Desde luego era natural que el gobierno de Buenos Aires no diese á la victoria de la *Punta del Médano* la misma importancia que á la de *Coronda,* en la que Lopez habia deshecho para siempre á Ramirez. Aquella era una mera consecuencia, una resultante necesaria de la otra: dia mas dia menos Carrera tenia que caer en manos de las fuerzas legales; y aún dado caso de que hubiera sido feliz, todo se habria reducido á que hubiera logrado pasar á Chile con su banda de 700 forajidos, y encontrar allí el triunfo ó el desastre que buscaba. Ni Buenos Aires ni el resto de la República Argentina tenian en eso grande interés ó peligro. Sea por esto, ó por los elevados principios que predominaban en el espíritu público, el gobierno de Buenos Aires no dió grandes aplausos al suceso, y guardó prudente y decoroso silencio sobre la ejecucion de Carrera; limitándose á los términos ordinarios de congratulacion que en estos casos se usan oficialmente: á diferencia de O'Higgins y de su partido, para quienes la ejecucion del proscrito fué circunstancia mas importante que la victoria misma.

mitido ir á su pátria á debatir sus derechos y sus opiniones, ó á sucumbir allí sacrificado por sus compatriotas.

CAPÍTULO XII

JACION GENERAL DE LAS PROVINCIAS ARGENTI-AS DESPUES DE LA DISGREGACION GUBERNATIVA E 1820.

ARIO—A la derecha del Paraná—Al centro y al norte En Cuyo—Restos dispersos del *Nº 1º de los Andes*—icuman y Salta—La cómica república de don Bernabé raoz—Actitud de Güemes—Bustos, Heredia, Araoz y iemes—Segregacion y doctrina federal de *Santiago del tero*—Polémica oficial con Tucuman—Colision arma-.—Güemes, la burguesia de Salta y el general de los alistas don Pedro Antonio Olañeta—Política local de añeta—Miras y pasiones nacionales de Güemes—Su sístencia por la invasion al Alto-perú—Indiferencia tural del espíritu público en B. A.—«El carro de la erra se ha hundido en el Occéano!»—Prevenciones de rehabilitacion *directorial* contra Güemes y contra San artin—Recuerdos ofensivos entre Rodriguez y Güemes Sorpresa de Salta por Olañeta—Herida de Güemes—Su ga al centro de la selva inmediata—Negociaciones de añeta con la burguesia de Salta—Actitud del patrio-y honorable coronel Fernandez Cornejo—Rumores niestros sobre la suerte de Güemes—Noticia directa su muerte—Las pasiones contemporáneas y los de-res de la historia—Levantamiento heróico de la pro-ncia á las órdenes del coronel De Witte—La «Repú-

blica de Tucuman»—Santiago del Estero y el cacicazgo de Felipe Ibarra—Grotesca figura y repugnantes hábitos de este personaje—Gobierno de don Estanislao Lopez en Santafé—Vida de inercia—Abstencion completa del vecindario—Miseria y silencio patriarcal—Situacion de Entrerrios y Corrientes—Bregan por la gobernacion Roman Garcia, Lopez-Jordan y Lucio Mansilla—Connivencias y maniobras de don Estanislao Lopez—Lopez-Jordan y el gobierno de Buenos Aires—Las condiciones—Pronunciamiento de Mansilla auxiliado por Lopez—Prision y confinacion de los otros aspirantes—Sumision y fatalismo moral de las masas—Consecuencia de estos hechos en Corrientes—Constante inclinacion de esa provincia á las analogias porteñas—Su nuevo gobierno—Su Constitucion—Don Pedro Ferré—Caida final del artiguismo—Persistencia del sentimiento unificador de las provincias esencialmente argentinas—El presente y el porvenir de nuestro régimen gubernativo.

1821 Enero

En la márgen derecha del Paraná, el órden general de las cosas á principios del nuevo año se dividia en dos categorias sin relacion interna la una con la otra: Córdoba y Cuyo, de un lado: Tucuman y Salta por el otro. Las demas provincias, como Santiago del Estero, Catamarca, la Rioja y Jujuí, eran resultancias del movimiento predominante en este último grupo. En Cuyo podia contarse con una pacificacion completa y síncera. El sacudimiento anárquico que acababa de pasar no habia sido espontáneo allí, sino eventual y transitorio. La masa de





[redacted]